LIBANIO

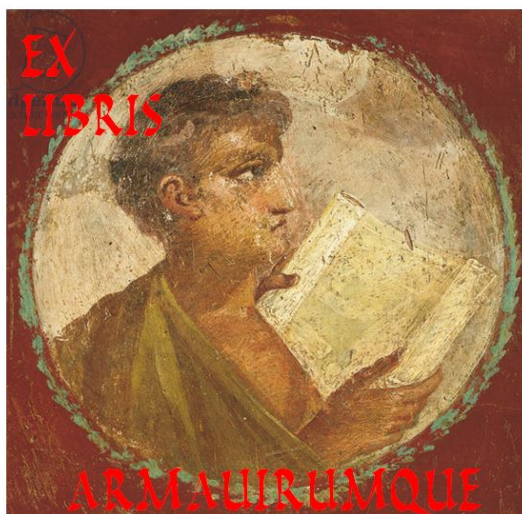
DISCURSOS
II

INTRODUCCIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
ÁNGEL GONZÁLEZ GÁLVEZ



EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 292



Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por SUSANA M.ª LIZCANO REJANO.

Sánchez Pacheco, 85, Madrid, 2001.
www.editorialgredos.com

Depósito Legal: M. 35578-2001.

ISBN 84-249-2301-4. Obra completa.
ISBN 84-249-2306-5. Tomo II.

Impreso en España. Printed in Spain.

Gráficas Cóndor, S. A.
Esteban Terradas, 12. Polígono Industrial. Leganés (Madrid), 2001.

Encuadernación Ramos.

II

A QUIENES LO LLAMARON INSOLENTE

INTRODUCCIÓN *

La datación del *Disc.* II de Libanio no presenta problemas. El propio autor explica al comienzo del discurso (parágrafo 2) que tenía 67 años de edad cuando lo compuso. Como Libanio nació el año 314, debió de ser escrito hacia el 380-81, es decir, pocos años después de aquel 9 de agosto del 378 en que Valente perdiera la vida en la nefasta batalla de

* Para la traducción del presente volumen, hemos utilizado la edición teubneriana de R. Foerster, *Libanii opera, I-III,* Leipzig, 1903-1906, cuya numeración de los discursos hemos mantenido, a pesar de que ésta no coincide con el orden cronológico de su composición. Para los *Disc.* II, III y VII hemos tenido en cuenta la excelente edición, con traducción francesa y amplias notas, de J. Martin, *Libanios. Discours II-X,* París, Les Belles Lettres, 1988. También nos ha sido de gran utilidad la edición, con introducción, traducción inglesa y notas, de A. F. Norman, *Libanius. Selected Works, II,* Londres, 1977, que incluye, entre otros, los discursos traducidos en el presente volumen, excepto III, VII y XI. Los nombres propios seguidos de un número arábigo se corresponden con la identificación de A. H. M. Jones, J. R. Martindale, J. Morris, *The Prosopography of the Later Roman Empire. Vol. I. A.D. 260-395,* 4.ª ed., Cambridge, 1993, y los que llevan número romano se refieren a la de O. Seeck, *Die Briefe des Libanius zeitlich geordnet,* Leipzig, 1906 (reimpr. 1966).

Adrianópolis y de que Graciano proclamara, el 19 de enero del 379, a Teodosio como Augusto de Oriente[1].

La composición del discurso que nos ocupa fue cercana a la celebración de los Juegos Olímpicos de Antioquía del año 380. Por aquellas fechas, Libanio pasaba por unos momentos no muy buenos y en su *Disc.* I, su conocida *Autobiografía,* se respira un cierto desánimo en los capítulos (182-196) que describen este período de tiempo. Acontecen una serie de sucesos fortuitos que causan hondo pesar en nuestro sofista. A la muerte de su queridísimo Eusebio[2] se añade el accidente de su pie derecho que por poco le cuesta la vida[3]. Por si esto fuera poco, su propia posición como sofista en Antioquía se ve amenazada por las intrigas de Carterio ante la corte de Constantinopla para conseguir desbancarlo de su puesto y colocar en su lugar a Geroncio, sofista protegido por él. Sin embargo, Carterio sobrevalora su influencia en la corte y, lejos de conseguir su propósito, causa enojo a ciertos personajes influyentes, hasta el punto de que el propio Carterio tuvo que abandonar Constantinopla y marchar hacia Italia, de la que, al parecer, era originario[4].

---

[1] Cf. E. Stein, *Geschichte des spätrömischen Reiches I: Vom römischen zum byzantinischen Staat (284-476 n. Chr.),* Viena, 1928 = *Histoire du Bas-Empire I: De l'État Romain à l'État Byzantin (284-476),* [trad. J.-R. Palanque], Desclée de Brouwer, 1959, págs 189-192; y J. Straub, «Die Wirkung der Niederlage bei Adrianopolis in der spätantiken Literatur», *Philologus* 45 (1943), 255-286.

[2] Tal vez el Eusebio XX de Seeck *(Die Briefe...,* pág. 142), que acudió desde Ancira a Antioquía en el 364 para seguir las clases de Libanio.

[3] Cf. *Disc.* I 183. También menciona el suceso en *Disc.* XXXVIII 3.

[4] La identidad de ambos personajes es controvertida. Por la correspondencia de Libanio *(Ep.* 789, 1136-1139, 1366, 1391 y 1396) conocemos a un tal Geroncio (III en Seeck, *Die Briefe...;* 3 en *The Prosopography...,* pág. 393), sofista de Apamea y amigo de nuestro autor. De ser el mismo, habría que suponer que, tras este desagradable suceso, hubo una reconciliación, ya que en su *Ep.* 863, del año 388, Libanio lo trata como

Como contrapunto a estas desgracias, se produce un hecho, narrado en *Disc.* I 195-196, que causa gran alegría al sofista. Por intercesión de la curia antioquena, consigue que el Emperador permita excepcionalmente que su hijo ilegítimo, Cimón, pudiera heredar la fortuna paterna. Esta circunstancia venía a poner fin a las pretensiones de Sabino, importante curial de Antioquía emparentado con Libanio que, al parecer, pretendía convertirse en heredero del sofista[5]. Dada su posición en la curia, Sabino no habría tenido grandes dificultades para apropiarse de la hacienda de Libanio si éste hubiera muerto sin heredero legalmente reconocido.

Con el advenimiento de Teodosio, mejora la posición de Libanio en la corte y, gracias a la sensación de seguridad que tiene el orador, crece su producción literaria. Si relacio-

---

amigo y éste acude a sus sesiones públicas. Por otro lado, Carterio 3 cursó la carrera de abogado y se ganó un puesto importante en la administración pública. A. F. Norman («Notes on some Consulares of Syria», *Byzant. Zeitschr.* 51 [1958], 75) piensa que fue *Consularis Syriae* en el 380, situación que habría aprovechado para arrebatarle a Libanio su puesto. Tres cartas de Símaco corroborarían esta afirmación. En otro artículo («On the Dating of three letters of Symmachus [Ep. III, 49. V, 41. IX, 31]», *Byzant. Zeitschr.* 57 [1964], 1-5), Norman data estas cartas en el 382 y supone que este Carterio es el mismo de la correspondencia de Símaco. Sin embargo Martin (*Libanius...*, págs. 59-60) se muestra en desacuerdo, ya que la caída en desgracia de Carterio y Geroncio no encajaría con la influencia que tienen en Roma los personajes de la correspondencia de Símaco. Así pues, la identificación sólo sería posible si las cartas de Símaco se refirieran a una época anterior al 380.

[5] Libanio nos habla de Sabino en *Disc.* I 190-194; 261, que se casó con la hija de un primo suyo. A ésta la asesinó y acabó por arruinar a su suegro. No obstante, el Emperador le impuso una fuerte multa como consecuencia de sus irregularidades financieras y cayó en desgracia hasta el momento de su muerte, que debió de acontecer hacia el 388 (cf. O. Seeck, *Die Briefe...*, pág. 262, y A. H. M. Jones, *The Prosopography...*, pág. 793).

namos el fracaso de la maniobra de Carterio con una mayor influencia de Libanio entre los cortesanos en estos primeros años del reinado de Teodosio, podremos entender este discurso como una muestra de la libertad de expresión de que gozaba el sofista[6].

El discurso comienza con la exposición del motivo que ha obligado al rétor a tomar la palabra: la calumnia que contra él han vertido algunos cristianos al tacharlo de insolente *(barýs)*. Para Libanio, el verdadero motivo de esta calumnia no es otro que su continua denuncia de la corrupción de la época, hecho que provoca las iras de la nueva aristocracia cristiana y la satisfacción de los eupátridas paganos. A continuación, pasa revista a las principales instituciones políticas y sociales de su tiempo y las compara con un pasado pagano idealizado, con lo que se evidencia que el abandono del culto tradicional es la causa de todos los males presentes. En la última parte reconoce que el objetivo final del discurso es que estas reivindicaciones lleguen a oídos imperiales, aunque es consciente de que, dada la escasa atención que las autoridades prestan al problema, no concibe demasiadas esperanzas.

Los eruditos han discrepado al calificar este discurso. Unos lo han definido como un manifiesto del partido pagano y otros han subrayado los aspectos autobiográficos del mismo. Lo cierto es que ambos aspectos no son excluyentes, sino que se encuentran indisolublemente entreverados. La vida de Libanio, sofista oficial de la ciudad y persona influyente, es objeto de la atención y vigilancia de sus conciu-

[6] En sentido inverso se manifiesta A. F. NORMAN, *Libanius' Autobiography (Oration I)*, Oxford, 1965, pág. 204, y *Libanius. Selected...*, págs. 2-4. A su juicio, los mencionados incidentes con Sabino y el asunto de Carterio y Geroncio no serían sino un claro indicio de la debilidad de Libanio ante la administración imperial y local.

dadanos. En numerosos pasajes de su obra se insiste en que su vida personal es intachable y a demostrarlo dedica uno de sus más extensos discursos, su *Autobiografía*. Por consiguiente, nuestro orador no puede consentir ningún tipo de infundio que manche su reputación[7]. A su vez, su justificación le sirve como punto de partida para fundamentar una diatriba de la sociedad de su tiempo, caracterizada por el abandono de los ideales del helenismo y el ascenso de una nueva aristocracia, enriquecida al amparo de la administración imperial, que prefiere orientar a sus hijos al estudio de las leyes y el latín antes que enviarlos a estudiar retórica con el sofista.

Tampoco existe acuerdo con respecto al público al que iba destinado el discurso. Sabemos que, cuando Libanio escribía obras de contenido comprometedor, reducía su audiencia a un círculo de amigos de confianza y los casos en que sus discursos alcanzaban amplia difusión eran excepcionales. Según Norman[8], el *Disc.* II habría sido compuesto pensando en un pequeño grupo de amigos íntimos. Por el contrario, Martin[9] está convencido de que se pronunció ante un auditorio amplio, tal vez el *bouleutḗrion,* donde solía impartir clases, pues el tono es demasiado convencional y las invectivas dirigidas contra los funcionarios imperiales tan generales, que nada hace sospechar que fuera necesario seleccionar el público.

En este sentido, es interesante lo que nos dice Libanio en el discurso que nos ocupa *(Disc.* II 13-15). Afirma el

---

[7] P. Petit, «Recherches sur la publication et la diffusion des discours de Libanius», *Historia* 5 (1956), 494, sostiene que el *Disc.* II es una «conferencia de prensa» con la que pretende responder a las críticas de la opinión pública.

[8] *Selected...*, págs. 6-8.

[9] *Libanios...*, págs. 9-11.

orador que ninguno de los presentes se habría enterado de sus victorias retóricas sobre sus rivales si no hubiera sido por terceras personas. Sin embargo, la *Autobiografía,* cuya redacción comenzó hacia el 371, está plagada de referencias jactanciosas a sus múltiples triunfos en este terreno. Por consiguiente, hay que concluir que la *Autobiografía* aún no había sido dada a conocer cuando se compuso nuestro discurso o que el público al que iban destinados uno y otro era diferente.

Son veintinueve los manuscritos que nos han transmitido este discurso, cuya *editio princeps* publicó Fabricio a comienzos del s. XVIII [10]. En cuanto a las ediciones modernas, los trabajos de Reiske [11] y, sobre todo, de Foerster han servido de punto de partida para ediciones y traducciones posteriores: al inglés por Norman, al alemán por Wolf [12] y al francés por Monnier [13] y, más recientemente, por Martin.

---

[10] FABRICIUS, *Bibliotheca Graeca,* tomo VII, Hamburgo, 1715.

[11] J.-J. REISKE, *Libanii sophistae orationes et declamationes,* Altenburgo, 1791-1797.

[12] P. WOLF, *Libanius. Autobiographische Schriften,* Zürich-Stuttgart, 1967.

[13] E. MONNIER, *Dix discours choisis,* fondos de La Sorbona, 1860.

II. A QUIENES LO LLAMARON INSOLENTE

«¡Qué insolente! ¡Qué insoportable es!», han dicho de 1 nosotros ciertas personas[1]. Andrómaco[2] fue quien me lo anunció jurándome que es cierto. Mas yo le hubiera dado crédito aun cuando no lo hubiera jurado, porque es bueno y noble, compañero nuestro[3], y porque no ha sido un placer para él oír semejantes insultos. Por tal motivo, mucho se hubiera abstenido de fingir contra mí palabras que no hubie-

[1] Algunos autores, como G. R. Sievers, *Das Leben des Libanius*, Berlín, 1868, pág. 149, y P. Petit, «Recherches...», 494, han relacionado esta acusación de «insolente» *(barýs)* con la *Ep*. 12, dirigida a Heorcio, donde Libanio censura a su amigo por permitir que digan de él impunemente que es arrogante y afirma que ya ha castigado a una ciudad entera por haberle lanzado injurias semejantes. J. Martin, *Libanios...*, págs. 11-13 contradice esta versión alegando que el grupo de cartas 10-16 de Libanio corresponde a los años 353-354. Además, en la *Ep*. 12 se dice que el orador castigó a una ciudad entera, no a un grupo de personas, como en el presente discurso.

[2] No se trata de Andrómaco 3, prefecto de las Galias en el 401. Sin embargo, parece poco probable que el Andrómaco de este discurso sea el amigo egipcio de la *Ep*. 1537, del año 365. Consúltese J. Martin, *Libanios...*, pág. 245.

[3] El término utilizado es *hetaîros*, vocablo que Libanio reserva para referirse a paganos militantes. Véase al respecto P. Petit, *Les étudiants de Libanius*, París, 1957, págs. 36-40.

ran sido realmente pronunciadas. Así pues, les exhorto a que presenten pruebas y les pido que demuestren qué hay de verdad en lo que han dicho. Pero no serán capaces.

2 Lo primero de lo que uno podría sorprenderse con razón sería lo siguiente: cómo es posible que en todo el tiempo que he vivido, que tan largo ha sido, no me han surgido estos reproches. Porque otras muchas cosas se han dicho, falsas también y por gente hostil, a quienes luego aconteció que tuvieron que avergonzarse y poco les faltó para abrazar mis rodillas y suplicarme que los perdonara por su desvarío. Y los perdoné. Pero esta crítica se ha presentado tras haber
3 aguardado a mis sesenta y siete años. Pues no se puede alegar que se decía a escondidas, como tampoco eran secretos sus otros propósitos, pues lo que caracterizaba la insolencia de los que hacían estos comentarios era precisamente no ocultarlos y había muchos amigos nuestros por quienes podía haberme enterado.

4 Por consiguiente, ¿qué hay que pensar? ¿Que cuando era más joven sabía moderarme pero que, con el paso de los años, me he echado a perder? Más bien, lo lógico hubiera sido que, al contrario, ahora hubiera dejado de ser insoportable si lo hubiese sido antes. Pues el tiempo es formidable
5 para educar y corregir defectos. Sin embargo, creo, ocurre lo siguiente. Luego de haber discurrido todas las otras posibles acusaciones y haber enrojecido de vergüenza por cada una de ellas, como no podían callar, sin preocuparse en absoluto de si era o no creíble lo que iban a decir, se dejaron caer en esta imputación para justificarse por el hecho de evitar mis reuniones[4].

[4] La mayoría de los traductores han entendido la expresión *tàs emàs synousías* en el sentido de que los calumniadores de Libanio evitan el trato con el sofista. Coincido con J. Martin, *Libanios...*, págs. 63 y 246, quien traduce *synousía* como «reunión literaria», uso atestiguado en otros

¿Insolente yo? ¿Pero qué se oye decir de mí en los talleres cada vez que paso por delante de ellos? ¿No es cierto que «el moderado»? ¿Acaso no «el sociable»? ¿No es verdad que se me conoce como el que responde de igual a igual a los saludos de los más pobres[5]? ¿Es, por tanto, verosímil que el que se pone a sí mismo a la altura de aquellas personas con las que le es dado envanecerse, pueda considerarse superior a las autoridades y a los poderosos? Éstos me besan[6] los ojos, la cabeza y las manos, aun cuando no sientan afecto por mi persona, y cuando se marchan reciben no menos de mi parte. 6

Por tanto, ¿dónde está el insolente? ¿En mis relaciones 7
con los gobernadores? Pero si todos saben a dónde voy a sentarme cuando los visito, pese a que me es posible ocupar una plaza de más honor; a quiénes busco y acompaño; de quiénes me separo y a cuantos, aunque muchas veces tiran de mí hacia su lado, dejo bien patente que no les hago caso.
¿Pero por qué digo esto si puedo referirme a aquel nombra- 8
miento que rechacé[7] a fin de no dar la impresión de haber-

---

pasajes de la obra del orador. A. J. Festugière, «L'Autobiographie de Libanius», *Rev. des Ét. Grec.* 78 (1965), 633, la incluye en el vocabulario escolar de Libanio con el sentido de «clase» o «conferencia». Por tanto, el fondo de la cuestión, según Libanio, es que sus detractores recurren a este infundio para justificar su ausencia en las recitaciones públicas del sofista, lo que supone un gesto de descortesía hacia él.

[5] Libanio nos informa en *Disc.* I 68; 87 y LI 10 de que tiendas y talleres eran utilizados como lugar de tertulia, por lo que no es extraño que tuviera cierta familiaridad con comerciantes y artesanos.

[6] En el original *philoûsi*. Lo hemos traducido como «besar», siguiendo a Martin. No era extraño que, en algunas fiestas, el gobernador besara a destacados personajes de la ciudad (cf. *Disc.* XXVII 12). Para poner de relieve su humildad, Libanio presenta su relación con los altos funcionarios como distante y formal, aunque no siempre era así.

[7] ¿A qué se refiere este *grammateîon* que Libanio dice haber rechazado? En su biografía de Libanio, Eunapio *(Vit. Soph.* 494) nos ofrece una

me vuelto demasiado altivo? Y eso que, si lo aceptaba, tenía derecho a proclamar que se me causaba un perjuicio si no venían a verme los magistrados, y a llenar de alboroto las residencias de los gobernadores siempre que me pasara a visitarlos. Pero no deseé ni lo uno ni lo otro, y ni siquiera lo consideré como algo valioso, ni tampoco me pareció necesario añadir a la consideración que tengo por mi forma de

---

valiosa noticia. Tras referirse a Juliano, afirma que «los emperadores que vinieron después *(tôn dè metà taûta basiléōn)*» le ofrecieron el cargo de prefecto del pretorio honorífico *(tòn gàr tês aulês êparchon méchri prosēgorías)*, pero no lo aceptó argumentando que el de sofista era más importante. Parece claro que los emperadores eran Valentiniano I y Valente y que el nombramiento tuvo lugar entre la usurpación de Procopio, en la primavera del 366, y la conspiración de Teodoro del 371. Cf. T. M. Banchich, «Eunapius on Libanius' Refusal of a Prefecture», *Phoenix* 39 (1985), 384-386. Según este autor, Libanio contaba en esta época con buenas amistades en la administración imperial, que pudieron haberle conseguido esta distinción. Por tanto, este nombramiento y el de *quaestor sacri palatii* que el emperador Juliano le había ofrecido serían los honores *(timaí)* que Libanio afirma haber rechazado en *Disc.* I 204. Sin embargo, según O. Seeck, *Geschichte des Untergangs der Antiken Welt*, 2.ª ed., Berlín, 1967, tomo V, pág. 527, Libanio habría ostentado un título importante sólo a partir del 388, fecha que P. Petit («Sur la date du *Pro templis* de Libanius», *Byzantium* [1951], 285-294) rebaja al 383-384. J. Martin, *Libanios...*, págs. 248-250 retoma esta idea y hace una reconstrucción de los hechos. En primer lugar, pone en duda que Juliano hubiera ofrecido el título de *quaestor* a Libanio, pues no hay rastro de ello en la *Autobiografía*. Sin embargo, este título ha quedado vinculado al nombre de nuestro sofista, como se aprecia en el *Vaticanus Graecus* 83, que viene encabezado con el título *Cartas del sirio Libanio, sofista y cuestor*. Concluye Martin afirmando que el nombramiento que Teodosio dio a nuestro orador fue el de cuestor honorífico, título que aceptó, por lo que Libanio entró en la clase de los *honorati*, lo que le permitía tener un acceso más directo al emperador, cosa que no parece ocurrir en el presente discurso. Además, entre 363 y 380, Libanio habría recibido la propuesta de aceptar una prefectura honorífica, que en ese caso sí rechazó. De ahí habría venido la confusión de Eunapio.

ser, la que me proporcionaba aquel título. Quiso el anciano 9
Arquelao venir a verme y se lo impedí. Después de éste, Domnico, pero, nada más enterarme de su intención, me opuse. Vino de improviso Arquelao, el sobrino del otro Arquelao, mas su visita me contrarió, lo que pudo oírme decir y aceptó. También se presentaron los Sapores, los Julio y los Víctor cuando estaba enfermo y no estaba capacitado para huir[8]. Yo bajaba al suelo la mirada por vergüenza, dejando claro con mis actos que me sentía molesto con el honor.

Pero tal vez soy insolente porque hago mención de mi 10
linaje. En efecto, hubiera podido decirles a todos, a excepción de muy pocos, que, en lo tocante a alcurnia, ni siquiera

[8] Arquelao I fue, según Seeck *(Die Briefe...*, págs. 83-84), *comes Orientis* en 335. Era cristiano y en el año 372, ya anciano, fue a visitar a Libanio, lo que éste le impidió, según consta en nuestro pasaje y en *Disc.* I 166. Su sobrino, Arquelao II fue *comes sacrarum largitionum* en el año 369. En cuanto a Domnico, no disponemos de otros datos que los que nos ofrece Libanio. Con respecto a Sapores, ostentó el cargo de *magister militum* bajo Graciano. G. R. Sievers, *Das Leben...*, pág. 149 identifica a Julio con el conocido personaje de Amiano, XXXI 16, 8 y Zósimo, IV 26, opinión que comparten O. Seeck y los autores de *The Prosopography of the Later Roman Empire*. Se trataría de Julio 2, *comes et magister equitum et peditum per Orientem* entre 371 y 378, quien, tras la derrota de Valente en Adrianópolis, masacró, valiéndose de un engaño, a los godos recién enrolados en el ejército romano. J. Martin, *Libanios...*, pág. 251 discute esta identificación y plantea la posibilidad de que se trate de un palestino llamado Julo, destinatario de las epístolas 935 y 1038, del 390 y 392 respectivamente. Debió de ser *consularis Syriae* o *comes Orientis* antes del 392 y tal vez fue discípulo de Libanio. Cf. P. Petit, *Les étudiants...*, pág. 39. El último personaje aludido es Víctor 4, de origen sármata. Fue nombrado *magister peditum* por Juliano (cf. Zósimo, III 13) y participó en la campaña persa. Más tarde, Joviano le dio el nombramiento de *magister equitum*, cargo que siguió ocupando bajo Valente. Martin pretende que este sea el mismo que Víctor 3, tribuno entregado como rehén a Sapor II tras la muerte de Juliano.

me podrían mirar de frente. Sin embargo, jamás se lo dije a nadie ni me envanecí por los retratos de mis antepasados ni por sus liturgias[9], sino que consideré que era bastante que la ciudad lo supiera con nosotros, mientras que, con el resto, sigo teniendo trato como si en nada fueran inferiores a mí en
11 prosapia. Reconozco que traigo a colación, y con frecuencia, a mi abuelo y a mi bisabuelo, y los recuerdo no por esto, sino porque uno, entre otras cualidades, llegó a dominar el arte de la mántica, gracias a la cual conocería de antemano que sus florecientes hijos perecerían de muerte violenta[10]. Del otro he descrito muchas veces su desvelo por sus hijos. Por ello, se presentó personalmente en Apamea y se granjeó el talento de un sofista persuadiéndolo con mucho dinero. Así fue como sacó a la luz las admirables cualidades de los que engendró, los hermanos de mi madre[11]. Y hacía estas referencias no por simple alabanza, sino para que cualquier padre imitase su ejemplo al escucharme.

12 En mi juventud, rehuía yo placeres que no son muy fáciles de evitar. De ello son testigos, además de los dioses, que todo lo conocen, mis coetáneos que todavía viven, hoy marchitos, aunque entonces estábamos en la flor de la vida. ¿He causado enojo con el recuerdo de mi prudencia? ¿Dije que por ello merezco honores? ¿Acaso cité a los testigos que
13 podía invocar? Pero, si no se trata de eso, ¿entonces hice alusión a mis esfuerzos por la retórica, ora los de aquí, ora

---

[9] En la entrada de la curia *(bouleutérion)* se podían contemplar los retratos de las personas más importantes de la ciudad, entre los que se encontraba el del propio Libanio. Entre las liturgias *(leitourgíai)* de la familia de Libanio figura la organización de los Juegos Olímpicos de Antioquía del año 328 por parte de su tío Panolbio y la ampliación del *Pletrio* de la ciudad por su tío Fasganio.

[10] Cf. *Disc.* I 3.

[11] Panolbio y Fasganio, de los que Libanio habla con respeto y admiración en su *Autobiografía*.

los de otro lugar? ¿O acaso me referí a cómo cuando, obligado por el gobernador, se me enviaba a Atenas a ocuparme de la cátedra, la rechacé[12]? ¿Mencioné esto sin necesidad para glorificarme vanamente a mí mismo? En absoluto, a no ser a los alumnos en muchas ocasiones para animarlos a imitar esta conducta, y a alguien así en modo alguno le encajaría el apodo de «insolente». «Pero —se dirá— los dis- 14
cursos de los demás, sean dignos o no, los rechazo para aplaudirme a mí mismo: que si vencí a tal sofista, amordacé a otro, abatí a fulano, triunfé sobre mengano, a zutano lo obligué a huir, y aterroricé al grupo de Egipto y a los tres de Atenas cuando fui llamado por la curia de ambas ciudades». ¿Pero no es cierto que os habéis enterado de esto porque 15
otros os lo han referido? Si no os lo hubieran contado, por lo que a mí respecta, desconoceríais mis victorias. Porque hasta el día de hoy ni siquiera habéis oído hablar de las estatuas y las resoluciones que sobre éstas han dictado no pocas ni pequeñas ciudades. Tal vez os enteraréis algún día, pero no porque os lo vaya a decir yo.

Sin embargo, ¿qué hubiera ocurrido si yo hubiese sido el 16
hombre que éstos afirman que soy? Pues que habría llenado cualquier lugar y circunstancia de frases como éstas todos los días, antes y después del mediodía. En verdad, todo 17
aquel que presta un servicio y recuerda constantemente el favor es un insolente, ya que con esta actitud prácticamente está echando en cara el beneficio, que se convierte en motivo de pesar. Por tanto, analicemos si no le he prestado un servicio a mi ciudad rompiendo el fuerte vínculo con el que me sujetaba un decreto del Emperador, que todos conocéis, aquella vez que recorrí, para estar con vosotros, un camino no exento de riesgos y contrario a la voluntad del monarca,

[12] Cf. *Disc.* I 81-85 y XI 185.

produciendo con ello un brillante progreso a vuestra retórica[13]. Por tanto, no debería haber dejado escapar ninguna ocasión de echarle en cara este favor a la ciudad. ¿Y quién podría ser tan desvergonzado que osara decir tal cosa?

18 «Pero tu forma de caminar es grosera». ¿De cuál se trata, como no sea que se refiera alguien a la que me causa mi enfermedad[14]? «¿Y esa mirada, esas cejas y esa voz?» ¿Pero no es cierto que acostumbráis a llamarme «el encantador»? ¿Es posible que esos apelativos sean compatibles y que la misma persona pueda, en justicia, recibir ese nombre y el de
19 insolente? En efecto, hay algunos que se han ganado ese apelativo por evitar reírse ni una sola vez en su vida. ¿Cuándo, pues, impedí a nadie reírse o cubrí el gozo con una nube? ¿Cuántas veces hasta yo mismo no me convertí en promotor de la chanza, cuando las circunstancias lo permitían? Porque, cuando la seriedad y el cuidado de nuestros asuntos nos obligan a prestarles atención, sería una vileza reírse uno
20 mismo o hacer reír a los otros. Tanta es la distancia que me separa de esta acusación, que incluso con mis alumnos no suelo ser así, sino que acostumbro a mezclar el estudio con un cierto agrado que proviene de mi amabilidad, gracias a la cual no me hacen falta los golpes, ya que todo lo hacen de

[13] Libanio puso un gran empeño en conseguir un puesto oficial en su ciudad natal, pese a ocupar la cátedra de Constantinopla, ciudad en la que nunca se encontró realmente cómodo. Sólo tras arduas gestiones en la corte consiguió de Constancio el permiso para trasladarse definitivamente a Antioquía en el año 356, precisamente en el momento en que la ciudad vivía una tensa situación de enfrentamiento con el césar Galo. Cf. *Disc.* I 94-97.

[14] Libanio sufría de gota desde los cincuenta años, coincidiendo con la celebración de los Juegos Olímpicos de Antioquía del 364. Cf. *Disc.* I 139-140.

buen grado[15]. Sin embargo, conocemos a otros que han partido infinidad de varas y, ni han conseguido un control tan grande de la clase, ni han sido llamados lo que yo ahora.

¿Entonces, qué? ¿Se puede decir que, cuando me halla- 21
ba enfermo, reclamaba que los demás vinieran a verme cada día, que algunos se quedaran hasta por la noche y que unos cuantos ni siquiera se separasen de mi lecho, pero yo entendía que hacía algo justo si desatendía este deber, por pensar ricamente que a los demás les correspondía esta liturgia, y sólo a mí la exención de este tipo de cargas[16]? Es verdad 22
que otrora se me veía acudir corriendo a las puertas y escaleras de los que se hallaban enfermos, pero ahora se me transporta unas veces a caballo y otras en manos de mis siervos[17]. Y, sin embargo, ¿quién no creería tener excusa suficiente en el mal de mis pies y en mi vejez para ahorrarse esta fatiga? Mas nunca hice este reproche a quienes no me vinieron a visitar cuando me encontraba enfermo. Sin embargo, muchas veces yo mismo fui a hacer visitas más allá de mis fuerzas.

¿Qué es lo que queda? ¿Acaso soy insolente en mis re- 23
citaciones públicas porque me quejo de que las ovaciones que siempre surgen, por muy intensas que sean, son meno-

---

[15] Aunque Libanio no era por lo general un profesor violento y prefería la persuasión a los golpes (cf. *Disc.* LVIII 1), a veces recurría a la violencia física. Por ejemplo, en la *Ep.* 555 cuenta a su amigo Olimpio 4 cómo un alumno suyo, cansado de los golpes que él le propinaba, se pasó a la escuela de su rival Acacio 6. Cf. A. J. Festugière, *Antioche païenne et chrétienne. Libanius, Chrysostome et les moines de Syrie*, París, 1959, págs. 111-113.

[16] Libanio usa términos propios de la administración local; la visita a los enfermos es concebida como un servicio público *(leitourgía)*, y la exención como una *atéleia*, vocablo aplicado a la inmunidad de cargas curiales.

[17] Debido a sus ataques de gota.

res de lo debido, o porque pido que se sumen a las acostum-
bradas formas de aplaudir otras no vistas, ya que acojo frío
como el mármol las alabanzas y no doy muestras de consi-
deración a mis admiradores, ni con la mirada, ni con un
24 gesto de mi mano, ni con una sonrisa? Yo sé bien que hasta
he tenido que contener a éstos con mis palabras y pedirles
que no se tomaran tantas molestias, ni se fatigaran con sus
elogios hacia mí. Y creo que todos saben cuántas veces tuve
que enfadarme para defender a Platón y a Demóstenes [18] ca-
da vez que eran ultrajados por los espectadores que, con sus
gritos, pretendían equiparar cosas a las que separa un abis-
mo. Hasta con un prólogo [19] tuve que poner fin a esta actitud
o, más bien, ese fue mi deseo, pues todavía hay ocasiones
25 en las que esa misma audacia sale a relucir. Es más, cuando
me di cuenta de que algunos se sentían molestos por la pro-
pia cantidad de mis recitaciones públicas, puesto que, necio
de mí, me creía que les hacía un servicio con mi prolijidad,
puse fin a esa práctica. Así es que los discursos que antes
daba en público, ahora los doy entre mis alumnos. Hasta tal
punto temo dar la impresión de ser insolente.

---

[18] Se refiere a que el público, presa del delirio que le causan sus discursos, tiene la osadía de compararlo a los dos gigantes áticos. Sobre la influencia de Demóstenes y Platón en Libanio véase B. Schouler, *La tradition hellénique chez Libanios,* París, Les Belles Lettres, 1984, págs. 542-561 y 563-569.

[19] Sabemos por el propio Libanio que, en sus recitaciones públicas, podía anteponer al discurso un *prólogos*. Cf. *Ep*. 405, del año 355, donde le explica a su amigo Aristéneto que, en el discurso inaugural del curso académico, comenzó con un prólogo y una réplica a un pasaje de Demóstenes *(metà prológou kaì tinos hamíllēs prós ti tôn Dēmosthénous),* pero nada nos autoriza a pensar que este prólogo sea el mencionado aquí. Véase J. Martin, *Libanios...*, pág. 256 y G. Fatouros, T. Krischer, *Libanios. Briefe,* Múnich, 1980, pág. 319.

Pero, por Zeus, nada de esto se me está reprochando, si- 26
no el hecho de que sienta nostalgia por los tiempos pasados y que hable bien de ellos, y que, por el contrario, denuncie la situación presente y vaya diciendo que, en aquel tiempo, las ciudades eran afortunadas, mientras que ahora la fortuna les es adversa, y que esta cantilena la repita todos los días, en todo momento y en todo lugar. Hay algunos que me ha- 27
cen este reproche y se sienten molestos por estas palabras mías, los mismos a quienes beneficia la situación actual. Pero los que se ven perjudicados son los que me elogian. Éstos, de ilustres han pasado a ser humildes, de acomodados a menesterosos, en tanto que aquéllos, por el contrario, se ven en la fama, la riqueza y el poder, cosas de las que tanto distaban en sus esperanzas como de adquirir la facultad de volar. No hay duda de que para quienes triunfan de forma inmere- 28
cida soy antipático e insolente cuando hago estas afirmaciones, pero que estoy lleno de encanto para los que han sido despojados de su anterior prosperidad, en la medida en que participo de su aflicción y me veo conmovido por sus desgracias. Por consiguiente, ¿por qué, cuando me llaman insolente, no matizan su acusación haciendo un pequeño añadido: «para ellos»? Pues, sin duda, no soy insolente para todos, sino para la gente a la que las desdichas de la mayoría les son beneficiosas. Ya que, si resultara ser insolente a juicio de todo el mundo, me sentiría avergonzado por estas afirmaciones, pero, si es a juicio de cuantos gozan de tal clase de fortuna, lo que siento es orgullo.

Me gustaría preguntar a esa gente si sostienen que yo 29
miento en mis elogios y vituperios o no. Pues si dicen que miento, entonces que demuestren que la situación de antaño no era mejor para las ciudades. Pero si reconocen que digo la verdad, entonces ¿por qué muestran esa hostilidad? ¿Por qué no llaman insolente a la verdad en vez de llamárselo a

quien se somete a ella? Porque no es mi discurso el que mo-
dela la realidad, sino que toma ese cariz con arreglo a los
hechos.
30 He dicho que antiguamente había frecuentes sacrificios,
que los templos estaban repletos de oferentes, que había
también banquetes, música de flauta, canciones, coronas y
riqueza en cada templo, y que todo ello, en su conjunto, ser-
vía para auxiliar a los necesitados[20]. ¿En qué he mentido
entonces? ¿Acaso también hoy pueden verse los templos de
tal manera? Mejor dicho, ¿se podría ver tanta pobreza en al-
31 gún otro sitio? Hay quienes con gran placer dedicarían ex-
votos en honor a los dioses, pero saben que, si los llevan
allí, pasan a ser propiedad de otros, puesto que el extenso te-
rreno que es propiedad de cada uno de los dioses, los labran
otros y de las ganancias no participan en absoluto los alta-
32 res. Dije que los que trabajaban la tierra tenían antiguamen-
te sus cofres, ropa, estateras, y que sus matrimonios tenían
dote. Hoy, en cambio, podrás recorrer amplias extensiones
de campo yermo que dejó vacías la opresión de las exaccio-
nes fiscales[21]. Aunque un mal aún mayor se ha añadido:
ésos que suelen llenar con su presencia las cuevas y cuya
moderación se limita a sus mantos[22]. Por eso, todos los que
aún permanecen en sus campos no necesitan cerrar las
puertas, ya que no puede tener miedo alguno a los ladrones
quien nada posee.

33 Tal vez desees hablar de las curias municipales. Pero si
es que, aun en el caso de que ninguna otra cosa estuviera en

---

[20] Sobre la caridad que dispensaban los templos paganos en época de Libanio, véase *infra, Disc.* XXX 20 y la nota *ad loc.*

[21] En el *Disc.* XLVII, por el contrario, Libanio asume la defensa de los recaudadores, ahora víctimas de los campesinos.

[22] Los monjes, a los que Libanio suele aludir despectivamente por sus hábitos y costumbres. Vid. *infra, Disc.* XXX.

mala situación, sólo este punto me impulsaría a hablar como lo hago. En lugar de los seiscientos decuriones de entonces, hoy no llegan a sesenta. ¿Sesenta dije? Ni siquiera seis en algunos lugares[23]. Incluso hay ciudades en las que la misma 34
persona tiene el cometido de recaudar los impuestos, se hace cargo de los baños y, al mismo tiempo, los atiende. ¿Qué significa este enigma? Se ocupa de los baños porque ejerce la prestación de la leña y, a la vez, cogiendo la hidria, el encargado de la liturgia se transforma en bañero[24]. Y si uno le

[23] En *Disc.* XLIX 2, Libanio culpa de la decadencia de las curias municipales a Constantino, sobre todo por la fundación de Constantinopla. Sobre las causas del empobrecimiento de los curiales, véase P. Petit, *Libanius et la vie municipale à Antioche au IVᵉ siècle après J.-C.*, París, 1955, págs. 335-338. Los momentos felices de la curia aquí aludidos corresponden al reinado de Diocleciano. En *Disc.* XLVIII 3, el Antioqueno insiste sobre este punto: «Hubo un tiempo en que nuestra curia era muy numerosa, de seiscientos miembros. Estos pagaban sus contribuciones *(eleitoúrgoun)* con sus bienes. Otros tantos cumplían lo que se les ordenaba con sus personas». P. Petit, *Libanius et la vie...*, págs. 54-55 interpreta este pasaje en el sentido de que, tras la reforma de Diocleciano, la curia antioquena quedó dividida en dos grupos, seiscientos miembros ricos, que se harían cargo de los *munera patrimonii*, es decir, cumplirían con sus correspondientes liturgias aportando dinero, y otros seiscientos, que tomarían a su cargo los *munera personalia*, por lo que su contribución se limitaría al simple trabajo personal. Sin embargo, Constantino simplificó el sistema, de manera que el mismo curial debía ocuparse tanto de los gastos como del trabajo de la liturgia correspondiente. Ello hizo imposible la permanencia de miembros pobres en la curia, lo que influyó en la progresiva disminución de su número. P. Petit, *Libanius et la vie...*, 322-324, hace un cálculo del número de miembros de la curia de Antioquía durante el s. iv y llega a la conclusión de que su número máximo, doscientos curiales, se alcanzó bajo el reinado de Juliano, mientras que en tiempos de Teodosio sólo contaría con 60, cifra que coincide con la que nos ofrece aquí Libanio.

[24] La prestación *(chorēgía)* de la leña es la *calefactio* o subvención de los gastos de mantenimiento de los baños públicos, y recaía forzosamente en un miembro de la curia municipal. Por el contrario, el servicio dentro

pide agua caliente y otro fría, él, como no se puede dividir en dos, tiene que soportar la ira de ambos.

35 «Mas esto no pasa entre nosotros». Y que no suceda, por Zeus. Pero no hay que tener en cuenta dónde no acontece, sino que haya sitios donde pasa. Y ciertamente, las curias cuya tierra es mala se arruinan por el volumen de las cargas fiscales, dado que nadie se interesa por tierras como ésas ni siente deseos de comprarlas. Por otro lado, aquellas en las que es mejor, en lugar de quienes las han heredado, tienen por dueños a quienes pueden comprarlas. En consecuencia, los curiales son humildes y escasos; no sólo pobres, sino mendigos, mientras que otros arribistas, venidos de no sé dónde, pagando el precio —la verdad sea dicha—, llevan una vida muelle rodeados de los bienes de aquéllos, después de haber adquirido, unos sus casas, otros sus campos y al-
36 gunos ambas cosas[25]. La dignidad de la curia no se ve por ninguna parte, sino que son los extranjeros quienes se pavonean por las calles y consiguen matrimonios. Mientras tanto, nosotros los vemos, los acompañamos en las comidas y nos deseamos larga vida, pero nadie entregaría a su propia hija a un decurión, ya que ninguno la odia tanto. Un mes necesitaría quien deseara hacer una descripción exacta de las desgracias que sufren los miembros de la curia.

37 Sé que también me he lamentado por los soldados como hago ahora con los curiales, y tal vez tampoco injustamente

---

de los baños entraba en la categoría de los *munera extraordinaria*, que eran asignados por las autoridades imperiales a cualquier *possessor*, curial o no. Por tanto, este personaje al que alude Libanio se estaría haciendo cargo al mismo tiempo de una liturgia imperial, una *chorēgía* y un servicio extraordinario que no tenía que recaer forzosamente en un curial.

[25] Libanio omite que la venta de las propiedades de los curiales a menudo no era sino una estratagema para escapar a las obligaciones de la curia. Por esa razón, una ley de 386 (*Cod. Theod.* XII, 3, 1) puso por vez primera obstáculos a la venta de bienes curiales.

en este caso, porque pasan hambre, soportan el frío y no tienen ni siquiera un óbolo, por culpa del concepto de justicia que tienen sus centuriones y generales, que hacen a los soldados más desgraciados y a sí mismos más ricos[26]. También pasan penurias los corceles de la caballería, hambre que se convierte en oro para los mismos; por no hablar del dinero que manda el Emperador. Éste, a través de las manos de los soldados, va a parar a las de ellos. Por si fuera poco, se con- 38
sidera glorioso vomitar, emborracharse, así como enlazar comida con comida y bebida con bebida. En cambio, son vergonzosos los ejercicios y el adiestrarmiento en el llano con las tareas oportunas. Por eso en las batallas a los enemigos les basta con gritar para que éstos se den a la fuga. Y el que permaneciera en su puesto lo haría para morir. Tienen un espíritu pusilánime y sus cuerpos poco difieren de sombras. También el suelo, por la carencia de calzado, les es ás- 39
pero a sus pies, ya que deben gastarse el dinero en mujer e hijos, pues cada uno suele tener ambas cosas. Ni les impiden casarse, ni se buscan la manera de alimentar a las madres y a sus vástagos[27]. Por tanto, si la comida del soldado sufre tantos recortes, ¿cómo va a poder saciarse? Y el perjuicio que por esto sufre se convierte en desventaja en la guerra.

Pero esto no sucedía en aquellos tiempos que yo tanto 40
elogio, sino que los jefes del ejército anhelaban la gloria en

---

[26] Más tarde, en *Disc.* XLVII 31-33, Libanio insistirá, en términos muy parecidos, en la denuncia de la situación de la soldadesca. Zósimo, IV 27, nos habla de una situación similar bajo Teodosio, pero no debemos dejar de lado el antiteodosianismo de este autor. Consúltese la nota de J. M. Candau, a este pasaje en Zósimo, *Nueva Historia*, Madrid, Gredos, 1992, pág. 363.

[27] A partir de Septimio Severo (año 197), los soldados podían casarse y llevar consigo a su familia.

lugar del dinero, y no había nadie que tuviera la intención de despojar de lo suyo a los soldados. Éstos eran fuertes, valientes y expertos en la guerra, y no se casaban, sino que se había hallado la forma de que no sintieran la necesidad de casarse. Bello espectáculo para los nuestros eran los caballos transportando a sus jinetes y terrible para los adversarios, y había paz, porque los bárbaros se exhortaban entre sí a permanecer tranquilos.

41 Si hay que hablar de los gobernadores que administran las provincias, por aquel entonces gobernaban los que eran considerados los mejores y cuantos de éstos conservaban la misma forma de ser, envejecían en sus puestos, en tanto que aquellos que degeneraban eran condenados a muerte y no había intercesión alguna. Esto hacía que las leyes mantuvie-
42 ran su vigor. Sin embargo, hoy en día se apresura hacia el cargo quien puede comprarlo y se da la vuelta para mirar en derredor, no sea que el sucesor no se encuentre a muchos estadios de distancia. Y reconoce de entrada que ha venido para obtener ganancias. Y esto no es más que el preámbulo de su gobierno. A la vista de todo el mundo, se atreve a llevar a cabo lo que antes sólo sucedía en las sombras y, aun cuando salga del cargo, por más que vomite una pequeña parte del total, la mayor parte ya la habrá digerido[28]. En ese

[28] El prefecto del pretorio de Oriente solía ser el encargado de nombrar a los gobernadores provinciales, casi siempre por recomendación de influyentes miembros de la corte. Por tanto, no era infrecuente que el *suffragium* se obtuviese mediante la entrega de cuantiosas sumas de dinero. Incluso algunos vendían sus tierras y bienes curiales para comprar un puesto en la administración imperial (cf. *Disc.* XLVIII 11). El beneficio era doble, pues el cargo daba pie a un rápido enriquecimiento personal y, terminado su mandato, el antiguo gobernador entraba en el selecto grupo de los *honorati*. De ahí que los gobernadores provinciales fuesen tan inexpertos y durasen tan poco tiempo en el cargo. Cf. W. Liebeschuetz,

caso, ¿es insolente quien siente aversión por esto y admiración por aquello?

Sea. Supongamos que todo lo demás me hiciera amigo 43
de los tiempos presentes, ¿no es cierto que tal vez sólo me bastaría la situación actual de la retórica para declararles la guerra? Antaño ésta resplandecía y ahora está ensombrecida. Antaño arrastraba a jóvenes de todas partes, mientras que hoy prevalece la opinión de que no tiene importancia.
Muy al contrario: los jóvenes piensan que es árida como las 44
piedras y que hay que estar loco para cultivarla, pues en vano se perderá la semilla. Que, en cambio, los frutos vienen de otro lado, de la lengua itálica, ¡oh soberana Atenea!, y del estudio de las leyes, cuando antiguamente los que las conocían tenían que llevarlas y aguardar de pie mirando al rétor esperando la orden: «tú, lee». Ahora, hasta los secretarios ocupan las más altas magistraturas, y el que aprende la elocuencia en lugar de esos estudios sufre la burla de esta gente y no le queda más remedio que lamentarse[29].

Antioch: city and imperial administration in the Later Roman Empire, Oxford, 1972, págs. 110-114.

[29] La decadencia de la retórica es un motivo recurrente en la obra de Libanio. Nuestro orador identifica retórica *(hoi lógoi)* y paganismo *(tà hierá)*, que son los pilares del helenismo. Cf. A. J. Festugière, *Antioche païenne...*, págs. 229-240, y W. Liebeschuetz, *Antioch...*, págs. 15-16. Libanio deplora en repetidas ocasiones que los jóvenes prefieran seguir el estudio del derecho y del latín, indispensables para entrar en la administración imperial, en detrimento del estudio de la retórica (cf. *Disc.* I 154; 234). Eran muchos los jóvenes que se embarcaban rumbo a Italia para aprender el latín (cf. *Disc.* I 214). Sin embargo, no le preocupaba tanto el ascenso del estudio del derecho, reservado a los jóvenes de familias pudientes, como el que Constancio II facilitara el acceso a altos cargos de la administración a los secretarios *(notarii* o *hypographeîs)*, surgidos de clases humildes, a los que ataca violentamente en el *Disc.* LXII. A pesar de las quejas de nuestro rétor, los emperadores del s. IV dieron gran importancia a los estudios de retórica y a la cultura literaria, como lo de-

45 Se da el caso de que muchos, después de haber salvado con su defensa jurídica los bienes de mucha gente, escapan de los tribunales de un salto y se hacen soldados, no porque sientan el deseo de ganar fama con sus manos, sino porque son conscientes de que, al tomar la lanza, de inmediato podrán casarse y engullir la dote de su esposa. Y cuando el enemigo avance en el momento decisivo de la batalla, fácil les será servirse de los pies en lugar de las manos, ya que no habrá
46 luego rendición de cuentas. Por tanto, ahora que los llamados signos[30] han puesto en fuga a Hermes, han derrotado a las Musas y se han llevado a su terreno la dicha que estaba reservada a quienes se dedicaban a ellas, cuando unos se ven postrados de humillación y los otros tienen henchidas las mejillas de orgullo, ¿puede alguien irritarse si me lamento porque mi arte ha terminado por ser inútil?

47 «Sin embargo —se dirá— no sólo te dueles por la retórica, sino que atacas en su conjunto los tiempos presentes y cantas alabanzas del pasado, con lo que te excedes en tu cometido». ¿Qué ley, excelentes amigos, estoy transgrediendo? ¿Qué límites me estoy saltando con mi aflicción por tales asuntos? ¿Cómo va a resultar una ofensa solidarizarse con el dolor de los que lo pasan mal? Porque yo considero que es un gesto de misericordia no sólo acongojarse por las desgracias personales, sino también sentir lo mismo cuando
48 les suceden a otros. Yo sé que muchos sienten compasión

---

muestra el prestigio del propio Libanio, si bien es cierto que, a partir de la muerte de Juliano, quien dio prioridad en su administración a personas con formación retórica, van ganando terreno los estudios de las leyes y el latín. Véase L. Cracco Ruggini, *Simboli di battaglia ideologica nel tardo ellenismo,* Pisa, 1972, págs. 24-28.

[30] Nueva alusión a la taquigrafía. Hermes es patrón de los rétores, mientras que las Musas simbolizan aquí la formación literaria que está en la base de los estudios retóricos.

no sólo por su contemporáneos si les ocurre alguna desgra-
cia, sino que hasta vierten lágrimas sobre sus libros cuando
leen las tragedias. En ese caso, ¿por qué no les hacéis repro-
ches también a ellos? Porque es fácil decirles: «¿Qué os im- 49
portan a vosotros los hijos de Níobe[31] o si alguna hija de
Cadmo[32] mató a su propio hijo? ¿ Acaso es Layo vuestro
padre? ¿Edipo[33] vuestro hermano? ¿Hécuba[34] vuestra ma-
dre? ¿Creonte el corintio vuestro tío? ¿Glauce[35] vuestra pri-
ma?». ¿No me pareció hace poco que Hipólito[36] merecía
mis llantos, tantos como si hubiera estado presente y hu-
biera asistido a su sufrimiento? ¿Por qué, pues, no se me
echa en cara que me vea afectado por desgracias anteriores
a la guerra de Troya? Y vosotros ¡por Zeus!, cuando son 50
transportados los cuerpos sin vida de jóvenes y sus padres
los escoltan, ¿acaso no lloráis cuando vais acompañando el
cortejo fúnebre, aunque no os obligue a ello ningún lazo de
parentesco? Sin duda podríais tener a quienes os lo repro-
charan con razón. Sin embargo, los padres por quienes ha-
yáis mostrado esta deferencia os contarán entre sus bene-
factores.

Así es que, si nada malo hay en gemir por un muerto 51
que no está emparentado con nosotros, ¿cómo va a serlo

[31] Ártemis y Apolo mataron a los hijos de Níobe por los insultos que ésta profirió contra su madre Leto.

[32] Se trata de Ágave, que mató a su hijo, Penteo, poseída del furor báquico.

[33] Alusión a la famosa leyenda de Edipo, involuntario asesino de su padre, Layo, rey de Tebas.

[34] Es la esposa de Príamo, rey de Troya, cuyos sufrimientos pone en escena Eurípides en su *Hécuba*.

[35] Creonte, rey de Corinto, y su hija Glauce murieron por el veneno de la hechicera Medea. Cf. Eurípides, *Medea*, vv. 1136-1221.

[36] La tragedia *Hipólito* de Eurípides nos narra cómo la maldición de Teseo acaba con la vida de su casto hijo, Hipólito.

lamentarse por los que pasan su vida entre pesares, lo que es más amargo que la muerte? Y si es adecuado estar descorazonado por una ciudad que se encuentra en una mala situación, ¿por qué no también por las provincias? Y si nos afligimos por una sola, ¿por qué no también por un número
52 mayor? Yo aprecio a cuantos toman parte de mi aflicción, aunque no tengan nada que ver con la retórica. ¿Es que no iba yo a cometer una injusticia si no juzgara dignos de los mismos privilegios a los que dedican su vida a otros menesteres? No somos chipriotas ni —digámoslo con el beneplácito de Adrastea[37]— hemos visto nuestra ciudad derribada por el seísmo[38] y, sin embargo, aquí había lamentos y gemidos, y se podía oír cómo muchos decían: «¡Oh ciudades!, ¿dónde estáis ahora?». No obstante, nadie nos reprendía porque considerábamos que nos incumbía la desgracia de esta isla, a pesar de que entre nosotros se interpone tan anchuroso mar.

53 Por tanto, ¿qué quiere decir para ellos eso de mi intromisión? Yo no he sido jefe de vuestras fuerzas armadas ni he tomado parte en los combates de Tracia[39], ni como es-

---

[37] Libanio suele invocar a Adrastea (sobrenombre de Némesis) para rechazar la envidia de los dioses. Cf. *Disc.* I 1; 158.

[38] Ignoramos a qué terremoto se refiere Libanio en este pasaje. Sin embargo, parece poco probable que, como afirma Norman *(Selected works...*, pág. 39), se trate del terremoto que menciona Zósimo (IV 18) y que afectó en el 374-375 a Grecia y Creta, excepto a Atenas. Como señala Martin correctamente *(Libanios...*, págs. 268-269), Zósimo no alude en ningún momento a Chipre. El terremoto más reciente del que nos habla Libanio es el que afectó en 365 a Siria-Palestina (cf. *Disc.* I 134 y XVIII 292). Consúltese el artículo de F. Jacques, B. Bousquet, «Le raz de marée du 21 juillet 365», *Mélanges de l'École Française de Rome* 96 (1984), 423-462.

[39] Alusión a la batalla de Adrianópolis. El Antioqueno se refiere con fines propagandísticos a esta desastrosa batalla, dirigida por un emperador cristiano.

tratego ni como soldado; pero es que ni siquiera desde un alto árbol hubiera podido soportar el espectáculo de aquella gran batalla. Con todo, al escuchar el resultado de la refriega, me golpeé la frente, me mesé los cabellos y me pregunté a mí mismo las causas de aquella desgracia, de la cual hice mención al día siguiente a otros. ¿De modo que cometía una falta por ello? ¿Y quién es el que va a sostener esa afirmación? No ejerzo como curial, sino que me exoneran mis 54
desvelos por la retórica, pero me es lícito afligirme por la pobreza de los curiales y quejarme de la riqueza de esos que asisten a los magistrados, algunos de los cuales, aunque en otro tiempo vendían carne, panes u hortalizas, hoy llegan a ser importantes gracias a que poseen las propiedades de aquéllos, sin haber regateado en absoluto por el precio. Tal es la cantidad de oro que tienen.

Algunos llegan a molestar con el tamaño de su casa a 55
los vecinos, al no dejarles disfrutar de la luz del día con claridad. ¿Y, a pesar de todo, se creen que no nos causan perjuicio alguno con esta transformación y con su manera de socavar la situación social, pero, si alguien es incapaz de guardar silencio ante estas injusticias, entonces ése es fastidioso e insolente? ¿Pero es que si alguno de tus parientes 56
llegase a igualarte en riqueza y tú te sofocases de rabia por ello, porque te parece intolerable, y con sumo gusto le incoarías un proceso a la Fortuna, te parecería adecuado que entonces yo colmara de alabanzas a la diosa objetando que se ha comportado con justicia, a pesar de haber cometido una enorme injusticia contra el género humano en ambos sentidos: por haber negado sus dones a aquellos a los que era menester tratar bien y por habérselos entregado a la escoria? ¿O es que también debo encarecer la riqueza de los 57
aurigas o la que obtienen otros por hacer reír, o deberé elo-

giar el que sea fácil conseguir el cinturón[40] o que los jovencitos no tengan vergüenza y que sus padres, aunque se percatan de ello, lo toleren, o que aquéllos duerman la mayor parte del día, mientras que por la noche pierden todo el tiempo a la espera del baño? Y eso que me callo lo que hacen mientras aguardan y dónde[41].

58 Cuatro eran los secretarios que tenía aquel soberano sobre el cual sé que os molestaría que dijera algo positivo[42]. Diecisiete eran los que le traían los mensajes, y el que estaba al frente de éstos recibió, como premio por sus muchos

---

[40] Los aurigas son los de las carreras del circo, que gozaban de enorme popularidad en Antioquía. Los supuestos payasos son los actores de mimo, género teatral que escandalizó por igual a moralistas cristianos y paganos (Cf. W. Liebeschuetz, *Antioch...*, págs. 144-149 y C. Millon, B. Schouler, «Les Jeux Olympiques d'Antioche», *Pallas* 34 (1988), 61-76). El cinturón simboliza el poder de los oficiales del ejército (cf. *Disc.* LXII 14).

[41] Libanio alude a la vida sexual de los estudiantes. En *Disc.* XXXVIII 6-12 ofrece más detalles: uno de sus alumnos se prostituye a la vez que ejerce de proxeneta y se lucra enviando a otros estudiantes a adultos pederastas. Juan Crisóstomo, en su homilía *Contra los detractores de la vida monástica,* confirma que los jóvenes se solían entregar a prácticas homosexuales. Crisóstomo propone a los padres la vida monástica como medio de escapar de estos peligros de la vida urbana. Sobre esta cuestión puede consultarse A. J. Festugière, *Antioche...*, págs. 192-210.

[42] Se refiere a la reducción del personal de la corte llevada a cabo por Juliano. Los *notarii,* que tanta influencia ejercieron en la corte de Constancio II, son destinados a su función original, la de tomar nota de los dictados del emperador. Los correos *(agentes in rebus* o *curiosi),* temidos en época de Constancio II por su función de espías imperiales, regresaron con Juliano a su tarea original en la posta pública. Vid. A. Chastagnol, *L'évolution politique, sociale et économique du monde romain de Dioclétien à Julien,* París, 1982, págs. 202-205, y A. H. M. Jones, *The Later Roman Empire. 284-602*, Oxford, 1964, págs. 572-582. Sobre la reforma de la corte por Juliano véase J. Bidez, *La vie de l'empereur Julien,* 2.ª ed. París, Les Belles Lettres, 1965, págs. 213-218.

años de servicio, el mando sobre el bronce[43], mientras que el resto daba esplendor a las ciudades[44]. Pero, hoy en día, los primeros son quinientos veinte y los segundos más de diez mil, y el que se encarga de ellos puede convertirse en prefecto cuando le venga en gana.

Esto es lo que fustiga mi alma y sobre este asunto no 59
puedo dejar de decir lo que es justo. Y por lo menos tengo a quienes me dan la razón, del mismo modo que vosotros los tenéis en vuestros magníficos banquetes, en los que abunda la nieve[45] y la insolencia, donde vergonzosas son las pendencias y malignos vuestros triunfos y, en lugar de los dioses, reciben cantos de alabanza los causantes de los males que estamos padeciendo[46].

---

[43] El jefe de los *agentes in rebus* era el *curiosus praesentalis* (cf. A. H. M. Jones, *The Later...*, pág. 579). No está clara la naturaleza del cargo que Juliano le otorga al *curiosus praesentalis* de Constancio, pero parece tener relación con fraguas imperiales o fábricas de armas, que eran monopolios estatales. El puesto no era muy codiciado, a juzgar por la *Ep.* 197 de Libanio.

[44] Libanio se refiere con ironía a que los curiales que eludieron las cargas municipales entrando en la administración de Constancio se veían ahora en la necesidad de volver a sus ciudades de origen para cumplir con sus obligaciones.

[45] La nieve es la que se emplea para enfriar el vino.

[46] Alusión a los cristianos, cuya más baja expresión viene representada por el monaquismo. Libanio, a diferencia de Juliano y Temistio, parece saber muy poco acerca de la doctrina cristiana. Su conocimiento se reduce a una serie de tópicos: monoteísmo —que para él es sinónimo de ateísmo—, culto a los mártires, incultura de los cristianos y carácter antisocial de los monjes. Véanse G. Dagron, «L'empire romain d'Orient au IVe siècle et les traditions politiques de l'hellénismé. Le témoignage de Thémistios», *Travaux et mémoires* 3 (1968), 150; L. Cracco Ruggini, *Simboli...*, pág. 115, A. J. Festugière, *Antioche...*, pág. 237, y A. González, «Paganos en Antioquía bajo el emperador Teodosio: el discurso II de Libanio», en J. González (ed.), *El Mundo Mediterráneo*, Madrid, 1999, págs. 75-80.

60 «Precisamente —diga tal vez alguno— eres insolente
por repetir muchas veces este reproche». ¿Pero es que repe-
tir muchas veces lo que está bien decir podría acarrear un
justo reproche a quien habla? ¿Y cómo es eso? Porque del
mismo modo que no es justo afirmar lo que no es menester,
hay que reiterar en repetidas ocasiones lo que corresponde
61 decir. Puedes ver que cada día nos saludamos con las mis-
mas expresiones y no somos insolentes a causa de nuestras
palabras, ni nos sentimos molestos, sino que nos hacemos
más estimados y, a la inversa, el que no saluda nos hace un
desprecio. Los muchachos que cantan en torno a vuestras
mesas y al ritmo de cuyo cántico bebéis, ¿no acompañan
con las mismas canciones los cálices y os son más agrada-
bles que la propia bebida[47]? Entonces, cómo es que aquello
es una insolencia y esto no? Porque si una cosa vale para la
62 bebida, también la otra para las desventuras. Yo sé que mu-
chos se consumieron en su llanto después de sufrir alguna
desgracia, pero nadie los censuró por no haber cesado de
llorar antes de morir, sino que incluso se pensó de ellos que
habían comprendido la extensión de sus desgracias precisa-
mente por haber vivido hasta el final con su dolor.
63 Pon fin a la ruina que sufre cada uno y acabarás con mis
comentarios sobre ella. Pero si, en cambio, se extiende, ¿por
qué quieres obstruir mi lengua? Son los propios aconteci-
mientos los que me empujan a hablar. Lo que tú haces es
como si un médico, que no sabe curar una herida, exigiera
64 al enfermo que no se lamentara. Devuelve su antiguo vigor
y lozanía a las ciudades y me oirás cantar la palinodia. Res-
tituye a la retórica el lugar que antaño le correspondía y re-
clámame entonces la alabanza del momento presente. Si, en

[47] Nueva referencia sarcástica a la eucaristía, rito del que formaban parte el vino y los cánticos. Cf. *Disc.* XXX 8.

cambio, la epidemia sigue propagándose y el mal se hace cada vez mayor y pequeñas son las desgracias de antes en comparación con las de ahora, mientras que las cosas más viles son las más veneradas y las mejores las más deshonradas, ¿por qué pretendes obligarme a hacer el encomio de este azote?

En efecto, tengo por míos los asuntos del mundo entero, 65
lo mejor y lo peor, y soy tal cual me forjan sus contingencias. Así es que no merece ser odiado quien siente amor por
el mundo. Pero si se me forzara a preocuparme sólo por la 66
tierra que me dio el ser, mi opinión es que es desgraciada por causa de las inmigraciones de muchos que, tras haber abandonado sus ciudades y casas, si es que las tenían, y que ni en sueños desearían contemplar el lugar donde nacieron, se creen con derecho a imponerse a los ciudadanos, aunque son extranjeros, por más que tiemblen ante la idea de que el Emperador establezca la ley de que se rindan cuentas por las
fortunas dudosas. A éstos no les basta con poseer lo nuestro, 67
sino que hasta se encolerizan si uno le echa la culpa a la Fortuna. Y, encima, el censurador es insolente. Porque, el que vosotros hayáis llegado a tal grado de libertad de expresión, aunque seáis de la calaña que sois, ¿cómo no va a ser
el colmo de la desgracia? Si fuera yo un labrador que siem- 68
bra continuamente sin recibir ganancias y maldijera a gritos los años que recibieron la semilla sin haber dado fruto, ¿sería entonces molesto para quienes cada año oyeran de mí esta queja? ¿Y cómo sería posible que no derramase lágrimas en los tiempos de sequía e inundaciones, y cuando lle-
gasen las restantes plagas y perdiera la propia cosecha? ¿Es 69
que tenemos que llorar cuando la madre que nos engendró sufre una larga enfermedad, pero cuando la patria, que debería estar incluso antes que nuestra madre, se encuentra en una lamentable situación, entonces debemos festejarlo? Yo

me daba cuenta de que con mi actitud estaba complaciendo
a los dioses encargados de su tutela[48], y tenía la certeza de
que eso era justo. Por consiguiente, al actuar con justicia no
podía cometer una falta.

70 Y éste es el gran motivo que me impulsaba a hablar,
además de otro no baladí. Confiaba en que mi queja tendría
algún efecto, proporcionaría algún remedio y podría dar lu-
gar a enmienda, en el caso de que unos a otros la transmi-
71 tieran hasta que llegara a oídos de los emperadores. Mas
vano ha resultado mi afán y de nada sirve que alimente en
balde esta esperanza. Puesto que aquellos a los que les está
permitido conversan con los monarcas sobre cualquier cosa
antes que sobre estos asuntos tan importantes y, omitiendo
las cuestiones de utilidad, dicen sólo aquello que les reporte
72 el favor imperial. ¿Y por qué hay que censurar a los demás?
Ni al propio prefecto[49] conseguí mover a preocuparse por
las curias aunque le dije (¿y a quién no me habría ganado
con un argumento semejante?) que esa clase desaparecería
al no tener hijos los curiales, dado que no les salen ofertas
de matrimonio y porque ser decurión es considerado el peor de
73 los males. Él no podía refutar mi argumento y, con hablar
de mala manera en un gran arrebato de cólera a tres o cuatro
curiales, pensó que ya había cumplido con su deber, así es
que de nuevo se entregó a sus escritos[50].

---

[48] Las divinidades tutelares de Antioquía eran Apolo, la musa Calíope y Ártemis.

[49] Puede tratarse de Domicio Modesto, prefecto del pretorio de Oriente desde 369 hasta 377 y cónsul en 372, con quien Libanio mantenía buenas relaciones, o, como postula Norman (*Selected*..., págs. 48-49), Flavio Neoterio, prefecto en 380-1.

[50] Sigo a Martin, que mantiene la lectura de los manuscritos *gráphein* y desecha la conjetura de Reiske, seguida por Foerster, que sustituye este verbo por *tryphân*.

En suma, ¿qué es lo que queda? Suplicar a los dioses 74
que extiendan su mano protectora sobre los templos, los campesinos, los soldados, las curias, la lengua de los helenos; que reduzcan lo que ha crecido contra justicia y recobren sus fueros las que injustamente sufren desprecio, y que me den motivos de gozo en lugar de mi actual aflicción.

III

A LOS ALUMNOS, SOBRE EL DISCURSO

INTRODUCCIÓN

La escuela y la enseñanza ocuparon un primerísimo lugar en la vida de Libanio y, por este motivo, su condición de sofista oficial de la ciudad se dejó sentir en su producción literaria. De su abundante producción epistolar, prácticamente la mitad está relacionada con la temática escolar, pues Libanio solía mantener informados a los padres de sus alumnos que no residían en Antioquía de la evolución académica de sus hijos. Aunque en menor medida, también buena parte de sus discursos están plagados de referencias a la enseñanza y siete de ellos se centran en la problemática escolar[1]. Gracias a la enorme cantidad de datos suministrados por Libanio, conocemos con bastante exactitud los pormenores de la vida escolar antioquena del s. IV: nombres de alumnos, su distribución por cursos escolares, origen social, procedencia, carreras que siguieron y hasta sus éxitos profesionales[2].

---

[1] *Disc.* XXXIV, *Contra los ataques del pedagogo; Disc.* XXXVI, *Sobre los maleficios; Disc.* XL, *A Eumolpio; Disc.* LV, *A Anajencio; Disc.* LVIII, *Sobre el manteo; Disc.* LXII, *Contra los detractores de su enseñanza* y el que nos ocupa, el *Disc.* III.

[2] Consúltese el exhaustivo estudio de P. Petit, *Les étudiants...*

Libanio solía impartir clase en una sala del *bouleutḗrion*, sede de la curia municipal, a grupos de entre 35 y 50 alumnos por curso, asistido por profesores ayudantes o *hypodidáskaloi*[3]. Los jóvenes entraban en la escuela superior a los 15 ó 16 años de edad tras haber recibido una profunda formación literaria con el *grammaticus* o *grammatikós*. Según ha postulado Petit[4], debió de existir un programa que estableciera ciertos niveles a los que los estudiantes irían accediendo progresivamente. Los profesores ayudantes o *rhḗtores* se encargarían de ofrecer en los dos primeros años una base teórica a los jóvenes. Una vez superada esta fase pasarían a manos del *sofistḗs* para aplicar en los ejercicios prácticos *(melétai)* lo aprendido. Además de las clases ordinarias, en el programa oficial figuraba la asistencia a discursos de aparato o *epideíxeis* a cargo del sofista. Éstas tenían un valor didáctico de primer orden, habida cuenta del carácter mimético de la educación en la Antigüedad. A estas sesiones solía acudir el público en general, especialmente a la más importante de todas, la que tenía lugar al finalizar el curso escolar, a comienzos del verano.

El *Disc.* III, según se desprende del parágrafo 29, se sitúa en la clausura de un año escolar posterior al 387. Libanio tiene más de 73 años y, con la edad, se ha vuelto más susceptible y menos paciente con el comportamiento de los estudiantes. Éstos, según nos dice nuestro sofista, no prestaron suficiente atención a los discursos de invierno y primavera. Por si fuera poco, algunos, con su proceder, pusieron en ridículo al maestro ante los asistentes. Se impone un castigo y al viejo profesor se le ocurre dejarles sin el discurso

[3] Sobre los *hypodidáskaloi* y su prosopografía, *vid.* P. Wolf, *Vom Schulwesen der Spätantike. Studien zu Libanius*, Baden-Baden, 1952, págs. 60-75 y P. Petit, *Les étudiants...*, págs. 84-88.

[4] *Loc. cit.*

de clausura, con el objeto principalmente de que nadie sea testigo de su inadecuado comportamiento.

Como resulta evidente, el supuesto castigo no es más que un recurso literario común, la *epitímēsis*. El rétor Elio Aristides, muy admirado por Libanio, escribió el *Disc.* LI, *A los que lo acusaron de no declamar,* que, en el *Laurentianus* LVII 44, figura con un título casi idéntico al que lleva el que nos ocupa. A pesar de lo tópico del tema, el *Disc.* III tiene momentos brillantes, especialmente cuando describe la insolencia de los jóvenes que lo interrumpen mientras está declamando (§§ 11-14).

Numerosos son los manuscritos, un total de veintiuno, que nos han transmitido este discurso, cuya *editio princeps,* la edición de Ferrare, a cargo de Soterianus Capsalis, vio la luz en el 1517, a la que siguió una edición de Morel, con traducción latina, no fechada pero sin duda posterior a 1613. En lengua moderna disponemos de las traducciones al francés de Festugière y Martin, y al alemán de Wolf[5].

[5] A. J. Festugière, *Antioche païenne et chrétienne...*, págs. 446-452; J. Martin, *Libanios...*, págs. 92-101, y P. Wolf, *Autobiographische...*, págs. 143-153.

III. A LOS ALUMNOS, SOBRE EL DISCURSO

A vosotros, jóvenes que anheláis tener buena reputa- 1
ción, no se os podría censurar que reclaméis el discurso de costumbre. Pero, en lo que a mí respecta, creo que mi silencio tiene una razón con la que estaréis de acuerdo, una vez la hayáis escuchado. No se me oculta que contra los que me han llevado a esta necesidad invocaréis a los dioses a los que agrada de modo especial que se compongan y pronuncien discursos[1].

Me asombra que no hayáis reflexionado por vuestra 2
propia cuenta sobre cuál es el motivo que me ha impulsado a suprimir esta costumbre, o que, tras haber reflexionado, no os hayáis percatado de lo que ocurre. Aún más, me sorprende que, si os habéis dado cuenta, en lugar de conformaros o de enfrentaros a los responsables de esta situación, hayáis
osado recordarme el discurso. Por tanto, si no habéis busca- 3
do la causa o no la habéis encontrado, y os pasan desapercibidas las acciones de quienes nos ofenden, tampoco os es posible evitar que se os acuse de cometer las mismas ofensas, porque, cuando tenéis que velar, dormís y, cuando debéis conocer a cada uno de los que nos rodean, éstos os son

[1] Hermes y las Musas. Cf. *supra, Disc.* II 46.

desconocidos. Y eso que convivís en el mismo lugar, tenéis trato y conversáis unos con otros cada día. Así es que lo normal sería que cada cual conociera a su vecino no menos que a sí mismo. Pues esta apatía se explicaría más como un gesto de indiferencia hacia mí que de pereza.

4 ¿Es que tengo que conversar con vosotros como si no os hubieseis dado cuenta de nada? ¿Quién lo creería? Si a mí se me reprochara callar por pereza e indolencia, me avergonzaría por considerar que ésta es una enfermedad propia de un vil esclavo, para el cual estar tumbado y moverse po-
5 co o nada constituye la mayor de las fiestas. Pero, en realidad, ¿quién ignora que tengo problemas con mis amigos por los trabajos que me doy en mi vejez, porque considero más dulce que la miel estar siempre dando forma a una idea y componer un discurso, y que lo más terrible de mi artrosis es precisamente que me impide escribir[2]? Por tanto, ¿por qué motivo, si puedo cumplir lo estipulado aportando numerosos discursos, no he querido hacerlo, sino que éstos existen pero yo no los saco a la luz?

6 Es posible que alguno crea que me voy a referir al perjuicio que sufro con mis honorarios[3]. Y bastante motivo es

---

[2] Libanio sufría de gota desde los 50 años, pero ni siquiera este ataque, acompañado de una terrible agorafobia, le apartaba de su trabajo (cf. *Disc.* I 139-142). Nuestro autor se jacta con frecuencia de su capacidad de trabajo y de su ánimo para soportar las fatigas *(pónoi)* de la retórica. Cf. *Disc.* I 109, donde explica cómo sacaba tiempo del sueño para escribir.

[3] Los honorarios *(misthós)* que los padres de sus estudiantes le pagaban a comienzos de año constituían una pequeña parte de sus enormes ingresos, lo cual le permitía cierta flexibilidad con los alumnos morosos o los que, simplemente, no pagaban. Algunos, cuando se acercaba la fecha del pago, dejaban de asistir a clase para regresar más tarde (cf. *Disc.* XLIII). El salario *(basilikē trophē)* de un sofista oficial era muy superior al que cobraban los altos mandos del ejército, si hemos de dar crédito al

éste para encolerizar a una persona y hacer que guarde silencio. Pues, cuando un joven recibe dinero de su padre para llevárselo al sofista, una parte la destina a sus bebidas, otra parte a los dados y el resto lo entrega para placeres sexuales[4] en ocasiones más audaces de lo que es costumbre. Acto seguido, tras exhortarse a sí mismo a mostrar su desvergüenza[5], entra dando saltos, vocifera, amenaza, golpea, considera a todo el mundo como escoria y pretende que su sola entrada sea considerada como salario[6]. Para el pobre hay 7

---

edicto de Graciano *(Cod. Theod.* XIII 3, 11), que fijaba la paga de los profesores de la diócesis de Tréveris. Por otro lado, Libanio explotaba sus importantes propiedades raíces, que, de no ser por su exención como sofista, le habrían valido su ingreso en la curia. Además, él y su primo Espectato heredaron la fortuna de su tío Fasganio, que murió sin descendencia. Sus quejas en el *Disc.* XXXI por la mala situación de los docentes no se refiere a su caso particular, sino a los profesores ayudantes *(hypodidáskaloi).* Cf. S. F. Bonner, «The Edict of Gratian on the Remuneration of Teachers», *Amer. Journ. of Philol.* 86 (1965), 113-137; P. Petit, *Libanius et la vie...*, págs. 407-411; *Les étudiants...*, págs. 144-147, y A. Kaster, «The Salaries of Libanius», *Chiron* 13 (1983), 37-59.

[4] En época de Libanio no se consideraba moralmente censurable que los jóvenes acudieran a las prostitutas, pero sí había una desaprobación clara de las prácticas homosexuales. Consúltense al respecto A. J. Festugière, *Antioche...*, pág. 154, y P. Petit, *Les étudiants...*, pág. 148. Como señala Foerster, este pasaje *(tà dè aidoíois édōke)* es una paráfrasis de *Od.* XV, 373 donde Eumeo dice a Ulises: «Comí, bebí y *aidoíoisin édōka*». Libanio emplea magistralmente las citas homéricas como motivo ornamental. Véase el artículo de A. López Eire, «Las citas homéricas en las epístolas de Libanio», *Habis* 24 (1993), 159-177.

[5] Este pasaje ha sido discutido. Los manuscritos dan mayoritariamente la lectura *pròs hautòn anaidésas tèn anaídeian,* lo que revela un error en la copia del participio por influencia del sustantivo. Los distintos editores han tratado de solucionar de diferentes maneras la cuestión. Acepto, sin demasiada convicción, la propuesta de Martin, que corrige: *pròs hautòn anakalésas tèn anaídeian.*

[6] Libanio terminó por aceptar gratis en su clase no sólo a los hijos de los pobres, sino incluso a los de los *principales,* quienes consideraban la

tantos motivos de excusa como de censura, porque si no paga es porque no puede[7]. Pero, ¿cómo se va a tolerar que compartan fila con los demás y se comporten de un modo
8 ofensivo en clase? Incluso, hay quienes tienen un comportamiento más alocado que aquéllos, como si de ese modo tuvieran la intención de ocultar que no han pagado nada. Luego caen a los pies de los pudientes y pierden el tiempo en esa «gloriosa» adulación[8]. Así es que, cuando abandonan la escuela, algunos ni siquiera conocen a su sofista y otros
9 hasta le hacen todo el daño de que son capaces. De modo que otro hubiera considerado este hecho como una causa para no hablar, no dudando en proclamar que castigaba a este tipo de alumnos con no concederles todo. Mas, en mi caso, como estoy acostumbrado desde antiguo a no recibir la paga, es posible que así castigara a ambas partes, al que no da y al que no cobra. Así pues, éste es un problema antiguo y por eso me muestro indulgente. Por tanto, la cuestión del dinero no es la responsable de que las clases de este año no sean clausuradas con un discurso.

10 Entonces, ¿cuál es la razón, si no es ésta? Pues que no veo que todos los jóvenes sientan pasión por mis disertaciones, ni que sean conscientes de la importancia que tenemos. Clara prueba de ello dieron en primavera y en invierno, en
11 los respectivos discursos de ambas estaciones. Examinad la situación. Doy orden a mi esclavo de que convoque a mis

---

presencia de sus vástagos en clase un honor para el profesor (cf. *Disc.* XXXVI 9). En *Disc.* LXII 19-20 se lamenta de que la gratuidad de su enseñanza sea causa de la falta de interés de sus estudiantes.

[7] Sobre las ayudas que recibían los estudiantes cuyos padres habían venido a menos por parte de los ciudadanos ricos y por el propio Libanio, véase P. Petit, *Les étudiants...*, págs. 146-147.

[8] Los estudiantes pobres dependían para su alojamiento y gastos de los compañeros más ricos, por lo que se veían obligados a agasajarlos.

alumnos a una audición y él cumple mi mandato a la carrera. Sin embargo, ellos no emulan la prisa de éste, a pesar de que su obligación era superarla, sino que unos perseveran en sus canciones, que todos conocen, otros en sus fruslerías y en sus bromas. Y cuando su negligencia en este asunto es objeto de la censura de quienes los están viendo, si es que se deciden a entrar, lo hacen como las novias, o más exactamente, como los funámbulos, hasta que cruzan la puerta e incluso después de haber entrado. De forma que aquellos que ya están sentados terminan por enojarse por tener que esperar a los jóvenes que tal desidia muestran.

Y éstos son los incidentes que suceden antes del discur- 12
so. Pero cuando empiezo a hablar y a hacer mi exposición, se producen frecuentes intercambios de señales sobre aurigas, actores, caballos y bailarines, y otros muchos también sobre el combate que ha tenido o va a tener lugar[9]. Algunos 13
hasta llegan más lejos y permanecen de pie, como estatuas de mármol, con una muñeca apoyada sobre la otra. Otros no paran de molestarse las narices con una y otra mano. Aquí unos se quedan sentados pese a que son tantos los que se ponen de pie[10]. Allá otros hacen sentar por la fuerza a quien se levanta o se dedican a contar a los que van entrando. No faltan quienes tienen bastante con mirar las plantas o con charlar de lo que se les antoje, pues ello les resulta más agradable que prestarle atención al orador. Y he aquí lo más 14
audaz de todo: que utilicen aplausos fingidos para eclipsar

[9] Estos espectáculos eran muy atractivos para jóvenes de provincias que venían a cursar sus estudios a la gran ciudad. Cf. P. Petit, *Les étudiants...*, págs. 150-151. En cuanto a los combates que comentan los alumnos, debe de tratarse de los de fieras, las *venationes*, ya que las luchas de gladiadores eran poco corrientes desde que fueron prohibidas por Constantino.

[10] Los que se levantan para aplaudir con estusiasmo al orador.

los genuinos e impidan que prosperen los gritos de entusiasmo[11]. O que atraviesen toda la gradería para apartar del discurso a cuantos les sea posible, ya por medio de noticias falsas, ya con invitaciones a acudir al baño antes del almuerzo. Es cierto que hay quienes se gastan el dinero en invitaciones como éstas. Así pues, vosotros, malos estudiantes, no sacáis beneficio alguno, como si estuvierais ausentes, ni tampoco el orador obtiene lo que os corresponde a vosotros darle, toda vez que no recibe la única paga que hay para sus declamaciones.

15 Y nadie podrá sostener que lanzo calumnias y que hago
acusaciones que no son reales, en la idea de que tenía que
haber montado en cólera en el mismo momento en que se
produjeron los hechos y que, cuando me dominaba la ira,
debía haber increpado a quienes me causaban estos agra-
vios. Sabéis muy bien que lo he hecho en muchas ocasiones
y que no pocas veces he dado a gritos la orden de que aga-
rraran por el cuello al que hacía el vago para echarlo fuera y
que, si no se ha llegado a cumplir, ha sido porque vosotros
16 me suplicabais que no lo hiciera. De que habéis cometido
una falta contra mí es prueba lo que acabo de contar, y que
éstos no se dignaban prestarme atención cuando asistían
como oyentes lo demuestra el que no conserven en su mente
ni una sola cosa de las que se dijeron.

17 Lo contrario a esto ocurría cuando ocupaban estos mismos asientos los que os precedían. Cada uno se marchaba guardando en su memoria una parte diferente. Acto seguido, se reunían y trataban de ensamblarlas y de reconstruir el discurso. Y se atribulaban por aquello que se les escapaba,

[11] En *Disc.* I 41, Libanio reconoce jocosamente que empleó este mismo procedimiento para causar confusión en una recitación pública de Bemarquio, su rival de Constantinopla.

que no era mucho. Y lo que yo había dicho constituía para ellos la única tarea en tres y hasta cuatro días en casa, a la vista de sus padres, y mucho más tiempo dedicaban aquí[12]. Vosotros, en cambio, al momento os dedicáis a vuestras 18 canciones, que os sabéis perfectamente de memoria, y entregáis al olvido a Demóstenes[13], igual da que esté escrito al final que al principio. Y si alguno os pregunta si he hablado en público y qué es lo que he dicho, podrá escuchar en respuesta que hablé, pero no qué es lo que dije.

«Por Zeus, sin duda soy peor ahora y mis obras ya no 19 son lo que eran». Sin embargo, no es esto lo que afirman ésos de ahí, tanto los que aún no son ancianos como los que ya lo son. Los primeros ejercen aún la abogacía y los segundos han llegado a los trabajos de las magistraturas tras haber pasado por los de esa profesión[14]. A todos ellos casi no les deja permanecer sentados cada una de mis palabras. Se les puede oír gritar que me he superado a mí mismo, puesto que, si hermosos eran mis anteriores discursos, algo más grande hay en los de ahora, y que la vejez no supone obstáculo alguno. De modo que no podéis refugiaros en se- 20 mejante argumento, porque el encomio de aquellas perso-

---

[12] En el aprendizaje de la retórica, la memorización de modelos de discurso jugaba un papel primordial (cf. *Disc.* I 8). En las *Ep.* 316 y 894, vemos cómo Libanio recomendaba a sus estudiantes que aprovecharan las vacaciones de verano para aprender sus propios discursos y los de los clásicos. Consúltese al respecto H. I. Marrou, *Histoire de l'éducation dans l'Antiquité*, 2.ª ed., Paris, 1953 = *Historia de la educación en la antigüedad* [trad. Y. Barja de Quiroga], Madrid, Akal Editor, 1985, pág. 368.

[13] Aquí Demóstenes es, por metonimia, el propio Libanio.

[14] La carrera de abogado *(sýndikos)* es una de las vías más seguras para el acceso a magistraturas imperiales, razón por la que muchos curiales enviaban a sus hijos a la escuela de derecho de Beirut. Cf. W. Liebeschuetz, *Antioch...*, págs. 242-255.

nas, al testimoniar la opinión de quien es superior, os cierra la posibilidad de censurar mis discursos. Pues, a no dudarlo, no se os ocurriría sostener que sois más diestros para juzgar una composición que ellos, a quienes manifiestamente también insultáis por la calma que mostráis cuando ellos se conmueven. Y hasta sería necesario que, aun en el caso de que fuerais unos ciegos en lo referente a la oratoria, los utilizarais a ellos a modo de lazarillos y tomaseis parte en su delirio báquico.

21 Pero vosotros no poseéis espíritus de jóvenes que sepan lo que significa su sofista, para los cuales es loable hasta no mostrarse moderados en acciones en su defensa. En efecto, el que a esta clase de alumnos les reprocha su locura en ese aspecto, a aquél lo consideran un amigo, no un enemigo, y
22 piensan les ha hecho un cumplido, no una calumnia. Jóvenes así hemos visto en muchos lugares, no sólo yo, sino mucha gente. Les daban tanta importancia a sus sofistas como a sus padres, y algunos incluso más, sin que sus progenitores lo ignorasen, sino que más bien se complacían por ello. Y eso a pesar de que veían en los cuerpos de sus hijos la prueba de las guerras en defensa de sus maestros: cicatrices en la cabeza, cicatrices en el rostro, cicatrices en las manos, cicatrices por doquier[15]. Y, pese a haber sufrido estos daños, han conservado hasta la vejez este amor tan fuerte y tan vehemente.

23 ¿Cuál de vosotros podría decir que ha cumplido por mí un servicio así? ¿Qué combate? ¿Qué peligro? ¿Qué golpe?

---

[15] En su *Autobiografía*, Libanio nos habla con detalle de los combates de los *chóroi* de alumnos en defensa de su sofista, sobre todo cuando narra sus comienzos como estudiante en Atenas, ciudad famosa por la violencia de los enfrentamientos estudiantiles (cf. *Disc.* I 19). Libanio muestra cierta indulgencia respecto a este comportamiento de los jóvenes que, sin duda, halaga su vanidad.

O mejor: ¿Qué frase? ¿Qué palabra? ¿Qué amenaza? ¿Qué mirada? Vosotros habéis distanciado vuestra forma de pensar de vuestro sofista, repartiéndoos entre otras cátedras y otros títulos, y llevándoles el dinero que me debéis. A mí me causáis agravios y, en cambio, a los otros los protegéis diciendo en su favor cualquier cosa, haciendo lo que sea, complaciéndoles en todo, obligados a colocar en primer lugar lo que es secundario, y dándole gran importancia a las defecciones de otros muchachos que se producen por mediación vuestra, y a aumentar el prestigio de aquél bajo cuyas órdenes os hayáis puesto para perjuicio de los demás[16]. Tan lejos estáis de soportar alguna fatiga en defensa de mis intereses, que ni siquiera os dignaríais a pedirle a los dioses por mí. Y ni siquiera os conformáis con eso, sino que ya hasta me deseáis el mal. ¿De dónde me viene esta creencia? De los dos mayores indicios: la aflicción que os causa lo que me favorece y vuestro deleite por lo que me perjudica. ¿O no es eso lo que hacéis cuando algunos muchachos se unen a mi clase y cuando otros, en cambio, ponen rumbo a otros lugares[17]? ¿Acaso como pago a esta actitud debo pronunciar yo el discurso?

24 25 26

27 «¿Luego todos —alguno dirá— son malintencionados y ningún estudiante es bueno ni justo?». Claro que sí, pero los tales son fáciles de contar y, en cambio, el elemento perverso es numeroso. Si eso es así, más lógico es no hablar por

[16] Lo secundario, para nuestro sofista, es el estudio del latín y el derecho. Había una cátedra de latín en Antioquía por lo menos desde el año 356. La deserción de los alumnos era un problema que preocupaba vivamente a Libanio. Por ello, en el 385 escribe su *Disc.* XLIII, *Sobre los acuerdos,* donde propone a sus colegas un pacto *(synthēkē)* para evitar que los estudiantes cambiasen de escuela. Cf. P. Petit, *Les étudiants...*, págs. 106-107.

[17] Como puede verse, los términos de los pactos arriba mencionados no eran respetados ni por Libanio ni por sus rivales.

culpa de los segundos que hacerlo por deferencia a los primeros. Pues si estuviera en mis manos hacerles a éstos el favor en privado, lo consideraría muy digno de hacerse. Sin embargo, dado que es imposible, que me disculpen los me-
28 jores si no puedo complacerlos como yo desearía. ¿Voy a darles acaso nueva ocasión para hacer algo semejante a esa gente execrable por cuya culpa me vi, poco ha, envuelto en terribles reproches ¡Zeus!, hasta el extremo de que tuve que oír comentarios sobre la falta de compostura de mis alumnos a personas cuyo gozo supremo es poder decir algo contra nosotros[18]? Y si sus acusaciones están o no acompañadas de verdad, no podría decirlo. No obstante, con un comportamiento intachable de todos no debería haber lugar ni a una sombra de censura..

29 Gran necesidad había de mis recitaciones cuando se produjeron acusaciones contra nosotros aquella vez en que nuestro bondadoso Emperador tenía que recibir justas excusas de nuestra parte[19]. Entonces los padres tenían que saber que estábamos manos a la obra y que no permanecíamos en
30 silencio abrumados por el volumen de las desgracias. Mas ahora no veo qué justifica la recitación. Pues hay que tener en cuenta lo siguiente: si no invito a los que suelo invitar, molestaría a personas a las que no debo, pero si los invito, les haría conocer mejor vuestra infamia y, al marcharse, no se callarían. ¿Qué necesidad hay, por tanto, de hacer más evidente lo que hay aquí?

---

[18] Acepto la conjetura de Martin y traduzco este período en modalidad interrogativa. El escándalo aludido podría ser el asunto del *Disc.* LVIII: unos alumnos de Libanio, que compatibilizan los estudios de retórica con los de latín, mantean a un pedagogo que causaba molestias al profesor de latín.

[19] Se trata de Teodosio y de la célebre Revuelta de las Estatuas, del 387. *Vid. infra, Disc.* XIX.

«No obstante —se podría decir—, también algunos de 31 ellos, junto con los más moderados, reclamaban el discurso». Es cierto que lo reclamaban, pero sólo de palabra, porque en su interior no lo deseaban. Y yo no soy tan necio como para concederle más importancia a este juego que al largo tiempo que llevan conmigo y a sus numerosas acciones. «¿Qué postura tomarás en este particular —se dirá— si 32 algún dios te lleva a vivir otro año?». En el caso de que mejore la situación y la fortuna sea más favorable, estaré en consonancia con los hechos. Mas, si persiste lo de ahora, tomaré sin dudarlo las mismas medidas, estudiando no obstante la manera en que a los alumnos aplicados les sea posible sacar provecho por otra vía.

En consecuencia, alguien se asombrará si, teniendo la 33 posibilidad de librarme de semejantes alumnos, prefiero vivir en el desánimo y entre tales desgracias. ¿Y qué puedo hacer? ¿Debo expulsarlos y reducir mi contingente[20]? ¿Y qué placer mayor que éste podrían tener Príamo y sus hijos[21]? Ellos están apostados frente a mí deseando ver eso: que tenga a mi cargo pocos alumnos y que mi autoridad sufra menoscabo. Yo he visto a un estratego que mandaba sobre soldados holgazanes concienciarse de que tenía que aguantarse y cuidarse de que no se pasaran al bando de los enemigos. Hay algo en mi naturaleza que la hace extraordi- 34 nariamente perezosa para la sanción y que la tiene educada

[20] Libanio siempre estuvo preocupado por el número de sus estudiantes y se tomaba grandes molestias para reclutar nuevos alumnos. Por otro lado, consideraba una afrenta intolerable que un padre retirase a su hijo de su escuela, pues el prestigio del profesor radicaba sobre todo en el número de sus estudiantes.

[21] Nueva cita homérica, *Il.* I 255. Obviamente, Príamo y sus hijos son los rivales de Libanio.

más para soportar que para castigar[22]. Y he aquí el mayor obstáculo: mi amistad con los padres de éstos y con sus ciudades. Temo que, al enterarse de la expulsión, reaccionen como si hubieran fallecido o peor aún, por considerar la deshonra más espantosa que la muerte, conscientes de que una mancha como ésa va a ser más terrible que la de una
35 sentencia judicial. Porque, si ésta podría borrarse, aquélla necesariamente perdura para siempre y acompaña al hombre desde la juventud hasta la muerte, arrebatándole la libertad de palabra para toda la vida: «¡Desvergonzado, que tienes ojos de perro[23]! ¿No fuiste tú expulsado de los templos de la
36 elocuencia por contaminar el feudo de las Musas?». Por tanto, por consideración al padre, a la madre, a las ciudades y a los hijos venideros, a quienes alcanzaría la infamia, no he actuado de esta manera, sino que me he decidido a tomar esta resolución, porque estoy convencido de que es justa.

37 En vuestras manos está que algo así no vuelva a ocurrir. Porque, si mejoráis, y fácil es si así lo deseáis, también veréis que, por nuestra parte, se cumplirán todos nuestros compromisos y que yo os invitaré a vosotros a escuchar ese discurso antes de que vosotros me lo pidáis a mí.

---

[22] Como ya vimos en *Disc.* II 20, nuestro autor no era partidario de los castigos corporales, pero, por otro lado, su edad tampoco le permitía moverse con agilidad. No se olvide que con frecuencia debía ser transportado a clase en litera.

[23] Son las palabras que, ciego de ira, le dirige Aquiles a Agamenón en *Il.* I 225.

VII

QUE ENRIQUECERSE DE MODO INJUSTO ES UNA DESGRACIA MAYOR QUE SER POBRE

INTRODUCCIÓN

Dentro de la producción de Libanio nos encontramos con cuatro discursos, —el *Disc.* VI, *Sobre la insaciabilidad;* el *Disc.* VII, *Que enriquecerse de modo injusto es una desgracia mayor que ser pobre;* el *Disc.* VIII, *Sobre la pobreza o De los amigos* y el *Disc.* XXV, *Sobre la esclavitud*—, que versan sobre cuestiones morales de tipo general[1]. Se trata de un género retórico menor, la *diálexis* o disertación, cuyo objetivo era el puro deleite del auditorio[2].

Algunos autores pensaron que estos discursos eran plagios de diatribas perdidas pertenecientes a la escuela cínico-estoica. Es cierto que el contenido de algunos de ellos exponen los puntos de vista de esta doctrina, pero Schouler ha demostrado que Libanio no tenía nada que ver con esta escuela, sino que se limitó a explotar un tema puramente retórico. En efecto, la utilización de estos motivos (la dualidad

---

[1] El estudio más completo sobre los discursos morales es el de B. Schouler, *Libanios. Discours moraux,* París, Les Belles Lettres, 1973, que cuenta con una amplia introducción, el texto y la traducción anotada de los cuatro discursos. J. Martin, *Libanios...*, págs. 155-184 y 310-312, también edita y traduce los *Disc.* VI, VII y VIII.

[2] Sobre el género de la *diálexis* puede consultarse B. Schouler, *Discours...*, págs. 22-37.

pobreza-riqueza, la amistad o la esclavitud) en los ejercicios preparatorios de escuela *(progymnásmata)* es conocida. Por ejemplo, el *Disc.* VIII no es más que el desarrollo de la manida *chreía* de Alejandro, quien, preguntado por el lugar donde guardaba sus tesoros, respondió que en casa de sus amigos. En el *Disc.* VI encontramos el mismo recurso a caracteres, como el avaro, y a personajes históricos o míticos, como Héctor, lo mismo que en sus declamaciones. No en balde estos discursos morales han sido incluidos en algunos manuscritos en el grupo de las declamaciones[3].

Hemos seleccionado en el presente volumen el discurso VII, cuya fecha de composición, al igual que los otros tres discursos morales, no se ha podido determinar dado el carácter intemporal de todos ellos[4]. En este discurso, tras una vívida descripción de los mendigos que piden limosna en la calle, el autor llega a la conclusión de que no por ello los ricos deben ser más dichosos. Acto seguido, pasa a la demostración, que se apoya en la idea de que los ricos deben rendir cuentas sobre la procedencia de sus bienes. Concluye sentenciando que el castigo aguarda a los deshonestos. Pese al tono general del discurso, puede apreciarse que el sofista tiene muy en cuenta la realidad social de su época. En su crítica de la riqueza mal adquirida tiene presente a la nueva aristocracia cristiana, cuyo rápido enriquecimiento ve con malos ojos. Por el contrario, la riqueza honesta no es otra

---

[3] Cf. J. Martin, *Libanios...*, pág. 157.

[4] B. Schouler, *Discours...*, págs. 17-22, ha estudiado la cuestión y rechaza todos los intentos anteriores de datar los discursos, sobre todo la propuesta de Foerster. Sólo acepta sin demasiada convicción la posibilidad de que el *Disc.* XXV fuera compuesto siendo emperadores Teodosio y su hijo Arcadio, es decir, entre el 383 y el 395. Para el resto de discursos, no se atreve a aventurar una fecha que, forzosamente, debe ser arbitraria.

que la que poseen los aristócratas y las familias curiales, clase a la que pertenece Libanio. Esta queja es recurrente en la obra del antioqueno y es uno de los motivos que inspira el *Disc.* II.

De este discurso, cuya *editio princeps* es la ya citada edición de Ferrare, se han conservado un total de treinta y seis manuscritos. Sin embargo, sólo hay dos traducciones a lenguas modernas, ambas en francés, las mencionadas de Schouler y Martin.

VII. QUE ENRIQUECERSE DE MODO INJUSTO ES UNA DESGRACIA MAYOR QUE SER POBRE

Ayer tarde un señor se lamentaba y gemía mientras con- 1
taba el número de mendigos[1]: unos estaban de pie, otros no podían tenerse, otros ni siquiera permanecer sentados, algunos estaban mutilados y otros más corrompidos que muchos cadáveres. Afirmaba que era digno de lástima que, además, tuvieran que soportar con esos harapos un invierno tan crudo, ya que había quienes sólo poseían taparrabos y otros tenían desnudas sus piernas desde la ingle y los brazos desde
los hombros. Se dejaban ver algunos que no tenían cubierta 2
ni una sola parte de su cuerpo. Cada uno de ellos suplicaba continuamente a los transeúntes que les dieran algo, y gran

---

[1] Algunos autores contemporáneos, como los cristianos Juan Crisóstomo y Gregorio de Nisa, nos describen también la situación lamentable de los vagabundos de su época. A pesar de la prosperidad de Antioquía, había una masa considerable de mendigos. La razón fundamental estaría en la inmigración, dado que la capital siria daba más oportunidades para sobrevivir a los desposeídos. Sin embargo, no parece que la ciudad tuviera especiales problemas con esta población, aunque hubo casos desesperados, como nos relata Juan Crisóstomo en su *Homilia in Epistulam I ad Corinthios* 21, 5 (*PG* LXI 176-9): unos padres cegaron a sus propios hijos para provocar la compasión de los transeúntes. Cf. W. Liebeschuetz, *Antioch...*, págs. 96-98.

suerte era para ellos, no ya recibir un pan, sino un simple óbolo.

3 En tanto aquel hombre se iba lamentando y los llamaba desgraciados, unos individuos, tras el baño, llenos de soberbia se encaminaban bajo las antorchas a banquetes que tenían de todo, salvo ambrosía y néctar. Y él exclamaba: «¡Cuán dichosos son estos señores!», y explicaba cómo el
4 dinero en abundancia engendra dinero. Yo, por el contrario, defendía la postura de que a los que tienen riqueza no hay que considerarlos también por fuerza felices, puesto que algunos hay extraordinariamente ricos que son más dignos de lástima que quienes tienen todo el día extendida la mano ro-
5 gando que alguien les dé algo. Para los segundos, su desgracia radica en buscar quién les pueda dar limosna y, ciertamente, nunca les falta quien lo haga. Así es que, por lo menos, pueden vivir y ningún juez sobre la tierra ni debajo de ella podría pedirles cuentas por una pobreza que les vie-
6 ne de Fortuna[2]. Tampoco existen leyes establecidas contra los que, o no han heredado grandes riquezas, o no han sido capaces de adquirirlas por su cuenta. En cambio, contra quienes las han adquirido por sus medios, pero no de forma honrada, hay denuncias, sentencias, acusaciones y juicios, además del odio que les profesan los hombres y los dioses[3].
7 Y de nada les sirve escapar de los tribunales de este mundo,

[2] La diosa Fortuna *(Týchē)* sentada sobre el monte Silpio, tal y como fue representada por Eutíquides de Sición por encargo de Seleuco I, era el símbolo de Antioquía, de ahí la continua alusión a la deidad en la obra de Libanio. La aparición de esta imagen es frecuente en las monedas y hasta se fabricaban pequeñas representaciones que se vendían como recuerdos a los turistas. Cf. G. Downey, *A History of Antioch in Syria from Seleucus to the Arab Conquest,* Princeton, 1961, págs. 73-75.

[3] En este pasaje se aprecia cierto resentimiento contra la nueva aristocracia cristiana. Véase la introducción al discurso.

sino que en el otro está sentado como juez Minos[4], el hijo de Zeus, por encima del cual no se puede pasar, pues reconoce, nada más verla, cuándo un alma es injusta y cuándo es justa. A la que es perversa, ningún apoyo le viene de ninguna parte, ni de la destreza retórica ni de la abundancia de riquezas, ni del parentesco o de los amigos, sino que, tras ser arrojada al lugar que le está destinado, es forzoso que soporte su castigo.

Por consiguiente, al que se compadezca correctamente, 8
más dignos de lástima le parecerán estos ricos que aquellos pobres, por más que éstos afirmen con juramentos que pasan las más extremas penurias. Porque no hay duda de que mucho peor que dormir en un cúmulo de inmundicias en compañía de los perros, es hacerlo en argénteos lechos no adquiridos de forma legítima.

En efecto, entre esta gente que ha amasado grandes for- 9
tunas, se podrían encontrar no pocos que han despojado a otros, no como esos ladrones que cometen delitos menores, sino que han robado gran cantidad de esclavos, infinidad de edificios, grandes extensiones de campo, numerosos mercantes, oro, plata y vestidos. Éstos, incluso, se apropiaron 10
recintos sagrados y templos. A continuación, tras desalojar con gran desparpajo las sagradas moradas, llenaron los templos de leña y algunos hasta de escoria. A su vez, otros más audaces los demolieron y habitaron casas construidas con piedras sacadas de allí[5]. De esta gente, algunos ya pagaron 11
su culpa y otros aún no, pero no hay nada que pueda librar-

[4] Minos, hijo de Zeus y Europa, juzgaba en el Hades, junto con sus hermanos Radamantis y Éaco, las almas de los difuntos.

[5] Casi en los mismos términos censura nuestro autor a los profanadores cristianos de los templos de la época de Constancio II en *Disc.* XXX 38-39. En igual tono providencialista, augura el castigo terrible de los impíos.

los. Y cuando digo «ellos», me estoy refiriendo a ellos mismos, a sus hijos y a los hijos de éstos. Sobre cualquiera que se abata el golpe, al final siempre recaerá sobre aquel «noble» varón[6].

12 Por tanto, habría que apiadarse de éstos más que de aquellos que tienen puesta la mirada en los dedos de los demás. Porque a éstos la muerte los librará de depender de quienes pudieran ayudarlos, mas a los primeros, a cambio del breve tiempo de su placer, les aguardará una pena imperecedera.

---

[6] Alusión irónica al linaje de estos nuevos ricos.

XI
DISCURSO DE ANTIOQUÍA

INTRODUCCIÓN

Antioquía fue fundada el año 300 a. C. por Seleuco I Nicátor, al pie del monte Silpio y a orillas del río Orontes. La posición estratégica de esta ciudad, enclavada en una de las rutas comerciales más importantes entre Oriente y el Mediterráneo, unida a su fácil acceso al puerto marítimo de Seleucia y a la fertilidad de la vasta llanura que dominaba, capaz de alimentar a una numerosa población, convirtieron, en pocos años, a esta ciudad en la capital del imperio seléucida. Y su importancia no decayó con la llegada de los romanos. Libanio estaba orgulloso de tan ilustre patria y de ser miembro de una importante familia curial que se había destacado por sus servicios *(chorēgíai)* y por su contribución a la vida municipal[1], por encima de los intereses personales, que aconsejaban buscar el desempeño de cargos en la administración imperial romana.

El *Discurso de Antioquía* o *Antiochikós (Disc.* XI) fue escrito por Libanio en el año 356 y parte del mismo fue recitado en la villa de Dafne en la ceremonia de clausura de

[1] Cf. *Disc.* I 2-4.

los Juegos Olímpicos de Antioquía[2] de aquel mismo año. Era el tributo que el sofista antioqueno pagaba a su ciudad natal dos años después de haber conseguido permiso de la administración imperial para abandonar su puesto en la cátedra de Constantinopla y establecerse definitivamente en la capital siria. Ésta es la conclusión a la que llega P. Petit en un artículo[3] en el que rebate la datación que para el discurso había propuesto tiempo atrás Sievers[4], y que había sido aceptada por otros estudiosos como Hugi[5] y el propio Foerster.

Partiendo del análisis interno del discurso y tomando como *terminus post quem* la instalación definitiva de Libanio en Antioquía en el 354, Sievers postuló como fecha de composición más probable el 360. Sin embargo, en la *Ep.* 36, datada con seguridad en 358-59, nuestro autor nos informa de que envió a su amigo Demetrio cuatro discursos, «en los cuales diserto sobre el salario, hago un encomio de Estrategio y especialmente del certamen. Además, en cuarto lugar te llega un elogio de nuestra ciudad *(tês hēmetéras euphemía),* que ésta tuvo ocasión de escuchar en los Juegos Olímpicos *(en toîs Olympíois)* tan extensamente como permitía el uso». Para poder mantener su propuesta, Sievers se vio obligado a negar la relación del *Antiochikós* con los

---

[2] Los Juegos Olímpicos de Antioquía fueron organizados por primera vez en época de Augusto merced a la voluntad de Sosibio, rico senador antioqueno, que al morir dispuso que su fortuna fuese destinada a sufragar los cuantiosos gastos de tan fastuoso proyecto. Se celebraban en Dafne cada cuatro años.

[3] «Zur Datierung des *'Antiochikos' (Or.* 11) des Libanios», traducción alemana del original francés inédito, incluido en el volumen colectivo G. Fatouros, T. Krischer, *Libanios,* Darmstadt, 1983, págs. 129-149.

[4] G. R. Sievers, *Das Leben...,* pág. 245.

[5] L. Hugi, *Der «Antiochikos» des Libanius,* tesis doctoral, Friburgo, 1919.

Juegos Olímpicos, por lo que el discurso de la *Ep.* 36 debería ser otro encomio perdido.

Sin embargo, Petit demuestra que el *Antiochikós* es exactamente el discurso olímpico que Libanio envía a Demetrio y que su fecha de composición fue necesariamente la celebración de los Juegos Olímpicos del 356. Entre los numerosos argumentos que sostienen su afirmación, hay uno que nos parece incontestable. Una vez refutadas las posibles objeciones a que el *Antiochikós* sea un discurso olímpico y establecidos los límites cronológicos entre 354 y 361[6], Petit llega a la conclusión de que sólo existen dos fechas posibles: 356 y 360, años en los que se celebraron las Olimpiadas. Por tanto, de aceptar la tesis de Sievers, si el *Antiochikós* hubiese sido escrito el 360, se trataría de su segundo encomio de Antioquía, contando con el supuestamente perdido de la *Ep.* 36. Sin embargo, en la *Ep.* 1243, del 364, queda patente que en esa fecha sólo había escrito uno[7]. En consecuencia, ese discurso, salvo un incomprensible error de Libanio, no podría ser otro que el encomio del 356 mencionado en la *Ep.* 36, es decir, el discurso que nos ocupa.

El *Antiochikós* entronca con una larga tradición de la retórica epidíctica: el encomio de ciudades. Los discursos fúnebres *(lógoi politikoi)* gozaban, ya en época de Pericles, de las preferencias de un amplio público, y las técnicas compositivas eran de sobra conocidas, como pone de mani-

[6] Fechas de la instalación definitiva de Libanio en Antioquía y de la muerte de Constancio II respectivamente.

[7] Libanio, que había sido elegido para pronunciar el discurso de clausura de los Juegos Olímpicos del 364, lo que al final no pudo cumplir a causa de una enfermedad, envía poco antes de la celebración la *Ep.* 1243 a su amigo Cirino, donde le dice: «Me causó sorpresa que tuvieras la esperanza de que yo compusiera para nuestros Juegos Olímpicos otro discurso después del anterior *(héteron epì tôi protérōi)*».

fiesto la genial sátira del género que hace Platón en su *Menéxeno*. Sin embargo, el primer gran modelo fue el *Panatenaico* de Isócrates, en el que su autor hace un extenso elogio de Atenas. Esta misma tarea será emprendida siglos más tarde por Elio Aristides en un discurso de igual título. El autor de los *Discursos Sagrados* cultivó *in extenso* el género, que con él alcanzó su apogeo[8]. Tanto es así, que en muchos aspectos fue considerado como modelo a seguir por Menandro el Rétor.

Sin embargo, pese a utilizar modelos preexistentes y a emplear *ad nauseam* los tópicos inherentes al género, la estructura del *Antiochikós* libaniano presenta ciertas peculiaridades que confieren mayor valor a la obra. Tras el exordio y una larga exposición de los aspectos geográficos, históricos y sociales de la ciudad, nos obsequia con una minuciosa descripción de ésta (parágrafos 196-272). Esta *ékphrasis* constituye por sí misma un documento arqueológico de primer orden, razón por la que el discurso ha despertado más el interés de los historiadores que el de los filólogos.

El *Antiochikós* pone ante nuestros ojos una Antioquía idealizada, como es costumbre en el género, que no se corresponde en absoluto con el panorama que nos muestra a lo largo de su obra. Los decuriones, que recurrían a todo tipo de subterfugios para escapar de la curia, aparecen como verdaderos ejemplos de munificencia; los jóvenes que ingresan en la curia nada tienen que ver con los que en el *Disc.* XXXV no se animan a tomar la palabra; los extranjeros, lejos de ser alborotadores y causantes de los disturbios,

---

[8] Además del *Panatenaico (Disc.* I), cabe destacar su *Discurso de Roma (Disc.* XXVI) y su *Panegírico en Cízico sobre su templo (Disc.* XXVII). Cf. A. Ramírez de Verger, F. Gascó, *Elio Aristides. Discursos*, vol. I, Madrid, Gredos, 1987, págs. 64 y 108.

les dan cierto exotismo a las calles. Se podrían seguir poniendo numerosos ejemplos.

¿Cuál es el objetivo que persigue Libanio en este discurso? ¿Simplemente pagarle a su ciudad natal una deuda, como afirma en el exordio y en la conclusión? A juicio de Petit[9], tras el elogio de Antioquía se esconde una sutil apología del partido pagano, que contemplaba con expectación y esperanza el nombramiento de Juliano como César tan sólo un año antes (355), a través de una glorificación del pasado seléucida de la ciudad. En este contexto, la omisión de la época imperial romana, en la que tan importante papel jugó Antioquía, no sería casual. En esta *Pilgerfahrt zu Quellen* podría verse un cierto desprecio hacia Roma y su áurea cadena, encarnada en aquel tiempo por Constancio II y la nueva religión. Sin embargo, igual omisión encontramos en la obra de Elio Aristides, modelo de Libanio, por lo que hay que pensar que nos encontramos ante un expediente característico de la retórica epidíctica griega.

El *Antiochikós* tuvo una amplia difusión, como demuestran los treinta y siete manuscritos que nos lo han transmitido. Fue ampliamente leído en época bizantina. Incluso sirvió como modelo para la descripción que a finales del s. XII escribiera Nicolao Mesarites de la Iglesia de los Santos Apóstoles de Constantinopla[10]. Sin embargo, desde la *editio princeps* de Morel[11] no han proliferado las traducciones a lenguas modernas. Sólo contamos con dos traducciones par-

---

[9] P. Petit, «Zur Datierung...», págs. 148-149.

[10] *Vid.* G. Downey, «Nikolaos Mesarites' Description of the Church of the Holy Apostles», *Transact. of the Amer. Philosoph. Society* (1957), 862 y B. D. Hebert, *Spätantike Beschreibung von Kunstwerken. Archäologischer Kommentar zu den Ekphraseis des Libanios und Nikolaos*, Graz, 1983.

[11] F. Morel, *Libanii Sophistae Opera. II*, París, 1627, págs. 332-388.

ciales, la alemana de Hugi[12] (§§ 1-131) y la francesa de Festugière[13] (§§ 196-272, con la exclusión de algunos parágrafos retóricos), y sólo cuatro traducciones completas: las inglesas de Downey y A. F. Norman[14], la francesa de O. Lagacherie[15] y la alemana de G. Fatouros y T. Krischer[16].

SINOPSIS DEL DISCURSO

1. *Exordio* (§§ 1-11).
2. *Descripción geográfica. Situación privilegiada de Antioquía* (§§ 12-41).
3. *Historia de la ciudad* (§§ 42-131).
   a. Prólogo (§§ 42-43).
   b. Orígenes míticos: fundación de Ione (§§ 44-52).
   c. Historia preseléucida: el cretense Caso. Cambises y Semíramis (§§ 53-71).
   d. Llegada de Alejandro Magno (§§ 72-76).
   e. Seleuco y la fundación de Antioquía (§§ 77-93).
   f. Consagración de Dafne por Seleuco. Mito de Apolo y Dafne (§§ 94-100).
   g. Sucesores de Seleuco. Historias de robos de estatuas de dioses (§§ 101-128).

---

[12] Traducción y comentario en *op. cit.*

[13] A. J. Festugière, *Antioche païenne...*, págs. 23-61.

[14] G. Downey, «Libanius' oration in praise of Antioch (Oration XI)», *Proceed. of the Amer. Philos. Soc.* 103 (1959), 652-686 y la que incluye la reciente obra de A. F. Norman, *Antioch as a centre of Hellenic culture as observed by Libanius*, Liverpool, 2000.

[15] O. Lagacherie, *Discours 11 (Antiochikos)*, tesis doct., Grenoble, 1983.

[16] G. Fatouros, T. Krischer, *Antiochikos (or. XI). Zur heidnischen Renaissance in der Spätantike*, Viena-Berlín, 1993.

h. Breve referencia a la conquista romana (§§ 129-130).
i. Conclusión (§ 131).

4. *Prosperidad y armonía dentro de la vida ciudadana* (§§ 132-195).

a. Perfección de la ciudad en todos los aspectos (§ 132).
b. La curia (§§ 133-149).
c. El pueblo (§§ 150-162).
d. Antioquía es una ciudad acogedora y cosmopolita (§§ 163-169).
e. Densidad demográfica y bullicio de la ciudad (§§ 170-175).
f. Importancia de Antioquía con vistas a la guerra contra Persia. Campañas de Constancio II (§§ 176-180).
g. Florecimiento de la retórica (§§ 181-192).
h. Continua expansión de la ciudad (§§ 193-195).

5. *Descripción de Antioquía* (§§ 196-272).

a. El casco antiguo (§§ 196-202).
b. La ciudad nueva (§§ 203-210).
c. Elogio de los pórticos (§§ 211-217).
d. El hipódromo, el teatro y las termas (§§ 218-221).
e. Los vientos (§§ 222-226).
f. Actividad constructora (§§ 227-229).
g. El extrarradio y los arrabales: descripción de Dafne (§§ 230-243).
h. Las aguas (§§ 244-248).
i. Perfecto equilibrio de las partes de la ciudad (§§ 249-250).
j. El mercado (§§ 251-259).
k. El transporte de mercancías (§§ 260-264).
l. Amenidad de Antioquía (§§ 265-271).
m. Conclusión (§ 272).

XI. DISCURSO DE ANTIOQUÍA

Con razón podrían hacernos reproches a ambos: a mí, 1
que dedico mi vida a la retórica, y a vosotros, que sois mi público. Primero a vosotros porque, a pesar de que contempláis con la mayor satisfacción nuestro talento en otros asuntos y nos exhortáis a que se os hable de algunos de ellos, en cambio dejáis de exigirnos sólo una cosa: que celebremos a la ciudad con un panegírico. En segundo lugar a mí, porque, pese a que he redactado discursos sobre la mayoría de los temas que existen hoy, componiéndoles a unos un encomio y a otros un discurso deliberativo, y aunque no pocas veces he competido en los más diversos estilos, sin embargo, me quedo sin voz para hacer un discurso de alabanza para mi tierra materna[1]. Mejor dicho, a vosotros no se 2
os puede echar en cara que no hayáis buscado al panegirista, dado que, aunque es agradable escuchar un encomio, tal vez

[1] Cuando escribe el discurso en el 356, Libanio lleva en Antioquía dos años. Aunque parezca escaso el tiempo transcurrido, entre 354 y 355 tuvo ocasión de componer obras de la más diversa índole: varias declamaciones, un panegírico al césar Galo, una monodia y un encomio para su difunto maestro Zenobio, un discurso de bienvenida al prefecto Estrategio y otras obras menores. Cf. P. Petit, «Zur Datierung...», pág. 138.

sea de necios buscárselo. En cambio, a mí me afecta claramente el reproche, porque, aunque tenía que haber pagado de inmediato la deuda más honorable de todas, con todo me demoré en ello y no dejé de hablar en la ciudad de ninguna de las demás cuestiones, mientras que he aplazado el discurso que se le debe a la propia ciudad. Como si uno halagase ante los ojos de su madre a los demás y se olvidase de ella
3 misma. De cierto, tampoco sería razonable lo siguiente: que uno reconozca haber recibido de vosotros esta arte y que, cuando ya la domina, no se sirva de ella para defender a los que le han otorgado este favor, sino que se dedique en las conversaciones del ágora a exponer en cuán grande medida aventaja con sus argumentos a los demás, pero luego no se atreva a emplearlos para componer una obra.

4 Y, aunque mil razones puede tener cualquiera que lo desee para censurar mi silencio, con todo, hay una excusa para ello. Porque en mi decisión de no hablar no existía el propósito de guardar silencio hasta el fin, sino que predominaba mi deseo de componer un discurso. Mas en el aplazamiento subyacía una cierta esperanza de que mi capacidad sería
5 mayor si el tiempo aportaba algo a mi arte. Así es que el silencio que he guardado hasta la fecha se explicaba porque veneraba a mi patria, no porque me despreocupara de ella, y porque deseaba engalanarla con más bellos elogios, no porque rehusara por completo celebrarla. Pero no he hecho los progresos suficientes en retórica como para estar a la altura del tema presente. Por tanto, me servirá como excusa de no haber tomado antes la palabra el haber tenido esta intención.

6 Ciertamente, costumbre común de los panegiristas es andar diciendo que su capacidad está por debajo de la envergadura de los hechos sobre los que componen su discurso, y pedir disculpas a los oyentes si, pese a que su deseo es aproximarse a la loa que se merece el tema, se quedan cor-

tos sin pretenderlo. Considero que, por cualquier lado que
se mire, yo debo obtener este perdón, pero en modo alguno
cuantos antes de mí han emprendido esta tarea. Porque a 7
quienes vinieron de fuera a visitar la ciudad no les hubiera
hecho falta componer un discurso, sino que se habrían ganado el favor del público con sólo hacer una exposición de
acuerdo con las reglas retóricas. De no haberlo hecho, no
habrían dado la impresión de faltar a un deber necesario.
Así, quien es dueño de hacer discursos o no hacerlos, si tiene éxito, se merece elogios por su empeño, pero, si fracasa,
tampoco merece perdón. Pues a aquel que tiene la oportuni- 8
dad de no emplear su exordio para pedir perdón, es justo
que se le niegue por haberse embarcado por voluntad propia
en esta empresa. Mas en mi caso, dado que soy arrastrado
por los justos derechos de mi patria a que le escriba un discurso y me veo forzado a elegir entre una de estas dos cosas: hablar sea como fuere obligado por las circunstancias o
dar la impresión de que soy un ciudadano perverso, ¿cómo
no va a ser inmediata mi absolución? Por consiguiente, si yo 9
hubiese tenido dinero bastante para ejercer de corego, tal
vez estaría bien que no eligiese el riesgo que supone el discurso, si pudiera cumplir de aquella manera con mi obligación. Pero, ya que Fortuna me ha dejado exento de prestar
ese tipo de servicios y también tengo que aportar algo de
interés público a la ciudad, mi audacia en hablar tiene excusa por mi horror al silencio.

Sin duda alguna, la mayoría de los que acuden a escu- 10
char una recitación pública, como ven la actual dicha de la
ciudad e ignoran la magnificencia del principio, asombrándose de lo primero y pensando que lo segundo no es cierto,
se creen que me refiero sin más a su grandeza y excelencia
en esta época como si, en el fondo, yo también reconociese
que nuestra ciudad supera a las demás en los tiempos mo-

11 dernos, pero es superada en los antiguos. En consecuencia, en primer lugar debo hablar de aquellos hechos dignos de mención y, acto seguido, referirme a estos momentos actuales, de manera que salga a relucir que el presente está en consonancia con los cimientos antaño establecidos, y que también este esplendor se debe a las mismas razones por las que en aquellos tiempos descollaba. En suma, que el lustre de hoy no ha dependido de orígenes menos nobles.

12 Pero, antes de explicar quiénes fueron los primeros en ocupar esta región, hay que referirse a la naturaleza física de la misma, a cómo es el ambiente que disfruta, cuál es su posición con respecto al mar, cómo se solaza con sus aguas, cuál es su calidad para dar frutos y, en suma, la exuberancia del lugar. Porque, como la tierra es más venerable que quienes la habitan, también debe preceder su encomio al que se
13 dedicará a su pueblo. A su vez, el mayor elogio de una ciudad es la calidad de su tierra, lo mismo, creo yo, que ocurre en una nave cuando todos sus elementos se encuentran sólidamente ensamblados a una robusta quilla. De ahí que haya que examinar esto antes que todo lo demás.

14 No voy a seguir el tópico de la mayor parte de los oradores, que se creen obligados a demostrar que la tierra que elogian, sea cual sea ésta, es el centro de la tierra. Porque, primeramente, si a una ciudad cualquiera le corresponde esta ventaja y, además, de ello se deriva su belleza, esta cualidad pertenece a una sola ciudad, ya que no es posible que las demás también se encuentren en el centro. De modo que la
15 mayor parte de los discursos dicen tonterías. Si, por otro lado, el hecho de estar en el centro les concediera imponerse en todos los aspectos, al menos tendría algún sentido esta porfía para aquellos que gustan de estas discusiones. Pero, si no son lo mismo Egipto y la roca de Delfos para la producción agrícola, ¿por qué hay que explicar que ésta se halla en

el centro del mundo en lugar de poner de manifiesto la belleza de la tierra que se está elogiando[2]?

Esto es precisamente lo que me está permitido procla- 16
mar acerca de mi ciudad: que es lo más hermoso de la tierra más hermosa que bajo el cielo se encuentra. Hay común acuerdo en que la mejor porción del mundo es la primera
sobre la que el dios[3] dirige su mirada al levantarse. Esta 17
cualidad es un tesoro disputado por reyes y todo aquel que la ha poseído se ha visto fortalecido por ello[4]. Además, cuando su nombre llega a oídos de los hombres, lo hace acompañado de cierto encanto y colma de placer los espíritus, como aquellos sueños que regocijan a los durmientes con visiones de jardines.

Siendo así toda la región oriental, a nosotros nos llegan 18
sus primicias. Porque a los demás el campo les ofrece unos productos y otros no. O bien ¡por Zeus!, aunque les dé todo tipo de frutos, por causa de las temperaturas extremas no logran evitar la molestia o, aun en el caso de que consigan sustraerse a este problema, la tierra anda escasa de agua y,
de este modo, sufren menoscabo las demás ventajas. En 19
cambio, todos nuestros dones rivalizan entre sí[5]: la tierra,

---

[2] Según la mitología, Zeus ordenó a sus águilas partir en dirección opuesta desde los dos extremos del universo. Las dos aves se cruzaron en Delfos, el centro del mundo. La roca de Delfos es el *ónfalo*, cuya descripción ofrece Pausanias (X 16, 3).

[3] Helios.

[4] El valor de Antioquía por su posición estratégica con respecto al Imperio Persa es indiscutible y es uno de los puntos fuertes de su encomio. Cf. *infra*, pars. 177-180.

[5] Contrariamente a la idea generalizada de que el s. iv es una época de crisis económica profunda en el Imperio, los autores contemporáneos nos dan una imagen muy diferente de las provincias orientales, en las que se aprecia una cierta normalidad en la actividad económica. Cf. P. Petit,

los manantiales, la temperatura moderada durante todo el año. En efecto, se trata de una tierra llana, tan lisa como el mar, rica, fértil y blanda, dócil con los arados, que sobrepasa con mucho los deseos de los agricultores, tan buena para sembrar como para plantar, que se adapta perfectamente para fructificar en ambos casos, que produce elevados árboles en la época adecuada, espigas más altas que los árboles que se ven en otros lugares, y frutos en abundancia y de una ca-
20 lidad aún mayor. No hace falta nada de lo que es mejor que haya, sino que, si te refieres a Dioniso, entre nosotros abunda el delirio báquico; si acaso a Atenea, de su árbol[6] nuestra tierra se puebla. De aquí sale vino a borbotones para los pueblos vecinos y, en mucha mayor cantidad todavía, se
21 transporta aceite en cargueros rumbo a todas partes. Efectivamente, Deméter amó hasta tal punto nuestra tierra por encima de Sicilia, que Hefesto grabó sobre el escudo un labrantío dorado[7], y ella hizo que una porción no pequeña de nuestra tierra fuera en su superficie idéntica al oro. Al mismo tiempo, el fruto de la tierra, como no lo hay en otro lugar, también es sin duda un don de la rubia divinidad.

22 Tenemos montañas en la región y en torno a ella, de las cuales unas atraviesan la planicie, otras presentan amplios accesos, mientras que otras constituyen una frontera natural. Parte de éstas se separa magníficamente de la llanura irguiéndose hasta el cielo. Otras compiten por la calidad de su suelo con las tierras bajas. Y no sin recompensa se fatigan los labradores conduciendo sus yuntas por las cimas, sino que, cuantos productos en otras partes sólo cría el llano, entre nosotros también los producen los montes, y cuantos en

---

Libanius et la vie..., pág. 297, y J. H. W. G. LIEBESCHUETZ, *Antioch...*, pág. 128.

[6] El olivo.

[7] Cf. la descripción homérica del escudo en *Il.* XVIII 483-608.

otras regiones sólo se dan en los montes, entre nosotros también salen de las llanuras. Porque no se encuentra espe- 23 cializada una parte para el crecimiento de las plantas y el resto para recibir la siembra, sino que en los mismos lugares podrías ver que crecen árboles y que la mies verdeguea debajo de ellos. Mejor dicho, puede mostrar por separado estos productos o producirlos en su conjunto, pues este terreno de aquí es fértil en trigo, aquél de allá es el más rico en vino, y este otro lo reúne todo. Sin duda, el que los montes no 24 les vayan a la zaga a los llanos en lo tocante a la producción, no permite que sea fácil que le sobrevenga el hambre a la población[8]. Pues, en los desarreglos climáticos, no se les causa el mismo perjuicio a ambos medios, dado que el clima más inadecuado para la parte baja muchas veces es el conveniente para las alturas, y, a la inversa, el que es perjudicial para aquéllas con frecuencia perdona a las tierras bajas. Así es que se puede conseguir con seguridad plena la mayor parte de los recursos para vivir, ya sea porque florezca todo el terreno, ya porque lo haga al menos una de las dos regiones. Por otro lado, la zona de los montes cuya naturaleza no 25 es fértil contribuye con otros beneficios, ya que permite, gracias a sus canteras, construir las murallas de la ciudad, y construir con su madera los techos de las casas. Además de

[8] Aunque es cierto que las hambrunas eran poco comunes en Antioquía, sólo dos años antes de la composición del discurso, el pánico a la escasez fue la causa del asesinato del *consularis Syriae,* Teófilo (cf. *infra,* la introducción al *Disc.* XIX). La ciudad pasó también momentos difíciles durante la estancia de Juliano en Antioquía el año 362 *(vid. Disc.* XV y XVI; Amiano Marcelino, XXII 14, 1-2, y la alusión al problema por el propio Juliano en su *Misopogon).* También la sequía causó que las cosechas de los años 381 y 382 fueran desastrosas, lo que provocó violentas protestas, dirigidas en este caso contra los panaderos, acusados de provocar el alza de los precios. Según nos cuenta el propio Libanio *(Disc.* I 205-210), él tuvo que defenderlos de la masa enfurecida.

esto, suministra a los panaderos y a los baños el fuego, gracias al cual se puede vivir y disfrutar de cierta calidad de vi-
26 da. Nos aportan también ganado y rebaños de reses para la alimentación del hombre, y jamás expulsan nada en balde de la tierra, como ocurre con los cuerpos lisiados, sino que unas veces compensan generosamente las labores y otras ofrecen sus dones sin necesidad de trabajo.

27 ¿Quién podría, en efecto, contar cuántos ríos recorren esta tierra, tanto los más caudalosos como los menos, que continuamente están fluyendo, así como los que nacen de las tormentas, todos ellos igualmente provechosos, o los que nacen en los montes y los que brotan de los llanos, o bien los que desembocan unos en otros y los que se dirigen a un
28 lago o van a parar al mar? Sin duda alguna, las fuentes y su abundancia son la clara señal que nos distingue, y nadie es tan audaz ni puede jactarse tanto de sus ninfas[9] como para atreverse a declarar que en su tierra hay igual número.

29 Precisamente, en honor de esta maravillosa tierra nuestra, las Horas[10] danzan armoniosamente sin arruinar con su inclemencia el encanto que de ella emana. Ni el invierno, por codicia, se apodera del tiempo que le corresponde a la primavera, acomodando a sus características el placer de ésta, ni el verano, haciendo lo mismo, se alarga hasta el invierno expulsando a la estación que media entre ambas, sino que cada una se mantiene en sus márgenes y se reparten una duración equitativa durante el año, de forma que, cada vez

[9] Las ninfas Náyades, que habitan en las corrientes de los manantiales y ríos.

[10] Eunomía, Dice e Irene. Hijas de Zeus y de Temis, simbolizan las estaciones del año.

que la siguiente estación se aproxima, la anterior se retira. Y
lo más importante: las estaciones que son molestas para las
personas por sus temperaturas extremas, una por el frío y la
otra por su calor ardiente, aquí moderan lo excesivo y de-
sean asemejarse a las más benignas. Me da la impresión de 30
que, como si hubiesen pactado entre sí intercambiar recípro-
camente su esencia, a todas luces el invierno participa en al-
guna medida del verano por su clima benigno y tolerable,
mientras que el verano ha recibido de aquél lo suficiente
como para contrarrestar el calor sofocante. El invierno, ade- 31
más de apartar el frío, le proporciona a la tierra lluvias hasta
la saciedad, mientras que el verano hace brotar la mies y la
cría gracias a las cálidas brisas que preservan los cuerpos y
las espigas del rigor de la canícula. Así es que nosotros so-
mos los únicos que tenemos la oportunidad de disfrutar con-
tinuamente con cualquier estación en que nos hallemos y de
acoger de buen grado la siguiente, porque todas ellas tienen
una afortunada mezcla y algo amable.

La mayor parte de la gente que vive en otros lugares, o 32
bien se queja de todo el ciclo anual, o bien, una vez que han
gozado de las estaciones más benignas y han sufrido las
peores, les ocurre lo mismo que a quienes han pasado de la
paz a la guerra. Cuando, en efecto, la mejor época se mar-
cha tras haber cumplido su cometido y la más dura se abate
sobre ellos aun antes de haber disfrutado del todo, sienten
nostalgia por la que se va, incapaces de retenerla, y tiemblan
de pánico ante la que se les echa encima. Una de ellas les
hace sudar y les obliga a rondar las fuentes, y la otra, por
culpa de la nevada, les fuerza a pasar todo el tiempo arre-
bujados en la cama como si estuvieran enfermos. Sólo para 33
nosotros cualquier parte del año en que nos encontremos es
dulcísima y no es más desagradable la que se espera, sino
que una pasa tras habernos llenado de regocijo y la siguiente

se acerca trayéndonos lo mismo. Y en nada nos distinguimos de quienes recorren aquellas sendas que, salpicadas de principio a fin de umbrías fuentes y lugares de descanso, acompañan a los viandantes con regocijo.

34 La misma suerte que nos ha correspondido con la temperatura, la tenemos con respecto al mar, si tenemos en cuenta que yo hubiera considerado un inconveniente que su situación no hubiese sido de este modo. Pues ni nos separa del mar una distancia de varios días ni estamos instalados en
35 la misma playa. En breve demostraré cuán grande es el perjuicio que causa a una ciudad cada una de estas dos situaciones. Dicho de otro modo, es evidente cuán perjudicial resulta verse privado por completo del mar, y no erraría quien diera el epíteto de «tuerta» a la ciudad que estuviese en esa circunstancia. Sin embargo, la ventaja de que una
36 ciudad no esté asentada en la costa exige demostración. En primer lugar, no se puede discutir que las ciudades del litoral deben sentir pánico de las inundaciones que suele causar el mar y que el ejemplo de las que ya fueron tragadas por las
37 aguas no les permite tener confianza. En segundo lugar, a quienes piensan que es un placer tener ocasión de contemplar sobre la superficie marina los cargueros navegando y oír los rítmicos cánticos de los remeros, sepa que eso les proporciona no más motivos de placer que de aflicción cada vez que se levanta un oleaje por efecto de las tormentas y, ante los ojos de quienes poco ha se deleitaban, se hunden los barcos y los cánticos de los marineros se tornan gritos lastimeros, y el día descubre la ciudad invadida por la noti-
38 cia del naufragio. Y he aquí la mayor desventaja de todas: pues es forzoso que una ciudad costera esté repleta de la vulgaridad portuaria, de alborotos groseros, lenguaje soez y otras bajezas que son capaces de corromper, si no arruinar,

por completo la moral de las ciudades[11]. Porque, lo mismo
que tendrá que acoger a los marineros de fuera que desem-
barquen, también deberá proporcionarlos ella misma. A con-
tinuación, la vileza de esta parte se extiende a toda la pobla-
ción.

Sin embargo, nuestra ubicación, al tiempo que nos da la 39
oportunidad de disfrutar de las ventajas del mar, nos permite
estar limpios de aquellos inconvenientes. Y, lo mismo que
los que viven en el interior, quedamos libres de aquella im-
pureza, mientras que, al igual que los pueblos costeros, go-
zamos de las ventajas del mar[12]. Por consiguiente, nos dife- 40
renciamos de los del interior por nuestra abundancia de
recursos, y de los costeros por la moderación de nuestras
costumbres. Así, aunque podemos tener buena fama por las
ventajas de ambos, evitamos los reproches que se les hace a
unos y a otros. De manera que ellos se aventajan recíproca-
mente en unos aspectos y en otros son inferiores pero noso-
tros, que somos superiores en ambas cosas, no somos ven-
cidos ni en lo uno ni en lo otro. Distamos de los puertos lo 41
suficiente como para conservarnos limpios de los perjuicios

---

[11] R. A. Pack, «*Physiognōmonikà* in Libanius' Antiochicus», *Amer. Journ. of Philol.* (1935), 347-350, señala que la identificación del tono inmoderado de la voz con grosería y vulgaridad está motivada no sólo por la tradición literaria, sino también por causas médicas, como la hipersensibilidad del rétor a los ruidos a causa de su cefalea crónica, tan aludida en su *Autobiografía*. Cf. P. Brown, *The Body and Society*, Universidad de Columbia, 1988 = *El cuerpo y la sociedad* [trad. A. J. Desmonts] Barcelona, 1993, págs. 180-182.

[12] Las grandes ciudades de la Antigüedad necesitaban para su supervivencia importar productos del exterior, para lo cual el medio de transporte más económico y rápido era, con diferencia, el marítimo. Cf. P. Brown, *The World of Late Antiquity*, Londres, 1971 = *El mundo en la Antigüedad tardía. De Marco Aurelio a Mahoma* [trad. A. Piñero], Madrid, 1989, págs. 19-20.

del mar y para hacernos partícipes de sus ventajas, ya que la distancia que hay es de ciento veinte estadios[13]. De manera que, si un hombre ágil parte de aquí nada más salir el sol, podrá traerse algo de allí cuando aún es mediodía.

42 Tal vez se ha dicho ya bastante de la naturaleza de la tierra, de su moderada temperatura y de su situación con relación al mar. A continuación, sería oportuno hacer un relato de la nobleza de los primeros que ocuparon la región, los que a continuación vinieron y quienes lo hicieron después de ellos, y hacer ver a todos que la mejor ciudad fue poblada por los mejores hombres, como una bien construida nave
43 que es ocupada por excelentes marinos. Daré la impresión de extenderme en mi relato más de lo oportuno. Con todo, lo que se va a decir no es sino una porción insignificante de lo que podría. La causa es la enorme cantidad de datos antiguos que tenemos[14]. Por tanto, aunque la mayor parte de

---

[13] El puerto de Seleucia Pieria, ciudad situada en la desembocadura del Orontes y epónima de su fundador, Seleuco I, quien también lo fue de Antioquía. Ambas ciudades distaban unos 22 Km. y la conexión de Antioquía con el puerto era muy fácil, dado que, de acuerdo con el propio LIBANIO (*infra,* §§ 262 y 265) y los geógrafos ESTRABÓN (XVI 2, 7) y PAUSANIAS (VIII 29,3), el río era navegable hasta Antioquía. Consúltese G. DOWNEY, *A History...*, págs. 52-53 y 361.

[14] Ignoramos de qué fuentes se vale Libanio para reconstruir la historia antigua de su ciudad, ya que se nos han perdido casi todas las fuentes anteriores, a las que el rétor alude siempre vagamente. Tenemos noticia de que la historia de la fundación de Antioquía fue tratada por diversos autores. En primer lugar, los supervisores de las obras, Ateo, Peritas y Anaxícrates, nombrados por el propio Seleuco I, escribieron sendas descripciones de la ciudad. También conocemos una *Antiocheías ktísis,* obra de un tal Pausanias, cuya identificación con el célebre periegeta no es segura. Con respecto a la historia de Antioquía, sabemos de algunas obras perdidas que debieron de ocuparse de ella, como las *Historikà hypomnémata* de EUFORIÓN DE CALCIS, que vivió en tiempos de Antíoco el Grande (224-187 a. C.). También se podía consultar la obra en cincuenta y dos

ellos sean omitidos, aun así no podrá dejar de pensarse que lo dicho es muy largo. En efecto, los libros de historia se encargarán de velar por su exactitud y nosotros nos habremos de limitar a aludir sólo a cuantos hechos son pertinentes a la materia que nos ocupa[15].

---

libros de POSIDONIO DE APAMEA, fuente de Estrabón. Por otro lado, PITAGÓRIDES DE CÍZICO escribió una monografía sobre la villa de Dafne en tiempos de Antíoco IV (175-163 a. C.), y también es de suponer que ATENEO DE NAUCRATIS se refiriera, en su estudio de los reyes de Siria, a la importante ciudad del Orontes. Al margen de estos autores, Juan Malalas menciona como fuentes suyas, además del aludido Pausanias, a otros autores, Domnino, Timoteo y Teófilo, que bien pudieron ser utilizados por Libanio. Además de las fuentes literarias, MALALAS *(Chron.* 443) afirma haber consultado para la elaboración de su obra histórica una serie de documentos locales *(tà ákta tês póleōs),* que pudieron estar también a disposición de nuestro autor, si bien parece poco probable que la ciudad conservase documentos relativos a la época seléucida. Por tanto, para la historia prerromana de la ciudad, Libanio es la fuente más antigua que tenemos, si dejamos aparte las breves noticias de ESTRABÓN (XVI 2, 4-7). Con posterioridad, el historiador JUAN MALALAS se ocupó de la historia de Antioquía en su *Crónica Universal (Chronographía).* Cf. G. DOWNEY, *A History...*, págs. 35-44.

[15] La narración histórica que inicia a continuación Libanio es muy selectiva, y se centra en los antecedentes helénicos de la ciudad, su fundación por Seleuco I Nicátor y la etapa seléucida, dejando al margen la etapa romana. Sin embargo, los arqueólogos no han encontrado vestigios de asentamientos premacedonios en el emplazamiento de la ciudad. No obstante, debido a su posición estratégica, la llanura de Antioquía y la desembocadura del Orontes acogieron asentamientos humanos desde tiempos muy remotos (los restos más antiguos se remontan al III milenio a. C.). La región fue dominada sucesivamente por amoritas, egipcios, hurritas, hititas, arameos, asirios y persas, que mantuvieron relaciones comerciales con Chipre y Grecia desde la Edad del Bronce. En Época Arcaica destacaron por la intensidad de su comercio Corinto, Rodas y Atenas. No es de extrañar, pues, que, tras la fundación de Antioquía por los macedonios, las leyendas locales dieran mayor importancia a la presencia en la llanura del Orontes de argivos, chipriotas, cretenses y atenienses. Downey opina que las historias de asentamientos primitivos de

44 Ínaco era hijo de Gea y padre de Ío[16]. Zeus, que se había convertido en amante de esta Ío, tenía relaciones con ella. Pero, como la unión no le había pasado inadvertida a Hera, Zeus convierte en vaca a la mujer y bajo esta forma tenía trato con ella. Sin embargo, Hera, que también se dio cuenta del engaño, torturó con un tábano a la vaca, que recorrió a la
45 carrera ambos continentes. Ínaco, que buscaba a su hija y no conseguía hallarla, en su deseo de alcanzarla bota unas naves y, después de embarcar a los argivos que menciona la leyenda y a Triptólemo[17] como jefe de toda la expedición,
46 los envió a buscar a su hija desaparecida. Estos héroes surcaron todo el mar, atravesaron cada estrecho, bordearon cada costa, desembarcaron en islas, exploraron riberas, incluso remontaron tierra adentro con la intención de perecer antes
47 que abandonar la búsqueda. Tan pronto como volvieron también su atención a estos parajes, una vez que desembarcaron de las naves —era de noche—, iniciaron la subida al monte en dirección a unos pequeños grupos humanos que vivían aquí. Tras acercarse, llamaron a las puertas de las casas y les preguntaron por Ío. Tras hallar los dones de la hospitalidad, se apoderó de ellos un vivo deseo por esta comarca y pusieron fin aquí a su navegación, cambiando el empeño de la búsqueda por permanecer en este lugar. Y eso que abandonaban la empresa en la que habían puesto tanto em-

---

griegos en la zona no son inverosímiles debido a la intensidad del comercio en las cercanías, como demuestra la fundación de enclaves como Al-Mina, Sabuni y Ugarit.

[16] Apolodoro, *Bibl.* II 1-3, dice que Ínaco era hijo de Océano y Tetis, y lo presenta como humano aunque otras tradiciones lo consideran un río (cf. Pausanias, II 15, 5). Para Apolodoro no está claro que Ínaco fuera padre de Ío, a la que pudo haber engendrado Yaso.

[17] La inclusión en la expedición de Triptólemo, rey de Eleusis y ministro de Deméter, debe de ser una leyenda local, que también recoge Malalas *(Chron.* 29). Cf. Estrabón, XVI 2, 5.

peño, ya que consideraban más preciosa la tierra que les había maravillado que el propósito por el que habían zarpado. 48
Ello no significaba desdeñar a Ío, sino a su propia patria, porque quien los enviaba les advirtió que no debían volver hasta traer a la muchacha. Conque, al renunciar a la búsqueda, se estaban quedando privados voluntariamente de su 49
patria. No cabe duda de que, si hubieran tomado la decisión de quedarse después de haber llegado al confín del mundo habitado sin quedarles ya región alguna por explorar, el motivo hubiera sido la obligación y no el amor por el país. Pero, dado que tomaron esta decisión cuando aún les quedaba mucho territorio en el que existían ciertas esperanzas de encontrarla, es indudable que, al preferir la residencia a las esperanzas, antepusieron la tierra extranjera a la propia. En tan gran medida les cautivó esta región. 50

Una vez que se vincularon a esta tierra, se quedaron por completo, y así, con el tiempo, el amor por la patria cedió a la admiración por la tierra que los tenía maravillados. A mí personalmente no me parece adecuado que Homero, que nació después que estas personas, afirmase que nada hay para los hombres más dulce que la patria[18], pues, de haber seguido la opinión de los argivos, incluso tendría que haber dicho lo contrario: que muchas veces una tierra mejor consigue persuadir la voluntad de los hombres y borra el re- 51
cuerdo de la que los vio nacer. En efecto, ese Triptólemo que fue en busca de la muchacha argiva, una vez hubo instalado al pueblo que conducía, construyó una ciudad al pie de este monte y, tras darle al templo de Zeus que había en la ciudad la denominación de «Nemeo», a ésta la llamó Ione[19]

[18] *Od.* IX 34.

[19] MALALAS *(Chron.* 28) le da el nombre de Iópolis. La imprecisión de los términos que ambos autores emplean para referirse a su ubicación *(eis tò Silpion óros, epì tò óros, hypò tôi órei)* sólo nos permite saber que

en honor de la hija de Ínaco. Pues, como fundaron la ciudad tras abandonar su búsqueda, a ella la honraron dándole su nombre. Una vez que ya habían trabajado la tierra y recibieron sus frutos, cambiaron el nombre de «Nemeo» por el de
52 «Epicarpio»[20]. Así pues, Triptólemo se retiró tras echar los primeros fundamentos de la ciudad y, para honra suya, se le contó entre los héroes.

Un dios, conforme a cuyo designio la ciudad era edificada, en su deseo de que creciese a costa de las mejores razas, hace que Caso[21], noble varón, salga de Creta, y lo trae aquí.
53 Además, lo acompañaba la más insigne flor de Creta. Al llegar, encontraron que los argivos eran mejores que los de su país. Pues, mientras que Minos los había expulsado por envidia, ellos los habían recibido de buen grado y les habían hecho partícipes de la ciudad, de la región y de cuanto poseían. Pero Caso no sabía mejor recibir favores que hacerlos. Así, al darse cuenta de que la mayor parte de las leyes de Triptólemo se habían alterado, las recuperó y fundó Ca-
54 siotis[22]. Como también poseía una mayor inteligencia, trató de ganar para la ciudad el afecto de los chipriotas y se casó con la hija de Salaminio[23], que sobre éstos reinaba. Al em-

debió de hallarse junto al monte Silpio. Cf. G. Downey, *A History...*, pág. 51.

[20] Es decir, «el que produce frutos». El epíteto de «Nemeo» es atribuible a la ciudad de Nemea, sita en la Argólide.

[21] Caso era hijo de Ínaco y esposo de la princesa chipriota Ámice. Cf. Malalas, *Chron.* 201.

[22] Se trataría de una acrópolis situada sobre el monte Silpio. Cuando fundó Antioquía, Seleuco trasladó a su nueva ciudad a los habitantes de Ione y Casiotis.

[23] Ámice. Según Malalas *(Chron.* 202), al morir fue enterrada en la llanura de Antioquía, a cien estadios de Casiotis, hecho por el cual ésta llevaba su nombre (actualmente la llanura recibe el nombre de Amuk). Cf. G. Downey, *A History...*, pág. 50.

barcarse la doncella, la acompañaba un séquito que formaba
una escolta marina en honor de la novia. Pero, nada más
probar nuestra tierra, abandonaron la isla y formaron parte
de la ciudad. Se puede considerar como señal de que Caso 55
era celebrado por su virtud el hecho de que el rey de una
isla tan vasta formalizase de buen grado lazos de alianza
con él. También es prueba de la dulzura de Caso que los en-
cargados de traer a la doncella prefiriesen su guía a lo más
querido por ellos.

Se dice también que algunos Heraclidas, tras su expul- 56
sión por Euristeo, trayendo consigo a numerosos eleos, y
desdeñando toda Europa, además del resto de Asia, pusieron
fin en este lugar a sus fatigas[24], se establecieron aquí y cons-
truyeron Heraclea como prolongación de la ciudad. Con- 57
sidérese, por tanto, esta prosapia y cómo los más nobles de
todas partes se han congregado en este lugar, como si se
tratase de un sitio escogido por las divinas potencias para
asilo de varones dignos de admiración. Sólo nuestras raíces
acumularon los elementos más venerables de cada lugar en
un mismo punto: la antigüedad de los argivos, el buen go-
bierno cretense, el linaje regio de Chipre y la aportación de
Heracles. En cuanto a los hombres que acogimos de Atenas 58
y cuantas otras razas helenas con las que nos mezclamos, se

[24] Los Heraclidas, hijos de Heracles, que los tuvo en su mayor parte de Deyanira y de las hijas de Tespio, fueron desterrados del Peloponeso por el rey perseida Euristeo. Cf. APOLODORO, *Bibl.* II 8. De nuevo se hace eco Libanio de una tradición local, en la que los Heraclidas, acompañados de algunos aliados eleos, habrían visitado la región y fundado Heraclea, que, de acuerdo con Malalas, es el otro nombre que recibe la villa de Dafne. Véase G. DOWNEY, «The Olympic Games of Antioch in the Fourth Century A. D.», en G. FATOUROS, T. KRISCHER, *Libanios*, pág. 179.

hablará de ellos cuando nuestro relato avance hasta llegar a aquellos tiempos[25].

59 Aquí se ha de hacer constar que hasta para la realeza persa esta comarca fue desde antiguo digna de respeto. ¡Por Zeus!, hasta para los dioses de los persas fue ilustre, y, antes de aquéllos, para los asirios. Cuando Cambises estaba en campaña contra Egipto, su mujer, Méroe, iba con él[26]. Después de acampar en el lugar al que su esposa dio su propio nombre[27], ella entró en el santuario de Ártemis para sacrificar. Semíramis, la reina de los asirios, había construido el
60 templo en honor de la diosa[28]. Al percatarse de que el techo se venía abajo de viejo, pidió a Cambises que reparase lo que se encontraba en mal estado. Y él subió la altura del templo añadiendo hileras a los muros y lo rodeó de un perímetro suficientemente amplio como para acoger a todo el pueblo en fiesta. A la propia festividad le dio el nombre de su esposa. Por su parte, ella consagró unos lotes de tierra a la divinidad y estableció que unas mujeres se dedicasen a su servicio. También colmó el santuario de lujo persa, pues le ofrendó tronos, lechos y arcos, todo ello de oro.

---

[25] Es curioso que Libanio base la pretensión de *eugéneia* de los antioquenos en la multiplicidad y no en la singularidad de su linaje. El origen mixto de una población era tradicionalmente considerado más un baldón que un motivo de orgullo. Cf. A. D. Nock, «The Praises of Antioch», *Journ. of Egypt. Archaeol.* 40 (1954), 77-78.

[26] Sobre la campaña egipcia de Cambises, véase Heródoto, III 1-13.

[27] Méroe era el nombre de un arrabal situado a unos 7 Km. de Antioquía, en el camino a Berea, la moderna Alepo.

[28] La reina asiria Semíramis (844-782 a. C.) se convirtió en regente del Imperio Asirio durante la minoría de edad de su hijo Adad Nirari III. El templo que Semíramis construyera en honor de la diosa Anaitis, identificada con Ártemis, y que reconstruyeron Cambises y Méroe, aún estaba en pie en la época de Libanio. Cf. *Disc.* V 42-45.

Cumplidos estos deberes sagrados, a quienes habitaban 61
Ione se les ocurrió bajar a visitar a Cambises. Cuando aquellos a quienes correspondía le anunciaron al rey su presencia, los llamó y les preguntó que quiénes eran y qué les había ocurrido para ocupar su territorio. Una vez se hubo 62
enterado de dónde habían venido y de los avatares que les habían llevado allí, maravillado de que hubiesen preferido trabar lazos de unión con él antes que pasar desapercibidos a su paso, se expresó, no en el sentido de que estaba en su derecho de exigir compensaciones a quienes estaban ocupando su país, sino más bien como si estuviese en deuda con ellos por haberse instalado allí. La prueba es que los despachó tras haberles concedido regalos, como si de bienhechores se tratara. Refiérase quien lo desee a la ferocidad 63
de Cambises y a cómo este proceder no era propio de él[29], pues así quedará más en evidencia que nuestros antepasados convivían y estaban bajo la tutela de los dioses. Porque el hecho de que quien en todo hacía gala de un carácter colérico y disfrutaba con la crueldad, se sobrepusiese a su naturaleza ante la vista de aquellos hombres y no se exasperase ante griegos que ocupaban tierra del Rey, ¿cómo no iba a ser obra de algún dios que los enviaba directamente a su tienda y se encargaba de arreglar ambas cosas: que cobrasen ánimo los griegos y que el Rey no se mostrase áspero, arrebatándoles el miedo a los primeros y apaciguando la ira del segundo?

¿Mas qué necesidad hay de ir aportando pruebas, cuan- 64
do dejamos de lado un hecho evidente? Entre los dioses de arriba, esta tierra es objeto de veneración, puesto que He-

[29] Para HERÓDOTO, Cambises era el prototipo de tirano cruel. En III 30-37 se se recrea en la descripción pormenorizada de sus crímenes. Según el historiador, la causa de esta vesania era que Cambises padecía epilepsia.

lios, al que los persas consideran su dios más importante —bajo cuyos auspicios llevan a cabo sus campañas militares y al que llaman Mitra en lengua persa[30]—, cuando el sopor se apoderó de Cambises, se colocó desde el principio sobre su cabeza y le habló en sueños, exhortándole a dejarlo allí y a no llevarlo a Egipto. Le profetizó asimismo que ese lugar acogería en un futuro una ciudad obra de macedo-
65 nios[31]. Cambises complació al dios y cerca de Ártemis estableció a su hermano[32]. Así fue como este lugar acogió al dios de los persas como residente, enamorado y vate de su futura dicha, puesto que Cambises no experimentó con respecto a la predicción ninguna de las reacciones que la envidia suele causar.

66 Como es sabido, quienes pretenden poner de relieve el lustre de Atenas y de la ciudad de los corintios, dan por sentado que hubo disputas entre los dioses por estas ciudades. Por Corinto, Helios contra el señor del mar[33], y por el Ática, Atenea contra este mismo dios[34]. Así, por una insignificancia, rompen la armonía del universo atreviéndose a hablar de combates de dioses, adornando así con honores impíos[35] a las ciudades que enaltecen y valiéndose del ultraje a lo sagrado para colmar de gracia su servicio, aunque no se dan cuenta de que, con esta mentira, lo único que con-

---

[30] La lectura que ofrece Foerster, *tàs satrapeías hyp' autôi Persídi phōnêi* nos parece insostenible. Adopto sin demasiada convicción la conjetura que el propio editor propone como alternativa en el aparato crítico: *tàs strateías hyp' autôi ⟨poioûntai, Míthrēs dè kaleîtai⟩ Persídi phōnêi*. El dios Mitra fue confundido en la religión persa con el dios solar Shamash.

[31] La futura Antioquía.

[32] Apolo, identificado con Helios-Mitra.

[33] Poseidón. Cf. PAUSANIAS, II 1, 6.

[34] Cf. APOLODORO, *Bibl.* III 14, 1.

[35] Libanio parece tener en mente las palabras de PLATÓN (*Eutifrón* 6b-c).

siguen es privar de credibilidad al resto de sus elogios. Los 67
dioses se han convertido en amantes nuestros, pero no han sostenido ninguna guerra entre sí, porque tampoco es lícito. De manera que la belleza de los helenos también se encuentra aquí, pero lo que hubiera sido mejor que ellos no hubiesen dicho, aquí tampoco nos hemos atrevido a afirmarlo.

Por tanto, como los de entonces habitaban Ione y los 68
hijos iban heredándola de sus padres, dado que empleaban la justicia en sus relaciones sociales, se valían de la tierra para obtener el sustento y cumplían los deberes sagrados que conviene pagar a los dioses, vivían en plena felicidad formando una ciudad helena en medio de la tierra bárbara, al tiempo que mantenían puro su carácter entre tanta enfermedad que había en torno suyo. Como la leyenda que se ha impuesto acerca del río Alfeo, la cual sostiene que, libre de mezcla, el río atraviesa el mar desde el Peloponeso hasta Sicilia[36].

La ciudad no llegó a ser grande y populosa de inmediato 69
—porque, según creo, así convenía—, sino que esperó su crecimiento a una época mejor. Siguió siendo pequeña con un aspecto modestísimo mientras no fue mejor que creciese.
¿Qué quiere decir esto? Si su extensión hubiera aumentado 70
lo más posible mientras aún dominaban Asia los persas, que tenían una vigorosa economía, eran poderosos militarmente y refulgían en todos los aspectos, hubiese sido forzoso que, al ser llamados por los que mandaban a participar en su ejército, hubiésemos tenido que acompañarlos obedientes en

[36] La cazadora Aretusa, de la que estaba enamorado Alfeo, se convirtió en fuente en la isla Ortigia, frente a Siracusa. A su vez, Alfeo se transformó en río y unió sus aguas con las de su amada fuente. Cf. PAUSANIAS, V 7, 2-3, y H. J. ROSE, *A Handbook of Greek Mythology*, Londres = *Mitología griega* [trad. J. GODO], 2.ª ed., Barcelona, 1973, pág. 275.

sus campañas o bien, en caso de no obedecer, hacer la guerra a los persas. En suma, una sola ciudad tendría que haber luchado contra tan vasto imperio. Ni lo primero hubiera sido glorioso, ni lo segundo hubiera estado exento de riesgos.
71 Pero, en realidad, como no crecieron cuando no convenía, sino que se mantuvieron en una situación tal que los alejaba de llevar a término algo desagradable y de sufrir alguna desgracia, prosperaron hasta esta grandeza cuando les era posible mandar. Igual que unos niños nobles que son ignorados en una tiranía por su juventud y que, al llegar a la edad madura, aquélla ya ha dejado de existir.

72 Porque, tras la batalla de Iso[37] y la huída de Darío, Alejandro, que ya dominaba parte de Asia y el resto lo ambicionaba, como le parecía poco lo obtenido y tenía las miras puestas en los confines de la tierra, llegó a esta zona y, tras establecer su tienda cerca del venero que ahora, por obra suya, se encuentra adornado en forma de templete[38] —por aquel entonces su encanto radicaba sólo en su agua—, y después que hubo solazado allí su cuerpo vencido por la fatiga, bebió de la fuente un agua fresca, cristalina y dulcísi-
73 ma. El placer de su bebida evocó a Alejandro el recuerdo

[37] La batalla de Iso, en la que Alejandro derrotó al rey persa Darío III, tuvo lugar en el otoño del 333 a. C. y dejó expedito el camino al Macedonio para descender triunfalmente por Siria y Palestina. Por consiguiente, no es inverosímil que Alejandro pasase por el emplazamiento de la futura Antioquía, si bien ninguna fuente alude a su intención de fundar una ciudad en aquel lugar. Probablemente se trate de una leyenda local surgida del deseo de conferir mayor lustre a la fundación haciendo intervenir a Alejandro. Una detallada descripción de la batalla de Iso y de la huida de Darío puede verse en Arriano, *Anábasis* II 7-13.

[38] Cf. *infra*, par. 250. La fuente se encontraba probablemente en la parte oriental de la ciudad. Malalas *(Chron.* 234) señala que Tiberio mandó construir un baño público en las cercanías de la fuente. Consúltese C. O. Müller, *Antiquitates Antiochenae*, Gotinga, 1839, págs. 22 y 83.

del seno materno y le reveló a sus compañeros que en el agua se encontraban cuantas cualidades había en la leche de su madre, por lo que le dio a la fuente el nombre de ella[39]. Como se sabe, a Darío, cuando marchaba contra los escitas, le pareció que el río Téaro de Tracia era el más bello que existía y, levantándole un monumento, hizo inscribir en éste que era el más hermoso de los ríos[40]. Alejandro, por el contrario, no arrastró a nuestro manantial a comparaciones sobre sus aguas, pero lo equiparó a la leche de Olimpíade. Tan
grande fue el deleite que halló en su caudal. Por tanto, al 74
punto equipó el lugar con una fuente y demás construcciones, con los medios de que disponía teniendo en cuenta la urgencia que le imponían sus campañas, las cuales Alejandro estaba llevando a cabo muy apresuradamente. También emprendió la construcción de una ciudad, como si hubiese encontrado en su camino un lugar capaz de estar a la altura de su propia grandeza.

Subyugado, pues, por un doble deseo, el uno por nuestra 75
tierra y el otro por la conquista de la que le faltaba y, como el primero le obligaba a quedarse y el segundo le apremiaba a acelerar su marcha, haciendo que su alma se dividiese en dos sentidos opuestos, la fundación y la guerra, no permitió que uno entorpeciese el otro. Así pues, ni se resignaba a arruinar por completo su empeño a causa de la ciudad ni, por satisfacer ese impulso, a reprimir el deseo que tenía de fundarla, sino que, aplicándose a ambas tareas, echaba los cimientos de ésta al tiempo que conducía sus fuerzas hacia
Fenicia. Los comienzos de la fundación fueron el Zeus Bo- 76
tio, erigido por Alejandro, y la Acrópolis, que recibió el nom-

---

[39] Olimpíade.

[40] Este episodio es relatado por Heródoto (IV 90-91).

bre de su patria y se llamó Emacia[41]. A mi juicio, ésta era una señal de la intención que tenía Alejandro de preferir esta tierra a la suya propia, una vez finalizadas sus campañas.

77 Tras haber celebrado semejante preludio y haber entrado en el grupo de nuestros fundadores, aquel que decía ser el hijo de Zeus[42] y que, con sus actos, daba verosimilitud a esta reputación, se reunió prematuramente con su padre[43] y no pudo poner fin a su anhelo. No obstante, el que le sucedió, o mejor dicho, el único heredero entre numerosos sucesores que era digno de la clase de Alejandro, Seleuco[44], ocupó su lugar en el proyecto de fundar la ciudad, una vez que, gracias a su rectitud, hubo obtenido el mando una pri-
78 mera y una segunda vez. Porque a aquellos a los que ayudó los convirtió en sus más acérrimos enemigos y fue objeto de insidias por las personas a las que fortaleció. Aunque salió a salvo del interior de la red, fue objeto de admiración por avenirse a ayudar de nuevo a otros. Pero, en este caso, tuvo la fortuna de dar con personas justas y, cuando llegó el momento, recibió su recompensa: recobrar lo que contra justi-

---

[41] El epíteto «Botio» que supuestamente le asigna Alejandro a Zeus proviene de los tracios botieos, pueblo que habitaba Emacia, región al sudeste de Pela, de la que era originario Alejandro. Según Malalas *(Chron.* 200) el templo fue establecido en el ágora por Seleuco I.

[42] Alejandro se proclamó en Egipto hijo de Amón, identificado con Zeus. Consúltese J. Seibert, *Alexander der Grosse,* Darmstadt, 1972, págs. 116-125 y 278-281.

[43] *Sc.* Zeus, y no Filipo II.

[44] Seleuco I Nicátor, iniciador de la dinastía seléucida y fundador, entre otras muchas ciudades, de Antioquía y Seleucia Pieria. Fue lugarteniente de Alejandro y, a la muerte de Pérdicas, recibió la satrapía de Babilonia y luego el reino. De sus numerosas victorias, que le valieron el dominio sobre la mayor parte de las tierras conquistadas por Alejandro, recibió el sobrenombre de «Nicátor». Cf. Apiano, *Sir.* 55-63.

cia le había sido arrebatado. Pues Seleuco, por su buen áni- 79
mo, fue nombrado hiparco por Pérdicas, y, a la muerte de éste en Egipto[45], se adueñó de su trono porque se lo pidieron los macedonios y tuvo bajo su mando la satrapía de Babilonia.

Cuando Antígono le hacía la guerra a Éumenes[46], acu- 80
dió como aliado suyo y le ayudó a derrotarlo, pues, tal vez, aunque actuaba con honestidad, ignoraba que Antígono era un desalmado. Así, cuando gracias a él Antígono llegó a ser importante, por envidia hacia su benefactor tramó su muerte. De cierto, en aquel entonces algún dios debió de poner sobre él su mano protectora, como en una obra teatral. Puesto que desde la misma casa en que se preparó el asesi-

[45] De acuerdo con el testimonio de Diodoro (XVII 117), Alejandro legó el anillo real a Pérdicas, noticia probablemente falsa, pero que evidencia el importante papel que éste jugó en los acontecimientos posteriores a la muerte de Alejandro. Pérdicas fue prácticamente el regente de los herederos legítimos al trono: el hermanastro de Alejandro, Filipo Arrideo, y el hijo de Roxana y Alejandro, Alejandro IV. También fue Pérdicas el que, en nombre de Filipo Arrideo, asignó las satrapías, que acabarían por convertirse en monarquías (cf. Diodoro, XVIII 3). En el año 321 invadió Egipto para contrarrestar las pretensiones a la monarquía de Ptolomeo, pero, al llegar al delta, hizo cruzar el río temerariamente a sus hombres, que perecieron en gran número, motivo por el cual los supervivientes lo asesinaron (cf. Diodoro, XVIII 33-36). Seleuco fue jefe de la caballería de Pérdicas (cf. Apiano, *Sir.* 57).

[46] Antígono, a quien le había correspondido el sur de Anatolia, le hizo la guerra a Eumenes, dueño del centro y norte de Anatolia. Tras la muerte de Pérdicas, Antípatro se hizo con el control de la tutela compartida de Filipo Arrideo y Alejandro IV. En Tripadisos se procedió a un nuevo reparto de las satrapías, en el que, según Diodoro Sículo (XVIII 39), Eumenes fue despojado de Capadocia, Seleuco se hizo cargo de la satrapía de Babilonia y Antígono fue nombrado estratego del ejército real con la misión de acabar con Éumenes. La persecución, que duró desde el 321 hasta el 316, finalizó con la derrota de Éumenes, a quien sus propios soldados entregaron para ser ejecutado (cf. Diodoro, XIX 12-34 y 37-44).

81 nato se halló también el modo de salvarlo. Al igual que Ariadna, que estaba prendada de la lozanía de Teseo, salvó del Laberinto al joven gracias a un hilo, así también Demetrio[47], hijo de Antígono, que sentía admiración por la virtud de Seleuco, le reveló el dolo de su padre contra él por medio de unos signos que con la punta de su lanza escribió sobre el polvo, dando a conocer por este medio a Seleuco lo que iba a suceder, sin que los que estaban allí se percataran de ello.

82 A partir de entonces, a Seleuco le sucedió lo de Evágoras[48], y se hizo poderoso poco después. Ya que, cediendo a lo que convenía entonces, se retiró a Egipto y allí contribuyó a consolidar la realeza de Ptolomeo, no porque ofreciera un numeroso ejército, sino sólo su persona y su ingenio, nada más. Una vez que consiguió afianzar la situación de Ptolomeo, le indujo a que lo restituyese en el trono. Conque, tomando caballeros e infantes, en ambos casos a millares, expulsó a sus enemigos de Babilonia y recobró su poder, a
83 su esposa e hijos y su antiguo esplendor[49]. Como consideraba que había recuperado lo que le pertenecía por medio de estas acciones, pero aún tenían una deuda con él por la insi-

---

[47] Sobre Demetrio Poliorcetes, hijo de Antígono, *vid.* Apiano, *Sir.* 54.

[48] *Vid.* Isócrates, *Evágoras* 26-28.

[49] Antígono, tras su victoria sobre Éumenes, intentó someter bajo su mando a Seleuco, entonces sátrapa de Babilonia. Éste se vio forzado a huir a Egipto, donde Ptolomeo lo acogió, temeroso del poder del victorioso Antígono, a quien se habían unido los hombres de Éumenes. Ptolomeo, apoyado por Lisímaco y Casandro, reclamó la restitución de Babilonia a Seleuco. La respuesta de Antígono fue la invasión de Fenicia en el 315 y la proscripción de Casandro. Acto seguido se instaló en Grecia, donde como propaganda proclamó la libertad de las ciudades griegas. Siria fue confiada a su hijo Demetrio, que fue derrotado por Ptolomeo en Gaza en el 312. Seleuco, con un ejército de mil infantes y trescientos jinetes, según Apiano *(Sir.,* 54), marchó a Babilonia y recuperó su satrapía. Cf. Diodoro, XIX 48-92.

dia, se puso en campaña contra Antígono y llegaron a las manos en Frigia[50]. Se alzó con la victoria y acabó con él, ejecutando por medio de una batalla a campo abierto el castigo por la emboscada que le habían puesto. Así fue como consiguió esquivar la celada, como si se tratase de un amado de los dioses, e imponer el castigo, como quien está ejercitado en la práctica de la virtud.

Cuando Antígono yacía en el suelo, los dominios del 84
caído pasaron a manos del vencedor, y el feudo de Seleuco tuvo así fijados sus límites en Babilonia y la frontera con Egipto. Por aquel entonces se habían producido las mismas circunstancias que antaño propiciaron la fundación y que entonces fueron causa de su grandeza. Y todo ello ocurrió 85
bajo los auspicios de un dios. Había una ciudad que llevaba el nombre de Antígono, dado que había sido construida por él[51]. La distancia de la urbe de hoy en día con aquélla era de cuarenta estadios. Después de su victoria, Seleuco celebró allí los sacrificios. Inmolado el toro y habiendo recibido los altares todos los honores que estipula la ley sagrada, el fuego aceptaba propicio las ofrendas y éstas ardían con ímpetu. Sin embargo, Zeus, poniendo en marcha desde su cetro a su 86
ave dilecta y compañera suya, la envió en dirección al altar. Cuando hubo descendido hasta la mitad de la llama y se hubo apoderado de los muslos ardientes, se los llevó consigo. Como lo sucedido atraía sobre sí todas las miradas y pensa- 87
mientos, a la vez que ponía de manifiesto que no estaba sucediendo al margen de los dioses, Seleuco hizo subir a su

[50] El choque definitivo entre Antígono y Seleuco tuvo lugar en Ipsos de Frigia en el año 301. La batalla acabó con la muerte de Antígono (cf. PLUTARCO, *Demetrio* 28-29). Siria, que previamente había abandonado Antígono ante el avance de Ptolomeo (cf. DIODORO, XX 108-109), fue dividida entre los dos aliados, correspondiéndole el norte a Seleuco.

[51] Antigonia, ciudad situada a unos 7,5 Km. de Antioquía.

hijo[52] en un caballo para que, desde el suelo, siguiese su vuelo y guiase con sus riendas el corcel por el camino que tomara el alado, ya que deseaba conocer qué utilidad iba a
88 darle el ave a su presa. Y a éste, que cabalgaba mientras miraba a lo alto, el vuelo lo llevó hasta Emacia, donde el águila descendió y depositó su carga en el altar de Zeus Botio, que Alejandro había erigido cuando le causó regocijo la fuente[53]. A todo el mundo, incluso a quienes no eran diestros en interpretar augurios, le pareció que Zeus les estaba induciendo a colonizar el lugar. De este modo, el empeño de Alejandro por poblar esta región y el comienzo de su empresa llegaban a su culminación. Así es como la cabeza visible de los dioses se convertía, por medio de su vaticinio, en nuestro fundador.

89 Por tanto, Seleuco concentró en aquel lugar toda la técnica de los artesanos, toda la mano de obra posible como ayuda y todo el esplendor del mármol. Se cortaba madera para los techos y era destacable la fortuna que se dedicaba a
90 las construcciones[54]. Para hacer un esbozo de la ciudad, distribuyó los elefantes[55] en los intervalos en los que irían

---

[52] Antíoco I Soter.

[53] Cf. *supra*, §§ 72-76.

[54] La ciudad fue fundada pocos días después que Seleucia Pieria, en mayo del año 300 a. C., a orillas del Orontes y al pie del monte Silpio. Según Malalas *(Chron.* 200), la nueva ciudad habría sido ubicada en el asentamiento de la aldea Botia. La ciudad de Seleuco contaba con un ágora, en torno a la cual se situarían los principales edificios públicos y un muro donde posteriormente, en época romana, se construyó la avenida principal porticada que tanto elogia nuestro rétor. Con toda probabilidad, fue también obra suya una acrópolis en lo alto del monte Silpio. Cf. G. Downey, *A History...*, págs. 67-82.

[55] El relato de la fundación de la ciudad sigue como ejemplo la narración de la fundación de Alejandría y el trazado de las calles siguió muy probablemente el modelo rectilíneo del urbanismo helenístico, como se aprecia en otras ciudades hermanas de la tetrápolis siria, como Apamea,

luego las torres. Cuando trazaba la longitud y anchura de los pórticos y las calles, para marcar las líneas se servía de granos de trigo que depositaban junto al río las naves que los transportaban. Rápidamente la ciudad ganó fama y lo cons- 91
truido se llenó en seguida de los argivos que acudían aquí procedentes de Ione, también de los cretenses y de los descendientes de Heracles, con los que, en mi opinión, Seleuco tenía parentesco a través del antiguo Témeno[56], así como de los soldados que habían acompañado al propio Seleuco y que habían elegido vivir aquí. En cuanto a la propia Antigo- 92
nia, recuerdo de un hombre hostil, la hizo desaparecer y sus habitantes, entre los que había también atenienses, se mudaron aquí[57]. Estos emigrantes, al principio, tenían miedo de que se les hiciera partícipes del odio hacia Antígono. Mas, así como se percataron de que habían sido trasladados para mejorar su situación, honraron a Seleuco con una estatua broncínea, añadiéndole a la cabeza unos cuernos de toro, ya que éste era el símbolo de Ío[58].

Laodicea y Seleucia, fundadas por Seleuco I en la misma época, lo que evidencia la existencia de un plan urbanístico amplio. Cf. G. Downey, *A History...*, págs. 54, 67 y 70. Seleuco recibió 500 elefantes en virtud del tratado de paz firmado el 303 con el rey de Bactria, Chandragupta (cf. Estrabón, XV 2, 9).

[56] Hijo del heráclida Aristómaco. De él descienden los reyes macedonios. Cf. Heródoto, VIII 137, 1 y Tucídides, II 99, 3.

[57] La ciudad de Antigonia fue fundada por Antígono en 307-306 a. C. Diodoro XX 47, 5-6, a diferencia de Libanio y Malalas, nos explica que, tras la destrucción de Antigonia, Seleuco trasladó a sus habitantes a Seleucia, su capital, y no a Antioquía, como pretenden los dos autores antioquenos con el objeto de dar la preeminencia a su ciudad natal. Por otro lado, es más que dudoso que Seleuco destruyese Antigonia, pues Dión Casio nos atestigua (XL 29) su existencia el año 51 a. C.

[58] Apiano, *Sir.* 57 nos explica que las estatuas de Seleuco representaban al monarca con cuernos de toro por una gesta que se le atribuye:

93 La ciudad lleva el sobrenombre de Seleuco, pero el nombre le viene de su padre, Antíoco[59]. De manera que fue construida por aquél, pero preservó el recuerdo de éste, porque, como lo consideraba el más venerable de su familia, le asignó la más ilustre de sus obras.

94 En cuanto a esa villa tan celebrada, Dafne, Seleuco la destinó a la dignidad de santuario consagrando al dios el lugar, puesto que descubrió que la leyenda era cierta[60]. Pues Apolo, enamorado de Dafne, como no conseguía persuadirla, la persiguió. Y cuando, gracias a su invocación, la doncella se metamorfoseó en árbol, el dios hizo una corona
95 de su amada. Eso es lo que cantan los poetas, pero a Seleuco fue una cacería la que le reveló la verdad del relato. Éste, que llevaba unos perros y conducía su caballo, se dedicaba a la caza. Cuando llegó junto al árbol que antes era esta doncella, el caballo, deteniéndose, golpeó el suelo con su casco
96 y la tierra despidió una punta de flecha dorada. Ésta dejaba ver por unos signos quién era su dueño, pues estaba grabado en ella el nombre de Febo. Porque, según creo, dolorido ante

cuando se ofrecía un sacrificio a Alejandro se escapó un toro al que Seleuco mató con sus propias manos.

[59] Los autores antiguos no están de acuerdo sobre si el nombre de la ciudad proviene del hijo o del padre de Seleuco, pues ambos se llamaban igual. Malalas, Juliano y Sozómeno pensaban que se debía al hijo, en tanto que Estrabón, Apiano, Pausanias de Damasco y Tzetzes lo atribuían al padre. Para mayor confusión, los manuscritos no son unánimes en este pasaje de Libanio, ya que unos ofrecen la lectura *patrós* y otros la de *paidós*. Cf. G. Downey, *A History...*, págs. 581-582.

[60] La célebre leyenda de Apolo y Dafne. Según Malalas *(Chron.* 204), el fundador de Dafne fue el propio Heracles, quien le dio el nombre de Heraclea, pasando más tarde a llamarse Dafne por la leyenda. Libanio nos habla de Heraclea, pero parece no identificarla con Dafne. Apolo es, junto con Zeus, la divinidad tutelar de los seléucidas, razón por la que Seleuco I le dedica el célebre santuario, que fue destruido en un incendio en tiempos de Juliano. Sobre Dafne, véase *infra*, pars. 233-243.

la metamorfosis de la muchacha, perdió sus dardos, y la punta de uno de ellos, desprendiéndose, quedó oculta en la tierra y se conservó para animar a Seleuco a honrar el lugar y considerarlo como lo que era: un santuario de Apolo. Sin 97
duda, también me maravilla el que brotase la fuente del Helicón cuando, dicen, Pegaso golpeó con su pezuña la roca, pero este portento es tanto más admirable cuanto más lógico es que broten fuentes de la tierra que puntas de flecha. Tan 98
pronto como Seleuco la levantaba de la tierra, vio que una serpiente se arrastraba hacia él silbando y con la cabeza alzada sobre el suelo. Ésta, así como avanzó, lo miró mansamente y desapareció. Por tanto, al sumarse la serpiente a los prodigios de la tierra, se reforzó la creencia de que el dios frecuentaba el lugar. Al punto se acotó un campo sagrado, que recibió sus árboles y su templo. En breve floreció el sacro recinto y recibió la protección de poderosas Erinias[61].

Dafne lo era todo para Seleuco. Pues, además de los 99
portentos que ante sus ojos surgieron, también le llegó un oráculo que recibió de Mileto para hacer frente a la dificultad del proyecto y cobró ánimos. Éste le revelaba su futuro y le exhortaba a que, tras tomar el gobierno de los sirios, consagrase Dafne. De modo que, una vez hubo organizado 100
de esta guisa las cuestiones referidas a los dioses y hubo comenzado como era debido, puesto que había partido de cimientos que prometían buenas esperanzas —me refiero a la buena disposición de los dioses y a nuestra ciudad—, hizo que el yermo se poblara de las ciudades más civilizadas de la tierra. Sin duda, no fundó Antioquía para la molicie,

[61] En el original aparece el término *araí* (maldiciones), sobrenombre de las Erinias o Euménides, diosas vengadoras de los crímenes y protectoras del orden social. Cf. Esquilo, *Eum.* 417.

sino como punto de partida para nuevas urbes. Así fue como las ciudades surgían a modo de hospicios para los caminantes.

101 Los demás reyes se vanaglorian de haber arrasado las ciudades existentes, pero a él le ha dado su gloria la construcción de las que no había. Él levantó tantas sobre la tierra, que basta con echar una mirada a cuantas son homónimas de las de Macedonia y a todas las que recibieron su denominación por los miembros de su familia, puesto que muchas son epónimas de un mismo nombre, en uno y otro
102 sexo, me refiero a hombres y mujeres[62]. Tanto es así, que, si alguien quisiera compararlo con los atenienses y milesios, que tienen fama de haber establecido la mayor parte de las colonias, se nos revelaría Seleuco como fundador de un mayor número y a todas luces vencería en lo que respecta al tamaño de cada una, hasta el extremo de que una sola, cualquiera que sea, equivale a diez de las otras. A quien acude a Fenicia le es posible contemplar sus ciudades. También el que venga aquí, a Siria, puede ver las mayores y más nume-
103 rosas que fundó. Él hizo que esta gloria suya se extendiera hasta el Éufrates y el Tigris. Cercando Babilonia con ciudades, las diseminó por todas partes, incluso en Persia, y no permitió que, donde quiera que hubiese un lugar apropiado para una ciudad, quedase sin habitar, sino que, en su afán de
104 helenizar, puso fin al poderío de los bárbaros. No obstante, no se puede decir que construyera muchas otras ciudades

---

[62] El número de ciudades fundadas por Seleuco I fue notable, según evidencian Malalas (*Chron.* 203) y Apiano (*Sir.* 57). Según este último, a dieciséis les dio el nombre de Antioquía por su padre, a cinco el de Laodicea por su madre, a nueve el de Seleucia por su propio nombre, y a cuatro el de sus esposas, Apama y Estratonice. También señala que numerosas ciudades fundadas por él llevaban el nombre de homónimas griegas o macedonias, como Berea, Edesa, Perinto, etc.

además de ésta, en la idea de que hubiera preferido a otra por encima de ella, sino que él mismo estableció aquí su cetro y le dio lo que le correspondía por encima de las demás, como si hubiese construido el resto como servidoras suyas y no hubiese visto otra más adecuada para acoger su corte[63].

Por tanto, después de haber pasado la vida en semejan- 105
tes tareas, a su muerte[64] no traspasó su herencia a personas menos dignas, sino que todos nacieron nobles de gente noble. Por consiguiente, los hijos, que emulaban sucesivamente a los padres, se distinguían, entre otras virtudes, por su
amor a su ciudad. Si presto atención a los actos de aquellos 106
hombres y contemplo en derredor, como desde un puesto de vigilancia, la magnanimidad de cada uno, me doy cuenta de que no es justo pasar en silencio sus virtudes ni está en nuestras manos exponerlas de forma minuciosa, porque lo primero sería como causar un perjuicio a los fundadores y negarles la alabanza que merecen, y lo segundo una empresa que no podría llevar a cabo ni aunque tuviera muchas bo-
cas ni con el mejor coro de sofistas. Por eso, ¿qué solución 107

[63] En este punto, Libanio no tiene razón, pues todos los indicios apuntan a que Seleuco había reservado este honor a Seleucia Pieria. El rétor omite cualquier referencia a la fundación casi simultánea de Seleucia con el objeto de dar la absoluta preeminencia a su ciudad natal. El traslado de los habitantes de Antigonia a Seleucia *(vid. supra,* n. 57), además de los testimonios numismáticos (la ceca de Antigonia fue trasladada a Seleucia y no a Antioquía), revelan que la historia de la fundación de Antioquía y su supuesta capitalidad en tiempos de Seleuco I está condicionada por las fuentes. Por otro lado, era costumbre de los monarcas macedonios darle su nombre a sus capitales, como hizo Antígono con Antigonia, y en Seleucia fue donde, según la costumbre, Seleuco recibió sepultura. El traslado de la capitalidad de Siria a Antioquía no se llevaría a cabo hasta Antíoco I Soter, hijo de Seleuco I. Consúltese G. Downey, *A History...*, págs. 54-60.

[64] Ocurrió hacia el 281-280 a. C.

se ha encontrado a este problema tan grande? Hacer alusión a unos y omitir a otros. O, mejor dicho, no decirlo todo de unos, sino contar un poco de muchos y, sosteniendo con decisión respecto a los demás que no fueron inferiores a los mencionados, exhortar a quienes asisten como oyentes a mi exposición a que den por bueno mi discurso.

108 Así pues, Antíoco[65], el hijo de Seleuco, no sostuvo guerra alguna, porque cualquier enemigo se espantaba de miedo, sino que, llegando a la vejez gozando de prosperidad, pudo entregar el trono sin merma a su hijo[66]. También durante el reinado de este rey, las armas permanecieron inactivas, ya que no fueron necesarias. En cambio, a la ciudad le

109 sobrevino un portento del más favorable augurio[67]. Casó éste con la hija de Ptolomeo, rey de Egipto[68]. Éste, a su vez, se presentó aquí y, como quedó impresionado por la belleza de Ártemis[69], concibió el deseo de que la estatua perteneciera a su país. Así es que la robó y se la llevó consigo. La diosa recibía allí toda suerte de atenciones, pero sentía nostalgia de nuestra tierra. Así es que golpeó con una enfermedad

[65] Antíoco I Soter, que reinó entre el 281-280 y el 261 a. C.

[66] Antíoco II *Theós*, que reinó hasta el 247-246 a. C.

[67] Se inicia el relato de los robos de estatuas de dioses, que forman parte de la tradición local antioquena. La fidelidad de Libanio a dicha tradición y a las divinidades poliadas es un rasgo característico de su concepción religiosa, y refleja la noción que el orador y su círculo tenían de la relación entre la ciudad, concebida anacrónicamente como una *pólis* independiente, y la administración romana. La referencia a esta tradición secular pagana en los Juegos Olímpicos de una ciudad cristiana como Antioquía tiene un marcado carácter propagandístico. Cf. P. Petit, *Libanius et la vie...*, págs. 192-193 y 206.

[68] Antíoco II repudió a su anterior esposa, Laódice, para casarse con Berenice, hija de Ptolomeo II Filadelfo.

[69] La estatua de la diosa que había en el santuario de Semíramis. Cf. *supra*, § 59. Ártemis era una de las divinidades poliadas de Antioquía, y a ella le dedicó nuestro autor un himno en prosa, el *Disc.* V.

a la esposa de su raptor[70], al tiempo que daba a conocer mediante sueños el motivo que la impulsaba a actuar así. Así pues, quienes la habían apartado de aquí la enviaron de regreso y así recobró su antiguo templo. Por esta acción se le cambió el nombre y recibió la advocación de Eleusina.

Hubo también otro prodigio durante el mismo reinado, 110
que es similar, pero no idéntico, al anterior. Pues tiene que ver con éste en que está relacionado con los dioses, pero se diferencia en que en esta ocasión son dioses extranjeros los que se desplazan hacia aquí. Aclararé lo que estoy diciendo.
Unos dioses, que eran venerados en Chipre desde que ha- 111
bían colonizado la isla, sentían vivos deseos por esta comarca y estaban ansiosos por emigrar hacia aquí. Por eso, empujaron a nuestra ciudad a la necesidad de consultar el oráculo de Pitón y persuadieron a Apolo a que respondiese que sólo había una salvación para las desgracias: la emigra-
ción de los dioses de Chipre a nuestra tierra. De modo que 112
el rey envió a la isla a las personas que esperaba que pudieran lograr este fin. Pero, como no era viable apoderarse de ellos de forma manifiesta ni ocultarse excavando galerías, se las ingenian de la siguiente manera. Pretextaron que querían fabricar unas copias de los dioses del lugar. Concedido el permiso, se aplicaron a cincelar día y noche sin descanso, hasta que los sacerdotes se iban a descansar. El trabajo de copia fue realizado por los escultores con tal minuciosidad, que, a la vista de los chipriotas, lograron embarcarse en las naves después de sacar de su lugar los originales y sustituirlos por las copias, llevándose las antiguas como si se tratase de obras recientes, y dejando atrás las que habían si-

[70] Arsínoe II. De igual modo que Apolo enviaba con sus dardos las enfermedades a los hombres, Ártemis hacía lo propio con las mujeres, como ocurrió con la desdichada Níobe. Cf. *Disc.* V 37.

do trabajadas poco ha, en la creencia de que se trataba de las
113 antiguas[71]. No cabe duda de que el portento no se debe al talento de los escultores, sino al deseo de aquellos dioses de navegar hacia aquí, en virtud del cual pusieron en las manos de los artesanos una habilidad superior a la que ellos podían poseer. Por tanto, ¿qué gloria mayor puede existir, ya sea conquistar un país, erigir un trofeo, arrasar falanges, ya sea capturar vivos a los enemigos y llevárselos presos, en comparación con que los dioses crean que es adecuado para
114 ellos residir en este lugar? Pues el acontecimiento que siguió a éste, acaecido durante el reinado del sucesor de este rey[72], nos lleva a la misma desmostración. Isis, la estatua egipcia de cuernos de vaca, tras abandonar Menfis, se traslada aquí incitando con sueños a Seleuco, el cuarto tras Seleuco I[73], para que se la traiga a este lugar, al tiempo que inducía a Ptolomeo[74] a que entregara sin objeciones a la diosa.

---

[71] G. Downey, *A History...*, págs. 88-89 sugiere que uno de estos dioses podría ser un Apolo sentado sobre el *omphalós*, dada la coincidencia en la representación de esta imagen en las monedas de los seléucidas y las acuñadas por el rey chipriota Nicocles entre 320 y 310 a. C. A su vez, el rapto del Apolo chipriota estaría en conexión con el establecimiento en Dafne de un oráculo del dios.

[72] Seleuco II Calínico, que reinó desde 246 hasta 226 a. C. Era hijo de Antíoco II y Laódice, su primera esposa, y se impuso en la sucesión al hijo de la entonces reina Berenice, pese al apoyo popular y a la ayuda del rey egipcio Ptolomeo III Evérgetes. Berenice y su hijo fueron asesinados en Dafne y Seleuco II tuvo que hacerles la guerra a los egipcios, quienes conservaron la ciudad de Seleucia hasta el 219 a. C. En este contexto parece poco probable que se produjera la donación pacífica de Isis que apunta aquí Libanio, de la que, por otro lado, no existen otros testimonios.

[73] Según el sistema ordinal inclusivo griego, Seleuco II es el cuarto monarca detrás de Seleuco I, Antíoco I y Antíoco II.

[74] Ptolomeo III Evérgetes (246-222 a. C.).

Se dispusieron unas naves para este fin, y así fue como la diosa fue conducida hacia aquí.

Así es como Antioquía se transformaba en hospicio de 115
los más poderosos, tanto que tendríamos razones para competir, si lo deseáramos, con el Olimpo. Porque la estancia de los dioses en aquel lugar es un rumor de los poetas, pero las estatuas que tenemos entre nosotros son una prueba irrefutable para los ojos. Con el transcurso del tiempo, también se 116
produjeron otros sucesos, pues ni siquiera cuando el poder de los romanos ya se había enseñoreado de todo, cambió la situación para la ciudad, sino que aquéllos experimentaron ante el Zeus Casio una sensación idéntica a la que sintió Ptolomeo con Ártemis[75], y se lo llevaron de aquí. Mas el dios, arrojando rayos en todas direcciones, les apremiaba para lograr su regreso y al final consiguió volver. Es indis- 117
cutible que los dioses de otros lugares desean a las claras venir con nosotros, pero los nuestros no soportan el traslado a otro sitio, sino que, a pesar de atraer a sí mismos el deseo por su hermosura, a ellos les pasa con nosotros precisamente lo mismo que a otros les sucede con ellos. Así es que, aunque sean raptados por sus admiradores, logran regresar de nuevo a su amada tierra. Tan intenso es el amor que une a nuestros dioses con nuestra región y el deseo que impele a las divinidades extranjeras a llegar a ser nuestras.

Me he extendido en el relato de los dioses porque pienso 118
que no existe en los encomios una parte más importante que ésta, ni para nosotros ni para ninguna otra persona. No obstante, si alguno considera que las hazañas bélicas son más agradables de oír, diremos que hay erigidos numerosos trofeos ganados en frecuentes combates en honor de nuestros antepasados, que salían personalmente en campaña, como

[75] Cf. *supra*, § 109.

119 era costumbre en las guerras de entonces. ¿Para qué vamos a referirnos a otras cosas? Antíoco el Grande[76], que recibió este apodo por haber acometido importantes empresas y haber tenido éxito en ellas, pareciéndole poco conservar lo que tenía, proyectó añadir algo más. Por esta razón, se ocupó de añadirle la parte más reciente de la ciudad, a la cual circunda el río, y que no era muy inferior a la antigua, introduciendo en ella casta helena, etolios, cretenses y eubeos, y
120 dotándola de un muro para su completa seguridad[77]. A medida que la extensión de la ciudad se hacía mayor, iba ampliando los límites de su dominio, como si estuviese tejiendo una túnica mayor para un cuerpo que ha crecido. Tras tomar consigo cuantos colonos esperaba que le bastaran para apoderarse de todo, ya fuera por temor o por medio de contienda, marchó conquistando sucesivamente la tierra que se ponía a su paso, unas veces accediendo sus habitantes de buena gana y otras teniendo que aprender con sus derrotas
121 que no había que resistirse. Con semejante actitud vino a parar a Jonia, donde hizo patente en sus propósitos y sus acciones que era Antíoco el Grande y que no llevaba por nombre un eufemismo vacuo, sino que era digno de oír este apodo en virtud de las acciones que llevaba a cabo. Gracias a éstas, nos llegaban tributos continuamente y la ciudad se adornaba con los dones de la guerra, preocupándose de sus

[76] Antíoco III el Grande, segundo hijo de Seleuco II, ascendió al trono en 223 y reinó hasta el 187 a. C. Se enfrentó a Roma y dio asilo a Aníbal, que llegó a Antioquía el verano del 195 a. C. Fue derrotado el 190 a. C. y por el tratado de Magnesia (188 a. C.) el reino seléucida se vio obligado a pagar tributo a Roma.

[77] La ciudad nueva, que Libanio nos describe en este discurso (*vid. infra*, §§ 203-210). Su construcción fue iniciada por Seleuco II y completada por su hijo Antíoco III. Los colonos de la ciudad nueva debieron de ser en realidad veteranos de su guerra contra Roma (192-189 a. C.). *Vid.* G. Downey, *A History...*, págs. 92-93.

súbditos y subyugando a quienes osaban enfrentarse a ella, aunque luego también para éstos se comportó como un dios propicio, porque ella aventajaba en dos aspectos a la realeza persa: su poder y la índole de su hegemonía.

Otro Antíoco llegó a ser rey[78]. Por su carácter era aman- 122
te de la paz, pero, a la vez, estaba dotado para la guerra, pues le agradaba la primera si nadie se mostraba insolente con él, y estaba dispuesto a la segunda si alguno a ello lo obligaba. Ni por amor a la paz cedía ante quienes lo provocaban, ni menospreciaba la tranquilidad por el ansia de imponerse en las guerras, sino que sabía como ningún otro tomar las armas cuando era oportuno y deponerlas de nuevo.
Este rey, cuando la piratería se había establecido en el Tau- 123
ro, convertía en presa de los misios[79] los bienes de los cilicios y, entre otras cosas, arruinaba el comercio de aquellas gentes, marchó contra los piratas y puso fin a su actividad de forma más resuelta que Minos al expulsar a los carios de las Cícladas[80]. Así devolvió a las ciudades la posibilidad de relacionarse entre sí y, cuando acabó con el miedo que las oprimía, abrió las rutas comerciales a los mercaderes. En

[78] Antíoco IV Epífanes, que reinó entre 175 y 163 a. C., tras la muerte de Seleuco IV Filopátor (187-175 a. C.). El reinado de Antíoco IV fue de gran trascendencia para Antioquía, debido a las numerosas obras públicas con que este monarca la embelleció. Destacaremos la fundación del barrio de Epifania, al pie del monte Silpio, con su ágora, el templo de Zeus Olímpico, el archivo municipal y el *bouleutérion*. También se ha especulado con la posibilidad de que construyera un estadio en Dafne a partir de la noticia de los juegos que celebró en aquella villa el año 167 a. C. (cf. Polibio, XXX 25 y Diodoro, XXXI 16).

[79] Expresión proverbial frecuentemente empleada por Libanio (cf. *Disc.* XXX 8; XII 40; XIV 26 y XVIII 34). Los helenos despreciaban a los misios, de ahí que la expresión *el último de los misios* se aplicara al ser más mísero (cf. Platón, *Teet.* 209b).

[80] Libanio tiene presente el famoso pasaje de Tucídides (I 9).

pago a estos servicios, los que habían sido beneficiados le erigieron una estatua de bronce subyugando a un toro, simbolizando este animal el monte homónimo[81].

124 Ciertamente, aunque podría narrar no pocas historias de los restantes reyes, como quiero evitar lo que decía, causar desconcierto por su extensión, me limito a decir lo siguiente. A la vez que heredaron unos de otros sus apodos, recibieron las virtudes inherentes a ellos, unos custodiando la ciudad en tiempos de paz, otros haciéndola insigne en tiempos de guerra, y todos ellos teniendo en mente aquel mismo y único objetivo: entregar a su sucesor una ciudad más
125 grande que la que cada uno de ellos había recibido. Uno construyó el templo de Minos[82], otro el de Deméter[83], otro el de Heracles[84] y cada cual el de un dios diferente. El teatro[85] fue construido por éste, la sede de la curia por aquél, otro pavimentó las calles, otros trajeron con acueductos los dones de las ninfas, otros de los arrabales los llevaron a la ciudad y otros al barrio más reciente desde las fuentes que surgen a borbotones en la parte más antigua[86]. Se erigía un templo sobre otro, y éstos ocupaban la mayor parte de la ur-

---

[81] Tal vez esta estatua dio su nombre a la Puerta Tauriana, que daba a un puente en la parte occidental de la ciudad nueva, por lo que debía de estar ubicada en las cercanías. Cf. G. Downey, *A History...*, págs. 347-348 y 620.

[82] Tal vez es un error de Libanio y, como sugiere Cobet, se trate en realidad del templo de Apolo.

[83] En *Disc.* XV 79, Libanio nos habla de que, entre otros dioses, Juliano ofreció sacrificios a Deméter, por lo que es de suponer la existencia de un templo de la diosa en la ciudad.

[84] Ignoramos la ubicación y qué rey seléucida fue su constructor.

[85] Es muy posible que ya Seleuco I construyera un teatro y que el de César no fuera más que la reconstrucción de un anterior teatro seléucida. Cf. G. Downey, *A History...*, pág. 156.

[86] Estas últimas son obras de Antíoco IV. Cf. *supra*, n. 78.

be. Pues las moradas de los dioses son, a un tiempo, ornato y guarda de la ciudad.

Pero es más fácil contar los congios que contiene el mar, 126 que tratar de abarcar con mi discurso cuántas fueron las aportaciones con las que cada uno amplió la ciudad. Por tanto, apartándome de imposibles, haré que el sobrenombre de cada uno de ellos se muestre como indicio de su carácter. Pues uno recibió el de «Soter», otro el de *«Theós»,* otro el de «Calínico», otro el de «Magno», a otro lo llamaron «Filopátor», a otro más «Epífanes», y ninguno hay que se vea libre del testimonio que dé fe de tales sobrenombres[87]. Por 127 consiguiente, si en Atenas se tiene a gala que uno de sus políticos hubiese recibido el apodo de «el Justo»[88] y que otro más llevase otro sobrenombre, ¿qué debe significar para nuestra ciudad el que sus reyes merecieran semejantes apodos, y no solamente dos individuos, sino todos ellos sucesivamente y, lo que es aún más importante, que alcanzasen un número tan grande? Sin embargo, no sólo sacamos 128 este noble carácter de quienes ejercían el poder, sino también de sus esposas. Éstas, apartándose del telar, se sobrepusieron a su naturaleza en favor de la ciudad, asumiendo también preocupaciones propias de hombres, prestando unas su ayuda en las costumbres funerarias, otras honrando a los dioses mediante la construcción de templos, adornando con este honor a la ciudad misma. Era como si la habitasen junto

---

[87] El sobrenombre de «Salvador» *(Sōtḗr)* lo llevaron Antíoco I, Seleuco III y Demetrio I (162-150 a. C.); el de «Dios» *(Theós)* Antíoco II; «Calínico» era el epíteto de Seleuco II; «Magno» era el de Antíoco III; a Seleuco IV (187-175) se le conocía como «Filopátor» y el epíteto «Epífanes» fue aplicado a Antíoco IV (175-163 a. C.) y a Antíoco XI (92 a. C.).

[88] El famoso Aristides.

con los hombres no sólo para procrear hijos, sino también para emular los esfuerzos de ellos en beneficio de la ciudad.

129 Según eso, mientras la divinidad determinó gobernar Asia mediante la voluntad de los macedonios, Antioquía fue para ellos como un baluarte de su poder y pasaban aquí la vida con buena fortuna, y la iban completando con recursos procedentes de todas partes. Mas, desde que el dios puso fin a su gobierno e hizo que todo se ciñera al poder romano como a una cadena de oro, en seguida se consideró el hecho como la voluntad celestial y se acogió el cambio sin ruido. Era forzoso que la ciudad terminase por ser suya aun presentándoles batalla, por lo que, sin combate, se adhirió a ellos procurando que el futuro estuviese libre de hostilidad y
130 sin dar lugar a que quedasen motivos de rencor[89]. Como pago a tal intención, disfrutó del cuidado de sus soberanos hasta el punto de que el pueblo sólo notó que había habido un cambio en lo que respecta al mando. Disfrutaba de la misma abundancia de bienes que antes, como si no hubieran sido macedonios quienes hubieran fundado la ciudad y romanos los que se hubiesen apoderado de ella, sino que sucedía como si éstos fuesen dueños de algo que hubieran creado y observaran para con ella el afecto reservado a sus propias obras. Así fue como cuidaron la buena fama que te-

[89] La situación previa a la llegada de los romanos no era tan favorable al helenismo como pretende Libanio. Las continuas guerras civiles impulsaron a los antioquenos a aceptar como sucesor de Antíoco XII y Filipo I, muertos en 84-83 a. C., al armenio Tigranes, que asumió el título de «Rey de Reyes» y orientalizó la corte, en perjuicio del elemento helénico de la ciudad. La caída de Tigranes a manos del general romano Lúculo en el 69 a. C. puso fin a la orientalización de Antioquía y los seléucidas recuperaron por breve tiempo el trono, hasta que Pompeyo convirtió Siria en provincia romana en el 64 a. C., de la que Antioquía iba a ser su capital. En este sentido, la llegada de los romanos vino a ser más una liberación que una carga. Consúltese G. Downey, *A History...*, págs. 136-142.

nían y le añadieron cuantos títulos es costumbre en ellos, sin privarla de ser la metrópolis de Asia[90].

Para quienes no se creen que nuestra ciudad posee su 131 fama desde antiguo, valga lo que se ha dicho. A cuantos piensan que ha declinado su brillante esplendor, muéstreseles lo que tenemos hoy, para que la malevolencia no afecte a nuestro discurso. Porque las ciudades, como soldados que se han hecho viejos, celebran sus glorias pasadas y se lamentan por la situación actual. En nuestro caso, por el contrario, lo que se puede ver rivaliza con lo que se celebra en las narraciones, y es mejor mostrar nuestro esplendor que hacer simples relatos. Considérese, como en la música, si la 132 ciudad aparece ensamblada armoniosamente en todas sus partes o si ¡por Zeus!, como una estatua de los personajes célebres, no es como debe de mitad para abajo, sino que se presenta todo lo acabada que es posible.

Echemos en primer lugar una ojeada a la curia, porque 133 también toda la magnificencia de la ciudad descansa sobre ella como sobre una raíz. En efecto, sólo ella es la más grande de cuantas existen y la mejor, puesto que sus miembros pueden enumerar a sus padres, abuelos, bisabuelos, y así ir más lejos en la misma línea genealógica. Ellos han tomado a sus antepasados como maestros de devoción a la ciudad, porque cada cual ha heredado, junto con la fortuna de éstos, la idea de que dicha fortuna sea patrimonio de la comunidad[91]. Estas personas, gracias a su buena fortuna, 134

---

[90] En un gesto de buena voluntad, Pompeyo le concedió a la ciudad la *libertas* y le permitió mantener su título de *metrópolis*, además de los propios de la administración romana.

[91] Este ideal del evergetismo de los curiales y de la independencia de la *pólis* aplicado a las ciudades tardoimperiales constituye un curioso anacronismo del que muchos intelectuales paganos de la época parecen no querer darse cuenta. La curia está lejos de constituir un autogobierno

pudieron heredar los bienes familiares, pero la mayor parte los gastan por liberalidad, mientras que, por su laboriosidad, ganan mucho dinero, sin que se les pueda reprochar nada a la fuente de su riqueza. A su vez, hacen gala de una absoluta magnificencia con respecto a los servicios públicos[92]. Gracias a su previsión, escapan a la pobreza, y sienten más placer en hacer gastos en beneficio de su ciudad que otros en adquirir bienes para su casa. Tan despreocupadamente se lanzan al dispendio, que ya muchos han temido verse arrastrados a la pobreza. Gastan dinero de muy diversas maneras, ya sea manteniendo al vulgo en tiempos de necesidad, ya

---

en una época en que los funcionarios imperiales tenían potestad para mandar azotar a sus miembros y las prestaciones económicas estaban muy lejos de ser una muestra de generosidad. Al contrario, los curiales las sentían más como cargas obligatorias. Se aprecia a lo largo de la Antigüedad Tardía un proceso imparable de «funcionarización» de los curiales en virtud del cual éstos desempeñaban, cada vez en mayor medida, tareas que debían corresponder a funcionarios imperiales. Consúltense W. Liebeschuetz, *Antioch...*, págs. 102-103 y P. Petit, *Libanius et la vie...*, págs. 284-289.

[92] El propio Libanio nos atestigua a lo largo de toda su obra que no eran pocos los que buscaban resquicios legales para sustraerse al ingreso en la curia y así evitar los gastos. Los métodos usuales eran tres: lograr que la administración concediese una inmunidad *(atéleia)*, que podía ser temporal *(vacatio)* o definitiva *(excusatio)*; entrar en el grupo privilegiado de los *honorati*, ya sea por haber ejercido algún cargo público o por haber cumplido con todas las obligaciones curiales, o entrar a formar parte de la administración pública, como el propio Libanio en su calidad de sofista oficial. Sin embargo, no era fácil eludir estas obligaciones, dado que la condición de curial era hereditaria y los subterfugios para evitarla muy bien conocidos por la administración y por el resto de curiales, que no estaban dispuestos a que nadie se escapara por la puerta trasera. Consúltese R. Pack, «Curiales in the Correspondence of Libanius», *Transact. and Proceed. of the Amer. Philol. Assoc.* (1951), 176-192 (recogido también en el volumen colectivo G. Fatouros, T. Krischer, *Libanios*, págs. 185-205).

sea contrarrestando con donativos la insuficiencia del campo, prestando continuamente servicios y cautivando a la ciudad entera con el disfrute de los baños y el deleite de los espectáculos[93]. Aún en vida hacen que sus hijos se hagan cargo de liturgias, dejando sin efecto, en un alarde de magnanimidad, la inmunidad que prevén las leyes, porque son más ilustres quienes han gastado su dinero que los que todavía no se han estrenado en las contribuciones[94].

Porque el afán que en otros sitios hace perseguir el lu- 135
cro, aquí se empareja con la realización de dispendios, y una persona se sentiría más avergonzada de hacerse rica evitando el ejercicio de sus deberes municipales, que de reducir su hacienda a causa de las liturgias. Como si tuvieran a algún dios como garante de que Fortuna les concederá el doble de cuanto entreguen, tan profusamente gastan en carreras hípi-

---

[93] No todos los servicios públicos o *munera* son definidos de la misma manera por Libanio. P. Petit, *Libanius et la vie...*, págs. 45-62 distingue dos tipos de *munera;* los simples servicios *(diakoníai* o *archai),* en virtud de los cuales los curiales debían colaborar en actividades no onerosas, como la participación en embajadas, la supervisión de las construcciones públicas y control de precios entre otras; las liturgias *(leitourgíai),* que podían ser servicios municipales, como organización de juegos y espectáculos de todo tipo o la *calefactio* de los baños públicos, o servicios de Estado, como la *decaprotia* o percepción del impuesto *(phóros),* mantenimiento de la posta pública *(cursus publicus)* y gastos de transporte de trigo público. Para Libanio, el término *chorēgía* designa la expresión suprema del evergetismo y de la *philotimía,* y se aplica solamente a las liturgias municipales.

[94] Los ciudadanos dejaban de pertenecer a la curia cuando eran sustituidos por sus hijos. En algunos casos, como el del hijo menor de Celso, el padre podía organizar los Juegos Olímpicos y permitir que su hijo figurase como organizador (cf. *Ep.* 1399). Lo que no está claro es si los jóvenes estaban obligados a prestar servicios antes incluso de su entrada oficial en la curia. Véase al respecto P. Petit, *Libanius et la vie municipale...*, págs. 31-32.

cas y gimnásticas, unos de acuerdo con los recursos que tie-
136 nen, otros incluso por encima de sus medios[95]. Cada uno de los que ejercen la liturgia pugna por superar a su predecesor y cerrar a su sucesor la posibilidad de competir con él. Por tanto, desean presentar al público los espectáculos de siempre de una manera más espléndida y añadir a los acostum-
137 brados otros aún no vistos. Sólo entre nosotros existe una porfía mayor por acaparar liturgias que la que hay en otros pueblos por evitarlas. De manera que hay muchos que buscan con afán hacerse cargo a sus expensas de este servicio en repetidas ocasiones, enlazando gasto con gasto y embarcándose en un segundo desembolso cuando aún están en el primero. Y no porque pretendan comprar con prestaciones insignificantes la huida de las más costosas, sino porque desean conseguir con muchos servicios el ejercicio de la mayor parte de las liturgias.

138 La causa de esta porfía es un orgullo connatural en virtud del cual no soportan que la fama que llegue a su tierra acerca de otros sea mayor que la que sea transmitida a otros lugares sobre la suya, porque consideran que no hay nada malo en poner a su propia ciudad todo lo alto que sea posi-
139 ble. Además, la curia está tan implicada en la sabiduría y en

---

[95] Las liturgias más costosas eran las relacionadas con los espectáculos, especialmente la siriarquía u organización de los Juegos Olímpicos, y la financiación de las cacerías o *venationes*. Su coste era tan elevado, que algunos años, como el 356 y el 364, la organización tuvo que ser compartida por varias personas. A pesar de las ayudas imperiales, el desempeño de esta liturgia no pudo ser mantenido indefinidamente en todo su esplendor. Por este motivo, por una ley del 383 Teodosio hizo que la siriarquía fuese voluntaria, y que, a partir del 465, se convirtiese en función del *comes* y del *consularis*. Véanse G. Downey, «The Olympic Games...», 173-184, y W. Liebeschuetz, «The Syriarch in the Fourth Century», *Historia* (1959), 113-126 (Ambos artículos en G. Fatouros, T. Krischer, *Libanios*, págs. 173-184 y 248-266).

el vigor de la retórica, que se diría que ella misma está compuesta por un grupo de sofistas que despliegan su arte en los aspectos fundamentales de la vida. Tal es su penetrante inteligencia, tan perfecto su estilo y tan fluida su conversación, que muchos aficionados a los discursos se apresuran a congregarse en los tribunales como si acudieran a una escuela de maestros, para poder asistir como oyentes a los pleitos que se celebran ante los gobernadores, puesto que de forma improvisada les dan una solución más segura que los profesionales que han instruido detenidamente los procesos.
Precisamente es esta destreza la que obliga a los gobernado- 140
res a justificar su título y a que no terminen por comportarse como tiranos. ¿Qué quiere decir esto? Cuando una curia es ignorante, por muy rica en oro que sea, permanece en silencio, proclive a injuriar de palabra a sus gobernadores, pero, no obstante, tiene que soportarlos en silencio. Porque quienes son incapaces de valerse del verbo para conseguir sus derechos están expuestos a que se les ultraje y constituirán de nombre una curia, pero su situación es propia de esclavos. En cambio, entre nosotros el poder de la retórica nos 141
preserva sin merma la libertad de la curia y consigue que los magistrados se muestren en sus actos de acuerdo con la denominación que se les da, colaborando con los prudentes para encontrar la mejor solución a los problemas y refrenando la insolencia de los audaces con el poder de convicción que da la sabiduría, haciendo así que la elocuencia surta el efecto de un encantamiento para lograr que su insania se torne mansedumbre. Así es como los curiales poseen un remedio más fuerte que el poder de aquéllos[96].

[96] Sobre el poder de la retórica para poner freno a los excesos de los funcionarios, *vid. Disc.* I 2; XXXI 7; II 10; XV 10 y *Ep.* 731, 4. Sin embargo, este deseo de Libanio no se correspondía en absoluto con la progresiva pérdida de poder político de las curias municipales.

142 Esta curia no tiene miedo de ser admitida en la residencia de los gobernadores[97], sino que éstos, cuando van a tomar una decisión, los llaman con timidez, porque saben que se hallan entre personas no fáciles de embaucar y que se están sometiendo a una prueba ante gente capaz de hacer crítica. Los decuriones se oponen cuando es despreciada la justicia y aplauden cuando ésta prevalece. De gran importancia es para la vida del gobernador que la curia piense que
143 las decisiones que ha tomado son justas. Por el contrario, a otras curias, en el caso de que soporten la violencia de un gobernador y no se hundan por completo, les ocurre que tienen que ser cautos. Sin embargo, en nuestro caso, los gobernadores que desean estar bien considerados aprecian enormemente recibir la corona de la virtud, no por haber domeñado a gentes ingobernables, sino por haber encontrado el elogio entre inteligencias libres.

144 Si bien es cierto que así se comporta la curia con sus dirigentes, no diría yo que los curiales no rivalizan entre sí, pero también lo hacen por el bien común. Pues, como la curia se encuentra dividida en tres jurisdicciones, tiene encargado el mando de cada una de ellas a los mejores, y el resto obedece las órdenes de los estrategos, que saben esforzarse

[97] Antes del inicio de las sesiones judiciales, los gobernadores recibían en su residencia a los miembros más destacados de la ciudad. En estas recepciones *(eísodoi* o *salutationes)* existía un orden de admisión, siempre anunciado por un heraldo. En el *ordo salutationis* tenían derecho a ser recibidos, en primer lugar, los senadores y altos funcionarios imperiales, en segundo lugar el resto de funcionarios, en tercer lugar los *honorati,* y sólo en cuarto lugar entraban los miembros de la curia. Cf. W. LIEBESCHUETZ, *Antioch...*, págs. 188-192 y P. PETIT, *Libanius et la vie...*, pág. 259. Libanio critica en los *Disc.* LI y LII esta práctica, que atentaba contra la imparcialidad de los jueces.

por su sector[98]. Y no ocurre que a unos les sea permitido 145
expresarse y a otros se les prohíba, sino que la libertad de expresión es común a todos. En efecto, los asistentes le dan las gracias a quien dice algo provechoso. También la juventud se hace oír[99] y los ancianos no se irritan por ello, sino que, muy al contrario, los invitan a su vez, los impelen y exhortan a tomar ánimo para hablar, cual águilas que aleccionan a sus polluelos para que emprendan el vuelo.

Hasta tal punto de respetabilidad llega esta colectividad 146
que, con sólo hacerse ver, consigue que los prefectos[100] hagan lo que ella desea. Por añadidura, el donante tiene que sentirse más halagado por su donativo, sabiendo perfectamente que, al beneficiar a hombres de bien y diestros en oratoria, la primera virtud los impulsará a guardar en la memoria su favor y la segunda les permitirá elogiarlo de

---

[98] Dentro de la curia existía una casta de curiales de primera categoría (los *prôtoi* o *principales),* cuyos intereses no siempre coincidían con el resto de los decuriones. De acuerdo con este pasaje, parece que la *boulḗ* estaba dividida en tres secciones *(télē),* tal vez antiguas pritanías, presididas a su vez por un *principalis* cada una. En la *Ep.* 1176, del año 364, se nos habla de la existencia de agrupaciones *(symmoríai)* dentro de la curia con sus propios líderes a las que correspondería determinado tipo de cargas según su categoría. Consúltense P. Petit, *Libanius et la vie...*, págs. 85-86 y W. Liebeschuetz, *Antioch...*, págs. 170-174.

[99] Sin embargo, en el 388 escribe el *Disc.* XXXV para censurar a los jóvenes buleutas, antiguos discípulos suyos, porque no se deciden a tomar la palabra en la curia.

[100] Downey traduce el término *hýparchos* como «gobernador», que es el más alto funcionario imperial con residencia estable en Antioquía. Sin embargo, Libanio emplea este término para referirse casi sistemáticamente al prefecto, que solía visitar y residir temporalmente en una capital como Antioquía. Por otro lado, no es extraño que se refiera al prefecto, ya que el propio Emperador es mencionado en el siguiente parágrafo. Sobre la utilización del término *hýparchos,* vid. P. Petit, *Libanius et la vie...*, pág. 170.

147 manera adecuada. ¿Y para qué vamos a referirnos a los prefectos, si hasta a los emperadores les inspira respeto esta cámara cuando les envía cartas o participa en las deliberaciones ante la dignidad regia? Es precisamente en estas audiencias donde se le hace manifiesta al Soberano la prudencia de la curia y, por eso, como distinción éste asigna a los
148 decuriones las magistraturas provinciales. No obstante, el amor a la patria impulsa a algunos a seguir formando parte de la curia y un doble honor alcanza a quienes están en esta situación: haber sido llamados para desempeñar aquellas magistraturas y haber preferido la curia [101]. Porque, gracias a lo primero, han dado pruebas de ser aptos para mandar, pero, con lo segundo, al precio de seguir siendo simples súbditos, han dado mayor importancia a vivir en su patria que,
149 renunciando a ello, a gobernar sobre otros. Así es como consideran un placer, no una carga, esforzarse por su tierra, sin aceptar el cese de sus fatigas, encantados de permanecer en su puesto. De esta suerte, unos alcanzan la gloria evitando los cargos y otros ejerciendo el mando de acuerdo con las leyes.

150 Con respecto al pueblo, ¿qué elogio mayor podría decirse sino afirmar que está en consonancia con la curia, y que ni sería adecuado que ella estuviera al frente de otro, ni que éste perteneciera a ninguna otra curia del mundo? Una marca el camino a excelentes ciudadanos y el otro sigue a los
151 mejores, igual que un diestro coro al mejor corifeo. Primeramente, cada cual posee mujer, hijos y los enseres de su casa. Esta circunstancia tiene la facultad de inculcarles moderación y el afán de buscar la paz, de la misma manera que

[101] El tío de Libanio, Fasganio, rechazó un puesto en la administración imperial y prefirió permanecer en su puesto como decurión, pese a los perjuicios económicos que conllevaba (cf. *Disc.* I 3). Igual hizo Menandro, padre de Aristófanes (cf. *Disc.* XIV 6).

quienes no tienen nada de esto suelen lanzarse a temerarias revueltas, tomar sus espadas, hacer de la destrucción un placer y, tras llevar la ruina a cualquiera que se ponga a su paso, buscar corriendo otra víctima. Este tipo de atropellos son cometidos con frecuencia en Egipto y en Italia por parte de quienes convierten cualquier palabra en excusa para alborotar y quienes se lucran aprovechando las ocasiones desfavorables de la curia[102]. Nuestro pueblo imita la actitud de 152
los niños hacia sus progenitores, porque también la curia actúa con él como lo haría un padre. Pues ella no consiente que la pobreza se cebe en el pueblo, mientras que éste, a cambio, le ofrece su afecto en agradecimiento por estos gastos alimenticios[103] doliéndose en los momentos desgraciados de aquélla, y regocijándose en grado sumo en los días de bonanza, compartiendo tanto lo bueno como lo malo, sin considerar ajeno nada de lo que le afecta a ella, pagando así por la seguridad de sus dirigentes un precio más dulce que el que los niños podrían pagar.

Podría reconocerse el carácter de la población si se ana- 153
lizasen sus propias faltas. Porque los defectos que se le im-

---

[102] Una de las principales preocupaciones de la curia con respecto al pueblo eran las revueltas, dado que ésta respondía ante el emperador del orden público. Es delicada la referencia a este tema cuando sólo dos años antes, en una revuelta del pueblo antioqueno, había sido asesinado el gobernador Teófilo (cf. *supra*, n. 8 e *infra*, n. 104). Por otra parte, Alejandría tenía fama de levantisca y pocos años después, tras la muerte de Constancio II y la subida al trono de Juliano, iba a ser linchado en esa ciudad el obispo Jorge. Sobre las revueltas en Antioquía y Alejandría pueden consultarse los artículos de R. Browning, «The Riot of A.D. 387 in Antioch. The Role of the theatrical Claques in the Later Roman Empire», *Journ. of Roman Stud.* 42 (1952), 13-20 y D. French, «Rhetoric and the rebellion of A.D. 387 in Antioch», *Historia* 47, 4 (1998), 468-484.

[103] No se sabe si la compra de trigo para alimentar al pueblo (cf. *supra*, par. 134) formaba parte del sistema litúrgico o si se trataba de iniciativas de los más ricos.

putan ponen de manifiesto su moderación y, precisamente, los pocos reproches a los que se hace acreedora tienen la facultad de servirle de encomio. Puesto que, siendo una ciudad, tuvo que soportar un incidente de esos que perturban la tierra, pero, no obstante, recibió el reproche de no haber impedido lo ocurrido, no el de haber llevado a cabo algo terri-
154 ble[104]. Alejándose de la perversidad por su natural, el pueblo es considerado moderador de los malhechores. ¿Qué pueblo hay que se parezca al nuestro en firmar libremente convenios y observarlos con fidelidad? El tono de su voz no causa enojo, su caminar es distinguido, su ropaje no es desaliñado, se someten a quienes son sus superiores, sienten afecto por las gentes educadas y su urbanidad se manifiesta en todo momento. ¿Cómo se van a encontrar estas cualidades en otra población? Y, a decir verdad, ¿cómo se va a hallar en otra curia? Tan por encima está de lo que corresponde a su nombre. Por el decoro de su forma de vivir se ha
155 aproximado a la más perfecta forma de ser. Tanta ventaja saca a los demás por su humanidad, que las atenciones que el resto deja de tener con sus parientes, nuestro pueblo las tiene con los forasteros. Cuando unos curiales de otras ciudades fueron arrastrados aquí para acusarlos de delitos cuyo castigo era la muerte y eran conducidos al degüello, nuestro pueblo rompió a llorar y acudió a la carrera a rodear el palacio imperial con ramas de olivo. Y sus súplicas calmaron el
156 hirviente ardor del soberano de entonces. Ciertamente, ellos

[104] Se trata del asesinato del gobernador Teófilo en el año 354, cuando el césar Galo se encontraba en la ciudad. A consecuencia de unas imprudentes declaraciones de Galo en el hipódromo, en las que se insinuaba que Teófilo era responsable de la escasez de trigo, unos broncistas (cf. *infra, Disc.* XIX 47) lo asaltaron y le dieron muerte. En este pasaje, el rétor exculpa al pueblo del asesinato, que habría sido obra de unos exaltados.

imploraban porque eran proclives a sentir compasión y el Emperador era complaciente con ellos porque eran dignos de alcanzar tales favores. Así fue como las ciudades recuperaron a sus ciudadanos, y ellos ganaron la fama por haber hecho la petición y haber conseguido su propósito. Y, de paso, el monarca conservó su buen nombre por haber sabido controlar su cólera.

Sin embargo, no puede decirse que la misericordia es 157
inherente a nuestro pueblo, pero que la ciudad ha desterrado la valentía necesaria en los peligros con el ejercicio de las armas, sino que la ley ha puesto fin a esta práctica, pero la naturaleza de nuestro pueblo sigue conservando su valor
militar. Por eso no consideraron oportuno nuestros ciudada- 158
nos ponerse a salvo con la huida cuando nos atacaron los persas[105], sino que permanecieron en su puesto aferrados a la patria más cumplidamente que los espartanos a sus escudos. También al tirano de Seleucia[106], que apareció de re-

---

[105] Antioquía fue tomada por los persas en al menos dos ocasiones durante el reinado de Sapor I, en el 256 y en el 260. Tal vez fue tomada también en la invasión del 242. Libanio omite intencionadamente el numeroso elemento filopersa que había entonces en la ciudad y el apoyo recibido por el traidor Mariades, persa helenizado que colaboró con Sapor en la toma del 256. Cf. G. Downey, *A History...*, págs. 252-259 y 587-594.

[106] Referencia al levantamiento de Eugenio contra Diocleciano en el 303 d. C. (cf. *Disc.* XIX 45-46; XX 18-20, y Eusebio, *Historia Eclesiástica* VIII 6, 8). Los soldados de la guarnición de Seleucia Pieria se amotinaron por la escasez alimenticia que padecían y proclamaron emperador al oficial Eugenio, al parecer, contra su voluntad. Los soldados marcharon, saqueando y bebiendo en exceso, hacia Antioquía, que se encontraba sin guarnición. Allí encontraron la resistencia de la población antioquena, que sofocó la revuelta. Pese a la poca importancia del levantamiento y el comportamiento de los antioquenos, Diocleciano castigó con gran severidad a la ciudad, ejecutando sin contemplaciones a curiales importantes y confiscando sus propiedades. Entre los ejecutados se encontraba el abue-

pente y vino aquí contra nosotros, lo derribó la ciudad sirviéndose de los brazos de sus habitantes: unas manos que habían soltado las herramientas de los talleres desarmaron a
159 soldados que hacían su vida entre sangre y muerte. Tal vez no exista impedimento alguno para describir cómo fue lo del alzamiento, puesto que de este modo también refulgirá más el valor de los vencedores. Un taxiarco[107], que disponía de un escuadrón de hoplitas, se encontraba en Seleucia dándole profundidad al acceso del puerto. Como estaba informado de que no teníamos nosotros ningún ejército acantonado y había recibido alabanzas por las obras del fondeadero, concibió esperanzas por carecer nosotros de quienes pudieran detenerlo y sintió deseos de hacerse con la tiranía[108]. No perdió el tiempo y, como había un manto de púrpura que
160 vestía una estatua, se la colocó y continuó su empresa. Lanzándose en su marcha sobre los campos y arrasando todo el territorio que hallaron a su paso, nuncios de sí mismos, alcanzaron la ciudad bien avanzada la tarde, como si sólo les bastase con dejarse ver. Sin embargo, no iban a enfrentarse a una falange de soldados, sino al valor de unos hombres,
161 que es más temible que la propia soldadesca. Tan pronto como vieron que el tirano se dirigía presuroso a la residencia real y que pretendía usurpar el poder de los soberanos, nuestros ciudadanos, incitados por lo inaudito del espectáculo, no creyeron oportuno esperar a la noche para tomar una determinación, sino que pensaron que la única decisión

---

lo paterno de Libanio, hecho que nuestro orador menciona en varias ocasiones en su obra (cf. *Disc.* I 3, 125; XX 17; LI 30 y *Ep.* 1154).

[107] Es característica de Libanio su imprecisión a la hora de aludir a los cargos de la administración en todas sus esferas. Prefiere, en cambio, mantener anacrónicas denominaciones sacadas de la literatura clásica.

[108] Libanio suele designar a los usurpadores como *týrannoi*, término que siempre tiene connotaciones negativas.

posible era no aceptarlo. Así pues, oponiendo sus pechos a guisa de escudos y las estacas a modo de lanzas, considerando que cualquier cosa que les viniese a las manos les bastaba como arma, rechazaron ese mismo día el cetro con decisión, pues abatieron a los primeros con las armas que tenían y, a continuación, emplearon las de los caídos contra los restantes. Incluso las mujeres tomaron parte en la haza- 162
ña, no limitándose a dar gritos, ulular y arrojar piedras desde los tejados, como las plateenses[109], sino que vinieron abiertamente a las manos y probaron el combate y las heridas, dando así verosimilitud a lo que se cuenta de las amazonas. Como consecuencia, unos yacían en el polvo, otros huyeron y otros fueron capturados. La tiranía no tuvo fuerzas para intentarlo un segundo día.

Así es la ciudad en los peligros apremiantes, mantenien- 163
do intacta en su naturaleza la osadía de sus antepasados. Estudiemos ahora si también ha conservado el resto de las cualidades de los atenienses, a los que acogió como ciudadanos. Sin duda, el mejor elogio que puede hacérseles a los 164
atenienses es que abrieron indiscriminadamente sus puertas a quienes necesitaban asilo y que de todas partes se concentraron extranjeros en Atenas. Nosotros, por nuestra parte,

superamos ampliamente a nuestros padres

como dice Homero[110]. Porque no existe ciudad de la que no hayamos acogido una parte. No es lícito decir que sean más que los que se quedaron en su ciudad de origen los emigrantes a los que, de cada lugar, hemos dado asilo aquí, pero

---

[109] Según la célebre narración de Tucídides (II 4, 2).

[110] En *Il.* IV 405. La pervivencia a lo largo de la literatura clásica de este adagio homérico es analizada en profundidad en el artículo de B. Schouler, «Dépasser le père», *Rev. des Études Grec.* 93 (1980), 1-24.

sí que no son muchos menos: a unos los recibimos por su afán de prosperidad, a otros por motivos de negocios, a algunos porque deseaban hacer alarde de sus conocimientos y
165 no faltaron quienes vinieron para huir de la pobreza[111]. A unos los pone en marcha el desprecio de la ciudad donde viven por considerarla inferior, a otros el deseo o la huida de un clima, pues escapan del de su país y adoran el nuestro. Así es que los ciudadanos de cualquier ciudad, cuando la dejan atrás y vienen de paso a la nuestra, pueden relacionarse con sus conciudadanos. Tan grande es el número de pai-
166 sanos con los que todo el mundo se encuentra aquí. Y, sobre todo, si alguien tiene la intención de recorrer el mundo porque considera importante, no ya visitar las ciudades, sino conocer la idiosincrasia de cada pueblo, nuestra ciudad, sin llamar a engaño, satisface plenamente su empeño. Porque, sentado en nuestra ágora, tendrá ocasión de tomar contacto con cualquier población, pues tantas son las personas de tan diversos orígenes con las que podrá conversar.

167 No opinan quienes han preferido nuestra ciudad a la suya propia que signifique una desventaja no vivir en su tierra, sino que, muy al contrario, son los que se quedaron en la patria quienes, envidiándolos, se censuran a sí mismos por no haber emigrado. Así de común es la participación de las riquezas que hay establecida aquí. También los extranjeros adoran como propia la ciudad que antepusieron a la suya, mientras que los ciudadanos no pretenden que deban tener ventajas sobre los extranjeros. Es más, aplauden las cualidades de los inmigrantes lo mismo que, como es natural, hacen con las de sus vástagos, por lo que también en este

---

[111] Por su actividad comercial, la presencia constante de los funcionarios imperiales y eventual del ejército, así como las distribuciones de grano por las autoridades y por los ciudadanos ricos, Antioquía era muy atractiva para los extranjeros.

punto emulan a los atenienses. Porque, del mismo modo que 168
ellos hicieron a los de Pilos[112] partícipes de los cargos públicos de su ciudad y contaron con ellos para los asuntos de mayor importancia, también nosotros concedimos a los foráneos los más altos honores y nos beneficiamos de su presencia[113], hasta el extremo de que, incluso, hoy en día sus familias pertenecen a las primeras clases.

Como las inmigraciones comenzaron desde antiguo y no 169
han cesado, ni creo verosímil que vayan a remitir, la ciudad creció enormemente[114]. Llegó a ocurrir que su signo más característico fue que tan sólo Apolo Pitio tuviera capacidad para contar el número de sus habitantes, ya que su oráculo afirma tener contados los granos de arena que existen[115].
Por ser tan grande y haber alcanzado una extensión tal, toda 170
la ciudad se llenó a porfía en cada una de sus partes. Si se

---

[112] Codro y Melanto, reyes legendarios de Atenas, eran descendientes de Néstor, rey de Pilos. Eran antepasados de Pisístrato, tirano de Atenas y homónimo del hijo de Néstor. Cf. HERÓDOTO, V 65, 3-4 y PAUSANIAS, II 18, 9.

[113] A pesar de lo que nos dice Libanio, la presencia en la ciudad de inmigrantes en busca de fortuna creaba serios problemas y tensiones. La mendicidad estaba al orden del día, como atestigua el propio Libanio (cf. *supra, Disc.* VII 1-2). Véase W. LIEBESCHUETZ, *Antioch...*, págs. 95-96.

[114] Las inscripciones apuntan a que el crecimiento de la ciudad no se llevó a cabo a expensas de la zona rural, sino de ciudades vecinas de Siria que iban viniendo a menos, como Emesa, Paltos, Balanea y otras. El crecimiento de Antioquía va a continuar hasta el s. v.

[115] Alusión a la famosa respuesta del oráculo a la pregunta de Creso, recogida en HERÓDOTO, I 47. La población de Antioquía en época de Libanio rondaría los ciento cincuenta mil habitantes. Cf. A. D. LEE, *Information and frontiers. Roman foreing relations in late antiquity*, Cambridge, 1993, pág. 155; W. LIEBESCHUETZ, *Antioch...*, págs. 95-96, y G. DOWNEY, «The Size of the Population of Antioch», *Trans. and Proceed. of the Amer. Philol. Assoc.* (1958), 84-91; *A History...*, págs. 582-583.

examina la zona que hay ante las puertas, el barrio de la entrada o el que hay más allá, o bien se avanza hacia el centro o se pasa a las callejuelas, o bien el examen, en un movimiento circular, se lleva al lado opuesto, todo rebosa del mismo bullicio. Y, a pesar de que es tan grande el número de los que van y vienen por las calles, igual cantidad de
171 gente es la que se queda en casa. Efectivamente, los atenienses, tras haber abandonado los demos por temor al ataque de los lacedemonios, abarrotaron Atenas y la aglomeración de la ciudad se debía al abandono de los campos[116]. En cambio, entre nosotros, aunque los campos, como si hubieran estado desiertos, atrajeron a gran número de habitantes de la ciudad, ésta sigue floreciendo demográficamente y durante todo el día hay el mismo número de personas en el ágora. Tanto es así, que «cuando está llena el ágora» aquí no designa un momento concreto del día, por más que en otros lugares designa algo muy preciso[117]. Pues no se puede oír decir que parte alguna del día suponga una excepción a la regla y esté tranquila, sino que, si se dice «cuando está repleta de gente», se está aludiendo a cualquier momento.

172 Como sucede con aquellos ríos cuya corriente no la dividen unas rocas que se yerguen en medio, sino que su caudal discurre de forma continua a través de un paisaje monótono, del mismo modo aquí la muchedumbre compacta de los que van de acá para allá no permite que se asome ni un solo claro en medio. El efecto que causaría a quien se presentara por primera vez y lo contemplara, sería el de pensar que en cada puerta se organiza una procesión fuera de la ciudad, y que, siguiendo alguna costumbre, ésta se despue-

---

[116] Cf. Tucídides, II 14; 52.

[117] La expresión «cuando el ágora está llena» *(plēthoúsēs agorãs)* se empleaba usualmente en los textos clásicos para referirse al mediodía, cuando la plaza pública estaba llena de gente.

bla para acudir a la fiesta y que los ciudadanos se dividen con esa intención. Sólo en una cosa podría causarle a al- 173 guien disgusto la ciudad, en el hecho de que la turba suponga un obstáculo para la gente que tiene prisa por ir a algún sitio, pues hay que andar a codazos con los que se acercan como olas que frenan la marcha de una nave. Además, quie- 174 nes contemplan este gentío e ignoran cuánto produce nuestra tierra podrían sentir preocupación por la comida que hace falta para mantener a tantos. En sentido inverso, quien se entere de cuál es nuestra producción y no sepa cuántos somos, podría quedar perplejo por la gente que haría falta para consumirla. Así de proporcionada es la tierra a la multitud que tenemos aquí y a ésta la calidad de aquélla. Gracias a nuestra producción, jamás nos hemos visto en la necesidad de agraviar a Zeus Hospitalario a causa de una actitud dura con los foráneos, y eso que tenemos el ejemplo de Roma, que con la expulsión de los extranjeros pretende transformar en abundancia la carencia de productos básicos cada vez que escasean los víveres[118]. En cambio, a nosotros la tierra 175 no nos forzó a adoptar semejante solución, ni ha habido un solo momento en el que hayamos renunciado a nuestro número para poner a salvo una parte, porque, a mi juicio, la ciudad observaba una antigua costumbre suya que consiste en librar a los extranjeros de sus desgracias, no en causárselas. Pues incluso el hijo de Agamenón, después de haber dado muerte a su madre, cuando recorrió enloquecido el resto del mundo a marchas forzadas, perseguido por las dio-

[118] Hay abundantes testimonios de esta costumbre romana motivada por el delicado equilibrio que había en la ciudad entre población y víveres (cf. *Ep.* 1439; Amiano, XIV 6, 19; Símaco, *Ep.* II 7 y Temistio, *Disc.* XVIII 222a, entre otros). Consúltese al respecto el artículo de J. R. Palanque, «Famines à Rome à la fin du IVe siècle», *Rev. des Études Anciennes* (1931), 346-356.

sas que castigaban al joven con su locura, esta tierra lo volvió a sus cabales[119]. Porque, nada más poner el pie en nuestro territorio, se vio libre de la enfermedad y de lo ocurrido le viene el nombre al lugar.

176 Ignoro cómo me he dejado llevar aquí por el prurito de referirme al descendiente de Pélope. Hay que hacer que el discurso se ocupe ahora de demostrar la calidad de nuestra tierra, de la que es prueba suficiente que pueda abastecer a sus habitantes, pero añadiré ahora otra más evidente aún.
177 Cuando estalló esa guerra pérsica[120] para la que el imperio persa se había preparado desde tiempos remotos y la necesidad requería preparativos bélicos suficientes para hacerles frente, pero, más aún que los recursos, hacía falta una tierra adecuada para dar acogida a todo lo que tamaña guerra requería, esta ciudad fue la que superó los requisitos gracias a su excedente y la que concentró en su propio seno las fuerzas y servía de base para todo el ejército cuando la ocasión
178 así lo demandaba[121]. Así pues, cuando desembocaron en

[119] Nuevamente recoge Libanio una leyenda local, que también nos es conocida por el testimonio de MALALAS *(Chron.* 142).

[120] Se trata de la larga campaña persa de Constancio II (337-350), de la que nos hablan ampliamente LIBANIO *(Disc.* LIX 62 ss.) y JULIANO *(Disc.* I 16 ss.) en sus respectivos panegíricos a Constancio II. Antioquía tuvo, en esta campaña, una importancia estratégica de primer orden. Consúltense A. PIGANIOL, *L'Empire chrétien,* París, 1947, págs. 75-77 y 325-395; G. DOWNEY, *A Study of the Comites Orientis and the Consulares Syriae,* Princeton, 1939, págs. 10-11, y M. H. DODGEON, S. N. C. LIEU, *The Roman Eastern Frontier and the Persian Wars (A. D. 226-363),* Londres-Nueva York, 1991, págs. 164-230, donde se ofrece la traducción inglesa de las más importantes fuentes antiguas sobre las campañas de Constancio II.

[121] A pesar de esta afirmación, el avituallamiento de un número elevado de efectivos solía crear escasez de víveres y subida de precios, como ocurrió en los preparativos de la campaña persa de Juliano del 362. La sequía, esgrimida por Libanio como causa de la crisis, no fue entonces

ella, como ríos en el mar, todos los hoplitas, arqueros, caballeros y caballos, unos de guerra y otros de carga, todo tipo de camellos y tropas de todas clases, que se iban estableciendo y acampando hasta que el suelo quedaba cubierto por completo y no se veían los muros a causa de los escudos que en ellos estaban colgados, podían contemplarse lanzas y yelmos por doquier y todo se llenaba de estrépito, alboroto y relinchos. Porque había tal número de destacamentos acantonados, que solamente sus taxiarcos habrían añadido a la ciudad una masa no desdeñable. Es más, de tales dimensiones fue el ejército que se reunió, que en otras ciudades habría faltado hasta agua para beber. Sin embargo, tan humanamente acogió cada antioqueno a sus soldados, que se diría que estaba agasajando a un pariente que retorna tras larga ausencia. Era tan abundante el terreno de que disponía cada uno, que parecía como si en cada casa el espacio se pudiera amoldar espontáneamente a modo de caverna. Podían, pues, alimentarse hasta la saciedad, como si no fuera voluntad o mano humana la que se cuidara de ello o prestara estos servicios, sino que fueran dioses que, a la luz del día, preparaban cada una de las cosas de las que son capaces las deidades.

Por este motivo, entre sus enemigos los persas nos odian 179
especialmente, porque ofrecimos como base militar nuestra ciudad, cuya bravura podía rivalizar con la del Emperador, y de ninguna manera perjudicamos el ardor de éste por reticencia a gastar nuestro dinero. Así es que, por eso, nuestra 180
ciudad se ha convertido en la favorita del Emperador, y, como si fuera su patria, cuando se marcha siempre piensa en ella y siempre promete regresar. Consuela su ausencia con

más que un factor agravante. Cf. P. Petit, *Libanius et la vie...*, págs. 109-111 y W. Liebeschuetz, *Antioch...*, pág. 130.

cartas y empalma sin descanso una guerra con otra porque busca afanosamente ganarse la contemplación de Oriente con sus esfuerzos en Occidente, o, mejor dicho, con sus batallas en Oriente, poder contemplar nuestra ciudad. No hay duda de que no se iría a otro sitio sino para cumplir las obligaciones que le impone la guerra, sino que, como solazándose en los brazos de la amada, el tiempo más dulce de todos es el que pasa aquí.

181 ¿Pero es que se puede admirar, como en un cuerpo humano, el vigor de la ciudad y descubrir que la cuestión de la retórica, que merece ser denominada como el alma de la ciudad, se encuentra arrojada al olvido? Precisamente esto es lo que ennoblece aún más a una ciudad que ya es importante. E incluso, aun en el caso de que no lo fuera, sólo la
182 retórica la haría admirable. Pues, aunque insignes fueron los otros recursos de los ciudadanos de Atenas —las trirremes, los combates navales y haber gobernado sobre muchos pueblos—, lo más importante fue el ansia de sabiduría, su aprecio y su posesión. Igual ocurre con nosotros: no hay nada que no suscite admiración, pero todo ello no vale nada en
183 comparación con al amor a la sabiduría. Me da la impresión de que el dios que dividió en dos la tierra, en su deseo de honrar por igual ambas mitades[122] y preservar el equilibrio como en una yunta, exhortó a Hermes[123] a esparcir aquí semillas de elocuencia no inferiores a las áticas y a espolear con su caduceo a los hombres para que aspirasen a poseerla.
184 Así como en tiempos pasados se polarizaron en dos ciudades los intereses de los griegos, Esparta y Atenas[124], así ahora otras dos ciudades se disputan su gloria: la nuestra y

[122] Europa y Asia, divididas por Zeus. Cf. Isócrates, *Paneg.* 179.

[123] Hermes era patrón de los oradores.

[124] La Liga del Peloponeso y la Confederación Ático-Delia, que se enfrentaron en la Guerra del Peloponeso (431-404 a. C.).

Atenas, si es que al griego hay que llamarlo por la lengua más que por su nacimiento[125].

Sin duda, estas dos ciudades se yerguen como antorchas 185
de la retórica. La primera alumbra Europa y la otra Asia.
Porque, en primer lugar, tan alta es la calidad de los profe-
sores que nuestra ciudad acogió, que, de no ser porque ocu-
pan las cátedras de aquí, serían por completo dignos de las
de Atenas[126]. Tan grande es la fuerza del estilo de unos y la
lozanía de otros. En segundo lugar, enjambres de estudian- 186
tes, que superan en número al de las abejas, se concentran aquí. Ninguno de ellos se marchó en la ignominia, sino que, tras haber sacado el provecho suficiente, unos permanecieron aquí y otros se marcharon, los primeros por hallarse sujetos por vínculos afectivos a la ciudad que les concedió los dones que adquirieron y los segundos porque deseaban aportar sus conocimientos para contribuir al bienestar de sus respectivas patrias. Más tarde, el lustre de los que regresaron impulsó a otros a iniciarse también: unos envían a sus hijos, otros a sus hermanos, otros a sus vecinos, algunos a conocidos y todos ellos, en suma, a sus conciudadanos[127].

---

[125] Cf. Isócrates, *Paneg.*, 50.

[126] Este es un ejemplo de la vanidad de Libanio, pues el público antioqueno debía de conocer bien que sólo tres años antes, en el 353, él mismo había rechazado una cátedra en Atenas, como ya vimos en *Disc.* II 13. Este puesto se lo ofreció la curia de la ciudad por recomendación de Estrategio Musoniano, procónsul de Acaya en 353. Libanio nos insinúa en *Disc.* I 81-85 que su rechazo se debió al temor de sufrir agresiones físicas por parte de los sofistas rivales.

[127] La fama de Libanio atraía a la ciudad a alumnos procedentes de otras provincias, como Fenicia, Cilicia, Armenia, Capadocia y Galacia. El reclutamiento de estudiantes dependía de una compleja red de conexiones que mantenía viva el sofista a través de su correspondencia y del éxito profesional de sus alumnos una vez terminados los estudios. De ahí que Libanio dedicara buena parte de su tiempo a mantener correspondencia con amigos, alumnos y los padres de éstos, y que fuera importante para él

187 Habéis llegado a ser metrópolis[128] de Asia no más por vuestro superior mérito cuanto por el hecho de que aquí todo el mundo adquiere la más valiosa posesión que existe[129]. A donde quiera que se vaya y se encuentre una curia provista de las armas de la elocuencia y oradores que declaman con seguridad, se descubrirá que todos ellos son alumnos de las escuelas de Antioquía, o que lo son la mayor parte y, en
188 el peor de los casos, no los menos. Algunos, por su habilidad en la tribuna y su ejercicio de la abogacía llegan a encargarse de la administración de justicia. Suministramos a las provincias oradores y jueces eminentes, que con sus sentencias enderezan las ciudades y cuya única ganancia es ser autores de las mismas. Además, se marchan con las manos vacías, ganándose sólo la corona de la fama. Y vosotros, conscientes de ello, edificáis a las Musas suntuosos templos, para que los jóvenes los frecuenten y constituyan un presente para las diosas. Os valéis de vuestros ciudadanos como maestros y no tenéis que envidiar a los extranjeros[130].

---

entablar buenas relaciones con las autoridades imperiales para obtener favores. Consúltense W. LIEBESCHUETZ, «Did the Pelagian movement have social aims?», *Historia* (1963), 228-230 y la monografía de P. PETIT, *Les étudiants de Libanius*, París, 1956.

[128] Antioquía era la capital de Siria y de la diócesis de Oriente. Sin embargo, Libanio hace caso omiso de la titulatura oficial romana y prefiere acuñar el de «metrópolis», título que ostentaba la ciudad en época seléucida. La administración romana reconoció este título por razones políticas.

[129] *I.e.*, la retórica.

[130] Según PETIT («Zur Datierung...», 142-144), resulta a primera vista sorprendente que afirme Libanio que todos los sofistas de la ciudad eran autóctonos, dado que cuando se compuso el discurso era sofista de Antioquía su rival Acacio II, de origen fenicio, que abandonó definitivamente en el 360 su puesto en Antioquía para enseñar en Cesarea de Palestina. Esto parece contradecir la fecha del 356 propuesta por Petit para la composición del discurso. Sin embargo, si nos atenemos a lo que nos

A vuestra humanidad se añade vuestro rigor en la oratoria: vuestra filantropía la evidencia el que hagáis que las sesiones sean relajadas para todos, vuestro rigor, el que los elogios los reciban sólo quienes lo merecen. Cuando os convocan os reunís, y no os pasan desapercibidos los fallos, sino que cualquier idea enfermiza, cualquier actitud errónea o palabra corrupta es atajada al punto. Común es el rechazo de la infamia que se suscita desde cualquier lugar de la asamblea y no le es posible a quien revuelva o se proponga algún plan con la idea de aprovecharse de la ignorancia de algún sector del público, detener el tumulto que produce su proyecto, sino que, donde quiera que se mire, se encuentra sentado un juez riguroso. 189 190

Además de la cultura de los decuriones, en los tribunales se reúnen tres colegios de oradores de igual número[131], que tienen afinado el oído para emitir un juicio no menos que afilada la lengua para defender una propuesta. Por eso, ningún orador es tan afortunado como quien es considerado diestro aquí, y no hay desgracia mayor que la de recibir aquí la desaprobación. Así es que, quienquiera que entre en Antioquía sin temblar y sin espanto, no es un valiente, sino un estúpido, porque ignora las dimensiones del peligro que afronta. Desde antiguo está arraigada aquí la retórica y ha seguido manteniendo sin menoscabo su vigencia. A quienes vienen de fuera a aprenderla y a los que ya la estudian aquí 191 192

dice Libanio *(didaskálois polítais te chrêsthe kaí ou phthoneîte xénois)* su afirmación, en realidad, no excluye la posibilidad de que hubiera extranjeros enseñando en Antioquía.

[131] Los *chóroi* de abogados *(sýndikoi)*, circunscritos a tres tribunales diferentes. Dos de estos tres tribunales corresponden, a todas luces, al *comes Orientis* y al *consularis Syriae*. El tercero podría depender del *magister militum per Orientem*, como pretende Liebeschuetz *(Antioch...*, pág. 250) o del prefecto, como cree Petit («Zur Datierung...», 142).

les basta con beber de sus fuentes, de modo que ya se ha impuesto la fama de que, con sólo llegar a este país, ya se ha probado esta arte y se ha participado de la retórica, como si la propia tierra emanase un hálito musical, como ocurre con la mántica en otros lugares[132].

193 No es sorprendente que Antioquía, que supera a las demás ciudades en lo restante y que, además de a las demás, se supera a sí misma en la práctica de la sabiduría, haga que se enamoren de ella quienes acceden a las magistraturas. Para cada uno de ellos, el prólogo de su mandato, la mitad y el fin consiste en hacer alguna ampliación de la ciudad[133]. Efectivamente, aquellos que pudieron llevarlo a término, como quienes cuelgan en honor de los dioses importantes exvotos, pasan el resto de su vida gozosos por tener la oportunidad de presumir en las reuniones de aquello que consideran la más noble de sus obras, o mejor dicho, porque pueden presumir de todo lo que hace que un hombre sea ilustre. Y, aunque pasen por alto el resto de sus méritos, pueden ufanarse sólo de este logro, confiados en que jamás les alcanzará el olvido de obras que los han situado en el lu-
194 gar más excelso que existe bajo el sol[134]. Y tienen razón en sentir confianza. Porque quien pone de manifiesto la dignidad de su carácter allá donde se reúne el mayor número de

[132] Como, por ejemplo, en Delfos.

[133] Las obras públicas estaban en manos de los gobernadores, con la colaboración más o menos voluntaria de los curiales y del pueblo. Algunos gobernadores llegaban a patrocinar de su propio peculio la construcción de edificios públicos, como Florencio, gobernador de Siria del 392, que edificó un pórtico y ensanchó una calle. Cf. W. Liebeschuetz, *Antioch...*, págs. 132-136.

[134] Sin embargo, en otras ocasiones Libanio censura la febril actividad constructora de gobernadores como Tisámeno o Florencio (cf. *Disc.* X 18 y 23; XXXIII 14). Véase P. Petit, *Libanius et la vie municipale...*, págs. 316-317.

personas, consigue hacer imborrable su fama, como, según creo, los pintores que han consagrado en Delfos la destreza de sus manos. Y no ocurre que los gobernadores, que tienen la oportunidad de conseguir este fin valiéndose del tesoro real, emprendan a la ligera la ampliación de la ciudad, a la vez que retroceden ante la empresa los que tienen que gastar su propio dinero. Al contrario, aquellos que llegaron a formar parte del entorno del Emperador sintieron más deseo de gastar aquí su dinero que de ganarlo. Así es que, tras amontonar esculturas de todas partes, añadieron suntuosos edificios que refulgían en la ciudad como las estrellas, y, convirtiéndose en modelos de grandeza, no les faltaban sucesores que proyectaban obras más espléndidas de lo que podían.
Porque aquí el que no construye una casa o no compra al- 195
guna de las existentes, por más adinerado que sea, se considera que es rico en vano. Por el contrario, el que construye, aunque en los demás aspectos su situación llegue a ser apurada, se cuenta entre los acomodados. Por esa razón, no se quedan estancadas las dimensiones de la ciudad, sino que crece diariamente, como ocurre con el cuerpo humano[135].

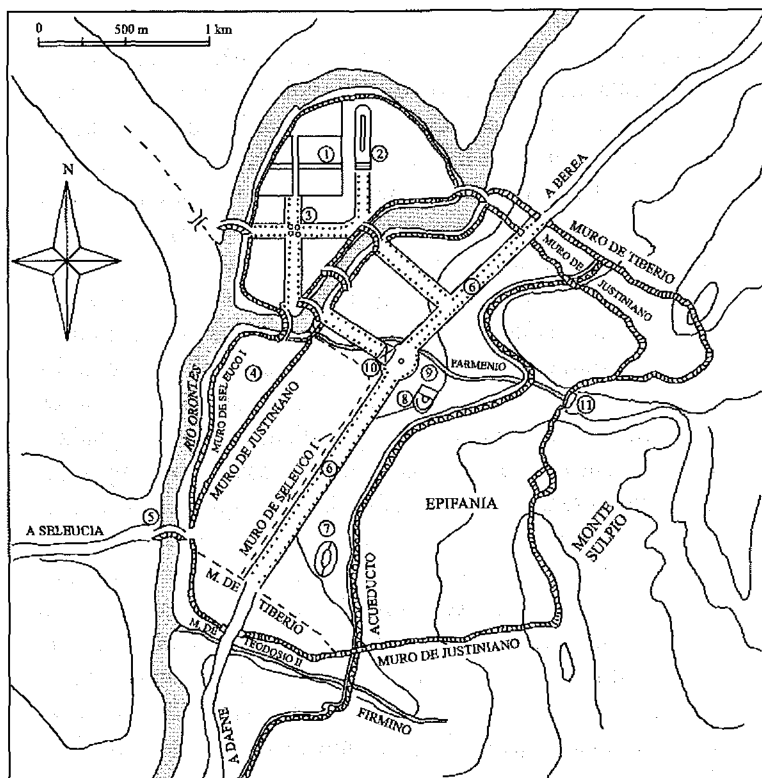
Y éste es ya el momento oportuno para hacer una des- 196
cripción de la disposición y las dimensiones de la ciudad[136].

---

[135] A diferencia de la nobleza del occidente romano, que prefería invertir en la construcción de *villae* campestres, la aristocracia antioquena prefería invertir en la ciudad. Acerca del continuo crecimiento de la ciudad, *vid. infra,* pars. 227-229.

[136] Se inicia la extensa *ékphrasis,* en la que el sofista parte de la puerta noreste, del camino de Berea, haciendo un recorrido por la ciudad vieja, la ciudad nueva y el extrarradio, con especial atención a la villa de Dafne, para terminar en el puerto de Seleucia. Muy similar es el itinerario que se aprecia en el borde del célebre *mosaico de Yakto,* encontrado en las excavaciones de 1932. Éste, según Downey, partiría de la puerta noroeste y acabaría en Dafne. Por desgracia se ha perdido uno de los lados

ANTIOQUÍA



CIUDAD NUEVA

1. Palacio imperial de Diocleciano.
2. Hipódromo.
3. Tetrapylon.

CIUDAD ANTIGUA

4. Foro seléucida.
5. Puerta Tauriana.
6. Avenida principal porticada
7. Anfiteatro.
8. Teatro de César
9. Foro de Valente.
10. Ninfeo.
11. Puerta de Hierro.

Opino que ninguna de las existentes podrá atestiguar un tamaño tan grande y una ordenación tan bella[137]. Pues, partiendo de la Aurora, avanza directamente hasta poniente extendiéndose a lo largo de pórticos de doble planta[138]. Sepáralos una avenida descubierta, pavimentada con piedras,
de una anchura similar a la del pórtico. La longitud[139] de 197
esta calle se prolonga tanto, que quien pretendiese pulir un espacio tan enorme necesitaría mano de obra abundante y quien desease recorrerla de principio a fin se agotaría y ten-

---

y otros dos sólo se han conservado parcialmente. Sólo ha quedado intacta la sección correspondiente al final del recorrido. Para el *mosaico Yakto,* véanse el estudio de J. Lassus en la publicación de los resultados de las distintas campañas arqueológicas en Antioquía, de 1932 a 1939, *Antioch-on-the-Orontes. Vol. I,* Princeton, 1934, págs. 114-156, así como G. Downey, *A History...*, págs. 659-664 y *Ancient Antioch,* Princeton, 1963, págs. 328-337. Para la *ékphrasis* de Libanio remitimos al comentario arqueológico que de la misma hace R. Martin en A. J. Festugière, *Antioche...*, págs. 38-61.

[137] La extensión de Antioquía y de sus barrios residenciales del extrarradio es difícil de determinar con exactitud, pero es evidente que no era la más extensa, ni pudo alcanzar la superficie de Roma. En cuanto a la población, *vid. supra,* n. 115.

[138] En el mosaico Yakto se pueden apreciar estos pórticos de doble planta *(didýmon stoôn)* aquí aludidos. Libanio considera que la avenida principal que atravesaba la ciudad constituía el eje este-oeste, y, en virtud de este principio, orienta el resto de la ciudad. En realidad, la avenida tenía una dirección noreste-sudoeste según se viene de Berea y se sale en dirección a Dafne. Esta dirección vino impuesta por el cauce del Orontes, en cuya margen izquierda estableció Seleuco I su ciudad. Según una tradición antioquena, esta avenida porticada fue construida por Antíoco IV, pero el testimonio de Malalas y Josefo, confirmado por los vestigios arqueológicos hallados, vincula las obras a los nombres de Herodes, que habría sido el constructor del pavimento, y Tiberio, a quien se deberían los pórticos. Esta avenida corría paralela al antiguo muro de la ciudad de Seleuco, que debió de ser demolido cuando se construyó la calle y del que se han encontrado restos en las excavaciones arqueológicas. Véase G. Downey, *A History...*, págs. 173-179.

[139] Unos 3 Km. aproximadamente.

dría que recurrir a la ayuda de caballos. Como en la pintura avanzan libremente las pinceladas, así de llano y apretado es en su totalidad el firme, sin que altere su aspecto por canales, pendientes, ni demás tipos de obstáculos,

198 De los pórticos nacen callejuelas[140], de las que unas se dirigen al norte por un recorrido completamente llano y otras, en dirección al sur, se empinan suavemente hacia el pie del monte[141], prolongando las viviendas lo suficiente como para preservar la armonía en el aspecto global de la ciudad y no destacarse del resto por elevarse demasiado.
199 Así es que, como la ciudad no ha edificado casas sobre barrancos ni precipicios, ni tampoco los ha aceptado en su interior, ni se ha apropiado del estrecho espacio que hay entre las cavidades del monte, no existe el temor de que las casas, construidas unas sobre otras, se desplomen como la roca de Sísifo[142], sino que ha crecido sólo por donde le era posible avanzar en llano. Así pues, al tiempo que respetaba el decoro, contribuía a preservar la seguridad de la población.

200 El monte Silpio se eleva a todo lo largo de la ciudad como un escudo protector, y los que viven a su pie, en lo más apartado[143], no tienen ninguno de los temores que suele

[140] Frente a la anchura de la avenida porticada (unos 12 m., más otros 12 m. correspondientes a la profundidad de los pórticos), las callejuelas medían por lo general entre cuatro y siete metros.

[141] Recorriendo la avenida central desde el Noreste, las calles de la derecha, en dirección Noroeste, llevan al río Orontes, mientras que las de la izquierda conducen al barrio de Epifania, junto al monte Silpio.

[142] Hijo de Eolo y Enáreta. Fue el paradigna del héroe astuto. Tras su muerte engañó a Hades y consiguió regresar al mundo de los vivos, pero, al morir por segunda vez, fue condenado a subir eternamente a la cumbre de un monte una roca que, cuando llegaba a la cima, volvía a caer rodando hasta la base.

[143] Al pie del monte Silpio, al sudeste de la ciudad, se halla el barrio de Epifania, fundado por Antíoco IV Epífanes (175-163 a. C.). Ignoramos

infundir una montaña, sino que, muy al contrario, sólo son motivo de regocijo sus fuentes, sus árboles y jardines, las suaves brisas, las flores, el trinar de los pájaros y el poder disfrutar de las delicias de la primavera antes que los demás.
Los pórticos semejan ríos que se prolongan lo más posible, 201
y las calles torrentes que de ellos brotan. Las que miran hacia el monte nos llevan a los deleites del pie de la montaña y las que miran al lado contrario, a otra calle no porticada con viviendas a ambos lados, como canales excavados para cruzar navegando de un río a otro. Termina este barrio en una zona ajardinada en su mayor parte y estos jardines acaban a
orillas del río Orontes. Habida cuenta de que los pórticos, 202
como dije, se extienden desde la salida del sol hasta poniente y ocupan una distancia tal, que bastaría para tres ciudades juntas, exactamente a la mitad, por la derecha, unos arcos, que se vuelven desde todas direcciones y sostienen una sola techumbre de piedra, ofrecen como punto de partida a otros pórticos[144], que se dirigen al norte hasta llegar al

---

qué obras llevó a cabo el monarca en Epifania ni qué grado de cumplimiento alcanzaron éstas, pero se le atribuye la construcción de un templo dedicado a Júpiter Capitolino a imitación del de Roma (cf. Tito Livio, XLI 20, 9). Malalas lo atribuye a Tiberio, quien se ocupó del embellecimiento y mejora del barrio. También construyó Antíoco IV una nueva ágora y un *bouleutérion,* por lo que es presumible que el monarca pretendiera desplazar el centro urbano del ágora de Seleuco llevándose la sede de la curia al barrio que llevaba su nombre. Cf. G. Downey, *A History...*, págs. 99-107, y «Strabo on Antioch», *Transact. and Proceed. of the Amer. Philol. Assoc.* (1941), 91-93.

[144] Aproximadamente a la mitad de la avenida central, a la derecha según se viene del noreste, se encontraba otra avenida porticada que llevaba hasta un puente sobre el Orontes que daba acceso a la ciudad nueva, y que describirá a continuación el sofista. Libanio no es muy preciso en su descripción de la construcción que servía para conectar los pórticos de la avenida transversal. Según R. Martin, el procedimiento utilizado sería similar al atestiguado en ciudades como Palmira y Laodicea. El conjunto

río. Allí se extiende el excelso Templo de las Ninfas[145], que atrae todas las miradas por el brillo de sus mármoles, sus abigarradas columnas, sus radiantes pinturas y el caudal de sus fuentes. A su vez, otras calles parten también de éstas como de las anteriores.

203 Éste es el aspecto del casco antiguo. La ciudad nueva la acogió la isla que formó la escisión del río[146]. Pues antaño fluía por un único lecho, pero, desde que se desbordó y se bifurcó su cauce, el río abraza el espacio intermedio e hizo que apareciera rodeado por todas partes. De sus dos corrientes, una es visible desde ambas partes de la ciudad, pero la otra, que desde que se formó la isla discurre por el lado opuesto de la nueva, funde su curso con la anterior y resti-
204 tuye al río el aspecto que tenía antes de la separación. La forma de esta ciudad nueva es circular. Está asentada por completo en una llanura y un muro infranqueable la circunda a modo de corona. A partir de cuatro arcos entrecruzados a modo de cuadrado, como de un ónfalo[147], se extienden

---

estaría formado por seis arcos. Dos de ellos, en sentidos opuestos, formarían una bóveda central que cubriría la calzada y los cuatro restantes, cruzados en ángulo recto, otras dos bóvedas, que servirían como punto de partida a los pórticos que se extendían hasta el Orontes.

[145] Más que un templo, se trataría de una fachada polícroma ricamente decorada con columnas, relieves y fuentes con gárgolas. Estas construcciones tenían una función decorativa y contribuían a romper la monotonía de los largos pórticos.

[146] La ciudad nueva, situada al noroeste, estaba asentada sobre una isla formada por el Orontes. Las construcciones más importantes que en el s. IV había en este barrio eran, sin lugar a dudas, el circo y el palacio imperial, que se describe a continuación.

[147] Las indicaciones de Libanio nos hacen pensar que se trata de un *tetrápylon,* similar a los atestiguados en otras ciudades, como Gerasa y Palmira. Los arcos descansaban sobre cuatro pilones centrales, que sostenían el conjunto en el centro de la plaza que formaban las cuatro aveni-

cuatro parejas de pórticos por los cuatro puntos cardinales, como en la estatua del Apolo de los cuatro brazos[148]. Tres 205
pórticos dobles avanzan en dirección a la muralla y toman contacto con su perímetro, pero el cuarto, que es más corto, pero tanto más breve como más espléndido, sale al encuentro del palacio real, que no tarda mucho en cerrarle el paso, por lo que le sirve de propileo[149].

El propio palacio[150] ocupa una parte tan considerable de 206
la isla, que llega a abarcar una cuarta parte del total. Porque toca la mitad del pórtico del ónfalo, con el que se une, y se prolonga hasta la parte exterior del río. Por consiguiente, la muralla, que, en lugar de almenas sostiene columnas, está preparada para hacer las veces de mirador adecuado para que el emperador pueda divisar el río, que fluye por debajo, y los accesos a la ciudad, que, se mire adonde se mire, son

das. Su misión sería ornamental y serviría de acceso al conjunto monumental presidido por el palacio imperial.

148 G. Dareggi, «A proposito dell'urbanistica della *cità nuova* di Antiochia di Siria nella testimonanza di Libanio», *Annali della Fac. di Lett. e Filos. Perugia*, 21, 1 (1983-84), 135-142, ve un significado religioso en la insistencia en el número cuatro (cuatro arcos, cuatro pórticos orientados a los cuatro puntos cardinales, el Apolo de cuatro brazos y el palacio imperial, que ocupa la cuarta parte de la ciudad). El Apolo de cuatro brazos *(tetrácheir)* es de origen espartano.

149 Del *tetrápylon* partían cuatro avenidas porticadas, de las que la norte, de menor longitud, terminaba en una amplia plaza que dejaba ver la fachada del palacio imperial. Todo este hermoso conjunto fue destruido un siglo después en el terremoto del año 458.

150 El palacio real, construido por Diocleciano poco antes del 298 sobre la base de las construcciones de Valeriano (o Galieno, según Malalas) en el año 256. Las características de este palacio no serían muy distintas a las del palacio que Diocleciano construyó en Salona. Estaba ubicado en la parte noroccidental de la isla y servía como residencia de la corte imperial. *Vid.* G. Haddad, «The palace of Diocletian at Antioch», *Annales archéologiques de Syrie* (1953), 106-116 y G. Downey, *A History...*, págs. 318-323 y 643-647.

207 un deleite para la mirada[151]. Si fuera mi deseo hacer una minuciosa descripción de esta zona, habría que tomarla como único tema de mi discurso y no solamente como una parte de otro distinto. Mas, con todo, hay que decir que, de los monumentos que existen por doquier y que tienen renombre por sus dimensiones o son aclamados por su belleza, no les cede el nuestro un ápice a ninguno, y sí, en cambio, supera con diferencia a otros. En lo que respecta a la belleza, no hay quien lo supere, pero, si comparamos el tamaño[152], es el vencedor indiscutible, pues se divide en tal número de dependencias, pórticos y salas, que hasta las personas que están muy acostumbradas a él se extravían cuando van de unas puertas a otras. Me parece que, si sólo este edificio estuviese ubicado en alguna ciudad insignificante, como las que vemos en gran número en Tracia, donde unas cuantas chozas configuran las ciudades, si, como digo, en una de ellas se encontrase este palacio, la poseedora tendría buenas razones para enorgullecerse en una comparación entre ciudades.

208 Pero volvamos a lo nuestro. La ciudad nueva se separa de la antigua por el río, que corre por medio. Pero, gracias a cinco sólidos puentes, las ciudades divididas quedan unidas. Si el agua hace que nuestra ciudad sean dos, aquéllos impiden que esto sea así, ya que ligan la segunda a la más anti-
209 gua, como un potro a su madre. Considérese que, si es pre-

---

[151] El palacio integraba en su arquitectura por el lado norte y oeste la muralla exterior, que daba al río. Sobre ésta se había construido un mirador con columnas desde el que se divisaban el río y los alrededores de la ciudad. Del testimonio de Teodoreto *(Hist. eccl.* IV 26, 1-2) se desprende que había un camino entre la muralla y el río, que el emperador podía controlar desde el mirador. En el mosaico Yakto se identifica una construcción de este tipo que puede corresponder al palacio.

[152] Las medidas del palacio de Salona (aproximadamente 180 por 215 metros) nos pueden dar una idea de las del de Antioquía.

ferible que una ciudad se extienda en una larga franja de terreno, nuestra ciudad antigua está edificada de ese modo, pero que, si es más decoroso que tenga forma circular, eso es lo que le sucede a la nueva. Pero, en el caso de que sea considerado señal de grandeza que una ciudad no tenga un carácter uniforme, entonces aquí, como en ninguna otra parte, se aprecian todas las posibles formas urbanas. De modo que, todo aquel que se envanezca de vivir en una ciudad idéntica por los cuatro costados, sepa que se jacta de una
nimiedad. Porque, como sucede en la agricultura, una pe- 210
queña parcela es trabajada con facilidad, lo mismo que en los cuadros de los pintores. En cambio, los labrantíos de los más pudientes no tienen unos límites tan claros, sino que se prolonga su extensión enormemente, de manera que una parte está en la sombra, mientras que otra sobresale del llano. Igual sucede con las ciudades: la que carece de grandeza se resigna a tener un aspecto uniforme, mientras que la grande se sale de sus límites de forma aleatoria.

Hablando de dimensiones, no pasaré por alto lo siguien- 211
te. Si se empalmara de forma ficticia la largura de los pórticos a los que hice alusión al principio con los que salen de éstos en dirección al río, sumando su longitud, y si, a su vez, se aumentara la medida resultante añadiendo los pórticos de la ciudad nueva, y pusiéramos unos detrás de otros de forma que resultara una sola hilera; si, en efecto, se sumase todo ello, o, mejor dicho, permaneciera cada cosa en su sitio tal como estaba, pero se contemplara mentalmente el cambio, se descubriría que nuestros pórticos ocupan la extensión de
una jornada [153]. Si uno recorre este espacio, verá que las vi- 212

[153] Una jornada *(stathmós)* equivale a unos 26 Km., longitud que en absoluto podrían sumar las avenidas porticadas de Antioquía. Martin calcula para las avenidas de la ciudad vieja unos 3,8 Km. y no más de 1,5 Km. para los de la ciudad nueva.

viendas de los particulares constituyen un conjunto uniforme y que, por doquier, los edificios públicos son aceptados entre los privados. Acá los templos, allá los baños, separados entre sí la distancia suficiente para que cada barrio de la ciudad esté lo suficientemente cerca como para disfrutar de ellos. Además, las puertas principales de todos estos edificios dan a los pórticos.

213 ¿Cuál es mi propósito con todo esto? ¿A dónde me lleva prolongar este relato monográfico sobre los pórticos? A mi me parece que lo más agradable que existe en una ciudad, e incluso me atrevería a añadir que lo más provechoso, son las reuniones y tener trato con los demás. Y ¡por Zeus! sólo existe genuinamente una ciudad donde hay este tipo de
214 ventajas en abundancia. Pues es lo más dulce decir una palabra agradable y escuchar una respuesta mejor, dar consejos y manifestar a los amigos nuestros sentimientos según el momento, unas veces felicitándolos y otras compartiendo su aflicción, así como recibir de ellos idéntica respuesta. Además de esto, hay innumerables placeres en el trato recíproco
215 de los amigos. Sin embargo, a quienes carecen de este tipo de pórticos extendidos a lo largo de sus casas, el invierno los separa y sólo en teoría viven en una misma ciudad, porque, en realidad, están alejados entre sí no menos de lo que están de quienes viven en ciudades distintas, y tienen noticias de los vecinos como si estuvieran en el extranjero. Pues, debido a la lluvia, el granizo, la nieve y los vendavales, se quedan retenidos en casa como prisioneros. Los siervos, que tienen bien aprendida la lección de sufrir esta fatiga, nada más echarle una ligera ojeada al ágora, se meten de un salto de nuevo en la casa. De manera que, cuando escampa, los ciudadanos, como si hubieran sobrevivido a una larga navegación, se abrazan afectuosamente entre sí, excusándose por haber faltado a las obligaciones que tiene esta-

blecidas la costumbre de la amistad y exculpándose por los impedimentos que les han surgido. Por el contrario, en nues- 216 tro caso no ocurre así. Zeus no nos envía el duro granizo, ni largas nevadas, ni lluvia copiosa por la que vaya a verse interrumpido el trato cotidiano, sino que, aunque el año recibe sus cambios en virtud de las estaciones, en ninguna de ellas se altera el hábito de congregarnos, sino que la lluvia perturba sólo los tejados, mientras que nosotros, dentro de los propios pórticos, vamos de un lado para otro con facilidad y celebramos nuestras reuniones donde nos convenga. En cuan- 217 to a quienes viven en las calles más apartadas, a éstos los balcones[154] que están adosados a los muros de ambos lados de la calle, protegiéndolos de las lluvias, los conducen sin mojarse a los pórticos. Por consiguiente, para los demás, en la medida en que se encuentran aislados, las relaciones sociales se enfrían. Entre nosotros, en cambio, gracias al trato continuado, la amistad florece, y, cuanto en aquellas ciudades retrocede, en la misma medida aquí aumenta.

Así es como la longitud de los pórticos no sólo está re- 218 lacionada con el puro placer, sino también con lo más importante de la vida humana. Con estos pórticos se entremezclan el hipódromo, el teatro y las termas. El primero[155] es

[154] Este pasaje nos da idea del aspecto de las calles no porticadas. En el mosaico de Yakto, junto a uno de los puentes que unen la ciudad vieja con la nueva, se ve una casa de dos plantas y en lo que parece un balcón una persona despide a una mujer y a un niño, que se disponen a cruzar por el puente.

[155] Las excavaciones han sacado al descubierto un circo en la parte norte de la isla del Orontes, junto a donde tal vez estuvo el palacio imperial. Fue construido en el s. I a. C. y, según el testimonio de MALALAS (*Chron.* 225), fue financiado por Quinto Marciano Rex, procónsul de Cilicia, en el 67 a. C., durante el reinado del rey seléucida Filipo II. Es discutible si la nueva construcción se asentó sobre un circo anterior o si el único circo de Antioquía era por entonces el que parece seguro que exis-

capaz de satisfacer a los corceles nacidos de Bóreas[156] y ofrecer asientos a la masa de la ciudad gracias a su abundancia de graderías. El teatro[157], a su vez, resuena con la concurrencia y presta su colaboración a los conciertos de flauta, cítara y canto, así como a la mayor parte de los pla-
219 ceres de la escena. ¿Quién sería capaz de describir convenientemente las demás especies de teatros[158], construidos

tía en Dafne y en el que Antíoco IV celebró los famosos juegos del 167 a. C (cf. *supra*, n. 78). El hipódromo de la ciudad nueva sufrió, a resultas de un terremoto, graves daños que fueron reparados por Agripa el año 15 a. C. El hecho de que Malalas se refiera a este estadio como *tò palaión hippikón* permite suponer que, en época bizantina, se construyera otro hipódromo. Cf. el comentario de Martin *ad loc.;* G. Downey, *A History...*, págs. 647-649, y P. Petit, *Libanius et la vie...*, pág. 124.

[156] Bóreas, hijo de la Aurora y de Astreo, es el viento del norte. Tomando la forma de un caballo, engendró con las yeguas de Erictonio doce potros de proverbial rapidez.

[157] El teatro de Dioniso, construido, según Malalas *(Khron.* 217), por César. Fue ampliado sucesivamente por Agripa y Tiberio. Su terminación definitiva fue llevada a cabo por Trajano, que lo adornó con grupos de estatuas. El propio Libanio nos informa *(Disc.* X 34) de que se encontraba en el barrio de Epifanía. Había otro teatro en el barrio de Dafne (cf. *infra*, par. 236).

[158] Estas especies de teatros *(theátrōn eídē)* se encontraban dentro del casco urbano, a diferencia de otras ciudades, en las que no era inusual que estuvieran en el extrarradio. Para las competiciones atléticas Antioquía disponía del *Xisto*, pista cubierta construida por Cómodo entre la montaña y la avenida porticada que unía el Orontes con la avenida principal, donde más tarde sería construido el Foro de Valente, así como el *Pletrio*, construido cerca del anterior por Didio Juliano, que se utilizaba para las pruebas eliminatorias de los atletas en los Juegos Olímpicos (cf. *Disc.* X). Las finales se celebraban en el estadio olímpico de Dafne. Las cacerías de fieras o *venationes* y los combates de gladiadores, que, pese a la prohibición de Constantino, aún se celebraban en tiempos de Libanio (cf. *Disc.* I 5), tenían lugar en el anfiteatro, ubicado, como el teatro de Dioniso, al pie de la montaña. Fue construido por Julio César y adaptado a las exigencias de las *venationes* por Valente.

unos para dar acogida a las competiciones atléticas, otros para los enfrentamientos de hombres con fieras, todos ellos en el casco urbano, para no obligar a los espectadores a padecer penurias antes de divertirse por culpa de la longitud del camino que hay que recorrer hasta llegar a ellos? Pero, 220
en lo tocante a las termas, ¿quién no se quedaría admirado? Unas tienen su temperatura agradable en invierno, otras la adecuada para el verano, otras están protegidas de fuertes vientos y algunas están como suspendidas en el aire sin tocar el suelo[159]. En cuanto a las viviendas, unas se levantan 221
haciendo alarde del esplendor moderno y otras, más sobriamente, de acuerdo con los tiempos antiguos, evitando a la vez la suntuosidad y la vileza.

Para no silenciar lo que se me acaba de ocurrir, me da la 222
impresión de que el Céfiro[160] persuadió a los primitivos habitantes para que no se limitaran a llevar a cabo toda su actividad rodeados de paredes. Pues todos aquellos que no gozan de una buena situación con respecto a los vientos se las arreglan para divertirse a su abrigo. A nosotros, en cambio, que disfrutamos del viento más benigno y que, como dice Homero[161], tenemos en el Céfiro a un magnífico compañero, no nos hace falta recurrir a estos subterfugios, dado que el dios permite que disfrutemos de una vida regalada. Bó- 223
reas tomó parte a favor de los atenienses en una batalla naval, según dicen, como compensación por la joven que ha-

---

[159] Las excavaciones arqueológicas han sacado al descubierto numerosas termas públicas, entre las que destaca la construida por Diocleciano en la ciudad nueva, cerca del hipódromo. Además de baños públicos, algunos particulares tenían sus propias piscinas, algunas de las cuales podrían estar en alto *(metéōra)* aprovechando las terrazas de la montaña.

[160] Viento del oeste, que traía a la ciudad las brisas procedentes de la cercana costa marina.

[161] *Od.* XI 7; XII 149.

bía raptado, concediéndoles así este don —que no es modesto el favor que les hizo su yerno[162]—. Sin embargo, a nosotros Céfiro no nos está beneficiando después de habernos perjudicado previamente, sino que nos ama, pero no por causa de una muchacha, sino que siente por la ciudad entera un apego indeleble. Y, conteniéndose en invierno cuando se da cuenta de que nos causaría enojo si se acercase, sale lue-
224 go al paso del verano para poner freno a la canícula. Además, no se entretiene en otra ciudad antes de venir a nosotros, ni la cruza en dirección a otra, sino que comienza a soplar desde la nuestra y se demora entre nosotros como quienes están conmovidos por una sola belleza, cuyos ojos no puede hacer que se tornen otro cuerpo que se muestre de repente.

225 Este viento recorre completamente la ciudad y la circunda sin dejar que parte alguna quede exenta de su auxilio, porque no se esparce por las casas de tres pisos de los potentados, pasando por encima de las casas humildes y de las de los pobres, sino que, como en una democracia todos participan por igual de las leyes, del mismo modo entre nosotros hay una cierta igualdad en el disfrute de las ventajas del Céfiro. Jamás nadie, sediento de brisas, ha inculpado a sus vecinos de recibir este perjuicio, sino que se filtra y escabulle por todas partes, y por donde encuentra una rendija, por
226 ahí se abre camino. Sucede que algunos se ven privados de la luz diurna porque les da sombra una casa vecina[163], pero

[162] Heródoto, VII 189 nos informa de que Bóreas estaba casado con la ateniense Oritía, a la que, según Apolonio de Rodas (I 213 ss.) y Pausanias (I 19, 5), habría raptado previamente a orillas del Iliso. Bóreas hundió no menos de cuatrocientas naves de las que los persas tenían ancladas en la costa de Magnesia.

[163] Cf. *supra, Disc.* II 55, donde se censura el afán de los nuevos ricos de destacar por la altura de sus viviendas.

el Céfiro nunca ha dejado a nadie sin gozar de sus comunes bienes, sino que levanta las túnicas de los viandantes y las envuelve en torno a sus piernas. Y, cuando sopla desde abajo, los velos de quienes duermen se hinchan alrededor de sus cuerpos. Además, el Céfiro es la causa de que, por la noche, el descanso sea doble, porque hace que el sueño se entremezcle con las brisas.

Por todo ello, no en vano la ciudad está construyéndose 227
continuamente: aquí se pone el techo, acá la casa va por la mitad, allá se acaban de echar los cimientos y en este otro lado se está excavando para tal fin. Por doquier se oyen las voces de los capataces hostigando a los albañiles, y el terreno que el año pasado se removía para que produjera hortalizas, ahora se edifica. Porque saben que cuantos bienes los poetas prometen a los justos tras la muerte, los podrán tener aquí en vida. Por tanto, pensemos que la ciudad sería el 228
cuádruple de lo que es en la actualidad, de no haber sido destruida ya en tres ocasiones anteriores[164]. Porque, al igual que el templo de Apolo Pitio sucumbió ante numerosos avatares y el que se levanta hoy es el cuarto sobre los que desaparecieron con anterioridad[165], la nuestra, por ser ciudad de mortales, fue abatida, pero, por ser amada de los dioses, se volvió a levantar de nuevo. Por tanto, sufrió y se

[164] Tal vez se refiera a los tres seísmos más violentos que sufrió la ciudad hasta ese momento. El primero tuvo lugar en época seléucida, el 148 a. C., durante el reinado de Alejandro I Balas, a resultas del cual la ciudad hubo de ser completamente restaurada (cf. MALALAS, *Chron.* 207-208). El segundo se fecha en el 37 d.C., durante el reinado de Calígula, y el tercero el 13 de diciembre del 115 d. C., precisamente cuando el emperador Trajano se encontraba en la ciudad. Éste, en el que peligró la vida del propio monarca, fue el más terrible de todos. Además de los terremotos, la ciudad fue incendiada durante la conquista de los persas. *Vid. supra*, n. 105.

[165] Cf. PAUSANIAS, X 5, 9-13.

comportó como el olivo de Atenea, ya que a éste lo abrasó Jerjes cuando arrasó la Acrópolis de los atenienses, pero, al segundo día, creció del tronco quemado un brote de un codo de largo[166]. De igual manera esta ciudad, lo mismo que ce-
229 día, volvía a resurgir. Incluso ahora, cada vez que se excava la tierra para echar un cimiento, sale al encuentro algún vestigio antiguo. Muchos, aprovechando los cimientos que se les ofrecían en vez de excavar los que tenían en proyecto, edificaron encima de ellos aportando el resto de los materiales. Si, en efecto, la ruina no hubiera alcanzado a aquellas construcciones y las recientes no se hubieran superpuesto, sino que la misma cantidad de materiales que hoy se dedican a reedificaciones se hubiesen destinado a ampliar el casco urbano, muchos se habrían quedado sin vastas extensiones de campo para cultivar.

230 No obstante, no es la ciudad así de admirable en todos los aspectos pero, por el contrario, el extrarradio es tal que alguien pensara que debía ser mejor de lo que es, sino que deja muy claro que pertenece a esta ciudad. Efectivamente, de ello dan fe las enormes y populosas aldeas[167] que tienen una población superior a no pocas ciudades y que, como ocurre en éstas, no carecen de artesanos. Dichas aldeas in-

---

[166] Cf. Heródoto, VIII 55.

[167] Las excavaciones han sacado al descubierto restos que atestiguan la existencia en época de Libanio de ricas aldeas agrícolas que no carecían de los lujos de la ciudad. Muchos campesinos independientes vivían lo suficientemente cerca como para acudir a la ciudad con sus bestias a vender sus productos y regresar en el mismo día a su casa. La presión fiscal y los abusos de los poderosos obligó a muchos a buscar la protección de patrones (cf. *Disc.* XLVII) y a vender sus tierras para establecerse en zonas más alejadas de la ciudad. La imagen del campesino con su asno en las calles de la ciudad debía de ser corriente, como atestigua el mosaico de Yakto. Consúltese al respecto la monografía de G. Tchalenko, *Villages antiques de la Syrie du nord*, París, 1953.

tercambian entre sí sus productos en ferias, pues invitan, cada una por turno, a venir a la suya a las demás y son invitadas a su vez. Disfrutan de las mismas ventajas cuando hacen favores que cuando sacan provecho, ya sea intercambiando su excedente, ya adquiriendo aquello de lo que son deficitarias, unas veces vendiendo y otras comprando. Son, con diferencia, más afortunadas que los comerciantes marinos, ya que, en lugar del estrépito y el oleaje, ganan dinero entre risas y algarabía, sin que les haga falta gran cosa de la ciudad gracias a su recíproco intercambio.

Ténganse en cuenta también las villas situadas a las 231
puertas de la ciudad, pues no se acertaría a designarlas como hospederías[168], sino como distritos de la ciudad, como si formasen parte de una sola urbe. Tan en consonancia están estas villas con la envidiable belleza del interior por su lujo, sus baños, su artesanía y su población, que, si se reuniese en una sola forma lo que se encuentra dividido en tres partes[169] delante de Antioquía, bastaría para conformar una ciudad
entera. Así como los accesos al palacio real participaban de 232
la magnificencia del interior y, aunque inferior a lo de dentro, permitía conjeturar cómo era lo mayor gracias a lo me-

[168] Saliendo de la ciudad por las dos puertas principales, la de Berea y la de Dafne, los viajeros podían encontrar complejos urbanísticos que aprovechaban el intenso tráfico de comerciantes y viandantes para instalar sus negocios. En *Disc.* L 26 vemos cómo los campesinos que acuden a la ciudad se ven sorprendidos por la noche y tienen que pernoctar en una de estas posadas *(pandokeîa)*. Por otro lado, la urbanización de las afueras de la ciudad nos da idea de la superpoblación de ésta, si tenemos en cuenta la resistencia que existía en la Antigüedad a abandonar el centro urbano.

[169] Se refiere a los arrabales ubicados en las tres salidas de la ciudad, las puertas de Berea y Dafne y la del oeste cruzando el Orontes en dirección a Seleucia. Cf. R. Foerster, «Antiochia am Orontes», *Jahrbuch des k. deutschen Archäologischen Instituts* (1897), 126.

nor, del mismo modo emana de la ciudad cierta semejanza con las villas, de forma que, al salir de ésta, diríase que se contempla a escala más reducida lo que se acaba de dejar, y,
233 cuando se entra, el exterior nos anticipa el interior. Sin duda, todo participa de una misma índole, pero la parte que mira a occidente, ¡por Heracles! ¡cómo aventaja a todo el resto y supera cualquier descripción! Lo único que vale la pena es visitarla, pero, si se ha oído decir lo más dulce de ella, aun así no se ha escuchado todo lo que ella se merece.

234 Apenas franqueadas las puertas, a la izquierda, se pueden contemplar abigarrados jardines, albergues encantadores, abundantes fuentes, viviendas sepultadas entre árboles, moradas que se elevan por encima de los mismos, termas espléndidas: en suma, un lugar adecuado para Afrodita y su hijo, el Arquero. Al adentrarse se pueden contemplar, a uno y otro lado del camino, gran abundancia de viñedos, hermosas mansiones, rosaledas, toda índole de plantas y arroyuelos, de forma que una cosa te arrastra hacia sí y la otra en sentido contrario. A través de semejantes delicias se llega a
235 la bellísima Dafne. En su loa jamás se ha hablado con justicia, ni se hablará, a no ser que a un dios se le ocurra celebrar el lugar en compañía de las Musas. Yo denominaría con gran placer este camino, que desde la ciudad lleva a esta villa, «bordón de la égida», con el que Homero ciñe a Atenea[170]. Así, todo él es dorado y termina en el oro colofonio,
236 es decir, Dafne. Al verla, no puede evitarse gritar, saltar, brincar, aplaudir, felicitarse uno por el espectáculo y dejarse llevar en alas del placer. Cada cosa, desde todas partes, hechiza al espectador y lo pone fuera de sí: aquí una maravilla lo retiene, allá otra lo atrae irresistiblemente y se esparce en torno a los ojos un brillo que le hace volverse: el templo de

170 *Il.* II 446-449.

Apolo, el de Zeus, el Estadio Olímpico, el siempre delicioso teatro[171], infinidad de cipreses, su fronda y su altura, umbríos senderos, coros de pájaros musicales, una brisa moderada, fragancias más embriagadoras que plantas aromáticas, residencias majestuosas, viñedos que se adentran en salas de fiestas, jardines de Alcínoo, mesa siciliana, cuerno de Amaltea, festines copiosos, Síbaris. Sea cual sea el baño que haya elegido uno, siempre hay uno más agradable que se ha pasado por alto. Tanto favorece el lugar a los cuerpos que, si 237
antes de partir se ha quedado uno allí un poco de tiempo, se va con mejor color. Si se nos preguntara con qué hemos disfrutado más, no sabríamos qué contestar. Todo es así de encantador. No existe afección tan fuerte, tan incurable ni tan persistente que Dafne no sea capaz de curar, sino que, nada más llegar al lugar, se desvanece la causa de nuestra aflicción. Si es cierto que los dioses abandonan el cielo y bajan a tierra, me creo yo que es aquí donde se encuentran y celebran consejo, porque no podrían detenerse en un sitio más hermoso.

Pero, si así es la calidad de lo que he descrito, su canti- 238
dad no es tan escasa que tan excelsa belleza vea reducida la

[171] El templo de Apolo en Dafne fue construido por Seleuco I (o Antíoco IV, según Amiano), donde el dios tenía un oráculo y una estatua atribuida al escultor ateniense Bríaxis, en la que se representaba al dios tocando la lira y cantando. En cuanto al templo de Zeus Olímpico y el estadio (el *Olympiakón* del mosaico de Yakto), fueron construidos en Dafne por Diocleciano. MÜLLER *(Antiquitates Antiochenae,* pág. 62) opina que Diocleciano sólo reconstruyó o embelleció el templo, que habría sido obra de Antíoco IV. En el caso del estadio parece evidente que sólo se trató de la reconstrucción de un estadio anterior. El teatro fue construido en Dafne por el emperador Tito sobre una sinagoga que fue destruida a tal efecto. En éste fue erigida una estatua de Vespasiano. Véase G. DOWNEY, *Antioch...*, págs. 206-207, 325-326 y 649-650.

admiración que suscita a causa de la escasez de sus monumentos, como si no hubiera más que cinco casas, siete jardines, trescientos cipreses y tres termas. Al contrario: son bellos como no hay nada en ningún sitio y todos ellos más
239 numerosos que hermosos. En tal número posee Dafne cada uno de estos dones que, por respeto a la ciudad, ha consentido en mantener el rango de villa, por más que, si quisiera competir con ciudades, por muchas razones obtendría la victoria. Porque a todos los visitantes romanos que recibió los ha subyugado y convencido de que ya no canten himnos de alabanza a Italia como si fuese invencible en este aspecto.

240 Pero la principal de las bellezas de Dafne y, en mi opinión, del mundo entero son sus fuentes[172]. Porque en ningún otro sitio la tierra ha producido semejante clase de manantiales, ni por su aspecto ni por su utilidad. Éstos son el reino de ciertas ninfas y el don de éstas es el más limpio y puro

[172] La riqueza acuífera de Dafne era extraordinaria, por lo que se convirtió en uno de los principales veneros de la ciudad. El emperador Trajano puso gran empeño en las obras para el suministro de agua para Antioquía y su labor fue continuada por Adriano, quien construyó un acueducto y realizó otras obras para traer a la ciudad las aguas de Dafne. Entre éstas se encontraba el que MALALAS *(Chron.* 278) denomina *Teatro de las fuentes de Dafne,* una gran cisterna contenida en una construcción en forma de teatro, dotada de una fachada ricamente decorada, y que podría corresponder a la que aparece en el mosaico de Yakto. Allí confluía el caudal de diversas fuentes y torrentes, y el agua era transportada hasta la ciudad por una serie de conductos de diferentes tamaños que daban a un acueducto, de modo que la cantidad de agua que bajaba a la ciudad podía ser regulada. También se encontraba cerca la famosa fuente Castalia, homónima de la délfica, que fluía a ambos lados del templo de Apolo (cf. *infra,* § 242). También corría el río Ladón, padre de la ninfa Dafne, y que, se suponía, habitaba en la corriente. Cf. G. DOWNEY, «The water supply of Antioch on the Orontes», *Annales Archéologiques de Syrie* (1951), 171-187, y *A History...*, págs. 83-84 y 221-223.

que hay. Se podría afirmar que estas diosas están satisfechas 241 del lugar no menos que Zeus de Pisa, Poseidón del Istmo, Apolo de Delfos y Hefesto de Lemnos. Por tanto, si hay que creer que las ninfas tienen en el agua su morada, me parece a mí que también frecuentan las demás fuentes, como para ejercer su vigilancia sobre ellas, pero que, como los reyes, se han servido de este lugar como si fuera su acrópolis. Además, tengo el pleno convencimiento de que las tres diosas, cuando sostenían contienda por su belleza, acudieron al juicio tras haberse lavado aquí y no en el lugar que se cuenta[173].

¿Quién, tras llegar y contemplar cómo mana el agua de 242 sus nacimientos y cómo transcurre a ambos lados del templo[174], no se admiraría de la cantidad de fuentes, no se sentiría impresionado por su belleza, ni las veneraría como algo divino? ¿Quién no sentiría placer al poner su mano en ellas, no desearía bañarse con mayor gusto y no consideraría lo más dulce del mundo beber de ellas? Pues sus aguas son, a la vez, frescas y cristalinas, muy buenas para beber, ungidas de encantos y reconfortantes para aplicarlas al cuerpo. Sin 243 embargo, el agua no permanece solamente para beneficiar a su madre, es decir, que Dafne la engendró y la propia Dafne sacó provecho de ella reservándose su don. Al contrario, Dafne la sacó a la luz, pero la ciudad también participa igual que ella. Así es que los manantiales parten de casa y a casa van a parar, y no vienen de tierra extraña, lo cual habría su-

---

[173] El célebre juicio de Paris, en el que compitieron Hera, Atenea y Afrodita. En las excavaciones de Antioquía se descubrió un mosaico que representaba la escena del juicio, lo que nos hace pensar que Libanio vuelve a hacerse eco de una leyenda local. Cf. D. LEVI, *Antioch Mosaic Pavements*, Princeton, 1947, págs. 16-21.

[174] Naturalmente, se trata del templo de Apolo y de la fuente de Castalia. Cf. *supra*, n. 172.

puesto una gran dificultad y un gran peligro, pues su seguridad habría dependido de la generosidad de los demás. Por otro lado, se las han arreglado para abrir un paso abovedado para la corriente a lo largo de la base de la montaña, unas veces excavando conductos y otras añadiendo obras, e incluso hay lugares en los que, llevando el conducto por lo alto sobre puentes, allá donde obligaban a ello los barrancos, han hecho partícipe a la ciudad de la contribución de los arrabales[175].

244 Y eso es especialmente en lo que hoy en día sacamos ventaja a todos: en que nuestra ciudad recibe agua por todas partes[176]. En otros aspectos incluso alguien podría tener la desvergüenza de discutirnos, pero cuando se habla de aguas todos inclinan la cabeza. Descollamos en lo bello por nuestra abundancia y en la abundancia por la belleza, o mejor

[175] Cf. *supra*, n. 172.

[176] Además del suministro de agua de Dafne, la ciudad aprovechaba los manantiales y riachuelos que descendían del monte Silpio. Ya desde época seléucida se construyeron conductos y acueductos para aprovechar la riqueza acuífera de la montaña (cf. *supra*, par. 125). Se sabe que el arquitecto romano Cosucio construyó, posiblemente para Antíoco IV, un acueducto que llevaba a la ciudad las aguas de la montaña. También los emperadores romanos, desde César hasta Trajano y Adriano, se preocuparon por aumentar el número de acueductos, tanto desde Dafne como desde el monte Silpio. Sin embargo, esta riqueza acuífera tenía también su lado negativo. Dos grandes torrentes descendían de la montaña en dirección al río. El más importante, conocido con el nombre de Parmenio, atravesaba la ciudad por la mitad y arrastraba en la estación invernal grandes aluviones. Para evitar las nefastas consecuencias, se construyó una presa con esclusas conocida como «Puerta de Hierro» y un canal protegido con fuertes muros que pudieran controlar la corriente. Este canal atravesaba la ciudad de este a oeste y pasaba por debajo de la avenida porticada. Otro torrente, el Firmino, se unía al Orontes pasando por delante de la puerta de Dafne y el muro de Teodosio. Cf. G. Downey, *A History...*, págs. 653-656.

dicho, destacamos en la copiosidad por su cantidad y en lo
amable por su hermosura. Cada uno de los baños públicos
vierte el caudal de un río y, entre los privados, unos dispen-
san cantidades análogas a los anteriores y otros no muy in-
feriores. Todo aquel que tiene posibles para construir un ba- 245
ño al lado de los ya existentes, lo levanta confiadamente
gracias a los manantiales que hay, y no teme que la obra sea
llevada hasta su terminación más perfecta y, por culpa de su
carencia de ninfas, reciba el apodo de «la muy sedienta»[177].
Muy al contrario, tanto dista de renunciar a su empresa por
escasez de agua que la misma abundancia hace cambiar de
opinión hasta a quien no tiene mucha iniciativa. Por ese
motivo, cualquier barrio de la ciudad se vanagloria de cons-
trucciones privadas de baños que son demasiado numerosas
como para poderlas nombrar. Éstos son tanto más hermosos
que los públicos, cuanto más pequeños que aquéllos. Y gran-
de es la contienda que sostienen los habitantes de cada ba-
rrio sobre la cuestión de en cuál se encuentra el más bello.

Puede colegirse la riqueza de fuentes por el número de 246
casas. Porque hay tantas casas como fuentes, mejor aún, en
cada una hay varias de ellas. Por ello, la mayor parte de los
talleres rebosa de felicidad. Ello explica el que no nos pe- 247
leemos en los baños públicos por quién va a ser el que saque
agua antes que el vecino, cosa que, a no dudarlo, causa mo-
lestias en muchas ciudades ricas en oro. En éstas se produ-
cen constantes altercados junto a las fuentes, lamentos por
los vasos rotos, y hasta heridas alrededor de ellas. A nos-
otros, en cambio, como cada uno tiene un venero dentro de
su casa, las comunes fluyen como muestra de ostentación.
En verdad, fácilmente se podría comprobar la transparencia 248
de las aguas nuestras si, después de haber llenado una pisci-

[177] Reminiscencia homérica: *Il.* IV 171.

na, hacemos que deje de correr agua sobre ella. En efecto, parecerá que la piscina está vacía. Así de claro reluce el fondo bajo las aguas. Así es que no sé si su contemplación puede encender la sed más que calmarla, porque al mismo tiempo invita a beber y causa regocijo antes incluso de probarla.

249 En lo tocante al punto por el que soléis disputar pacíficamente entre vosotros, la circunstancia de que la ciudad sea igual en todas sus partes hace que vuestra discusión sea irresoluble. Igual que superáis de manera diáfana a los demás, entre vosotros estáis en una situación de igualdad.
250 Sostienen quienes habitan la parte que mira a oriente que por su zona se transporta la mayor parte del trigo [178], y exhiben la fuente de Alejandro [179]; a su vez, los de la parte occidental alegan su abundancia de árboles, su mayor limpieza y la vecindad más dulce: Dafne; por su parte, los que viven al pie de la montaña presumen de sus mejores brisas, su amenidad y el hecho de poder contemplar la ciudad entera; en cambio, los de la ciudad nueva hablarán de la muralla, la isla, el palacio real y la buena disposición de su conjunto; por último, los que viven en el centro sostendrán que se encuentran en medio de todos ellos. ¿Quién, al oír estos argumentos, podría emitir un voto, dado que todas estas zonas guardan un equilibrio tan perfecto entre sí?

251 Pero que ningún dios nos prive de esa rivalidad que inspira a cada barrio el deseo de obtener la supremacía. Sin embargo, ¿qué cosa hay en nuestra ciudad más abundante que la provisión de mercancías? ¿Qué otra cosa que nos tenga más satisfechos? Están tan esparcidas por toda la ciu-

---

[178] El trigo de la fértil llanura de Antioquía entraba en la ciudad por el noreste, ya sea a través de la puerta de la ciudad o por el río. Cf. P. Petit, *Libanius et la vie...*, pág. 106.

[179] La fuente Olimpíade. Cf. *supra*, §§ 72-74.

dad, que no existe una parte especial de la misma que reciba la denominación de ágora [180] y no es preciso congregarse en un único sitio para hacer las compras, sino que todos tienen las mercancías al paso y delante mismo de sus puertas, y por doquier basta con extender la mano para tomarlas. Porque 252
no se puede encontrar calle tan insignificante ni tan apartada que obligue a sus moradores a acudir a otro sitio para conseguir algún producto necesario, sino que igualmente florecen el centro de la ciudad y las afueras. Además, así como todo está lleno de gente, también todo rebosa de mercancías. Es frecuente que algún comprador pase por delante de las 253
tiendas sin necesitar nada, pero ninguno de los que acuden porque necesiten algo lo busca sin encontrarlo. Rivalizan con los artículos de primera necesidad los productos de lujo, y en esta ciudad hay sitio para ambas fortunas. Pues abastece a los pobres y atiende a los deseos de los ricos, facilitando objetos delicados para disfrute de éstos y procurando artículos proporcionados a la indigencia de aquéllos. La ciudad no se queda corta para los acomodados ni es demasiado cara para los pobres. Y he aquí lo más ingenioso de todo. Gracias a su diversidad, acoge con espíritu solícito la pobreza y

---

[180] Acerca de la importancia comercial de Antioquía, véase W. Liebeschuetz, *Antioch...*, págs. 76-83. De acuerdo don la descripción árabe de Antioquía del *Codex Vaticanus Arabicus* 286, había siete mercados en la ciudad, tres de los cuales estaban cubiertos. El más importante era, sin duda, el foro de Valente, en el barrio de Epifania. Como señala Martin en su comentario, Libanio llama la atención sobre un rasgo típico del urbanismo romano que modificó el aspecto de las ciudades helenísticas, donde los mercados estaban concentrados en los puertos, como el caso de Mileto, o en torno al ágora, como en Priene. Por el contrario, en Antioquía, como en Italia, proliferaban por doquier las *tabernae*.

no sólo le ofrece la oportunidad de sobrevivir, sino que, incluso, pueden hacerlo disfrutando de los placeres[181].

254 Se podría conocer la supremacía de nuestro mercado de la siguiente manera. Las ciudades que sabemos que se sienten especialmente orgullosas por su riqueza muestran una sola hilera de mercancías, la que hay situada delante de las casas, pero entre las columnas no trabaja nadie. En nuestro caso, en cambio, también este espacio tiene puestos de venta, de forma que, en frente de casi todas las viviendas, hay un puesto: tenderetes de madera con cubiertas de broza[182]. Ningún lugar carece de una de estas improvisadas construcciones, sino que, cada vez que uno se apodera de una franja de espacio, al instante ésta se transforma en un taller de reparaciones o algo semejante. Y vaya si se aferran a estos lugares como a una maroma, lo mismo que Ulises al cabrahí-

[181] Gracias los datos que nos ofrece Libanio en este discurso y Juliano en su *Misopogon,* podemos reconstruir la dieta de los antioquenos. Los productos básicos eran el pan, el aceite y el vino, procedentes de los alrededores de la ciudad, lo mismo que las legumbres y las frutas. El pescado venía del mar, pero sólo estaba al alcance de los más pudientes (cf. *infra,* par. 259), mientras que el que se sacaba del río y del lago era más barato. Tampoco estaban fuera de la dieta la carne, de buey y de cordero, y el marisco. Cf. P. Petit, *Libanius et la vie...*, págs. 106-107.

[182] En las ciudades del Imperio era corriente que las habitaciones que daban al exterior fuesen utilizadas para la instalación de talleres y tiendas, y algunos exponían las mercancías sobre estantes delante de la fachada de la casa, como se aprecia en el mosaico de Yakto. Lo verdaderamente novedoso en Antioquía era que se aprovechasen los espacios entre las columnas de los soportales de las principales avenidas para instalar tiendas *(ergastêria)* que, aunque eran construidas con materiales poco sólidos, servían al mismo tiempo de vivienda para la familia. Libanio alude a estas tiendas en *Disc.* XXII 37 y XXVI 20-21. Cf. R. A. Pack, *Studies in Libanius and Antiochene Society under Theodosius,* Michigan, 1935, págs. 100-101; G. R. Sievers, *Das Leben...*, pág. 164 y W. Liebeschuetz, *Antioch...*, págs. 56-57.

go[183]. Y si es admirable la disposición del mercado, mayor 255
es la admiración que suscita por lo ininterrumpido de su horario. Hasta el punto de que quienes compran desde por la mañana no sacan ninguna ventaja a los que lo hacen por la tarde, sino que, así como se encuentra el mismo nivel de agua cuando se necesita, de igual modo se puede disfrutar sin interrupción de un mercado que no sufre merma. Y ni siquiera la noche interrumpe con su llegada este vigor, sino que en nuestra ciudad se puede contemplar un esplendor
mayor que los famosos etíopes. Pues ellos, al salir el dios, 256
presentan una mesa repleta de carne, que denominan «de Helios»[184]. De ello se ocupan los que están encargados del rito, que de noche colocan la carne sobre la mesa, pero fingen maravillas diciendo que ésta surge espontáneamente de la tierra. Por el contrario, con relación a nuestras mercancías se ignora el momento de su preparativo, tan sólo se contempla su esplendor. Y en nada supera el día a la noche, sino que en ambos casos hay toda clase de productos en idéntica

---

[183] Esta jocosa comparación con la escena de *Od.* XII 432, en la que Ulises se agarra fuertemente al cabrahígo para evitar a Caribdis, da una idea de la terrible competencia que había para hacerse con un sitio en el pórtico y de la ausencia de control por parte de las autoridades de la ciudad. Más tarde, Próculo, *comes Orientis* en 382-383, impuso a los ocupantes de estos puestos el pago de un impuesto, destinado a ayudar a los curiales más pobres en el cumplimiento de sus obligaciones con la ciudad. Cf. *Disc.* XXVI 20-23 y XLII 41.

[184] Cf. Heródoto, III 17-18, y Pausanias, VI 26, 2. Esta «Mesa del Sol» era una pradera situada a las afueras de la capital etíope, Méroe o Nápata, que los magistrados de la ciudad llenaban de carne cocida para los ciudadanos. Los etíopes afirmaban que estas viandas nacían del suelo. Véase J. P. Vernant, «Les troupeaux du Soleil et la Table du Soleil *(Odysée* XII 260 ss.; Hérodote, III 17-26)», *Revue des Études Grec.* (1972), 14-17.

257 abundancia. Por ese motivo, aquellos caminantes a los que les sorprende la oscuridad al final de la jornada, con buen ánimo se dirigen hacia la ciudad, en la idea de que van a ser agasajados por la noche. Tienen ocasión de lavarse y cenar más espléndidamente que los invitados a fiestas triunfales, como si los cocineros hubieran sido llamados de antemano
258 para preparar el banquete. En efecto, todos los alimentos están a la mano, y no hay que andar errante en busca del pescado, sino que sólo basta con hacer caso a los mercaderes que los anuncian. Porque, aunque somos de tierra firme, gozamos de una cantidad de pescado superior a la mayor parte de los que habitan en zonas costeras. Pues estamos separados del mar, pero los pescadores capturan para nosotros las criaturas marinas y diariamente se importa un sinnúmero
259 de pescados de todas clases. Por ello es hermoso que ni siquiera los menesterosos sean excluidos de probar semejante comida. Pues Fortuna, aunque facilita a cada cual lo necesario para vivir, reservó para los acomodados el producto que viene del mar y a los demás el que se trae del lago. Como bien común entregó el río, que para los acaudalados nutre el tipo de pescado que remonta el río desde el mar y para los demás todas las restantes especies en abundancia.

260 Pero el rendimiento del río y del lago para con la ciudad no se limita a surtir las mesas, sino que igualmente facilita cuanto produce la tierra, ya que permite que éstos estén a disposición de la ciudad haciendo que su traslado sea cómodo y no permitiendo que el transporte de los frutos esté sometido a las limitaciones de las acémilas. En efecto, ambos tienen repartida la administración de la región: el río discurre a través de las zonas que no cuentan con el amparo del lago y éste se extiende en aquellos lugares a los que el río no presta su auxilio. Así es como, por medio de flotas lacustres y fluviales, se evacuan los productos del campo a

la ciudad[185]. Al principio, las transportan por separado, pero 261
en breve el río desempeña la tarea de ambos tomando a su cargo, además de los propios barcos, los que le llegan a través del lago, llevando las mercancías al centro de la ciudad y haciéndolas llegar a las puertas de cada uno. Tanto es así, que hasta las mujeres y los niños pueden sacar la carga. Porque aquí sucede lo contrario que en Tesprocia[186]. Allí el río desemboca en el lago, mientras que aquí es el río el que
recibe de éste. Y lo más importante. Pues el tramo que fluye 262
después de la ciudad hacia el mar no es impracticable para las naves por culpa de las piedras, lo cual le ocurre a menudo al Nilo[187], ni deja de tener provecho para nosotros este tramo, sino que se merece el elogio que emplea Píndaro para honrar al Híparis de Camarina, que

con presteza une de altas copas un bosque de estables mo-
[radas[188]

[185] El fácil transporte fluvial de las mercancías fue un factor altamente positivo para el desarrollo del comercio. Los productos de la llanura de Antioquía podían ser descargados con facilidad en el ágora seléucida, sita junto al río, y en otros puntos. Muchos terratenientes de Antioquía, conscientes de este hecho, poseían su propia flota. Libanio nos informa en algunos pasajes *(Disc.* I 54; VII 9 y VIII 1-3) de que los barcos formaban parte de la hacienda de los ricos, y sabemos que una de las liturgias consistía en el transporte ultramarino de trigo en los barcos de los curiales. Cf. *Ep.* 959 y W. Liebeschuetz, *Antioch...*, pág. 75.

[186] Región situada en la zona noroccidental de Grecia, en el Épiro. Según Tucídides (I 46, 4), cerca de la ciudad tesprocia de Éfira se encontraba la laguna Aquerusia, en la que desembocaba el río Aqueronte. Cf. Pausanias, I 17, 5 y Heródoto, V 92.

[187] Cf. Heródoto, II 29, 2. En cuanto al carácter navegable del Orontes, *vid. supra*, n. 13.

[188] Píndaro, *Olímpica* V 14.

porque permite por medio de sus aguas el arrastre de maderos que vienen de todas partes.

263 Ya que tengo en mente la desembocadura del río en el mar, me veo arrastrado a hacer mención del puerto. Éste lo reformó el Soberano sin cuidarse de los obstáculos que parecía haber. El puerto ha sido construido en Seleucia[189] y para nuestro beneficio ha sido excavado en la roca con un gasto de dinero tan grande, que no lo supera ni el oro que
264 para Creso atesoraba el Pactolo[190]. Por consiguiente, cualquier carguero, venga de donde venga, puede remontar el río hasta aquí trayendo lo que se produce en el mundo entero: de Libia, de Europa, de Asia, de las islas y del continente. Hasta aquí llega lo mejor de lo mejor de cada lugar, porque la intensidad de la venta atrae a nosotros los deseos de los comerciantes y, gracias a ello, tenemos ocasión de sacar provecho de la tierra entera. De todos los puertos, éste es el que pliega la mayor parte de las velas que han sido desplegadas en alta mar.

265 Por tanto, ¿qué tiene de extraño que nuestra ciudad sea lo más parecido a una fiesta, si ocupamos una tierra de tanta calidad, disfrutamos de tan activo comercio, tenemos como aliado no sólo al lago, sino que también el curso del río co-
266 labora con nosotros? Porque, ¿en qué otro lugar una festividad florece con toda su población en tal cantidad como aquí ocurre en cualquier momento? ¿Quién, al contemplar por vez primera la ciudad, no pensaría que ha llegado a una fiesta sagrada? ¿Quién tiene un carácter tan huraño al que no hiciera llenarse de gozo? ¿En qué otro lugar existe un

---

[189] Constancio II había terminado en Seleucia muy recientemente (año 346) las obras del que iba a ser un importante puerto militar. Cf. G. Downey, *A History...*, págs. 52 y 361.

[190] Creso, el famoso rey de Lidia, extraía su riqueza del río aurífero Pactolo. Cf. Heródoto, I 93, 1; V 101, 2.

caudal tan grande de encantos? ¿Qué motivo de placer no se
prodiga aquí? ¿No son benignas sus brisas? ¿No son una
delicia sus baños? ¿Acaso no hay luminosidad en el ágora?
¿El invierno no nos obsequia permanentemente con los ra-
yos del sol[191]? ¿No es radiante la primavera con sus flores?
¿No resplandece el verano con sus abigarrados frutos y no
hace con sus aromas de la ciudad un prado? ¿Es que no es
más grato caminar entre mercancías que atravesar jardines?
¿No son más dulces las charlas en el ágora que quedarse en
casa? ¿Acaso no basta con echar una mirada al gentío que
recorre la ciudad para llenarse de gozo? ¿No es cierto que
aquí se equivoca Homero cuando pondera a Hipnos más de
lo que le corresponde[192]? Porque al menos en esta tierra «el 267
rey de hombres»[193] no nos arrastra contra nuestra voluntad a
su dominio, ni nos obliga a acostarnos por la fuerza, porque
somos los únicos mortales que nos hemos sacudido la tira-
nía que él ejerce sobre los párpados. De hecho, a la luz solar
la suceden otras antorchas, que dejan atrás la fiesta de lumi-
narias de los egipcios[194], y en nuestro caso la noche sólo se
diferencia del día por el tipo de luz[195]. Y para ejercer un ofi-

---

191 Reiske apreció la existencia en este pasaje de una laguna en los manuscritos, que ofrecen la lectura *statherôs proxenôn?* Acepto la conjetura de este autor, que completa ⟨*ou cheimôn hēlíous hēmîn*⟩ *statherôs proxenôn?*

192 En *Il.* XIV 233.

193 Hipnos, según se deduce de lo anterior.

194 Según Heródoto (II 62) había una fiesta nocturna en la ciudad egipcia de Sais en la que los ciudadanos colocaban alrededor de sus casas linternas de sal y aceite.

195 Como nos cuenta Amiano Marcelino (XIV 1, 9), el césar Galo recorría por la noche de incógnito la ciudad para conocer la opinión que tenía de él la población. Sin embargo, explica el historiador, «esto hacía despreocupadamente en la ciudad, donde la claridad de las luces nocturnas suele semejarse al brillo de los días», razón por la que Galo era fácilmente reconocido. En otros pasajes, Libanio nos habla de la ilumina-

cio, da igual cualquiera de las dos. Unos trabajan manualmente con ahínco, otros ríen delicadamente y se entregan al canto. De alguna manera, la noche pertenece igualmente a Hefesto y a Afrodita, pues unos trabajan el hierro y otros danzan, mientras que en las demás ciudades recibe especial veneración Endimión[196].

268 ¿A qué clase de gremios no les resulta provechosa la ciudad? ¿No es fácil aquí para los comerciantes hacerse ricos? ¿Los que poseen sabiduría no pueden hacerse famosos y los que aspiran a ella adquirirla? ¿No es acaso excelente para dedicarse al trabajo y perfecta para llevar una buena vida? ¿Es que no hay carreras de caballos acompañadas de una rivalidad sin excesos[197]? ¿No se dan aquí los encantos de la escena? ¿Las satisfacciones no contrarrestan las preocupaciones? ¿No ha llegado hasta aquí el ornato de los eleos y no hemos superado, en nuestras honras a Zeus, a los pre-
269 ceptores de las Olimpiadas? Cierto emperador estableció esta competición y, dejando de lado la púrpura, tomó la vestidura olímpica. Otro fue visto como helanodice y se ciñó la corona de laurel[198]. Con estos actos nos honraban y se

ción pública, especialmente en los baños. Cf. *Disc.* XVI 41; XXII 6 y XXXIII 36-37.

[196] Rey de Élide, de quien se enamoró Selene. La diosa logró que Zeus le prometiera al joven el cumplimiento de un deseo. Él pidió que le concediera un sueño eterno y placentero. Cf. Apolodoro, *Bibl.* I 7, 5 y Platón, *Fedón,* 72c.

[197] Se refiere a que hasta la fecha no se había producido en Antioquía un fenómeno característico de otras ciudades, como Constantinopla, los enfrentamientos de las facciones del circo, y no a la limpieza de los participantes en las competiciones. Éstos solían recurrir incluso a la magia para arruinar a sus adversarios. Cf. W. Liebeschuetz, *Antioch...*, pág. 147.

[198] Diocleciano construyó o reconstruyó el estadio olímpico de Dafne (cf. *supra,* n. 171). Malalas *(Chron.* 310-311) coincide con Libanio y afirma que Diocleciano presidió unos Juegos Olímpicos (tal vez los del año 300), tras lo cual anunció su abdicación. Este último dato es, sin du-

honraban al mismo tiempo. Pero si a los eleos, que en los demás asuntos no han obtenido los mejores éxitos, esta celebración les confiere cierta dignidad, ¿qué hay que pensar de nosotros, que, además de nuestra restante fortuna, nos hemos impuesto también por el brillo de nuestras Olimpiadas?

Por consiguiente, ¿qué ciudad merece parangonarse con 270
la nuestra? Pues es más próspera que las más antiguas: a unas las supera en dimensiones, a otras las excede en prosapia y a otras por la variada producción de su suelo. En verdad, a esa que la sobrepasa por sus murallas[199], Antioquía la aventaja por la abundancia de sus aguas y la suavidad de su invierno, así como por la urbanidad de sus habitantes y por el ejercicio de la sabiduría. En cuanto a la que es todavía mayor que la mencionada[200], es más noble la nuestra por lo
más grande del mundo: la cultura helénica y la retórica. En 271
suma, se encontrará que unas ciudades son pequeñas y que otras, aunque grandes, carecen de encanto. Aquí, por el contrario, la diosa que engendró a Eros[201] vertió gracia sobre toda su amplitud, y, si uno la abandona y se va a otro lugar, se acuerda de ella, pero, si se llega aquí procedente de otro

---

da, tendencioso, dado que el Emperador anunció oficialmente su abdicación durante la celebración de sus *vicennalia* en Roma. También nos informa MALALAS *(Chron.* 311-312) de que Maximiano presidió los Juegos Olímpicos cuando estuvo en Antioquía para su campaña armenia. Sin embargo, es más probable que se trate de Galerio (cuyo nombre completo era C. Galerio Valerio Maximiano, lo que explica la confusión), quien pudo estar en Antioquía durante el verano del 296 con motivo de su campaña contra los persas. Los helanodices eran los jueces de los Juegos Olímpicos; cf. C. MILLON, B. SCHOULER, «Les Jeux Olympiques d'Antioche», *Pallas* (1988), 66.

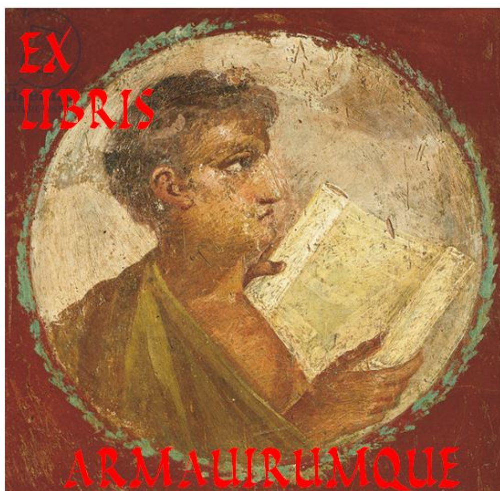
[199] *Sc.* Constantinopla.

[200] Roma.

[201] Afrodita.

sitio, se olvida todo lo anterior. Por lo cual, son dignos de excusa quienes menosprecian a sus padres y a su patria por efecto de los encantamientos de Antioquía, pues han visto una ciudad como no hay otra y saben que jamás pondrán su pie en algo similar.

272 Queda pagada, público mío, la deuda que tengo con la que me dio el ser, no peor de lo que soy capaz, pero sí inferior a mi deseo. Me atrevería a afirmar con buen ánimo sobre el futuro que, tal vez, algunos lleguen a superar el discurso de este ciudadano, pero ni uno sólo de ellos conseguirá ponerlo a la altura de la ciudad.



XIX

AL EMPERADOR TEODOSIO, SOBRE LAS REVUELTAS

INTRODUCCIÓN

A lo largo de toda su historia, el pueblo antioqueno dio muestras de su carácter levantisco y propenso a zaherir a los propios soberanos. No pocos emperadores sufrieron sus burlas y su escasa disposición a acatar las órdenes imperiales[1]. Durante el s. IV se registraron hasta tres revueltas populares. La primera y más importante fue la ya mencionada del 354, durante la cual fue asesinado el *consularis Syriae,* Teófilo[2]. La segunda ocurrió en el 372, bajo el reinado de Valente. La tercera tuvo lugar durante el reinado de Teodosio, en febrero del 387.

La revuelta del 387, la famosa *Revuelta de las Estatuas,* es la que mejor conocemos. Libanio y Juan Crisóstomo, testigos de excepción de los acontecimientos, nos suministran tal cantidad de datos, que podemos reconstruir los hechos con gran detalle[3]. Teodosio emite un edicto que obliga a las

---

[1] El caso más conocido es el del emperador JULIANO, quien compuso su célebre *Misopogon* para contestar a las bromas que los antioquenos hacían a costa de su barba de filósofo.

[2] *Vid. supra,* n. 8 y 104 al *Disc.* XI e *infra, Disc.* XIX 6 y 47.

[3] Libanio dedica cinco discursos a este suceso *(Disc.* XIX, XX, XXI, XXII y XXIII) y Juan Crisóstomo un total de veintiuna homilías. También se refirieron a este acontecimiento algunos historiadores tardíos co-

ciudades al pago de una tasa enormemente elevada, pero cuya naturaleza desconocemos[4]. Los primeros en conocer el edicto fueron los decuriones, a quienes se leyó oficialmente su contenido en el *dikastērion,* ubicado posiblemente en el palacio imperial de Diocleciano. Las quejas no se hicieron esperar. Los curiales, acompañados de importantes ciudadanos, entre los que no faltaban *honorati,* recurrieron al *consularis Syriae,* Celso, por si pudiera obtener alguna reducción de la cantidad exigida.

Pronto se extendió por la ciudad la noticia de lo que estaba sucediendo y una muchedumbre, encabezada por la claque del teatro se dirigió a la residencia del obispo Flaviano, que en esos momentos se hallaba ausente, por lo que emprendieron el camino de vuelta al palacio imperial. Poco a poco, lo que inicialmente era una protesta pacífica de los curiales se convirtió en un motín abierto. La turba, agolpada ante las puertas del palacio, comenzó a lanzar improperios contra el *consularis,* que, acordándose del ejemplo de Teófilo, temía por su propia seguridad. Sin embargo, los revoltosos estaban más interesados en causar destrozos que en asesinar al gobernador. Primero se dedicaron a cortar las cuerdas que sostenían las lámparas de aceite de los baños públicos de las cercanías. Acto seguido, la emprendieron con los retratos imperiales y las estatuas del monarca y su familia. Esta actuación constituía un delito de *laesa maies-*

---

mo el pagano Zósimo (IV 41) y los cristianos Sozómeno (VII 2, 3) y Teodoreto *(Hist. Ecl.* V 20). De los estudios modernos, destacaremos los de R. A. Hug, *Antiochia und der Aufstand des Jahres 387 n. Chr.*, Winterthur, 1863; R. Browning, «The Riot..», 13-20, D. French, «Rhetoric and the rebellion...», 468-484, y P. Petit, *Libanius et la vie...*, págs. 238-245.

[4] Como es lógico, ni Libanio ni Juan Crisóstomo necesitaban dar detalles sobre una cuestión sobradamente conocida por su auditorio.

tas contra el propio Emperador. No conformes con esto, se dirigieron a la casa de un *principalis* que había defendido el pago del tributo y le prendieron fuego. Entretanto, como nos dice Libanio, los curiales se encontraban escondidos y aislados, incapaces de tomar alguna medida para restablecer el orden público. Cuando los amotinados estaban proyectando la quema del propio palacio, hizo su aparición el comandante de los arqueros. La rebelión quedó sofocada al mediodía. Poco después se presentó el *comes Orientis* con una fuerza armada, tal vez una simple guardia de corps, y se procedió a la ejecución de los amotinados, sin hacer excepciones con los niños.

Terminada la revuelta, la ciudad, temerosa de las represalias de Teodosio, fue presa del pánico. Se temía, entre otros castigos, que el Emperador diera rienda suelta a los soldados para que saquearan la ciudad y que los curiales fueran ejecutados. Por todo ello, se produce un éxodo masivo, sobre todo de los ciudadanos más pudientes, y la ciudad queda semidesierta y silenciosa. En este contexto, se inician las negociaciones. El obispo Flaviano marcha a Constantinopla para interceder ante la corte por su ciudad. A su vez, el Emperador abre una investigación y envía como comisionados a Elébico, *magister utriusque militiae per Orientem* y a Cesario, *magister officiorum*. Paralelamente, un decreto imperial castiga a la ciudad despojándola de su rango de metrópolis, cerrando los lugares de diversión, como el teatro, los baños y el hipódromo, y suspendiendo la repartición de *annona publica* para los necesitados.

Libanio, según nos cuenta en *Disc.* I 253, intercedió con sus cartas y discursos ante los comisionados, que mostraron una excelente disposición hacia la ciudad. Terminadas las investigaciones, Cesario y Elébico decidieron pedir clemencia al Emperador. En tanto llegaba la decisión imperial, los

curiales fueron confinados en la propia sede de la curia. Las gestiones de Flaviano, respaldadas por el apoyo del senado y el pueblo constantinopolitano, unidas al resultado de la investigación de los comisionados inclinaron a la clemencia a Teodosio, que concedió el perdón definitivo a la ciudad y le levantó los castigos impuestos. El pueblo antioqueno supo agradecer su interés a los artífices de tan feliz desenlace: se levantaron estatuas de Elébico, Libanio escribió sendos discursos para los comisionados y, según Juan Crisóstomo, el buen nombre del obispo Flaviano ganó nuevos conversos a la fe cristiana[5].

El *Disc.* XIX, compuesto seguramente poco después de estos acontecimientos, es un discurso de embajada ficticio, ya que, como el propio Libanio reconoce, durante la revuelta y la investigación él se encontraba en Antioquía[6]. Sin embargo, los términos que emplea nuestro sofista son tan convincentes, que Zósimo (IV 41) llegó a creer que Antioquía lo nombró embajador en Constantinopla junto con un tal Hilario y que el *Disc.* XIX fue el que convenció a Teodosio para que se mostrase clemente. No sólo no fue pronunciado ante el Emperador, sino que incluso parece haber sido pensado para una audiencia selecta[7]. Por otro lado, en algunos pasajes se aprecia una falta de tacto con el monarca que encaja poco con la figura de un embajador suplicante.

Libanio justifica la actuación de su ciudad explicando que el acto criminal cometido no fue sino un acceso de ira de una ciudad enferma y cegada por la intervención de divinidades malignas. Por tanto, no es justo entregar al saqueo a una ciudad que no era responsable de sus actos, sobre todo

[5] *De Anna (PG,* 54, 634).
[6] Cf. *Disc.* I 252-253.
[7] Cf. P. Petit, «Recherches...», 493.

cuando los culpables ya han sido castigados. No obstante, admite que el castigo es legal, pero la filantropía del Emperador debe conducirlo inexorablemente hacia la clemencia. A estos argumentos une el sofista uno más práctico: un emperador que destruye sus propias ciudades se causa un mal a sí mismo, sobre todo si se trata de una ciudad tan grande y estratégica frente a los persas, como es el caso de Antioquía.

En realidad, nuestro sofista aprovecha la coyuntura para erigirse en portavoz de la curia, a la que excusa en todo momento y a la que considera más víctima que culpable de los acontecimientos. Estaba en juego el prestigio personal del sofista y del helenismo. También eran conscientes de ello los líderes cristianos de la ciudad y por eso hicieron enormes esfuerzos por atribuirse el éxito del perdón imperial. De ahí que Libanio silencie el protagonismo del obispo Flaviano y que hasta insinúe que los cristianos fueron responsables de la sedición. No en balde, Crisóstomo relaciona la actuación del obispo con el aumento de los conversos. Si tenemos en cuenta este espíritu de polémica, es aún menos probable que, como afirman algunos críticos modernos como Goebel y Baur, Libanio plagiara las homilías de su antiguo discípulo, Juan Crisóstomo, anteriores a los discursos de su maestro y que debían de ser bien conocidas por el público antioqueno[8].

El *Disc.* XIX, del que nos han llegado veintiséis manuscritos, fue publicado por vez primera en Florencia el año 1517 por Boninus. Le siguieron las dos ediciones de Morel, en 1610 y 1627, la de Savilio de 1612, que lo incluyó en el tomo VIII de su edición de las obras de Juan Crisóstomo, la de Reiske, en 1784, la de Ludovico de Sinner, que vio la luz

---

[8] Véase P. PETIT, *Libanius et la vie...*, pág. 238.

en 1842, y, sobre todo, la de Foerster. Las traducciones a lenguas modernas, por el contrario, son muy escasas. Sólo cabe destacar la traducción francesa, ya muy antigua, de I. L. Génin[9], de 1826, y la inglesa de A. F. Norman.

---

[9] L. Génin, *Discours de Flavien et de Libanius à l'Empereur Théodose en faveur de la ville d'Antioche,* París, 1826, que incluye la traducción de los *Disc.* XIX y XX.

XIX. AL EMPERADOR TEODOSIO, SOBRE LAS REVUELTAS

Nuestra ciudad, Emperador, es presa del infortunio, por 1
haberse producido en ella acontecimientos de tal naturaleza contra su propio admirador, y se avergüenza de haber causado estos agravios. Por esta razón ha tenido dificultades en enviarte una embajada que pudiera explicarte lo sucedido y te manifestase nuestras súplicas. Yo me he ofrecido volunta- 2
riamente para presentarme ante ti[1], porque le doy gran importancia a poder conseguir cuanto te pido, y no considero baladí el propio esfuerzo en defensa de mi patria, aunque resulte que no alcance mi objetivo. Pues creo que seré juzgado más por mi intención que por mi falta de medios para otorgar. En efecto, mi vejez hacía recomendable que me 3
quedara quieto en casa, como me lo pedían muchos parientes y amigos, quienes me insistían en que no era seguro hablarle de estos asuntos a un soberano encolerizado. Mas yo, por tu natural y tu carácter, sabía que nada desagradable me

[1] Como se dijo en la introducción, esta embajada es ficticia, pues Libanio permaneció en todo momento en Antioquía. J. M. Candáu, *Zósimo...*, pág. 385, señala que este recurso es una convención retórica atestiguada desde Isócrates.

ocurriría por hablarte de ello y estaba persuadido de que, si
los dioses así lo querían, mi vejez podía afrontar un viaje el
doble de largo que éste. Y que tenía razón, los mismos he-
4 chos lo demuestran. En efecto, aunque ni siquiera contaba
con pasar de la primera jornada, he llegado aquí después de
pasar muchas y conseguí atravesar el Bósforo. Y así, me en-
cuentro en el palacio real y asisto a las deliberaciones acerca
de mi ciudad. Creo que tendré como aliados en todo mi em-
peño a estos varones que me han ayudado a soportar el viaje
y gracias a quienes no desmayé[2].

5 Ciertamente, ya en el pasado tuve ocasión de oír cómo
se envidiaba a nuestra ciudad a causa de sus aguas, sus bri-
sas, su grandeza, su belleza, así como por sus habitantes y
por el hecho de que en ella se podía impartir y aprender re-
tórica, y que, además, hubiera quienes desearan ser instrui-
6 dos en ella y gente capaz de enseñársela. Sin embargo, en
este momento, por el contrario, no podría yo explicar su
actual fortuna sino haciendo un catálogo de los terremotos y
las ruinas que éstos causan, de las incursiones de los persas
y sus saqueos, de la destrucción y el fuego y, como diría yo,
de lo que es causa de la más grande desgracia: la ira injusti-
ficada contra los gobernadores y la muerte de éstos arrastra-
dos por los pies[3], reproches que hemos tenido que oír mu-
chas veces a otros. Porque estas son nuestras desdichas y
esto es lo que se nos censura hoy.

7 ¿Y cuál es el motivo de esta situación? Sin duda, hay
que considerar la presente situación como obra de la misma

---

[2] No es de extrañar que la detallada explicación de los pormenores del viaje engañara por completo a Zósimo, quien, como pagano, estaba más interesado en resaltar el protagonismo de Libanio que el de Flaviano.

[3] En la sedición de 387 hubo insultos al gobernador, pero no se atentó contra su vida. Obviamente, Libanio se refiere al asesinato del *consularis Syriae* Teófilo.

deidad que ha atraído a su causa a Némesis, que ha sido in-
juriada. Y la afrenta es que ya no existe su santuario, lo cual
ha sido demostrado por los sucesos que sucedieron en el
otro templo de Némesis[4]. ¿Quién podría negar que no fue- 8
ron terribles los acontecimientos en que se vieron envueltas
vuestras imágenes? ¿Quién no señalaría como sombrío aquel
día? Era, Majestad, el proceder de una ciudad fuera de sí y
era más poderosa que ella la fuerza que le arrebataba la ra-
zón. De manera que, si hay que reconocer que la ofensa
procede de la ciudad en su conjunto, tiene excusa porque
algún poder la empujaba. Pues las acciones que no llevó a
cabo cuando estaba en su juicio, osó emprenderlas una vez
que lo había perdido. No es natural castigar a una persona 9
que sufre tal desvarío, sino compadecerse de ella e intentar
sanarla por medio de la ciencia médica. Nadie golpea al lo-
co ni, reprochándole su mal, lo censura por ello. También
las ciudades padecen enfermedades, Señor, y sus síntomas
son los desórdenes, el tumulto, ceder a la cólera, los yerros
de quienes están dominados por la ira y la perpetración de
actos prohibidos por la ley. Pues en eso consisten las re- 10

[4] El recurso de explicar las revueltas por la intervención de dioses maléficos es un tópico retórico que también utiliza Juan Crisóstomo en sus homilías. En cambio, la alusión a Némesis en este contexto es interesante. La diosa personifica el castigo divino justificado, sobre todo cuando el mortal es reo de una falta grave contra los propios dioses. El rétor parece insinuar que el atentado contra las imágenes de Teodosio forma parte del castigo divino por la permisividad del monarca ante la destrucción masiva de los templos paganos (cf. el *Disc.* XXX). El templo de Némesis aludido es el que construyó Diocleciano en Dafne dentro de su programa de promoción de los Juegos Olímpicos de Antioquía. Estaba en la *sphendónē,* donde los jueces olímpicos tenían su sede. De este modo, quedaban bajo la constante vigiliancia de la diosa. Cf. G. Downey, *A History...*, pág. 326. El otro templo de Némesis al que, en sentido metafórico, se refiere Libanio es el tribunal de Cesario y Elébico.

vueltas, en las que, entre otros muchos desatinos, hay asesinatos, no ya de ciudadanos, sino incluso de parientes. Porque la violencia que nace de la ira se impone al carácter natural de la persona. Si este mal puede alcanzar incluso a una ciudad pequeña, mucho mayor será en las ciudades de gran extensión.

11 Si pasas revista a la historia del Imperio Romano, también hallarás revueltas en ciudades de estas dimensiones. Los emperadores que tenían más sentido común las consideraron dignas de perdón, pero de aquellos monarcas que no tenían buen juicio les llegaron castigos que perjudicaban a los propios castigadores. Porque, además de hacer más débiles sus propios recursos, no estaban de acuerdo en seguir
12 conscientemente el ejemplo de los dioses. ¿Y cuál es el ejemplo de los dioses? El perdón a los que diariamente los injurian de palabra cada vez que las circunstancias de la vida les causan algún disgusto. Y eso que muchas veces son ellos mismos la causa de su propia ruina, mas, pese a todo, los calumnian, pero ellos siguen mostrándose pacientes. Esta actitud explica que el género humano siga siendo numeroso, porque, si a cada falta le siguiera la pena correspondiente, muy pocos serían los que quedarían a salvo. Por tanto, el que desee asemejarse a los dioses[5], complázcase más en dejar de lado la venganza que en ponerla en práctica.
13 Ésta es, justamente, la mayor diferencia que encuentro entre los helenos y los bárbaros. Éstos se hallan más próximos a los animales salvajes porque desdeñan la compasión, mien-

---

[5] Los conceptos de *theoeideía, homoíōsis theôi* o *philanthrōpía*, aplicados al perdón de las ofensas, aunque de origen pagano y dotadas de su carga moral ya desde Platón, podían tener para el Emperador resonancias bíblicas. Temistio hace amplio uso de este recurso en su intento de aproximar la moral cristiana y la pagana. Consúltese G. DAGRON, *L'empire romain...*, pág. 152.

tras que los primeros están dispuestos a perdonar y saben sobreponerse a la cólera. Por eso los lacedemonios, a pesar de que tenían la oportunidad de arrasar Atenas, tuvieron clemencia[6]. Lo mismo hicieron los griegos que combatieron contra el medo con los griegos que estaban a su lado, a pesar de que los acuerdos tomados contra ellos les forzaban no poco a castigarlos[7]. Y más virtuoso hubiera sido Alejandro el macedonio si no hubiese asolado Tebas[8]. Pues ese hecho no hubiera salido a relucir en los discursos que se escriben para justificarlo, sino que hubiera figurado en primer lugar en los discursos de elogio.

Horrible es lo sucedido, es cierto. Pero, ¿los muchos y 14
frecuentes sucesos acaecidos en Alejandría son modestos? Su teatro es su campo de batalla contra los gobernadores[9]. A su vez, en los conflictos que sostienen contra ellos también se os enfrentan a vos, que portáis el cetro, y no vacilan en pronunciar palabra alguna. Pues a oídos de todo el mun-

---

[6] Tras la victoria de Esparta en la Guerra del Peloponeso, finalizada el 404 a. C.

[7] Los aliados tomaron resoluciones no sangrientas contra los pueblos filopersas durante las Guerras Médicas, pues sólo se les impuso el pago de un diezmo al santuario de Apolo en Delfos. Por otro lado, aunque es cierto que Tebas no fue destruida tras la batalla de Platea, no obstante se vio obligada a entregar a los ciudadanos filopersas de la ciudad, a los que Pausanias mandó ejecutar en Corinto. Cf. HERÓDOTO, VII 132 y IX 86-88.

[8] En el 336 a. C., Alejandro Magno castigó la revuelta de los tebanos arrasando por completo la ciudad y convirtiendo en esclavos a sus habitantes. *Vid.* ARRIANO, *Anábasis* I 7-9.

[9] Browning señala que la Revuelta de las Estatuas de Antioquía no fue un hecho aislado y que el descontento con la política de Teodosio se manifestó de forma violenta en otras ciudades del imperio, como Alejandría, Constantinopla y Tesalónica. En el 390, en el circo de esta última se produjo una violenta protesta que sofocó Teodosio con una masacre. Cf. *infra, Disc.* XXX 47 y nota.

do invitaron a Egipto a los asesinos de los emperadores de occidente y a los que usurparon su poder[10]. Y, sin embargo, la ciudad existe y permanece en pie. Lo cierto es que se da en la naturaleza de las ciudades la tendencia a infligir tales ofensas y no debemos asombrarnos de que cometan excesos, sino de que no lo hagan. Aunque no con decretos, de hecho sí tenéis establecida la norma de perdonar a las ciudades por su insensatez. Buena vista tuvo en ello también el menor de los dos hermanos panonios[11]. Pues a la gran me-

[10] Libanio alude a la usurpación del español *Magno Máximo*, que fue proclamado por los ejércitos británicos en la primavera del año 383, a raíz del descontento general con el emperador Graciano. A la caída de éste, asesinado en Lyón el 25 de agosto, Justina, viuda de Valentiniano I, hace proclamar emperador a su hijo Valentiniano II, que contaba entonces doce años de edad. Teodosio trató de evitar la guerra reconociendo al usurpador oficialmente en el 384, pero apoyaba abiertamente a Valentiniano II, refugiado en Tesalónica a raíz de la invasión de Italia por Máximo. Además, su boda con Gala, hermana de Valentiniano, era una provocación abierta a Máximo. Poco tardó en estallar la guerra, que se saldó con la derrota de Máximo en Petovio y su ejecución en Aquilea el 28 de agosto del 388. Máximo tenía en Oriente las simpatías de aquellos que estaban descontentos con Teodosio. En el caso de Alejandría, la misión de Cinegio a la ciudad, encargado de hacer efectiva la orden de Teodosio de cerrar los templos, orden que el prefecto hizo cumplir con exceso de celo, debió de hacer más impopular al monarca, al menos entre los paganos. Sobre la figura de Máximo véase Zósimo, IV 35-46, y las notas de J. M. Candáu en su traducción, publicada en esta misma colección.

[11] Los dos hermanos panonios son Valentiniano I y Valente. Este último tuvo que hacer frente a la revuelta de Procopio, iniciada el 28 de septiembre del año 365. El usurpador encontró apoyo en Constantinopla y en la diócesis tracia, pero fue derrotado y ejecutado la primavera del año siguiente. En lo que respecta a la actitud de Valente hacia los partidarios de Procopio, hay divergencias en las fuentes. Los historiadores Zósimo (IV 8, 4) y Amiano (XXVI 10) coinciden en señalar la dureza de las represalias del monarca, que no perdonó a inocentes. Por el contrario, los oradores Temistio (*Disc.* VII 93a-c) y Libanio ponen de relieve la clemencia y humanidad de Valente. Sorprende que en los dos pasajes en los

trópolis que acogió con gusto la osadía del tirano y unas cosas amenazaba con hacerlas, y otras hasta las llevó a la práctica —en ambos casos lo ultrajaba para ganarse el favor del tirano—; cuando, en efecto, éste lo derrotó y se temía que se lanzara contra el conjunto y la totalidad de la ciudad, ni siquiera se le pasó la idea por la cabeza, sino que se quedó esperando que alguien le pidiera gracia para ella. Y, cuando apareció ese alguien, lo colmó de elogios y decidió no castigarla.

Dígase también ahora algo así sobre ti, especialmente 16
cuando tienes más fama por esto que por tu éxitos militares, que te hicieron señor de los escitas, a los que convertiste en obedientes esclavos. Y que adopten esta actitud se debe precisamente a tu comportamiento con ellos. Ya que, en lugar de causarles perjuicios, lo que, a mi juicio, hubiera sido fácil para cualquiera, haces lo posible para que tus súbditos estén libres de temor. Esto explica que se pueda oír cómo te definen unos como más guerrero que humano y otros como más humano que guerrero[12]. No obstante, el elogio que se refiere 17

---

que habla del asunto (*Disc.* I 171 y XIX 15) Libanio aluda a la benevolencia de un emperador como Valente, que trató de implicar a casi todo el mundo, culpables e inocentes, en la supuesta conjura de Teodoro. El propio Libanio temió por su vida por culpa de sus enemigos, que vieron en la suspicacia del Emperador una ocasión de oro para acabar con él. Por tanto, nuestro sofista propone a Teodosio un modelo poco adecuado, a no ser que la alusión no sea sino un guiño al reducido auditorio de amigos al que va realmente dirigido el discurso.

[12] Libanio designa con el nombre clásico de escitas a los godos (cf. *Disc.* XXIV 16). También en este pasaje trata el sofista una cuestión espinosa, pues la política filobárbara de Teodosio era objeto de una viva polémica en el imperio. Los tratados con Atanarico, los honores concedidos a éste y el crecimiento alarmante del número de bárbaros en las filas del ejército romano creaban desasosiego en la población y, por supuesto, el rechazo de los elementos más tradicionalistas, entre los que se encontraba Libanio, defensor de una política agresiva. Sin embargo, con la ayu-

a la humanidad reporta, con diferencia, más lustre, dado que atañe genuinamente a la propia persona. En cambio, cuando un emperador logra imponerse a los enemigos, esto sucede en parte gracias al estratego, a los soldados, así como a las armas, los caballos, los jinetes y la flota, si es que se valieron de éstos para el combate.

18 Por tanto, Emperador, no eches a perder tan noble fama. Más bien ten en cuenta que el emperador debe parecerse a un padre y que es característico de los padres soportar con mansedumbre los actos irreflexivos de sus hijos. Sin duda, muchas son las alabanzas que pueden decirse de ti, pero la más acorde con la verdad es la de tu dulzura. De modo que, aunque todos los demás fueran implacables y duros, sería
19 preciso que conservaras este rasgo. Ahora es posible ver que Juliano se esforzó por ser celebrado por este motivo y que el que opuso a la ciudad de los romanos la nueva metrópolis que lleva su nombre hizo alarde en ocasiones de esta virtud[13]. Pues cuando un día el pueblo romano lo zahirió con gritos muy desenfrenados, al preguntar a sus hermanos qué es lo que había que hacer, respondióle uno que había que enviar las fuerzas armadas contra ellos y aniquilarlos, y que él mismo se encargaría de dirigir las operaciones. El otro, por el contrario, contestó que lo propio de un emperador era hacer caso omiso de semejantes asuntos. Sentenció entonces que este consejo le expresaba lo que era conveniente hacer y que el cruel no le resultaba en absoluto útil al Emperador,

---

da de sus nuevos aliados, Teodosio consiguió frenar las oleadas de los visigodos de Fritigerno, con los que firmó un tratado en el 382 por el que pasaron a tener la condición de *foederati*. El propio Zósimo (IV 34-35), hostil a Teodosio, reconoce el éxito de esta política. Consúltense las notas de J. M. Candau a los pasajes de Zósimo, y S. Williams, G. Friell, *Theodosius. The Empire at Bay*, Londres, 1994, págs. 23-35.

[13] Se trata de Constantino y Constantinopla.

sino que era recomendable que los gobernantes soportaran con paciencia ese tipo de alborotos. Así es que al segundo lo consideró grande por su forma de pensar y al primero lo rebajó y lo rechazó de su lado[14]. Así es que se congració con Roma, estableciendo como ley que los emperadores se tomaran a broma sucesos de esta índole.

Y, sin embargo, él no se puede comparar contigo en lo 20
tocante a humanidad. Por más que se tomara con mansedumbre estos contratiempos, no obstante era muy duro con los aspirantes al trono y con cuantos tomaban parte en estas conspiraciones[15]. Y no sólo con éstos, sino también con todos aquellos que consultaran a los adivinos sobre el curso que iba a seguir su vida, y no existía recurso alguno que li-
brase del fuego al que así actuara[16]. Por el contrario, ¿qué 21
romano o qué bárbaro ignora cómo te comportas tú en este

---

[14] Zósimo, II 29-30, relaciona el enfrentamiento entre Constantino y Roma con la conversión del monarca al cristianismo y su negativa a participar con el ejército en la fiesta tradicional de la subida al Capitolio, lo que provocó la enemistad entre éste y el Senado, motivo por el que Constantino tomó la determinación de fundar una capital cristiana (cf. *infra*, n. 7 al *Disc.* XXX). Por otro lado, los hermanos mencionados son, respectivamente, Hannibaliano y Julio Constancio. Véase A. Alföldi, *The Conversion of Constantine and Pagan Rome*, Oxford, 1949, págs. 66-81, y las notas de J. M. Candau a los pasajes citados de Zósimo.

[15] Constantino ejecutó a su rival Licinio en el 325, un año después de haberlo derrotado en Crisópolis y pese a haberle prometido su perdón. Tampoco mostró clemencia con su propio hijo, el césar Crispo, y la madre de éste, Fausta (cf. *infra*, nn. 6 y 7 al *Disc.* XXX).

[16] La prohibición de la aruspicina y las artes mágicas generalmente obedecía más a razones políticas que religiosas, por lo que no necesariamente hay que relacionar esta actitud de Constantino con su conversión al cristianismo. Cf. el artículo del profesor Barb en A. Momigliano (ed.), *The Conflict between Paganism and Christianity in the Fourth Century*, Oxford, 1963 = *El conflicto entre el paganismo y el cristianismo en el s. IV* [trad. M. Hernández], Madrid, 1989, págs. 117-143.

tipo de trances? Bajo acusaciones similares iban a perecer ciertas personas y el veredicto era de muerte, pero la palabra tuya que les libraba de esta pena partió del palacio imperial, recorrió la ciudad y apartó las espadas de sus gargantas. Y actualmente viven en lugares que les ofrecen una buena vida, a pesar de las pruebas que reclamaban su muerte[17].

22 También ha disfrutado de tu humanidad, Majestad, aquella ciudad que cotidianamente es agasajada con enormes dispendios, gracias a los cuales continuamente se hace mayor y más bella. En aquella ocasión en que sus habitantes no llevaron al tribunal a un soldado escita que era reo de una acusación, sino que lo arrojaron al mar después de haberlo degollado en tierra, hecho con el que le privaron hasta del entierro, te causaron un gran disgusto por haberse atrevido a cometer estos actos que perturbaban al pueblo escita. Mas ni un solo día duró el temor por tu cólera, sino que, gracias a la reconciliación, de nuevo pudieron tener pan aunque esperaban pasar hambre[18].

---

[17] Libanio explica con más detalle en *Disc.* I 239-241 este suceso, ocurrido en el año 385. Un senador de Constantinopla, antiguo alumno de Libanio, había dado publicidad a un sueño en el que se veía como emperador. A causa de ello se abrió un proceso de alta traición, en el que se vio implicada mucha gente, incluido el secretario de Libanio. Sin embargo, de forma inesperada, el perdón de Teodosio puso fin a la investigación. Cf. *infra, Disc.* XLV 2. Libanio explota *ad nauseam* el motivo de la filantropía de Teodosio, que es lo único que puede preservar los derechos de los más débiles frente a los abusos de los poderosos. *Vid.* G. Downey, «Philanthropia in Religion and Statecraft in the fourth century after Christ», *Historia* 4 (1955), 199-208, A. López Eire, «Reflexiones sobre los discursos de Libanio al emperador Teodosio», *Fortunatae* (1991), 37 y P. Petit, «Recherches...», 500.

[18] Libanio se vuelve a referir a esta cuestión en *Disc.* XX 14. La repetida alusión al incidente del asesinato del soldado godo en Constantinopla como ejemplo de la clemencia de Teodosio parece tener un sentido irónico. El antioqueno veía ridículo el celo del Emperador por los bárba-

Por todo ello, o bien has de convertirte hoy en otra per- 23
sona y que la situación vaya contra corriente o bien es necesario que, mientras sigas siendo el mismo, tampoco en esta ocasión recurras al castigo. Pues, ¿cómo vas a salir fortalecido castigando a una ciudad que te es fiel? No les conviene a los pastores sacrificar cuanto ganado les venga en gana, ni a los boyeros sus bueyes, ni a los cabreros sus cabras. Por el contrario, es importante y glorioso combatir en defensa de sus animales contra las fieras que los atacan, vencerlas y rechazarlas. No es de extrañar que uno reciba el sustento del rebaño que uno apacienta.

Así, de acuerdo con tu naturaleza, es como tendrías que 24
cuidar, Señor, de esta ciudad que ha caído toda ella en falta. Escucha ahora mi relato de cada uno de los hechos, porque de este modo podrás resultar un árbitro más cabal y juzgar en virtud de los propios acontecimientos a los habitantes de
la ciudad. Llegó el decreto sobre el oro[19], cosa que se temía 25

---

ros, del que era claro ejemplo el fastuoso entierro que dio a Atanarico en Constantinopla. La alusión al pan se refiere a la suspensión temporal de la *annona publica* que había decretado el Emperador como castigo por la Revuelta de las Estatuas. Han estudiado el procedimiento retórico de la *hypodélōsis* o «enmascaramiento de la intención» en Libanio B. Schouler, «Le Déguissement de l'intention dans la rhétorique grecque», *Ktema* 11 (1986), 257-72, H. U. Wiemer, «Libanius on Constantine», *Class. Quart.* 44 (1994), 511-24 y P.-L. Malosse, «Libanius on Constantine again», *Class. Quart.* 47, 2 (1997), 519-524.

[19] Nuestras fuentes son poco explícitas acerca de la naturaleza del impuesto que dio pie a la revuelta. De entrada, parece fuera de duda que, a pesar de Teodoreto, *Hist. Ecl.* V 20, no se trataba de un impuesto nuevo. La expresión que utiliza aquí Libanio deja claro que es un impuesto ordinario pagado en metálico *(khrysíon)*, pero de gran cuantía. No parece que se tratase de la *collatio lustralis*, impuesto sobre las actividades comerciales, que, según Zósimo (II 38), provocaba los lamentos generalizados de los más pobres, ya que la protesta partió precisamente de los curiales y demás terratenientes. Tampoco debió de tratarse del *aurum*

hacía ya tiempo. Cuando dieron crédito a lo que hasta entonces no podían creer, como la tierra no podía soportar la carga, los que se habían enterado del contenido de la misma cayeron abatidos al suelo, ya que la mayoría de ellos se percataba de su completa indefensión y de que lo que no tenían a su alcance no podrían entregarlo, por mucho que lo desearan. Además, sabían que sus propias vidas se verían en la más extrema necesidad. De modo que recurren a la ayuda de Dios, invocándolo por su nombre, por si pudiera persua-
26 dirte de que redujeras en algo la suma. El tribunal estaba lleno de personas, entre las cuales se encontraban algunos que habían llegado a ser gobernadores, otros que desempeñaban la función curial, otros que se ganaban la vida ejerciendo la abogacía, y otros a los que el tiempo había librado de las fatigas de la guerra. Por ese motivo, algunos de éstos que he enumerado, como te decía, suplicaban con lágrimas en los ojos y otros lloraban en silencio, aunque no por ello había que excluirlos del grupo de suplicantes. El gobernador no podía reprochárselo[20], ¿pues qué reproche podría recibir una súplica?

---

coronarium, que recaía sobre los curiales, puesto que también se vieron afectados abogados y veteranos de guerra. La tesis más plausible es la de P. Petit (*Libanius et la vie...*, págs. 145-146 y 238-239). Según este autor, consistía en una *superindictio* de *iugatio-capitatio* que recaía sobre las tierras de la clase de los *possessores*. La recaudación se destinaría a la celebración de los *decennalia* de Teodosio y los *quinquennalia* de Arcadio, con motivo de los cuales era preciso hacer los donativos de rigor al ejército, como indica Libanio en *Disc.* XXII 4. De entenderse así, cobraría sentido el hecho de que la protesta se iniciase en las clases poseedoras de tierras y que las investigaciones se centraran en los curiales. Cf. R. Browning, «The Riot...», págs. 14-15.

[20] El *consularis Syriae* era entonces el pagano Celso 5.

Ciertamente, hasta ese momento nadie había cometido ninguna ofensa contra ti, Señor[21]. ¿Cómo va a ser una ofensa que una persona desee que se convierta en su protector aquel Dios a quien tú mismo pides diariamente sus dones? Mas cuando ya se encontraban en el exterior y cesaron tales súplicas, unos cuantos hombres comenzaron el tumulto aprovechando el silencio de aquéllos. Cuando llegaron al lugar donde pensaban que iban a encontrar a Flaviano[22], al no hallarlo se dieron la vuelta en dirección al punto del que partieron, mientras lanzaban contra él amenazas poco amables. Y estaban dispuestos a llevarlas a la práctica, lo que no se imaginaban los más razonables. ¿Pero quiénes eran los revoltosos? Pues ésos que ponen a los bailarines por encima del sol, la luna y el propio cielo[23]. Uno de éstos también había resultado ser responsable de los desgraciados sucesos de Beirut, pues nos enteramos de eso posteriormente. Así fue cómo el malvado dios, utilizando como lacayos a esta clase de gente, llevó a cabo lo que yo desearía callar pero que no permite omitirlo la ley de la verdad. Porque vuestras imágenes, que nosotros miramos con reverencia, no las vieron así los más osados. Y de que estos acontecimientos tuvieron lu-

27 (margin, line 1) · 28 (margin) · 29 (margin)

[21] Apréciese el cuidado que pone Libanio en exculpar a los curiales.

[22] Obispo de Antioquía entre el 381 y el 404. Intervino a favor de su ciudad ante Teodosio (cf. la introducción).

[23] Libanio culpa a la claque del teatro de los disturbios (sobre la claque, *vid. infra, Disc.* XLV 22). R. Browning, «The Riot...», pág. 20 piensa que los curiales fueron quienes movieron los hilos de la revuelta empujando a la claque a organizar una protesta popular para reforzar sus peticiones. Sin embargo, parece poco probable que la curia, responsable ante el emperador de todos los desórdenes públicos, como demostró el posterior curso de los hechos, se atreviera a poner en marcha una estrategia tan arriesgada. P. Petit, *Libanius et la vie...*, pág. 241, subraya el carácter improvisado de la sublevación, carente de todo tipo de organización y planificación.

gar con la intervención de un dios maligno es prueba manifiesta el que todo este atropello se produjera muy fácilmente. Pues hasta niños muy menores de edad se precipitaban a cualquier tarea: subían y bajaban con gran rapidez, saltaban de un sitio a otro con un vigor superior al que tienen los
30 adultos. Se dice incluso que un anciano que era capaz de esfuerzos superiores a su edad con el caballo, al oír que le decían: «¡Muy bien, anciano!», a la vista de muchos se transformó, primero en un joven, luego en un niño, para finalmente desvanecerse, y que un escalofrío no pequeño recorrió a los propios testigos de las mutaciones[24].

31 Así pues, entre los gritos de muchos pude escuchar la palabra «oro», pues las voces se referían a la causa que impulsaba las correrías[25]. Cuando el asunto llegó a las estatuas, algunos las profanaban, en tanto el resto, que era mucho más numeroso que los autores de aquellos estropicios, contemplaba el espectáculo. Sin embargo, ¿por qué no lo impidieron? De nuevo te daré la misma explicación: porque era más fuerte lo que se lo impedía. Algo divino había, sin duda, en aquel lugar y dentro de cada uno que les obligaba a concentrar su atención en aquel evento, y que no les permitía emitir sonido alguno.

32 Por otra parte, como no aparecía ningún magistrado, era necesario que se estuvieran quietos, por muy numerosos que fueran. Los miembros de la curia estaban muy lejos de participar en estos sucesos o de presenciarlos siquiera, sino que, ocultándose donde les pillara, se ponían a salvo, pues sentían pánico no fuera que, de aparecer, fueran arrastrados. Y, dado que en aquel lugar se habían producido actos mu-

---

[24] Un portento similar es descrito por Zósimo en IV 21.

[25] Pasaje corrupto. Seguimos la lectura de Foerster, aunque es poco legible desde el punto de vista gramatical. En la traducción tratamos de reconstruir el sentido a tenor de lo que ha quedado.

cho más espantosos, tenían razón por temer que sucedieran cosas de menor importancia. ¿Qué comportamiento se podía esperar en otros asuntos de gente que no se había abstenido de aquellos actos, máxime cuando ya se había prendido fuego a la casa de una de las personas más ilustres[26]? Mucho más cuidado tenían, en consecuencia, de sus vidas que de
sus viviendas. Se encontraban dispersos, por el temor que 33
les había invadido, y sin poder verse ni contarse ni oír noticias sobre lo que estaba pasando. Además, como los rumores aumentaban a su vez el número de los que se aplicaban a las estatuas, permanecían inmóviles suplicando que llegara a su fin la situación, incapaces de pasar a la acción.

También se podría deducir de lo siguiente que estos he- 34
chos no se produjeron sin la intervención de alguna potencia divina. El oficial que, sin necesidad de ser llamado, tenía que haber impedido que se produjeran sucesos de esta índole y que entonces se hallaba al frente de los arqueros a los que se pagaba por actuar en ocasiones que requiriesen sus dardos, a pesar de que se le llamó incontables veces, perma-
neció inactivo alegando vanas excusas[27]. A pesar de que lo 35

---

[26] Un *principalis* que había apoyado el pago del tributo. Cf. la introducción.

[27] En ese momento Antioquía no tenía acantonadas tropas regulares del ejército, por lo que el orden público quedaba bajo la responsabilidad de la curia y el gobernador, que controlaban unas fuerzas policiales, los *eirēnophýlakes* y los *korynēphóroi*. Sin embargo, su autoridad debió de ser muy reducida y limitada sólo a delitos comunes, ya que no intervienen en los grandes desórdenes y ni siquiera podían garantizar la seguridad personal de sus superiores. En cuanto al carácter de los *toxótai*, que lograron sofocar la rebelión, hay poco claro. W. Liebeschuetz, *Antioch...*, págs. 124-125, identifica al comandante de los arqueros con el *nyktéparkhos* atestiguado en el s. v, que dependía directamente del emperador y que en tiempos de Anastasio, en el 507, se enfrentó a unos revoltosos de la facción verde del circo. En todo caso, Libanio esperaba que

lógico hubiera sido que, aun sin que lo avisara nadie, se hubiese puesto en marcha y acudido a la carrera, lo cierto es que este hombre, experimentado en la guerra y que, por lo demás, no era malo y sabía que los alborotadores no soportarían ni siquiera la visión de los arcos, no se movió en lo que respecta a vuestra defensa, sino que se mostraba temeroso y dubitativo. En cambio, prestaba con resolución su ayuda a una vivienda y, con sólo dos dardos, consiguió sofocar en sus comienzos una llama que amenazaba con trocarse incendio. De manera que él mismo se hacía reo de no haber actuado del mismo modo para casos que requerían
36 mayor respeto. El Conde de Oriente[28], tan pronto como se enteró de que los arqueros se enfrentaban a los incendiarios, se presentó en persona y trajo en su auxilio tropas de las guarniciones, dejando patente con este gesto que hubiera estado dispuesto a desplegar las mismas fuerzas al comienzo de la sedición. Así pues, las heridas causadas por unas tejas dieron en el tribunal con los incendiarios[29], y muchos caminos había para dar caza a los que habían cometido sacrilegio, dado que los que habían colaborado con ellos los

---

fueran estas fuerzas las que se enfrentaran a los revoltosos y no las fuerzas policiales dependientes de la curia.

[28] El *comes Orientis,* al que Libanio designa como *árchōn tôn ethnôn,* era un magistrado civil con funciones judiciales. Sin embargo, los testimonios de Libanio y Amiano nos hacen ver que también tenía jurisdicción militar. Su intervención está atestiguada sobre todo en momentos críticos. En Siria, la autoridad del *comes Orientis,* que se extendía por toda la diócesis de Oriente, entraba en competencia con la del *consularis Syriae,* cuya jurisdicción se limitaba a la provincia. Sin embargo, el *comes* estaba por encima del *consularis* y, en caso de discrepancia, prevalecía el dictamen del primero. Véanse G. Downey, *A Study of the Comites...,* y W. Liebeschuetz, *Antioch...,* págs. 110-114.

[29] Es decir, gracias a las heridas recibidas se pudo identificar a los que participaron en los hechos.

acusaron, ya que se conocían entre sí y sabían lo que habían hecho unos y otros. En conclusión: la investigación había sido rápida, clara y fácil.

Sin duda, había que clasificar a los presos conforme a la 37
envergadura de sus delitos. Y así se hizo. Había que proceder de inmediato a castigar a los más perversos. Y, claro está, ello se llevó a efecto, cayendo unos bajo la espada, entregando otros sus almas al fuego y otros arrojados como pasto a las fauces de las fieras. Ni siquiera salvó su edad a los que aún eran niños, sino que incluso el número de sus años les perjudicaba, por el mismo hecho de haber delinquido en tan temprana edad. El que no recibió su castigo era porque no había cometido delito, puesto que el juez recorrió todas las posibilidades en su pensamiento, aplicando en cada caso particular un rigor absoluto, de manera que nadie, en ningún caso, pudiera imponerse a la verdad.

Piensa, Emperador, qué postura debes adoptar para ha- 38
cer que te elogien en relación con este asunto. En mi opinión, bastará que consideres suficiente que ya no viva ninguno de los autores de estos abusos. Y, si fuera posible que una persona pudiera sufrir muchas muertes, tendríamos que hacerlo. Mas, dado que eso ya no es posible, es momento de
poner fin a la cólera. Que nunca llegue a hacerse realidad 39
ninguno de los rumores que circulan. ¿Cuáles son ésos? Algunos sostienen que tienes intención de dar rienda suelta a los soldados para que saqueen las pertenencias de cada ciudadano, otros que para que degüellen a los habitantes de la ciudad. Hay quienes afirman que piensas vengarte con un castigo proporcional a la magnitud del insulto o haciendo
correr la sangre de los más distinguidos curiales. Yo com- 40
batía estas creencias alegando que quienes pensaban de esta manera no te conocían. Porque ya me has oído decir que no ha sido obra de toda la ciudad. Luego, ¿cómo va a ser justo

que perezcan todos, tanto los que ni siquiera se encontraban en la ciudad mientras tenían lugar estos altercados, como los que se veían obligados a permanecer en cama por enfermedad o los que daban gracias a los dioses si no los asesinaba
41 alguno de los amotinados? Ciertamente, también hay mujeres que tienen posesiones. Sin embargo, nadie podría decir que ellas hubieran tomado parte en la empresa[30]. Al contrario, más bien suplicaban que sus puertas fuesen de hierro, tal era el temor que tenían por sí mismas. ¿Y no es cierto que también los bienes de esas mujeres que no tienen esposo, hijos ni hermanos serían presa de los soldados si tuvie-
42 ran carta blanca para el saqueo? En el caso de que se dirigieran a ti y te dijeran: «¡Señor!, nosotras ni quisimos ni buscamos esto, ni tampoco instigamos a nadie para que sucediera. En absoluto nos deleitamos con estas muestras de osadía y no es justo que ahora nos veamos forzadas a suplicar, especialmente cuando no hay quien pueda darnos nada, toda vez que la pobreza se ha generalizado en la ciudad», ¿qué responderías, Señor, a esto? ¿Qué, si no se te dirigiera a ti esta súplica, sino a Helios? ¿O acaso también por su llanto debemos imponerles una pena a las que se lamenten?

43 Pues claro que no. Ni tampoco veo que haya lugar para una multa. Porque, ¿cómo se puede imponer un castigo económico a quienes no se puede demostrar que hayan obrado mal? Y, además, si esto se va a aplicar a todo el mundo, darás la impresión de castigar también a los que consideras tus amigos por venerar a Dios[31]. Pero, si va a haber un sector que quede al margen y no se vea afectado por la multa, los que, como aquéllos, están libres de culpa dirán que sufren un terrible agravio por no haber recibido el mismo trato que los

[30] El mismo argumento es utilizado en *Disc.* XXIII 7-9.

[31] No se olvide que Teodosio era un acendrado cristiano.

primeros. Y si los que van a sufrir este castigo son de los 44
que les pusieron las manos encima a las estatuas, merecen la pena de muerte y no una sanción pecuniaria. Pero, si nadie osaría hacer esta afirmación, ¿por qué razón se pide un castigo para ellos? La única explicación que nos queda es porque desempeñan la función curial y por sus propias cabezas. Si se les matara sin tener pruebas para acusarlos de ser autores materiales de nada, se les habrá impuesto un castigo por razones políticas, no por un delito. La consecuencia será que esta tarea, que aun hoy en día se piensa que hay que evitar, entonces será mucho más temible todavía.

Por tanto, ¿cuál es la conclusión que se extrae de todo 45
esto? Que debes poner fin a tu cólera. Quien te hable de Diocleciano y del forzado Eugenio[32], así como de su entrada aquí desde Seleucia en estado de embriaguez, y de mi abuelo y Brásidas, y de cómo perecieron ellos y algunos otros sin haber disfrutado de juicio ni defensa, sino por el solo hecho de ser miembros de la curia; quienes te recuerden —repito— estos acontecimientos no te hablan de actos
que te convenga imitar. Pues no es lo mismo, no es lo mis- 46
mo Teodosio que Diocleciano. Sin embargo, también a él le hubiera convenido, creo yo, no haber afilado la espada, pero lo cierto es que, a fuerza de haberla empleado con tanta frecuencia, a pesar de que era admirable en no pocos aspectos, deslució sus nobles acciones con las peores, hasta el punto de que su mero nombre provoca antipatía a quienes lo escu-
chan y les causa aversión. Tráigase mejor a la memoria a 47
Constancio, que tan comprensivo era con las faltas de las ciudades. Éste, que envió en aquel momento en calidad de

[32] Del levantamiento de Eugenio ya hemos hablado (cf. *supra*, n. 106 al *Disc.* XI). La identidad de Brásidas nos es desconocida. A. F. Norman, *Libanius. Autobiography and selected letters II*, Londres, 1992, pág. 239 sugiere que podría tratarse de un tío-abuelo de Libanio.

prefecto a Estrategio cuando aconteció la muerte de Teófilo[33], que de forma tan indigna a su carácter recibió aquel buen gobernador, abatido por cinco broncistas en las carreras de carros. Es evidente que, en aquel momento, Constancio sufrió en su corazón y, aunque le recordaba a Estrategio el castigo, sin embargo le repetía constantemente que tratara el asunto del modo más moderado posible. Aquél no descuidó sus órdenes y no se tuvieron que lamentar más madres de lo que era preciso.

48 «Sin embargo» —dirá alguno— «entonces se trataba de la muerte de Teófilo, pero lo de ahora es una vejación de las imágenes imperiales». Yo, por mi parte, pasaré por alto ahora que también aquel acto era una vejación al Emperador y pondré de manifiesto que Constancio se comportó del mismo modo en situaciones análogas a ésta. Porque, en la ciudad de Edesa, como sus habitantes se quejaban de una medida relativa a ellos, derribaron su estatua broncínea, la pusieron boca abajo, como se hace con los niños en la escuela, y se dedicaron a golpearle con una correa la espalda y lo que está más abajo, mientras añadían que quien merecía esos golpes estaba muy lejos de poseer la dignidad real.
49 Cuando Constancio se enteró de ello, no montó en cólera, no buscó venganza, ni degradó por ningún medio a la ciudad, sino que, así como tampoco hubiera castigado a unas grullas por su graznido, de igual manera se comportó con

[33] Sobre el asesinato de Teófilo, *vid. supra*, nn. 8 y 104 al *Disc.* XI. El prefecto Estrategio, más conocido por su apodo «Musoniano», a pesar de ser cristiano, fue gran amigo de nuestro sofista y aparece mencionado en términos muy elogiosos en varios pasajes de su *Autobiografía*. La carrera de Estrategio fue brillante: gozó de una excelente posición en la corte de Constantino, ayudando al monarca con su perfecto dominio de las dos lenguas del Imperio. Con este Emperador fue nombrado *comes* en el 326 y con Constancio II alcanzó la prefectura en el año 354, cargo que ocupó hasta el 358. Murió en el 371.

aquéllos. Estos gestos y otros semejantes eran, a juicio de
todos, nobles y dignos de elogio, hasta el punto de que su
indolencia para enfrentarse con los enemigos era eclipsada
por las cualidades de su moderación. Y cuando continua-
mente los persas ganaban cada año terreno y aumentaban su
territorio a costa del nuestro, sin embargo, él tenía a quienes
compartían su credo y le deseaban larga vida por la dulzura
que mostraba con las ciudades[34]. Sin duda, esta cualidad tie- 50
ne la facultad de adornar a cualquier hombre, pero de mane-
ra especial a los que están en el poder. Porque, cuando la
fortuna confía a alguien la potestad de llevar a cabo cual-
quier propósito, lo que va a determinar en gran medida su
fama y renombre es su capacidad de moderar y poner freno
a dicho poder. Según eso, ¿preferirás oír cómo elogian a otro
por ello, o dar motivo a la gente para que lo digan de ti? De
ninguna manera, noble Señor, le concedas a nadie la victo-
ria en este punto.

Además de lo ya dicho, analiza sobre qué clase de ciu- 51
dad estamos hablando. Quede claro que en absoluto hay que
menospreciar a ninguna, ni a la más pequeña ni a la que está
enclavada en lo alto de un acantilado, pues a los dioses les
importa cada una de ellas y son de su propiedad. No obs-
tante, tal vez se podría argumentar que no es una gran pér-
dida este tipo de ciudades, como si en un coro guardara si-
lencio su peor corista. Pero no se puede decir ni concebir 52
algo así de nuestra ciudad, que se extiende en una superficie
tal, que no es fácil cruzarla de unas puertas a otras y que en
torno suyo se halla un territorio de tal calidad y tan vasto
que puede producir todo lo que necesita la urbe. Y no pe-

---

[34] Es evidente el tono irónico con que se trata la figura de Constancio II. También llama la atención el placer con el que parece describir los ultrajes a la estatua del Emperador.

queñas ni escasas son las fuentes que se encuentran dentro
de los muros, y no hay muchas a las que puedas comparar
53 con las que fluyen a la ciudad desde Dafne. Además, el in-
vierno es benigno y el verano muy suave gracias a las
brisas. El ágora florece cada día causando a los que lo con-
templan el deseo de comprar. Grande es el número de emi-
grantes que acuden a ella desde todas partes, y los acoge de
buen grado, cuida de ellos y no permite que las resoluciones
de la curia sean objeto de quejas[35].

54 El peso que continuamente ha tenido la ciudad lo han
dejado patente las frecuentes guerras que se han sostenido
contra el poderío de los persas, y no menos aquella a la que
puso punto final el ilustre Juliano, cuando enseñó a perse-
guir a los que habían aprendido a huir, con lo que, después
55 de largo tiempo, devolvió a los romanos su papel[36]. Por lo
cual, no pienses que tu reflexión de ahora afecta a otra cosa
que al conjunto del Imperio, ya que se trata de una ciudad que
el medo, o no desearía que existiera o quisiera causarle da-
ño, porque sabe que con ello mejoraría su propia situa-
ción[37]. Por tanto, no cooperes para hacer realidad los deseos
de los bárbaros, ni ultrajes la virtud de Celso. Porque, si tu
intención es la de buscar un castigo excesivo, su modera-
ción quedará menospreciada, y es un hombre que merece
respeto[38].

---

[35] Son, de forma resumida, los elogios que hace de Antioquía en *Disc.* XI 196-272.

[36] Sobre la polémica campaña persa de Juliano, *vid. infra, Disc.* XXX 41. La alusión elogiosa a esta campaña de Juliano refuerza la impresión de que estamos ante un discurso de polémica religiosa.

[37] A la importancia estratégica de Antioquía ya se ha referido el orador *supra, Disc.* XI 177-180.

[38] En *Disc.* XXIII 10 nos habla Libanio de las gestiones del buen gobernador Celso en favor de la ciudad.

«Mas —se dirá— no tienen importancia los que han pe- 56
recido en comparación con tu desánimo». Sin embargo, no olvides el azote que deriva de una medida severa, Majestad: el éxodo masivo de hombres, mujeres, niños y personas de edad, cuyas lágrimas caen copiosas sobre sus asnos, sobre sus mulos, sobre sus camellos[39]. Doble será el precio que se tendrá que pagar por el alquiler a causa del apuro de los arrendatarios[40]. Y el que hoy censura al que ha alquilado, al día siguiente tendrá que imitarle. Hacen preparativos apre- 57
suradamente, unos para ir a otras ciudades, otros a los campos y, por así decirlo, la ciudad queda desierta. Los caminos que antaño traían hacia aquí por cada puerta los productos agrícolas, ahora se reparten por doquier los convoyes que parten de la urbe. Porque piensan que, si se quedan, perecerán cuando las espadas ataquen la ciudad, mientras que, si cada cual se dispersa todo lo que pueda, tal vez puedan así alcanzar la seguridad. Para los bandidos no hay ocasión como ésta, 58
ya que circulan por el camino mercancías y tienen vía libre para el degüello. Por este motivo, el río transporta al mar cadáveres que ha recibido después que sus asesinos los han arrojado en su seno. Además, los campos tienen problemas de espacio, mientras que en la ciudad no hay ni un alma, hasta el punto de que la tarea de los panaderos acaba pronto.

Por un lado lloran los que no han abandonado todavía la 59
ciudad por no haberse ido y, por otra, los que ya se han marchado, por la nostalgia. Como los médicos escasean, las epidemias se apoderan de la ciudad. Quien perece se ve privado del sepulcro familiar. Hay hambruna donde no debía haberla por culpa de la muchedumbre de personas que se

[39] Mantengo la construcción asindética del original, que refuerza el patetismo de la escena.

[40] Cf. *Disc.* XXIII 4.

establecen en todas partes. Los gobernadores se sienten afligidos por los movimientos migratorios, pero, como desconocen lo que va a pasar, no pueden impedirlos, ya que no podrán garantizarle al ciudadano temeroso que no le vaya a ocurrir nada malo. En consecuencia, ni uno ni otro están libres de temor: ni el que se queda ni el que se marcha. Pues también el primero está aterrorizado por haberse quedado. Por tanto, ¿qué castigo mayor existe que vivir tanto tiempo con un miedo tan grande? Pues la espera de una muerte que no llega a materializarse es más dolorosa que un golpe ines-
60 perado. Señor, muchos perdieron sus bienes y sus criadas en medio de sufrimientos insoportables. Muchos niños se han separado de las rodillas de sus madres. A muchos hombres los arrebataron las oleadas de salteadores y muchos, además de sus vidas, se han visto privados hasta de sepultura. Muy distinta es ahora nuestra ciudad. Para ser más exactos, ya no es ni siquiera una ciudad. Su famoso teatro está cerrado, clausurado está el hipódromo. Ningún novio desposa a doncella alguna, no se encienden antorchas para las bodas ni se canta el himeneo. Se marcharon las flautas, se nos han ido las siringas y los cantos. No hay bromas, ni chistes, ni banquetes. En una palabra, no se puede ver en la ciudad nada
61 que produzca placer ni deleite[41]. Se encuentran suspendidas las clases de retórica, al igual que la enseñanza de los gramáticos. Nadie enseña ni aprende. Su tez es la de los enfermos, su voz la de los que no se tienen en pie, su voluntad la de los extraviados y, cuando se inicia alguna conversación, se termina hablando de otra cosa distinta.

---

[41] En tanto se conocía el resultado de la investigación de Cesario y Elébico, el Emperador prohibió todo tipo de actividades lúdicas en la ciudad. Cf. la introducción.

Creo que también la divinidad, coadyuvando a mis argumentos, trae una embajada persa al territorio de los romanos[42]. Según eso, no sería adecuado que ellos vieran que la mayor ciudad de oriente recibe tu odio y castigos que traen vergüenza a la calidad de esta ciudad. Por eso, considerando que tampoco este éxito se ha conseguido sin ayuda de los dioses, sé afable y no prives a nuestra ciudad de los privilegios que has otorgado a unos cuantos paflagonios que habitan una pequeña ciudad a la que no le queda más que una sola tribu, mientras que nosotros tenemos dieciocho[43]. 62

Hermoso es, Señor, muy hermoso, que podáis ser ensalzados por esto tú y tus hijos[44], y que esta actitud tuya les sirva de modelo a seguir y de enseñanza de cómo hay que conducirse en circunstancias semejantes. El tiempo no cesará de traer dificultades y, en mi opinión, para ellos es de vital importancia que no tengan que buscar fuera de casa quien les dé consejo, por haber recibido recomendaciones de su padre. 63

Así es que pon fin a nuestra enorme desgracia, Emperador, y compensa las huidas y los lamentos con la radiante felicidad del regreso. Que cada cual recupere el cuarto de sus doncellas y su propio dormitorio. Que pueda darles besos a las puertas exteriores, a las interiores y a las de más adentro. Que pueda disfrutar por la noche del sueño acostado en su propio lecho. Has escuchado numerosos panegíricos com- 65
puestos, unos por el vigor de los oradores y otros por la ins- 64

[42] Cf. *Disc.* XX 47.

[43] Alude a la creación, por parte de Teodosio, de la provincia de Honoria, para honrar a su hijo Honorio, a costa de territorio de Paflagonia y Bitinia. Cf. A. H. M. Jones, *The Later...*, vol. III, pág. 348. Con respecto a la división de la ciudad de Antioquía en dieciocho tribus, véase G. Downey, *A History...*, pág. 115.

[44] Arcadio y Honorio.

piración de los poetas, en los que se aludía a las virtudes de tu padre[45] y a las tuyas, a tus gestas, tus campañas, combates y victorias, así como a esta dignidad que ostentas hoy, en virtud de la cual estás por encima de los demás, ya que los bárbaros se han colocado por su voluntad bajo tu yugo. Por tanto, haz que sean más insignes los discursos que vengan después ennobleciendo el tema que inspira a éste que te estoy ofreciendo. Porque, si aquellos asuntos son importantes, más aún lo son los que defiende el presente discurso.

66 Así es que hazme una señal de asentimiento, divina cabeza, y, haciendo feliz mi vejez con el éxito en los propósitos que aquí me han traído, devuélveme a mis conciudadanos llevándoles una feliz noticia.

---

[45] Flavio Teodosio, cuya competencia en las campañas militares de Valentiniano I le abrió las puertas a los más altos puestos en el ejército (*magister equitum* entre 369 y 375). Cf. S. Williams, G. Friell, *Theodosius...*, pág. 23.

XXX

AL EMPERADOR TEODOSIO, EN DEFENSA DE LOS TEMPLOS

INTRODUCCIÓN

El *Disc.* XXX, conocido por su título latino *Pro templis,* es uno de los discursos más célebres y apreciados del rétor antioqueno. Aunque no abundan los estudios monográficos, muchos han sido los eruditos que se han ocupado de la datación del discurso[1].

El *Pro templis* ha resistido todos los esfuerzos dedicados a precisar la fecha exacta de su composición. Los estudiosos reconocen un claro *terminus post quem,* el 381, fecha en que Flaviano, mencionado por Libanio en el discurso (§ 15), comenzó a ser obispo de Antioquía. El *terminus ante quem* queda definido por la alusión al templo de Serapis en Alejandría como si aún estuviera en pie (§ 44), así como a la continuidad de los sacrificios en Roma (§ 33) y a la legalidad de las ofrendas de incienso. Por tanto, la fecha de la destrucción del Serapeo, el 391, marcaría el límite máximo para la composición del discurso. Los eruditos han tratado de reducir este margen de diez años aduciendo pruebas ex-

[1] En el artículo de R. VAN LOY, «Le *pro templis* de Libanius», *Byzantion* (1933), 7-39 y 389-404 se puede encontrar un resumen de las opiniones vertidas por los eruditos desde Gothofredus hasta Seeck, a cuya opinión se adhiere el autor. En el mismo artículo se ofrece una traducción francesa del discurso, acompañada de un comentario.

traídas del mismo discurso. En general, unos han seguido la tesis de Gothofredus, partidario de una fecha más cercana al *terminus ante quem,* y otros la de Tillemont, defensor de una fecha más temprana.

Gothofredus precisa que la ley de Teodosio que prohibía los sacrificios, a la que alude Libanio en el parágrafo 8, es la ley *Cod. Theod.* XVI 10, 9, del 25 de mayo del año 385. Al comienzo del discurso también se alude a un honor otorgado al sofista por Teodosio. A su juicio, este honor no podría ser otro que el nombramiento como prefecto honorífico que Teodosio concediera a Libanio en el 387-388. Por otro lado, el personaje mencionado en el § 46 debería ser Cinegio, prefecto de Oriente entre 384 y 388, año en que fue nombrado cónsul y en cuyo curso murió. Gothofredus introduce una corrección en el parágrafo citado: sustituye la lectura *ēpatekótos* («que te ha engañado») por *hypateukótos* («que ya ha sido cónsul») referida a Cinegio, quien, según eso, ya habría sido cónsul, por lo que el discurso debería ser datado con posterioridad al año 388, posiblemente en el verano del 390. Reiske se adhiere a esta opinión, al igual que Sievers y Seeck, quienes aportan nuevos argumentos a favor de esta tesis. Van Loy considera definitivos los argumentos de Seeck.

La otra tesis es la de Tillemont, quien rechaza los argumentos de Gothofredus, concretamente la identificación de la ley teodosiana relativa a la prohibición de los sacrificios con la del 385. A su juicio, los términos de la normativa aludida por Libanio concuerdan con la ley *Cod. Theod.*, XVI 10, 7, del 20 de diciembre de 381. Tampoco acepta la identificación de Cinegio, a quien difícilmente habría aludido en tales términos, ni aun después de muerto, ni, como es natural, la aventurada corrección del pasaje del parágrafo 46. Tampoco admite que la referencia del comienzo aluda al

nombramiento de Libanio como prefecto honorífico. Propone como fecha de composición el 384. Foerster acepta la mayor parte de los postulados de Tillemont y añade que, por los términos utilizados en el § 53, podría haber sido escrito en el consulado del pagano Ricomeres (año 384). De ahí que el orador hubiera aprovechado la coyuntura favorable para salir en defensa de los templos.

Una fecha diferente ha sido propuesta más recientemente por Petit[2]. Éste admite que el honor mencionado al comienzo del discurso es su nombramiento como prefecto honorífico, pero, en contra de la opinión de Seeck, piensa que debió de recibir el cargo a finales de 383[3]. Por otro lado, el magistrado atacado en el § 46 sería, en efecto, Cinegio. Las críticas partirían de su misión antipagana en la diócesis de Oriente entre 385 y 386, que culminó con la destrucción del templo de Apamea por orden del prefecto. En el verano del 386 abandonó Siria y continuó su obra en Egipto. Petit piensa que Libanio escribe al comienzo de la estancia de Cinegio en Egipto, antes de marzo del 387, cuando la saña de Cinegio produjo disturbios en Alejandría. El cónsul pagano no sería Ricomeres, como pensaba Foerster, sino Eutropio, designado en el 386. Los preparativos militares (§ 14) concuerdan con la campaña de Prómoto contra los grotingos. Por tanto, concluye Petit, la fecha de composición debió de ser el verano del año 386.

El *Pro templis* sorprende por la dureza de los términos empleados, sobre todo contra Cinegio, si se acepta la identi-

---

[2] P. PETIT, «Sur la date...», págs. 285-310. Más recientemente, también ha tratado la cuestión H.-U. WIEMER, «Die Rangstellung des Sophisten Libanios unter den Kaisern Julian, Valens und Theodosius: mit einem Anhang über Abfassung und Verbreitung von Libanios' Rede Für die Tempel (Or. 30)», *Chiron* 25 (1995), 89-130.

[3] Cf. *infra*, n. 2 al discurso.

ficación, y su tono vindicativo, especialmente al final. Corren malos tiempos para el culto pagano. Desde Constantino a Teodosio, exceptuando el breve reinado de Juliano, las ceremonias paganas y los propios templos han venido sufriendo continuos ataques tolerados, si no alentados, desde el poder. Libanio, en su incondicional respeto hacia la ley, de la que el emperador es el máximo garante, acepta que la legislación sea cada vez más restrictiva en lo que a los ritos paganos se refiere. Lo que no puede tolerar bajo ningún concepto es que los monjes, amparados por los obispos y altos funcionarios de la administración, lancen ataques indiscriminados contra los templos de las zonas rurales con el falso pretexto de que se quebrantaba la ley. Libanio rechaza tales excusas y considera que, tras este comportamiento, se esconde un afán de saqueo y rapiña. Por consiguiente, son ellos quienes deben ser castigados. La destrucción de los templos es un acto absurdo que atenta contra los intereses del propio Emperador, que, en realidad, no la ha ordenado. La culpa no es del monarca, sino de sus malos consejeros. La voluntad imperial es que los sacrificios persistan, como lo demuestra la continuidad de los sacrificios en Roma y en Alejandría, en los cuales reside la salvación del Imperio. En conclusión, si el Emperador aprueba esta actitud y la respalda, los paganos están dispuestos a obedecer. En caso contrario, nadie debe extrañarse de que los campesinos defiendan por su cuenta sus propios intereses.

Según Petit, si una obra tan polémica como ésta hubiese sido enviada a Teodosio y dada a conocer al gran público, los autores contemporáneos no habrían dejado de referirse a ella[4]. Más acorde con la usual prudencia de nuestro sofista es que se produjera una difusión controlada y reservada a

---

[4] P. Petit, «Recherches...», pág. 497.

personas de confianza. Como Petit indica[5], es improbable que se hiciera circular el discurso en forma de libelo anónimo, dado que el estilo de Libanio era fácilmente reconocible. Sin embargo, ello no quiere decir que el objetivo final del discurso no fuese que las quejas y reclamaciones en él vertidas llegasen a oídos imperiales. Había paganos influyentes en la corte de Teodosio que podían cumplir esta misión a la perfección. Por ello, no sería extraño que Libanio les hubiese enviado una copia del discurso[6].

El *Pro templis,* que ha llegado a nosotros a través de dieciséis manuscritos, fue publicado por vez primera por Gothofredus en Ginebra el año 1634 y ha sido vertido cinco veces a lenguas modernas: existen dos traduciones inglesas, la de Nathaniel Gardner, de 1831, y la de Norman; dos francesas, la de Van Loy y la de Monnier, y una italiana, la de R. Romano[7].

---

[5] *Ibid.,* pág. 496.

[6] *Ibid.,* pág. 508 y «Sur la date...», págs. 297-298.

[7] R. Romano, *In difesa dei templi (Disc. 30),* Nápoles, 1982.

XXX. AL EMPERADOR TEODOSIO, EN DEFENSA DE LOS TEMPLOS

1 Dado que en frecuentes consultas anteriores[1], Emperador, te pareció que yo hallé el consejo que te convenía y me impuse con mis mejores recomendaciones a quienes deseaban y decían lo contrario, la misma esperanza me trae aquí para obtener en este momento el mismo resultado. Ojalá que también ahora me hagas caso. Pero, si no es así, de ninguna manera creas que este que ha tomado la palabra es contrario a tus intereses, máxime si tienes en cuenta, dejando a un lado todo lo demás, la importancia de la distinción con que me has honrado[2] y consideras que no es natural que quien

---

[1] Estas palabras apoyan, según Van Loy, la datación tardía del discurso. Sin embargo, Petit, partidario de una fecha más reciente, el 386, señala que entre los años 385 y 386 aparecieron numerosas obras del antioqueno dirigidas a Teodosio. Cf. Van Loy, «Le *pro templis*...», pág. 389 y P. Petit, «Sur la date...», pág. 305.

[2] Se trataría del nombramiento de Libanio como prefecto honorífico o cuestor, que, debido a una interpretación errónea del pasaje de *Disc.* I 257-258, algunos críticos databan en el 388. Petit ha demostrado que dicho pasaje no se refería a la concesión de este título, sino al permiso que el soberano le otorgó para ceder en vida parte de sus bienes a su hijo ilegítimo Cimón. Según Petit, este título le había sido concedido a Libanio mucho antes, pues el *Disc.* XLV, fechado con seguridad en el 386, se ini-

ha recibido un favor no sienta un fuerte afecto por su benefactor. Por eso mismo pienso que tengo que aconsejarte sobre aquellos asuntos sobre los que creo que podría decirte algo útil. Porque de ninguna otra manera sería yo capaz de manifestarle mi agradecimiento al Emperador, sino sólo con mis discursos y los beneficios que de ellos puedan extraerse.

2 A no poca gente le daré la impresión de afrontar un enorme peligro cuando me dispongo a hablarte en defensa de los templos y de cómo éstos no deberían sufrir el daño que padecen en estos tiempos. Pero me da la impresión de que quienes tienen este temor se equivocan por completo al juzgar tu carácter. A mi entender, lo característico de un ser irascible e intransigente es que, si se dice algo que no le agrada, recurra de inmediato al castigo por lo que se ha dicho. Por el contrario, lo propio de una persona amistosa, humana y afable, cualidades que tú tienes, es tan sólo no aceptar el consejo que no goza de su aprobación. Porque, cuando el que escucha el discurso es dueño de hacer caso o no, no es digno abandonar la audición si no existe perjuicio alguno en ello. Tampoco, por más que lo dicho no lo sea con buen sentido, es natural irritarse y buscar el castigo sólo porque uno se atrevió a decir lo que suponía que era lo me-
3 jor. Te suplico, Majestad, que me dirijas la mirada a mí, que te estoy hablando, y que no prestes atención a quienes por muchos medios desearían separarnos a ti y a mí. Pues en muchas ocasiones la eficacia de las señales con la cabeza se ha impuesto a la fuerza de la verdad. Afirmo que también aquéllos, después de permitirme exponer mis argumentos

cia con la misma fórmula de agradecimiento a Teodosio. Incluso hay pruebas de que Libanio pertenecía al rango de los *honorati* ya en el año 383. Sobre esta cuestión *vid.* O. Seeck, *Geschichte des Untergangs...* (tomo V), págs. 527-528 y 534-535, P. Petit, «Sur la date...», págs. 285-294, y *supra,* n. 7 al *Disc.* II.

con tranquilidad y libre de maquinaciones, tendrán que intentar superar luego con su discurso lo que haya sido dicho por nosotros[3].

Los primeros hombres que aparecieron sobre la tierra, 4
Señor, ocuparon las zonas elevadas y buscaron su propia salvación en grutas y cabañas. Tan pronto como tuvieron conciencia de los dioses y se dieron cuenta de cuánta importancia tenía su benevolencia para con la humana especie, les construyeron templos, en la medida de las posibilidades de aquellos primitivos seres, y les erigieron estatuas para su propio provecho. Cuando el grado de desarrollo llegó hasta la edificación de ciudades y la técnica de construcción alcanzó el nivel adecuado para ello, aparecieron numerosas urbes en las estribaciones de las montañas, otras muchas en las llanuras y, en cada una de ellas, las primeras edificaciones de todo el conjunto fueron, después de la muralla, los santuarios y los templos. De cierto, se pensaba que de semejantes pilotos les sobrevendría una gran seguridad. Y, si 5
recorres todo el territorio que habitan los romanos, eso es lo que verás en todas partes. Incluso en la que es la primera ciudad después de la más grande[4], hay todavía algunos tem-

[3] El orador simula pronunciar el discurso ante el *consistorium principis* y una audiencia mayoritariamente cristiana y hostil.

[4] Constantinopla, la segunda ciudad del imperio detrás de Roma. Los autores eclesiásticos pretendían que lo original de la nueva ciudad era que Constantino la había fundado sin templos y sin rastro de idolatría (cf. Eusebio, *Vida de Constantino* III 48 y San Agustín, *Sobre la ciudad de Dios*, V 25). Sin embargo, la existencia de templos paganos de la antigua Bizancio parece fuera de toda duda. Cf. M. Gurruchaga, *Eusebio de Cesarea. Vida de Constantino*, Madrid, Gredos, 1994, pág. 305. Libanio pretende poner de relieve la universalidad del culto a los dioses, presente incluso en la ciudad cristiana por excelencia. Nuestro autor no puede disimular su aversión por Constantinopla, tanto por simbolizar el poder cristiano como por la rivalidad municipal con su natal Antioquía. Cf. *Disc.* I 48.

plos, porque, si bien se encuentran privados de honores y ahora hay pocos de los muchos que había antes, con todo no han desaparecido por completo de ella. Con la alianza de estos dioses, los romanos se lanzaban contra sus rivales y los iban venciendo en la batalla. Una vez alcanzada la victoria, hacían que, en lo sucesivo, los vencidos fuesen mejores de lo que eran antes de su derrota, ya que les arrebataban sus miedos y les hacían partícipes de su propio gobierno.

6 Cuando aún éramos niños, al que había ultrajado a Roma lo derrocó el que condujo contra él un ejército de galos, que se enfrentaron a los dioses aunque antes les hacían súplicas[5]. Tras haber dominado también a un varón que, por aquel entonces, había conseguido que las ciudades floreciesen[6], como le resultaba más ventajoso creer en algún otro dios, se valió de las riquezas sagradas para la construcción de la ciudad a la que dedicó todo su empeño[7]. Mas no dero-

[5] Se refiere a la guerra civil entre Majencio, que había instaurado un régimen de terror en Roma, y Constantino, César de Bretaña y Galia. La batalla decisiva tuvo lugar en Roma, en Puente Milvio, el 28 de octubre del año 312. Cf. Zósimo, II 16. Como Libanio nació el 314, contaba dos años de edad cuando se produjo el enfrentamiento.

[6] Licinio, que fue nombrado César por Galerio en 308. Las relaciones entre éste y Constantino se fueron deteriorando hasta desembocar en guerra abierta en el año 324. Tras sucesivas derrotas en Adrianópolis y Crisópolis, Licinio se rindió en Nicomedia. El año siguiente, el 325, fue ejecutado junto con Marciniano, a quien Licinio había nombrado Augusto. Cf. Zósimo, II 22-28.

[7] Libanio se hace eco de la versión anticonstantiniana de la conversión del monarca, que expone con detalle Zósimo (II 29). De acuerdo con esta propaganda, Constantino se habría mantenido fiel al paganismo por conveniencia, dado que los sacerdotes paganos siempre le habían predicho sus éxitos. Sin embargo, tras su victoria sobre Licinio en 324 y una vez convertido en el dueño absoluto del Imperio, dio rienda suelta a su maldad natural *(kakoḗtheia)*. Ello explicaba los asesinatos de su hijo, Crispo, y su propia esposa, Fausta. Como los sacerdotes paganos no le

gó ni un solo aspecto del culto que establecía la ley. Por más que en los templos reinara la pobreza, a pesar de todo se podía ver que, al menos, el resto de las ceremonias se cumplían[8]. Cuando el poder fue a parar a manos del hijo de 7
aquél —o mejor dicho, la púrpura, porque lo de gobernar era cosa de otros: de aquellos a quienes la tarea de criarlo desde niño les granjeó tener el mismo poder en todo[9]—, este Em-

---

ofrecieran un medio para expiar tan horrendo crimen, abrazó el cristianismo, que le prometía la redención de todos los pecados. Sin embargo, si bien es cierto que, tras la derrota de Licinio, Constantino legisló beneficiando a la Iglesia, su favor hacia esta institución es anterior incluso al 312. Cf. F. Paschoud, «Zosime II 29 et la version païenne de la conversion de Constantin», *Historia* 20 (1971), 334-353, y L. Cracco Ruggini, *Simboli...*, págs. 32-34. Sobre el valor histórico de Libanio como fuente para Constantino, véase H. Wiemer, «Libanius on Constantine», *Class. Quarterly* 44, 2 (1994), 511-524.

[8] A pesar del testimonio de autores cristianos, como Sócrates *(Hist. Ecl.*, I 18) y Eusebio *(Vida de Constantino* III 55-56), parece muy probable que Constantino, como reconocen Libanio en este pasaje y Zósimo (IV 36), respetara los templos y que su intervención se hubiera limitado al saqueo de los tesoros que éstos contenían. En efecto, la legislación constantiniana que reglamentaba el culto pagano *(Cod. Theod.* IX 16, 1-3) no contenía ataques contra los rituales paganos, y el monarca incluso conservó el título de *pontifex maximus*. Constantino tan sólo prohibió la aruspicina privada, permitiendo que continuara en los templos. La noticia que nos transmite Eusebio de que Constantino destruyó los templos de Afaca, en Palestina, y de Egas, en Cilicia, debe ser matizada. En el caso de Egas, el autor cristiano confunde a Constantino con Constancio II, monarca al que Libanio atribuye el estropicio. En cuanto a la destrucción del templo de Afaca, no formaba parte de un programa de supresión del culto pagano, sino una medida que el Emperador tomó en su condición de máxima autoridad religiosa de la jerarquía pagana. Cf. P. Petit, «Libanius et la *Vita Constantini*», *Historia* (1950), 578-579, y J. J. Arce, «Reconstrucciones de templos paganos en época del Emperador Juliano (361-363 d. C.)», *Riv. Storica dell'Antiq.* (1975), 201-215.

[9] Constancio II, a quien los paganos reprochaban su excesiva confianza en los eunucos y demás personajes de la corte. Amiano, XVIII 4,

perador, que reinaba siguiendo las órdenes de esta gente, entre otros poco nobles consejos que siguió, también les obedeció en lo referente a que cesaran los sacrificios[10]. El primo de éste[11], que estaba en posesión de todas las virtudes, los legalizó de nuevo. Tras su muerte entre los persas —paso por alto en este momento lo que llevó a cabo o proyectó—, durante algún tiempo siguió vigente el sacrificio de víctimas. Sin embargo, después que acontecieron nuevas circunstancias, los dos hermanos prohibieron los sacrificios a excepción del incienso[12]. También tu ley corroboró su legalidad[13]. Así es que no sentimos más dolor por lo que he-

3, expone con ironía la enorme influencia del chambelán Eusebio en la corte de Constancio: «[...] Muchos, sus ayudas de cámara en aquel momento, se esforzaban en conseguir los favores de Eusebio, en quien (si se debe hablar conforme a la verdad) Constancio delegó muchos asuntos».

[10] La igualdad teórica de los cultos pagano y cristiano vigente bajo Constantino se rompe en el reinado de Constancio II, que fue el primer emperador que tomó medidas abiertamente antipaganas. Sus leyes (*Cod. Theod.* XVI 10, 2 y 4-6) prohiben, bajo pena de muerte, los sacrificios y prescriben el cierre de los templos y la confiscación de sus bienes. Sin embargo, esta legislación no parece haber sido llevada a sus últimas consecuencias, pues Zósimo (IV 29) y el propio Libanio evidencian que hasta Teodosio los templos seguían recibiendo visitas de fieles. Cf. G. Dagron, «L'empire romain...», págs. 176-177.

[11] Juliano.

[12] Los dos hermanos son Valentiniano y Valente, quienes trataron de respetar el culto tradicional, aunque sí lanzaron duros ataques contra las prácticas mágicas y de adivinación. Los nuevos acontecimientos que condujeron a un endurecimiento de las condiciones del paganismo fueron la revuelta del pagano Procopio, sofocada en 366, y el turbio asunto de Teodoro, en el invierno de 371-372, en el que se vio implicado el propio Libanio (cf. *Disc.* I 171-175) y fue ejecutado el filósofo Máximo de Éfeso, amigo de Juliano. Consúltese E. Stein, *Histoire...*, págs. 175-177.

[13] Se refiere a las leyes de Teodosio, *Cod. Theod.* XVI 10, 7 y 9, del 381 y 385 respectivamente.

mos perdido que gratitud por las concesiones que se nos han hecho.

Efectivamente, tú no has ordenado que los templos sean 8
clausurados ni que persona alguna los pueda visitar, y no has exigido que salga, ni de los templos ni de los altares, el fuego sagrado, tampoco el incienso ni ninguna de las otras ofrendas de perfumes. Sin embargo, ésos que visten de negro, que son más glotones que los elefantes y tanto trabajo dan a los que acompañan su bebida con sus cantos, por la gran cantidad de copas que tienen que llevar, ésos que pretenden ocultar estos excesos con una palidez que se han procurado de modo artificial, esta chusma, Majestad, a pesar de que tu ley sigue vigente y les obliga a su cumplimiento, se dirigen corriendo a los santuarios con palos, piedras y hierro[14]. Otros incluso, por carecer de estas armas, se valen de sus manos y sus pies. Acto seguido, los santuarios se convierten en presa de los misios[15] y los techos son abatidos, destruidos los muros, las estatuas son tiradas por el suelo, arrancados de su base los altares, mientras que a los sacerdotes sólo les queda callar o perecer. Una vez que el primero ha quedado en ruinas, se produce una estampida en

---

[14] Los monjes, cuyos atentados estaban borrando de la faz de la tierra los templos de la zona rural. Libanio alude a ellos con desprecio trazando un cuadro lúgubre de su apariencia externa y de sus costumbres, recurso habitual en el antioqueno (cf. *Disc.* II 59 y LXII 10). Los monjes, lo mismo que los cínicos para Juliano, representan para Libanio el punto opuesto a su ideal cívico: eran de baja extracción social, ignorantes, despreciaban la cultura y la retórica, eran antisociales, rechazaban la vida urbana, eran cristianos y, por si fuera poco, en su fanatismo atentaban contra los templos paganos que quedaban. Consúltense A. H. M. Jones, *The Later*.., págs. 929-933, y A. Momigliano (ed.), *El conflicto*..., págs. 25-27.

[15] Para este proverbio, *vid. supra*, n. 79 al *Disc.* XI.

busca de un segundo y un tercero, de forma que empalman trofeos con trofeos contra la ley.

9 Su osadía se manifiesta incluso en las ciudades, si bien la mayor parte de su actividad se desarrolla en los campos[16]. Numerosos son los enemigos repartidos en cada lugar, pero, tras haber causado innumerables daños por separado, esta pandilla se congrega y entre sí se piden el relato de sus fechorías. Y motivo de vergüenza es para ellos el no haber cometido los mayores delitos. Así pues, se difunden por los campos a la manera de torrentes que devastan las tierras de labor por mediación de sus templos. Porque la heredad cuyo templo arruinan queda ciega, se marchita y perece. Pues los templos, Emperador, son el alma de los campos, ya que ellos constituyen el principio de las edificaciones en el campo y, a través de muchas generaciones, nos han llegado a los
10 que hoy vivimos. En ellos tienen puestas los labradores sus esperanzas, de las que dependen los hombres, las mujeres e hijos, los bueyes, además de la tierra sembrada y la que ya ha echado sus brotes. Pero el sembrado que ha padecido esta lacra está asolado y, con las ilusiones, también se pierde el buen ánimo de los agricultores, pues creen que en vano será su sacrificio una vez que se les ha privado de los dioses, que eran los que conducían sus esfuerzos a buen puerto. Por tanto, al no recibir ya la tierra las mismas labores, tampoco puede responder con igual fruto que el de antes. Al ser esto así, el labrador se hace más pobre y se ve perjudicado el impuesto. Porque, por mucho que una persona desee pagar, se lo impide el no poder hacerlo.

---

[16] Libanio reconoce que los atentados sólo afectaban a los templos rurales. Pero la ley de Teodosio *Cod. Theod.* XVI 3, 1, del 2 de septiembre de 390, que prohibía el acceso de los monjes a las ciudades, evidencia el riesgo de que el saqueo se extendiera.

Así es como entran en el terreno de las cuestiones de 11
Estado los atentados que han sufrido los campos a causa del desenfreno de esos que dicen hacerles la guerra a los templos. Sin embargo, esa guerra no es sino una estratagema, pues unos persiguen los templos, pero otros se dedican a robarles a los desdichados agricultores lo que poseen, tanto los frutos que les rinde la tierra como el ganado que crían. Por tanto, se alejan cual atacantes que llevan consigo los despojos de los vencidos en un asedio. Y encima no les basta con esto, sino que hasta se suelen apropiar de la tierra de cualquier desgraciado alegando que pertenece al templo[17]. Por ese procedimiento se han quedado muchas personas sin la hacienda familiar: por medio de un falso pretexto. Entre tanto, viven en medio del desenfreno a costa de las desgracias ajenas; ellos, que, según van pregonando, honran a su Dios con la abstinencia. Y si las víctimas del saqueo acuden a su pastor de la ciudad —pues así llaman a un individuo poco honrado[18]—, si, en efecto, acuden a él y le explican entre sollozos las injusticias de las que han sido víctimas, ese pastor les da la razón a los monjes y los despacha como si tuvieran que sentirse satisfechos de no haber recibido un daño mayor.

Sin embargo, Señor, estas buenas gentes están sujetas a 12
tu poder y son más útiles que sus agresores en la misma medida en que los que trabajan superan a los ociosos. Los

[17] La misma acusación es formulada por Zósimo (V 23).

[18] Se refiere al obispo Flaviano, que posiblemente se encontraba detrás de los atentados de los monjes amparándose en la campaña antipagana del prefecto Cinegio. Parece poco probable que los monjes pudieran expropiar de esa forma tierras si no hubieran sido apoyados por una poderosa organización. Sobre la creciente influencia de los obispos ante las autoridades imperiales, *vid.* W. Liebeschuetz, *Antioch...*, págs. 239-242.

primeros se asemejan a las abejas y los segundos a los zánganos. Si a sus oídos llega que un terreno posee algo que pueda ser saqueado, de inmediato tienen lugar sacrificios en él, se cometen excesos terribles, lo que justifica que se hagan expediciones en su contra. Acto seguido, hacen acto de presencia los monitores[19], pues ése es el nombre que dan a esos bandidos, si es que no me quedo corto. Porque los bandidos al menos tratan de pasar desapercibidos y niegan las fechorías que se atreven a cometer, y los ofendes si llamas ladrón a uno de ellos. Ellos, por el contrario, se vanaglorian, se enorgullecen y les hacen saber sus fechorías a quienes no las conocen. Y para colmo, sostienen que se merecen distinciones.

13 ¿Qué otra cosa es ésa, sino hacer la guerra en tiempos de paz a los labradores? Pues en nada les hace a ellos menores sus desgracias el hecho de les causen daño compatriotas suyos, si no es incluso más terrible el que tengan que sufrir en tiempos de paz las calamidades que he contado a manos de las personas a las que, en teoría, habrían tenido como alia-
14 dos en caso de guerra. Pero, Majestad, ¿con qué idea reúnes tus fuerzas, aprestas las armas, haces consultas con tus generales y a unos los envías a donde se les necesita, a otros les mandas despachos sobre medidas que urge tomar y a otros les respondes por escrito a las peticiones que te hacen llegar? En cuanto a estas nuevas murallas y los trabajos estivales[20], ¿qué quiere decir todo esto y a dónde apunta?

[19] El término griego empleado es *sōphronistaí*. Van Loy, en su comentario citado (págs. 396-397) los considera un cuerpo policial encargado de velar por el cumplimiento de las leyes que prohibían los sacrificios. Por el contrario, Liebeschuetz *(Antioch...*, pág. 238) opina que *sōphronistaí* alude simplemente a los monjes.

[20] Para Seeck y Van Loy, quienes datan el discurso en el 390, estos preparativos corresponderían a la guerra que sostuvo aquel año Teodosio

¿Qué es lo que proporciona a las ciudades y a los campos la certeza de vivir sin temor, dormir plácidamente y no inquietarse por las expectativas de los enemigos, sino el hecho de que todos saben que, si alguien osara atacarnos, se retiraría después de recibir algún daño en lugar de causárnoslo? Sin embargo, mientras tú te dedicas a rechazar a los enemigos externos, una parte de tus súbditos se abalanza contra la otra sin permitirles participar del bienestar común. ¿Cómo es posible que no vulneren tus cuidados, tus desvelos y tus fatigas, Majestad? ¿Cómo se concibe que, con las acciones que están llevando a cabo, no le hagan al mismo tiempo la guerra a tu voluntad?

«Los castigábamos» —dirán— «porque estaban trans- 15
grediendo la ley que prohíbe los sacrificios y porque estaban
sacrificando». Mienten cuando hacen esta afirmación, Se-
ñor. Porque ninguna de estas personas que carece de expe-
riencia en el ágora es tan audaz como para creerse con más
autoridad que la ley. Y, cuando digo la ley, me estoy refi-
riendo a quien la ha establecido. ¿Crees, por tanto, que
quienes ni se atreven a mirar la clámide del recaudador de
impuestos osarían menospreciar la realeza? No obstante,
esto es lo que los monjes sostenían en numerosas ocasiones,
incluso ante Flaviano[21]. Pero jamás pudo demostrarse, co-
mo tampoco ahora. Veamos. Exhorto a los guardianes de 16
esta ley a que respondan. ¿Quién sabe cuáles son, de entre

contra los godos en Tracia y contra grupos de saqueadores que actuaban en Macedonia y Tesalia. Por su parte, Petit, para apoyar su datación del 386, sostiene que se trata de la campaña que aquel año dirigiera el *magister militum*, Prómoto, contra los grotingos (cf. Zósimo, IV 38-39). Cf. las notas de J. M. Candau a los pasajes de Zósimo y S. Williams, G. Friell, *Theodosius...*, págs. 43-44.

[21] Sobre la figura de Flaviano, cf. *supra*, la introducción al *Disc.* XIX.

la gente que ha quedado arruinada por obra vuestra, los que han llevado a cabo sacrificios en los altares, como prohibe la ley? ¿Qué joven, qué anciano, qué hombre, qué mujer, quién de entre los que viven en el mismo campo y no toleran que se hagan sacrificios a los dioses, quién de los que viven en las cercanías? Porque la mala voluntad y la envidia podría haber inspirado gran cantidad de injurias a los vecinos. Así es que, con sumo gusto, alguno podría presentarse para aportar pruebas. Sin embargo, ninguno de éstos ni de aquéllos se ha presentado —ni se presentará— por temor al perjurio, por no decir al látigo. Luego, ¿cuál es el fundamento de su acusación, sino el simple hecho de afirmar que sacrificaron lo que no estaba permitido? Pero esto no deberá bastarle al Emperador.

17 «¿Pero es que no hicieron sacrificios?», dirá alguno de ellos. Por supuesto que sí, pero con motivo de un festín, un almuerzo o un banquete, sacrificando los bueyes en otro lugar, sin que altar alguno acogiera la sangre ni porción alguna fuera quemada, sin que los granos de cebada presidieran el comienzo y sin que se hiciese después la libación[22]. Conque, si algunas personas se reunían en un ameno lugar y sacrificaban un becerro o una oveja, o ambos animales, y, una vez cocida una parte y asada la otra, se las comían recostados en el suelo, desconozco que esta gente estuviera infringien-
18 do alguna norma. Porque en tu ley, Alteza, no has prohibido esto, sino que, si bien has dicho que una cosa está prohibida, todo lo demás lo has permitido. De manera que, si también bebían juntos entre perfumes de cualquier índole, no

[22] Libanio establece una clara diferencia entre los sacrificios rituales y las simples comidas en común, que no estaban penalizadas por la legislación, espíritu que recoge la ley *Cod. Theod.* XVI 10, 17, del 399. En cambio, poco después el emperador Honorio prohibió las *bouthysíai*. Cf. *Cod. Theod.* XVI 10, 19, del año 407.

transgredían ley alguna. Ni tampoco lo hacían si cantaban todos en el brindis e invocaban a los dioses, a no ser que pretendas convertir la vida privada que cada uno lleve en su casa en motivo de acusación. Era costumbre que numerosos 19
agricultores se reunieran durante las fiestas en casa de los más distinguidos de ellos y que, después de sacrificar, disfrutaran de un banquete. Practicaban esto cuando les era lícito hacerlo. Después de la prohibición, a excepción del sacrificio, continuó habiendo licencia para todo lo demás. Así es que, cuando el día acostumbrado les invitaba, obedecían y le rendían pleitesía a la fiesta y al santuario, pero de una manera exenta de riesgos. Que también pretendían hacer sacrificios, nadie lo ha dicho ni oído y nadie fue persuadido o persuadió a otro para que lo hiciera. Ni siquiera un solo enemigo de los campesinos podría afirmar que ha sido testigo de un sacrificio o que tiene a alguien que lo haya denunciado. Dado que, si fuera cierto lo uno o lo otro, ¿quién podría haberse tomado a mal que ellos los arrestaran y con grandes gritos los condujeran y los acusaran, no en el tribunal de Flaviano, sino en los verdaderos tribunales?[23]. Porque éste es el modo como deberían pensar que ha de erradicarse la práctica de los sacrificios: eliminando a algunos que hayan sacrificado.

Sin embargo, objetarán que no les corresponde a ellos 20
entregar a un hombre para que lo maten, ni aun cuando sea autor de los peores crímenes[24]. Yo, por mi parte, dejo a un

[23] Desde Constancio II fueron reconocidos los tribunales eclesiásticos por parte de la autoridad imperial. Sin embargo, sólo los magistrados imperiales tenían potestad para imponer la pena capital.

[24] Libanio alude, en varias ocasiones, a la hipocresía de algunos magistrados cristianos que, reacios a aplicar la pena de muerte por razones de conciencia, terminan por imponer penas aun peores. Cf. *Disc.* IV 36-38 e *infra*, *Disc.* XLV 27.

lado a cuantos ellos han asesinado en altercados sin avergonzarse del vínculo que les unía por su fe, no sea que alguno achaque tales excesos a la irreflexión[25]. Pero cuando expulsasteis a los que con sus desvelos luchaban contra la miseria[26] que se cebaba en ancianas, ancianos y niños huérfanos, la mayoría de los cuales tenía lisiada la mayor parte de su cuerpo, ¿no es eso un asesinato? ¿No es muerte acaso? ¿No es esto matar y con la más amarga de las muertes: por medio del hambre? Puesto que, al perder los medios para alimentarse, eso es sin duda lo que les esperaba. Por consiguiente, si, al aniquilarlos a ellos, matabais a personas a las que no acusabais de nada, ¿no ibais a hacerlo con quienes, en efecto, hubieran violado la ley? Es manifiesto que el hecho de haber evitado los tribunales es la prueba de que estos hombres no habían sacrificado. Por tanto, al no haber sometido a juicio a los que ya habían condenado reconocen no tener ningún motivo para juzgarlos.

21 Si me objetan una doctrina extraída de libros a los que dicen ser fieles, yo les opondré los actos de vileza que ellos han cometido. Porque si esto que digo no fuera cierto, no habrían podido vivir en la molicie. Pero sabemos quiénes son en realidad y en qué emplean los días y en qué las noches. ¿No es cierto que es inverosímil que observen esos preceptos personas que no titubean cuando cometen tales excesos? No hay duda, pues, de que han quedado saqueados

[25] Referencia a las luchas ideológicas entre las distintas tendencias cristianas, cuya violencia contrastaba con los preceptos de los libros sagrados.

[26] Los templos paganos competían con las iglesias cristianas en la dispensación de auxilio a los necesitados. Juliano, en su reforma del culto pagano, le dio un gran impulso a la caridad en los templos (cf. sus *Ep.* 84 y 89a-b). Sin duda, Juliano sabía que buena parte del éxito del cristianismo se debía a su organización benéfica. Cf. P. Brown, *El mundo...*, págs. 82-83.

tantos templos en tantas zonas rurales a causa de su insolencia, embriaguez, lucro y por no querer contenerse. Y he aquí 22
la prueba. Había en la ciudad de Berea[27] una estatua broncínea: Asclepio bajo la forma del hermoso hijo de Clinias[28], obra de arte que representaba con fidelidad la naturaleza. Era tanta su hermosura que a quienes tenían ocasión de verla diariamente les entraba el deseo de contemplarla de nuevo. Nadie sería tan desvergonzado como para atreverse a decir que se hacían sacrificios en su honor. Sin embargo, Señor, esta maravilla, que, como cabe suponer, necesitó tanto esfuerzo para su construcción y fue obra de un brillante genio, fue abatida a golpes y ha dejado de existir. Así fue como muchas manos se repartieron la obra de Fidias[29]. ¿Por causa de qué sangre? ¿Qué daga? ¿Con motivo de qué servicio ofrecido a los dioses que fuera contrario a las leyes? En efecto, del mismo modo que en este lugar dividie- 23
ron, sin poder pretextar sacrificio alguno, en numerosas porciones a Alcibíades, o mejor dicho, a Asclepio, despojando así de su esplendor a la ciudad con los crímenes que perpetraron contra su estatua, así hay que considerar que se comportaban también en lo que se refiere a los campos. Nadie había sacrificado ni una sola víctima, pero los templos en los que la gente enferma tenía ocasión de solazarse, quedaron arrasados tanto los mayores como los más pequeños. Las personas que sufrieron esta pérdida tenían el aspecto de marinos que han naufragado tras haber caído de los barcos en los que navegaban.

Por consiguiente, ¿cuál de las dos partes es la que mere- 24
ce castigo: los que han respetado las leyes o los que, en lu-

---

[27] La moderna Alepo. Véase J. Sauvaget, *Alep,* París, 1941.

[28] Alcibíades.

[29] Con toda seguridad, la atribución de la estatua a Fidias no es más que una invención de Libanio.

gar de aquéllas, han hecho su propia voluntad? Pues si es espantoso, Alteza, hacer caso omiso de tus edictos, es evidente que han obedecido los que no han sacrificado y que han hecho lo contrario quienes han destruido los templos que había sido decisión tuya que continuaran siendo de sus dueños. Es claro que, al haber impuesto un castigo a los campesinos, se han hecho acreedores al castigo precisamente por este mismo hecho: haberles aplicado una pena improcedente por dejar vivir a las personas a las que acusaban, mientras destruían seres sin vida a los que no había na-
25 da de lo que inculparles. Ciertamente, aunque se hubiera tratado de un delito muy grave, a ellos les correspondía demostrar que merecían un castigo y al juez imponerles la pena. Y no sería por falta de juez, puesto que todos los pueblos están bajo su jurisdicción[30]. También es ésta la forma en que los parientes de las víctimas de homicidio se vengan de los asesinos: con sus denuncias y con la sentencia de los que juzgan. No hay nadie que, cogiendo una espada, se vaya a casa del asesino y se la ponga en el cuello para tomarse la justicia por su mano en vez de acudir a un tribunal, ni aunque se trate de un profanador de tumbas, ni de un traidor, ni nadie que haya cometido cualquier otro delito. Ni lo hubo en el pasado, ni lo habrá, sino que, en lugar de las espadas,
26 existen las denuncias, los procesos y los juicios. Además, en mi opinión, al juez le basta con que el castigo se lleve a cabo por mediación de aquellas personas que designa la ley. Sin embargo, sólo ellos en el mundo juzgaban a las personas que acusaban y, una vez juzgadas, ellos mismos ejercían la función de verdugos. ¿Qué era lo que perseguían? «Que los que respetaban los ritos de los dioses, apartándose de esa

[30] El juez *(dikastḗs)* es el gobernador o *consularis Syriae*, una de cuyas principales funciones era la judicial. Cf. *supra*, n. 97 al *Disc.* XI.

creencia, se convirtieran a la suya». No hay argumento más estúpido que ése. Porque, ¿quién ignora que, a causa de esos atropellos que han padecido, sienten aún más firme devoción que antes por los ritos que practicaban? Igual ocurre con aquellos que sienten un amor físico: por el hecho de que se les prohiba practicarlo, lo hacen aún más y terminan por ser amantes más apasionados del objeto amado. Si con la 27
demolición de los templos se pudiera producir el cambio de opinión en esta materia, hace tiempo hubieran sido derribados a través de un decreto tuyo. Tiempo ha que hubieras contemplado con gusto este cambio. Pero te dabas cuenta de que no podías hacerlo. Por esa razón respetaste estos templos. Ellos, en cambio, aun en el caso de que su objetivo era que cambiaran de credo, lo natural hubiera sido que hubiesen perseguido ese fin con tu permiso y hubiesen hecho partícipe de su gloria a su monarca. Habría sido, en mi opinión, más noble que hubiesen alcanzado su propósito sin haber cometido falta alguna, que con una conducta delictiva.

En el caso de que te digan que algunos se han converti- 28
do por efecto de acciones de esta clase y que comparten con ellos la creencia en Dios, no te pase desapercibido que se refieren a conversos aparentes, no de convicción[31]. Pues no han abandonado sus propias creencias, aunque digan que sí. Porque eso significa, no que aquellos veneran a unos dioses

---

[31] La legislación teodosiana no era indiferente a las apostasías y reservaba duros castigos a quienes se pasaran de la fe cristiana al paganismo (cf. *Cod. Theod.* XVI 7, 1-5), que consistían fundamentalmente en limitaciones a la hora de hacer testamento. En la mencionada legislación se reservan a los apóstatas epítetos como «extraviados en la fe y cegados en su mente» (*Cod. Theod.* XVI 7, 5). La lucha por la conversión sigue abierta y, como reconoce Gregorio Nacianceno (*Disc.* IV 64-65), la propaganda de Juliano logró numerosas conversiones, sobre todo en el seno del ejército. Es evidente que, como insinúa Libanio en este pasaje, no pocas conversiones eran interesadas.

en lugar de otros, sino que los tienen engañados. Van a sus
ceremonias, forman parte de su congregación y siguen el
camino que ellos recorren. Pero cuando adoptan la actitud
de rezar, no invocan a nadie más que a los dioses. Es cierto
que desde un lugar inadecuado, pero aun así los invocan. Lo
mismo que, en las tragedias, el que interpreta al rey no es un
rey en realidad, sino lo que era antes de que se pusiese la
máscara, de igual manera los conversos siguen mantenién-
dose firmes en la misma creencia, aunque a los demás les
29 parezca que han cambiado de opinión. Por tanto, ¿en qué ha
progresado su posición, si la conversión de éstos es sólo
palabra, pero le falta la práctica? No cabe duda de que en
cuestiones como éstas hay que servirse de la persuasión, no
de la fuerza[32]. De modo que quien, incapaz de la primera,
recurre a la segunda, no consigue absolutamente nada, por
más que crea lo contrario. Incluso, en las normas que rigen
su propio comportamiento no se encuentra nada de eso, sino
que la persuasión goza de predicamento y está mal vista la
coacción. ¿Qué significa entonces esa vesania que mostráis
contra los templos? ¿Si no es posible la vía de la persuasión,
hay que emplear la violencia? Porque es evidente que, con
este comportamiento, estaríais transgrediendo vuestras pro-
pias leyes.

30 «Pero la desaparición de los templos» —aseguran ellos—
«es provechosa para la tierra y los hombres que la habitan».
Ciertamente, Emperador, aquí me es preciso disfrutar de
una gran libertad para hablar, ya que temo molestar a alguno

---

[32] La trayectoria de Libanio revela que esta afirmación es sincera. Incluso en los mejores años del paganismo, siendo emperador Juliano, espera que los éxitos del monarca propicien que los cristianos regresen por propia voluntad al paganismo.

de los que tienen más poder que yo[33]. Con todo, que mi discurso discurra reclamando sólo una cosa: la verdad.

Explíqueme lo siguiente cualquiera de esos que soltaron 31
las tenazas, los martillos y yunques y pretenden tener autoridad para discutir sobre el cielo y los que en él habitan[34]. ¿Siguiendo a cuál de los dos, los romanos, partiendo de unos orígenes débiles y modestos, fueron capaces de llevar a cabo las mayores hazañas y de imponer a todos su dominio[35]: a su Dios o a los dioses, a los que tenían dedicados templos y altares, y que les informaban, por mediación de adivinos, sobre lo que había que hacer y lo que no? ¿Es que la costumbre de Agamenón de hacer sacrificios por doquier cuando navegaba contra Ilión hizo que regresara cargado de ignominia o, por el contrario, como vencedor por haberle otorgado el éxito Atenea? Y a Heracles, que había tomado esa misma ciudad antes que aquél, ¿no sabemos que se
atrajo el favor de los dioses mediante los sacrificios[36]? To- 32
davía hoy sigue siendo ilustre Maratón, no tanto por los diez mil atenienses, como por Heracles y Pan[37]. Y Salamina es divina, no más por las trescientas naves de los helenos, que

[33] Los poderosos cristianos de la corte y, por supuesto, el propio Teodosio.

[34] Uno de los atractivos del cristianismo era el fácil acceso a la sabiduría suprema, gracias a la Revelación, sin necesidad de pasar años estudiando en las escuelas filosóficas. Cf. P. Brown, *El mundo...*, págs. 65-66. Sobre la composición social de paganos y cristianos véase el artículo de A. H. M. Jones en el volumen colectivo de A. Momigliano, *El conflicto...*, págs. 31-52.

[35] Estamos ante uno de los argumentos más manidos de la propaganda pagana, utilizado por Símaco en su *Informe* III. *Vid.* A. González, «Paganos...», pág. 79.

[36] Cf. Pausanias, V 14, 2 y VIII 15, 5.

[37] Sobre la ayuda de Heracles y Pan a los atenienses en Maratón, cf. Heródoto, VI 105-108. Libanio vuelve a mencionar este hecho en *Disc.* XVIII 65.

por los aliados de Eleusis, los cuales se presentaron en la batalla naval acompañándose de sus propios cantos[38]. Cualquiera podría señalar innumerables guerras que fueron decididas con arreglo al favor dispensado a uno u otro bando por los dioses, y también ¡por Zeus! en tiempos de paz y tranquilidad.

33 Y he aquí lo más grande de todo: que quienes parecían mostrar más desprecio por este asunto, han honrado a los dioses aun contra su voluntad. ¿Quiénes son esos? Los que no han osado impedir que se hicieran sacrificios en Roma[39]. Luego, si todo lo que se refiere a sacrificios era inútil, ¿por qué razón no se prohibió lo vano? Si, además, era nocivo, ¿cómo no iba a haber mayor motivo para ello? Si, por el contrario, en los sacrificios de Roma se fundamenta la seguridad del Imperio, hay que considerar que es provechoso sacrificar en cualquier lugar y que los dioses de Roma nos conceden los mayores beneficios[40], lo mismo que las deidades de los campos y las de las restantes ciudades nos otorgan otros dones de menor importancia. Y un hombre sensato debería aceptar también favores pequeños como ésos.
34 Porque tampoco en las campañas militares es idéntica la contribución que hace cada uno, mas esa contribución apor-

---

[38] Este prodigio lo relata Heródoto (VIII 65). El epíteto de «divina» aplicado a Salamina es una reminiscencia de los versos proféticos de la Pitia en Heródoto, VII 141. Cf. *Disc.* XV 40.

[39] Los sacrificios en Roma fueron prohibidos el 24 de febrero del 391 por una ley de Teodosio *(Cod. Theod.* XVI 10, 10), precisamente cuando ejercían el consulado dos importantes figuras del paganismo, Símaco y Taciano.

[40] A pesar de su rechazo hacia Roma, cuando se viene abajo con Teodosio el principio de tolerancia del poder imperial, los helenos buscan en Roma y su influyente Senado, buena parte del cual seguía aferrado al paganismo, una tabla de salvación. Consúltese G. Dagron, «L'empire romain...», 197.

ta algo a la batalla. Igual se podría decir de cuando se rema: no son iguales todos los brazos, pero también contribuye en algo el que es inferior al primero. Por eso, un dios combate como aliado del cetro de Roma, otro salva a una ciudad súbdita de ésta y otro sostiene el campo permitiendo que prospere su cosecha. En consecuencia, sigan existiendo por doquier los templos o reconozcan ellos que mantenéis una actitud hostil hacia Roma, al permitirle llevar a cabo prácticas por las que la ciudad se verá perjudicada.

Sin embargo, no sólo en Roma se han mantenido los sa- 35
crificios, sino también en la extensa y populosa ciudad de Sarapis[41], dueña de una multitud de naves, por medio de las cuales hace partícipe a toda la humanidad de la cosecha de Egipto. El país es obra del Nilo y son los banquetes en honor del dios los que inducen al río a desbordarse en los labrantíos. Si éstos no se hacen cuándo y por quienes es preciso, el dios no accedería tampoco a ello. Me da la impresión de que, conscientes de este hecho, no han suprimido estas prácticas quienes con agrado las hubieran prohibido, sino que han permitido que el río disfrute de sus banquetes conforme a los ritos ancestrales, con el fin de recibir la acostumbrada compensación. ¿Qué ocurre entonces? Como no 36
hay en cada campo un río que ofrezca los dones del Nilo, ¿no tendrían que existir sus templos, sino que les tiene que pasar lo que les dé la gana a estos «ilustres» señores? Con placer les preguntaría si se atreverían a pedir, pasando por alto tu voluntad al respecto, que se ponga fin a las ofrendas al Nilo, que la tierra ya no acoja sus aguas, ni sea sembrada,

[41] Alejandría. A raíz de una revuelta de los paganos de aquella ciudad, indignada por los excesos del patriarca Teófilo, el Emperador hizo destruir el Serapeo y extendió a la ciudad egipcia la prohibición de sacrificios enviada poco antes a Roma *(Cod. Theod.* XVI 10, 11, del 16 de junio del 391).

ni segada, ni tampoco produzca trigo ni cuantos bienes da la tierra, ni sean transportados por mar a todo el mundo, como se hace ahora. Si no pueden abrir la boca para pedir esto, con lo que no dicen están rebatiendo por completo lo que dicen. Dado que, si no pueden sostener que el Nilo tendría que verse despojado de sus honores, entonces reconocen que a los hombres les conviene rendir pleitesía a los templos.

37 Si hacen mención del Emperador que saqueó los templos[42], déjese de lado el hecho de que no llegó a oponerse a los sacrificios. Pero, ¿quién ha pagado un precio tan alto por los perjuicios causados a los bienes sagrados, sino él, que se castigó a sí mismo y, además, muerto ya, sucedió que los miembros de su familia se enfrentaron entre sí y no quedó ninguno[43]? Muy preferible hubiera sido para él que alguno de sus hijos ostentara el poder, a que la ciudad que lleva su nombre[44] crezca con sus edificios. Por culpa de ésta lo maldice todo el mundo, a excepción de los que allí disfrutan injustamente de una vida de desenfreno, porque, a costa de su propia pobreza, las ciudades deben procurarle su abun-

[42] Constantino I.

[43] En los últimos años de su reinado, Constantino había tratado de congraciarse con la otra rama de la familia imperial, la descendencia de Constancio Cloro y Teodora. Sin embargo, tras su muerte los soldados, tal vez instigados por los hijos de Constantino, acabaron con todos los miembros de esta rama, excepto el futuro emperador Juliano y su hermanastro Galo. La supuesta maldición continuó con la temprana muerte de dos de los hijos de Constantino, Constante y Constantino II, y la extinción de la estirpe con Constancio, que no tuvo hijos a quienes legar el trono. El esquema providencialista forma parte del arsenal propagandístico pagano y cristiano, y es característico de los autores de la época, especialmente Lactancio en su *Sobre la muerte de los perseguidores*. Cf. L. Cracco Ruggini, *Simboli...*, págs. 30-32.

[44] Constantinopla.

dancia a aquélla. Y cuando, detrás de aquél, se refieren a su 38
hijo[45] y argumentan que abatió templos, motivo por el que no menos esfuerzos que sus constructores tuvieron que hacer sus demoledores —tan difícil era destrabar las piedras, que estaban ensambladas con vínculos fortísimos—; cuando, en efecto, se refieren a ello, yo suelo añadir algo más importante: que aquél regalaba templos a los miembros de su corte, como quien regala un caballo, un esclavo, un perro o una urna de oro[46]. Pero funestos fueron los regalos para ambas partes, tanto para el que los entregaba como para quienes los recibían. Pues el primero se pasó toda la vida en la agitación y el temor a los persas, ya que sentía pánico, como los niños al coco[47], cada vez que venía la primavera con sus invasiones. De los segundos, unos partieron a la otra vida, desdichados, sin haber tenido hijos y antes de haber dejado testamento, y a otros les hubiera valido más no haber tenido
descendencia[48]. Con tales infamias y con tamaña guerra in- 39
testina deben convivir sus hijos, desasosegados entre columnas sacadas de los templos, por cuya causa, en mi opinión, sucede esto. Semejante manera de conseguir la felicidad legó a sus hijos aquella gente que sabía hacer fortuna. Y ahora

[45] Constancio II.

[46] Cf. *Disc.* XVII 7. Como reconoce el propio Libanio *(infra,* § 43), los templos eran propiedad imperial y, como tales, Constancio los donó a particulares. Posteriormente, Juliano hizo grandes esfuerzos por recuperarlos. Cf. W. Ensslin, «Kaiser Julians Gesetzgebungswerk und Reichsverwaltung», *Klio* 18 (1923), 105-111, y J. Bidez, *La vie...*, págs. 225-227 y 230-233.

[47] Las guerras contra el rey persa Sapor II mantuvieron ocupado a Constancio durante todo su reinado, especialmente entre los años 337 y 350. Como es costumbre en la historiografía tardía, la prudencia con que Constancio conducía las guerras pérsicas era achacada a la cobardía del monarca. Cf. *supra,* n. 120 al *Disc.* XI.

[48] Cf. *supra, Disc.* VII 9-12.

a los que llevan a Cilicia enfermedades que necesitan de la mano de Asclepio, los ultrajes causados al emplazamiento del templo los obligan a darse la vuelta sin haber conseguido nada[49]. ¿Cómo es posible que no maldigan durante el regreso al causante de estos daños?

40 Sea la vida del Emperador tal, que pueda pervivir a través de sus encomios incluso después de muerto, como sabemos que ocurrió con el que recibió el mando después de aquél y que hubiera arruinado el imperio persa si una traición no hubiese impedido la culminación de su empresa[50]. Con todo, sigue siendo excelso incluso después de muerto. Porque pereció víctima de un ardid[51], como Aquiles, pero, por las gestas que llevó a cabo antes de su muerte, es celebrado en cantos como aquel héroe. Y esta gloria suya pro-
41 cede de los dioses, a los que él restituyó sus templos, su culto, los campos sacros, los altares y la sangre de las víctimas. Como les había oído decir a ellos que moriría tras haber humillado la altivez de los persas, compró con la vida su ilustre fama tomando multitud de ciudades, devastando grandes extensiones de tierra, enseñando a huir a quienes entonces perseguían, y que iba a recibir, como todos saben, una embajada que nos iba a ofrecer la esclavitud de nuestros enemigos. Por ese motivo acogió con alegría su herida y se enorgullecía al contemplarla. Sin derramar lágrimas, él mismo reprendía seriamente a quienes sí lo hacían, ya que no

[49] Se trata del templo de Asclepio en Egas, reconstruido por Juliano (cf. *Ep.* 695). *Vid. supra*, n. 8 al presente discurso.

[50] Juliano, que el 26 de junio del año 363 fue herido mortalmente por una lanza en una escaramuza con los persas. Cf. *Disc.* XVIII 268-269 y *Disc.* XXIV 6-7; AMIANO, XXV 3, 1-9 y ZÓSIMO, III 29.

[51] Libanio tenía la convicción de que la lanza que mató al soberano procedía de su mismo ejército, pues ningún soldado persa se atribuyó la hazaña (cf. *Disc.* XVIII 274-275). *Vid.* G. W. BOWERSOCK, *Julian the Apostate*, Londres, 1978, págs. 116-118.

creían que el golpe fatal era para él mejor que cualquier clase de vejez[52]. No cabe duda de que todas las numerosas embajadas que se recibieron después de su muerte y el que los Aqueménidas recurrieran a las negociaciones más que a las armas se le deben a él, que infundió el miedo en sus almas. Tal ha sido para nosotros el que erigió templos a los dioses, un emperador que ha llevado a cabo hazañas que están por encima del olvido y al que nunca podremos borrar de nuestro recuerdo.

Yo, por mi parte, hubiera considerado normal que el 42
Emperador que precedió a Juliano abatiera, asolara y arrasara los templos de nuestros oponentes, puesto que sabía mostrar menosprecio por los dioses, pese a que hubiera sido más noble si hubiese mostrado clemencia por los templos, aun siendo propiedad de sus enemigos. Sin embargo, en lo tocante a sus propios templos, que fueron construidos con sudor, tiempo, multitud de obreros y con dispendio de muchísimos talentos, debía haber sido el primero en exponerse al peligro por ellos. Porque si hay que mantener incólumes las ciudades en todos sus aspectos y éstas resplandecen más por sus templos que por otra cosa, y éstos son lo más importante que hay en ellas después de la joya del palacio imperial, ¿cómo no va a ser necesario dispensarles cuidados y esforzarse para que sigan formando parte del casco urbano? De todas maneras, se trata de edificios, aunque no se les considerase santuarios. Creo que nos hacen falta para recaudar el impuesto[53]. Por tanto, que se recaude allí y per-

---

[52] En *Disc.* XVIII 272, Libanio compara la entereza con que el Emperador afronta en la tienda su destino fatal, con la que mostró Sócrates en la prisión. Consúltese G. Scheda, «Die Todesstunde Kaiser Julians», *Historia* (1966), 380-383.

[53] Buena parte del impuesto era recaudado en especie y almacenado en silos imperiales bajo la supervisión de los *apodéktai*, encargados de

manezcan en pie, pero que no sean demolidos. No pensemos, entonces, que es espantoso que se le ampute la mano a un hombre y, en cambio, nos parezca apropiado saltarles los ojos a las ciudades, ni tampoco nos lamentemos por los edificios caídos en los terremotos en tanto nosotros mismos causemos los mismos estragos cuando no los hay ni nos provocan daños.

43 A no dudarlo, los templos son bienes que pertenecen a los soberanos, como también el resto de las cosas. Mira entonces si hacer naufragar las propias posesiones es una actitud propia de personas sensatas. El que arroja su bolsa al mar no está sano, como tampoco lo está el capitán si cortara la cuerda de la que depende el barco y, en caso de que ordenara a un marinero arrojar al mar su remo, daría la impresión de ser víctima de algún terrible mal. ¿Acaso si un gobernador causara menoscabo a una ciudad en un aspecto tan importante, diríamos que le ha prestado el mayor servicio? Entonces, ¿por qué hay que destruir algo que se puede volver a utilizar para un fin provechoso? ¿Cómo no va a ser un espectáculo vergonzoso que un ejército les haga la guerra a unas piedras que encima le pertenecen y que un general, al frente de éste, lo excite contra los templos, que, gracias a un enorme esfuerzo, se elevan a las alturas desde hace mucho

---

pagar el salario de los funcionarios. Nuestro orador, en su desesperado intento de frenar la completa destrucción de los santuarios, ofrece una alternativa más práctica que el mero aprovechamiento de las piedras y columnas procedentes de los templos arruinados en la reconstrucción de vías, puentes, acueductos y murallas (cf. *Cod. Theod.* XV 1, 36, del año 397). Los edificios de los templos pueden ser utilizados para uso público, como posteriormente decretaron los emperadores Arcadio, Honorio y Teodosio II en su edicto del 15 de noviembre del 408 *(Cod. Theod.* XVI 10, 19): «Que los edificios mismos de los templos que hay en las ciudades o en los pueblos, o fuera de los pueblos, sean destinados al uso público».

tiempo y con motivo de cuya terminación celebraron fiestas los reyes de entonces?

Que nadie crea que lo siguiente es una acusación contra ti, Señor. Yace en ruinas, junto a la frontera de los persas, un templo al que nada podía compararse, como se oye decir a todos los que han podido contemplarlo. Había sido tan enorme y con unas piedras tan ciclópeas, que ocupaba una extensión de terreno tan vasta como la propia ciudad. Por ejemplo, en los horrores de la guerra, a los habitantes de la ciudad les protegía el hecho de que no resultara nada provechoso a quienes tomaran la ciudad no ser capaces de apoderarse también de aquel templo, pues la solidez de su recinto repelía cualquier clase de ingenio bélico. Además, si se subía a su techo, se podía divisar la mayor parte del país enemigo, ventaja no desdeñable para gente que está en guerra. Incluso he oído hablar de algunos que disputaban sobre cuál de los dos templos era una maravilla mayor, este que ya no existe o el de Sarapis, al que ojalá jamás le pase lo mismo[54]. 44

Así es que este templo tan hermoso y tan colosal —pasaré por alto las maravillas que había bajo su techo y todas las estatuas esculpidas en hierro que estaban ocultas en la sombra para evitar el contacto del sol— se ha perdido y está destruido, motivo de llanto para los que contemplaron la catástrofe y de satisfacción para quienes no la vieron, pues, en desgracias como éstas, no son lo mismo los ojos que los 45

---

[54] Posiblemente este templo se encontraba en Edesa y es el mismo que Libanio menciona en *Disc.* XX 27. No obstante, también podría tratarse del templo de Carras, citado por Teodoreto, *Hist. eccl.* IV 18, 14. El Serapeo fue destruido en el 391 por iniciativa del obispo de Alejandría, Teófilo, el prefecto, Evagrio 7, y el *comes Aegypti*, Romano 4. Cf. Amiano, XXII 16, 12-13, para la descripción del Serapeo, y Eunapio, *Vidas de los sofistas* 419-421. Como puede verse, el templo estaba aún en pie cuando se escribió el discurso. Cf. la introducción.

oídos. Más bien, a quienes no fueron espectadores les invadieron dos sentimientos contrapuestos: dolor y placer; el primero por la demolición y el segundo por el mismo hecho de no haberla contemplado.

46 No obstante, si se examinara con detenimiento la situación, se sabría que esto no es obra tuya, sino de ese hombre infame que te ha confundido, ese enemigo de los dioses, despreciable, ambicioso y acérrimo enemigo de la tierra que lo vio nacer. Éste se ha aprovechado de la sinrazón de Fortuna y ha hecho mal uso de ella, puesto que es esclavo de su esposa, la complace en todo y en todo sigue sus designios[55]. Y ella, a su vez, por fuerza obedece en todo las órdenes de los que mandan cometer esos crímenes y cuya manifestación de virtud consiste en vivir dentro de unos mantos como si estuvieran de luto o, mejor todavía, de ésos que fabrican
47 los tejedores de sacos. Semejante cuadrilla te ha confundido, engañado, extraviado, desviado del buen camino. Sabemos, por haberlo aprendido de los hijos de los dioses[56], que incluso muchas deidades fueron víctimas de engaño. Te hablan como si se estuvieran sacrificando víctimas propiciatorias y tan cerca como si el humo llegara a sus narices, o como si los oferentes estuvieran profiriendo amenazas, fueran cada día a más y se mostraran llenos de jactancia, convencidos de que nada podría jamás superar su poder. Con tales fábulas e intrigas, acompañadas de terribles palabras urdidas

[55] Tal vez se trate del prefecto Cinegio, que con tanto celo llevó a la práctica las medidas antipaganas de Teodosio (cf. la introducción). Asombra la dureza de la crítica de Libanio, teniendo en cuenta que Cinegio era un hombre muy influyente en la corte, y sobre todo el uso de un apelativo *theoîs echthrós*, que en la propaganada anticristiana era sinónimo de ateo y que se podía aplicar también al propio Teodosio. Cf. J. Misson, *Recherches sur le paganisme de Libanius*, Lovaina, 1914, págs. 23-25 y G. Dagron, «L'empire romain...», pág. 183.

[56] *Sc.*, los poetas.

para inducir a la ira, lograron sacar de sus casillas al más afable Emperador, ya que sus verdaderas virtudes son la humanidad, la piedad, la compasión, la dulzura, la moderación y salvar en lugar de aniquilar[57]. Pero aunque había quienes te decían lo que era más justo, a saber, que, si en efecto se había cometido este delito, debía castigarse y con el ejemplo evitar que se volviera a producir en lo sucesivo, a pesar de todo ese hombre, en su convicción de que había que lograr una victoria cadmea[58], ha conseguido imponerse en todo lo que se ha propuesto. Él no tenía que haber colocado la preo- 48
cupación por tus intereses por detrás de sus propios placeres, ni haber mirado sólo la manera en que lo pudiesen considerar importante esos tipos que han renegado de la agricultura y aseguran reunirse en los montes[59] con el creador de todas las cosas, sino haber actuado de forma que a todo el mundo le parezca tu reinado excelente y digno de elogios. Mas lo cierto es que, en tanto que puedan recibir dinero y agotarte tus tesoros, tienes muchos amigos y partidarios, y tu realeza está por encima de sus vidas. Pero cuando llega la ocasión y el Consejo se reúne para reclamar su benevolencia, se olvidan de esta fidelidad y sólo se preocupan de sus intereses particulares.

---

[57] P. Petit, «Sur la date...», pág. 306, ha puesto de relieve que estas palabras serían poco adecuadas si ya hubiese tenido lugar la matanza de Tesalónica, ordenada por Teodosio en el 390. Cf. S. Williams, G. Friell, *Theodosius...*, págs. 67-68 y A. Piganiol, *L'Empire...*, pág. 257.

[58] Expresión que tiene su origen en la lucha fratricida de los tebanos Eteocles y Polinices, hijos de Edipo y descendientes de Cadmo. Por tanto, la actuación de Cinegio causará la ruina de los paganos al tiempo que la del Emperador, que se ve con ello privado de un bien precioso como los templos.

[59] Nueva alusión al carácter antisocial de los monjes, a muchos de los cuales se podía encontrar en los montes cercanos a la ciudad. Cf. Teodoreto, *Hist. eccl.* V 20, 4.

49 En el caso de que alguno suba a la tribuna y les pregunte: «¿Qué significa esto?», ellos no se responsabilizan de su propia actuación y responden que han hecho lo que pareció bien al Emperador, diciendo que él es quien tiene que justificarse y otras cosas de esta naturaleza. Pero los que tenían que dar explicaciones eran ellos, que jamás tendrán justificación alguna para los crímenes cometidos. Pues, ¿qué razón podría existir para explicar tales crímenes? Con todo, ellos niegan ante los demás que sea obra suya, mas, cuando se encuentran en tu presencia, por separado presumen de que ningún otro ha prestado a tu casa un servicio mejor. Que los aparten de tu mansión los dioses, los cuales han puesto tu cabeza al frente de la tierra y el mar, porque no podrías recibir de ellos un favor mayor que éste. Pues aquellos hombres, bajo la apariencia de ser tus amigos y protectores, dándote consejos que te podrían acarrear daños y sirviéndose de tu confianza como medio para perjudicarte, con
50 facilidad te han dañado. Sin embargo, me ocupo de ellos ahora para probar su fechoría por lo que ha quedado dicho. Puesto que, ¡vamos!, ¿por qué motivo decís que habéis destruido ese gran templo? ¿Acaso no fue porque así le pareció bien al Emperador? Perfecto. Por tanto, los causantes de su demolición no delinquían, dado que cumplían los designios del soberano. Según esto, ¿está cometiendo una falta el que ha llevado a cabo lo que no deseaba el Emperador? No dudo de que vosotros entráis en el grupo de los que no pueden
51 alegar algo así para justificar lo que habéis hecho. Decidme, ¿por qué está a salvo ese templo de Fortuna, y el de Zeus, el de Atenea y el de Dioniso? ¿Acaso porque sería vuestro deseo que permanecieran en pie? No, sino porque nadie os ha dado permiso para atacarlos. ¿Pero es que se os ha dado licencia para emprenderla contra aquéllos que habéis destruido? ¡Claro que no! Entonces, ¿cómo no vais a rendir cuen-

tas por ello? ¿O cómo osáis darle el nombre de «sanción» a lo que habéis realizado, si los que la han padecido no han hecho, en ningún aspecto, nada que pudiera fundamentar una acusación?

Hubieras podido emitir, Señor, el siguiente edicto: «Que 52
ninguno de mis súbditos crea en los dioses, los venere, ni les pida ningún favor, ya sea para sí mismo o para sus hijos, a no ser que lo haga en silencio y en secreto. Que todo hombre participe de mi veneración por Dios, venga a participar en las ceremonias en su honor, haga sus oraciones en la forma en que le oramos a él y someta su cabeza a la mano de quien gobierna el pueblo de Dios[60]. Y quien desobedeciere, es de todo punto forzoso que muera». Promulgar este 53
decreto hubiera sido fácil para ti. Sin embargo, no lo juzgaste oportuno ni deseaste entonces imponer un yugo así a las mentes de los hombres, sino que tú piensas que esta fe es mejor que aquélla, pero que, al menos, aquélla no es una impiedad ni algo por lo que, en justicia, debiera ser castigado nadie. Es más, ni siquiera excluiste de los honores a tales personas, sino que hasta les has confiado magistraturas, has hecho de ellos tus comensales —y eso ha ocurrido en frecuentes ocasiones—, has brindado con ellos y ahora, junto con otros, los has vinculado a tu círculo[61]. Pues creías que a la realeza le puede convenir un hombre que invoca a los dioses en sus juramentos, tanto en tu presencia como en la de los demás. Y no te irritas ni supones que seas objeto de

[60] El obispo.

[61] Teodosio confió las más altas magistraturas a importantes figuras del paganismo, como Ricomer, Taciano o Símaco. El término empleado, *parézeuxas*, alude al consulado (cf. *Disc.* XII 96), pero su identificación dependerá de la datación del discurso. Si la fecha propuesta por Petit es correcta, se trataría del historiador pagano Eutropio, cónsul del año 387, y designado el año anterior. *Vid.* P. Petit, «Sur la date...», págs. 304-305.

ultraje por esta clase de juramentos, ni que deba ser completamente perverso quien cifra sus mejores esperanzas en los dioses.

54 Si tú, en efecto, no nos persigues, como tampoco hizo aquel que desoló con las armas a los persas con aquellos de sus súbditos que se oponían a él en este aspecto[62], ¿cómo van a perseguirnos ésos? ¿En qué principio de justicia se basan para realizar esos ataques? ¿Cómo es posible que, en su vesania, se adueñen de tierras de labor ajenas? ¿Cómo es tolerable que unas cosas las destruyan y otras se las lleven tras haberse apoderado de ellas por la fuerza, añadiendo a la desvergüenza de los crímenes cometidos la de jactarse por
55 sus hazañas? Nosotros, Emperador, si tú aplaudes esta conducta y la toleras, lo soportaremos no sin aflicción y daremos pruebas de que sabemos obedecer. Pero, si no es así y sin tu permiso esta gente va a lanzarse contra lo que ha sobrevivido o lo que se haya reconstruido con rapidez, sábete que los dueños de los campos saldrán a socorrerse a sí mismos y a la ley.

[62] Libanio introduce aquí, con toda intención, uno de los argumentos básicos de la propaganda pagana contra la política filobárbara de los emperadores cristianos, de los que Teodosio es el mayor exponente. Libanio contrapone a un idealizado Juliano, que es presentado aquí como el gran azote de los persas, a los emperadores cristianos, cuyo denominador común era la blandura y falta de energía en su política exterior. Consúltese G. DAGRON, «L'empire romain...», págs. 79-80.

XLV

AL EMPERADOR, SOBRE LOS PRISIONEROS

INTRODUCCIÓN

Si la datación del *Pro templis* ha originado notables discrepancias entre los eruditos, en el caso del *Disc.* XLV el acuerdo ha sido unánime, pues ha sido fechado con toda seguridad en el 386, año en que Tisámeno, aludido y criticado en la obra, ejercía como *consularis Syriae*[1]. Por consiguiente, debió de ser contemporáneo del *Pro templis,* si aceptamos la propuesta de P. Petit, y tendría en común con aquél el clima de inestabilidad de culminó con la Revuelta de las Estatuas del 387.

El *Disc.* XLV es un magnífico ejemplo de la cruzada que nuestro orador emprende en época teodosiana contra la injusticia y la opresión de los poderosos sobre los más pobres e indefensos. Como el profesor López Eire ha señalado[2], la mayor parte de los discursos que el sofista dirige al monarca son escritos de denuncia: abusos al campesinado *(Disc.* L), a la curia por parte de funcionarios imperiales *(Disc.* XXVIII), corrupción en el cobro de impuestos *(Disc.* XLVI),

[1] Véase *Disc.* I 251, donde se vierten las mismas críticas contra Tisámeno.

[2] A. López Eire, «Reflexiones...», pág. 36, que se puede consultar también en la recopilación de artículos que hace este profesor en A. López Eire, *Semblanza de Libanio,* México, 1996, págs. 147-191.

tráfico de influencias (*Disc.* LI), destrucción ilegal de los templos (*Disc.* XXX), etc.

En este contexto, el *Disc.* XLV denuncia la deplorable situación de los presos en las cárceles y su abandono por parte de las autoridades, tema ya tratado en otro discurso contemporáneo, el *Disc.* XXXIII, *Al emperador Teodosio, contra Tisámeno*. P. Petit[3] ha subrayado el hecho de que, en los discursos de época teodosiana, nuestro orador escribiera parejas de discursos sobre un mismo asunto (*Disc.* XXVII y XXVIII; XLVIII y XLIX; LI y LII; XXXIII y XLV). Sin embargo, se trataría en su mayor parte de falsos dobletes, ya que el objetivo de cada discurso sería diferente. En este caso, mientras que el *Disc.* XXXIII, con sus violentos ataques al cristiano Tisámeno, fue concebido para una difusión reducida, el *Disc.* XLV, por el contrario, presenta el problema desde una perspectiva más general y los ataques *ad hominem* son más discretos. Por consiguiente, no es de extrañar que nuestro discurso tuviera como objetivo su difusión en la corte de Teodosio, donde el antioqueno contaba con buenos aliados, como los paganos Ricomeres o Taciano, que no podían ver con buenos ojos el creciente poder de un extremista cristiano como Cinegio. Incluso nuestro orador mantuvo esporádicos contactos epistolares con el propio Emperador, por lo que no se podría descartar que le enviase algunas de sus producciones en los últimos años de su vida[4].

Para Libanio, la situación de los presos en Antioquía era completamente insostenible, y la culpa era de un solo hombre, el gobernador provincial, Tisámeno, que dejaba de lado sus funciones judiciales en favor de otra de sus misiones vi-

---

[3] P. Petit, «Recherches...», págs. 504-507. Norman, en su introducción al presente discurso, acepta la tesis de Petit.

[4] A. López Eire, «Reflexiones...», págs. 49-50.

tales: la supervisión de la recaudación del impuesto *(phóros)*. Esta dejadez en sus funciones traía como grave consecuencia la masificación de los presos preventivos en la cárcel. La situación se veía agravada por la venalidad y el oportunismo de Tisámeno, quien, por una parte, aceptaba encarcelar sin pruebas a los más pobres cuando la acusación provenía de algún poderoso, y, por otra, perdía un tiempo precioso asistiendo a los espectáculos para dejarse ver por el populacho y recibir las ansiadas aclamaciones *(euphēmíai)*.

Libanio construye sus argumentos desde un punto de vista eminentemente jurídico y parte de la base de que la terrible situación de las cárceles de Antioquía no tiene su causa en la legislación vigente, sino precisamente en la falta de aplicación de ésta, así como en la libre e interesada interpretación que los funcionarios hacían de ella. La lejanía del Emperador ocasionaba una peligrosa falta de control de sus representantes en las provincias, y era un caldo de cultivo ideal para arbitrariedades contrarias al derecho, como la negación de la presunción de inocencia, el encarcelamiento prolongado antes de un juicio que nunca llegaba, la admisión de rumores y calumnias como pruebas o incluso el encarcelamiento de testigos en espera de declarar. Ésa es la razón por la que Libanio compuso el discurso: levantar la voz de protesta en defensa de los *humiliores* en una ciudad en la que los funcionarios venales podían campear a sus anchas con la connivencia de los notables. Los emperadores eran conscientes de este problema y el s. IV contempló la promulgación de edictos y *rescripta* para aliviar la situación de los presos. El propio Teodosio firmó en diciembre del 380 una ley *(Cod. Theod.* IX 3, 6) destinada a agilizar los juicios para impedir prolongadas estancias de inocentes en las prisiones.

Parece incuestionable que nuestro orador no miente cuando se refiere a las penosas condiciones de las cárceles en la

época en que Tisámeno ejercía de gobernador, lo que tampoco parece nada nuevo, como demuestra la existencia de una legislación orientada a erradicar estos abusos[5]. Tampoco es inverosímil que el gobernador no dispusiera de tiempo suficiente para poner remedio a la masificación de las prisiones. No obstante, nuestro orador aprovecha la ocasión para cargar todas las responsabilidades sobre la persona de su detestado gobernador, cristiano por añadidura. Libanio trata de desprestigiarlo con medias verdades: no incluye datos falsos en su argumentación, pero sí omite circunstancias atenuantes.

Tisámeno, como el propio Libanio explica[6], accede de forma repentina *(exaíphnēs)* al cargo de gobernador provincial tras su poco brillante etapa estudiantil. Su juventud, unida a la inexperiencia y a la breve duración de su cargo (sólo un año), hace comprensible que el gobernador no fuera capaz de hacer frente con éxito al problema. Por si esto fuera poco, a Tisámeno le tocó en suerte una época muy difícil. La situación de la parte oriental del Imperio era crítica tras la derrota de Valente en Adrianópolis, a lo que se añadía la amenaza del usurpador Máximo. El emperador Teodosio tuvo que tomar decisiones desesperadas e impopulares, como la inclusión de los godos en territorio romano como *foederati*[7], lo que suponía instalar al enemigo en la propia casa. Otra medida impopular fue el aumento extraordinario de la presión fiscal, que provocó directamente la revuelta de Antioquía del 387. Por tanto, no es de extrañar que el joven Tisámeno se hubiese visto abrumado por los continuos problemas que curiales y contribuyentes, de segu-

---

[5] *Vid.* P. Petit, *Libanius et la vie...*, pág. 259.

[6] En *Disc.* XXXIII 4.

[7] Cf. S. Williams, G. Friell, *Theodosius...*, págs. 91-102.

ro, le plantearon. Por otro lado, las tardes del gobernador no estaban tan libres como insinúa nuestro sofista, pues esta parte del día, como él mismo explica en otro discurso, se solía destinar a tareas burocráticas[8]. Pese a la tendenciosidad de las críticas a Tisámeno, bajo las que subyace una animosidad personal, el discurso XLV deja traslucir una sincera preocupación del antioqueno por la suerte de los infortunados presos y denuncia con firmeza una situación que escandalizaba al septuagenario profesor.

Del discurso se han conservado diez manuscritos. La *editio princeps,* que fue impresa en Ginebra en 1631, formaba parte de la recopilación de Gothofredus en su *Libanii Sophistae Orationes* IV. Existen dos traducciones a lenguas modernas, ambas al inglés, la primera, con comentario incluido, de R. A. Pack[9] y la segunda a cargo de A. F. Norman. También disponemos en español de la traducción que A. López Eire hace de extensos pasajes en el artículo arriba citado.

---

[8] Cf. *Disc.* LII 6.

[9] R. A. Pack, *Studies in Libanius...*, págs. 70-96.

XLV. AL EMPERADOR, SOBRE LOS PRISIONEROS

Si a los presos les hubieran sido respetados todos los derechos que les corresponden por parte de los gobernadores, Señor, a éstos los hubiera felicitado y a ti no te habría importunado. Pero, dado que ellos han resultado ser incompetentes en este asunto y nadie, ya sea por ignorancia, ya porque se lo callan aun sabiéndolo, te dice nada de las injusticias que cometen, y como toda impiedad que envuelva este asunto no es posible que deje de salpicar a la monarquía, yo, que siento admiración por tu dulzura y que, además, he recibido de ti la mayor muestra de generosidad[1], en justicia debería velar para que mediante un decreto tuyo se corrigiese este entuerto. 1

Sin duda sabes, Emperador, que es justo que perezcan los que merecen la muerte y que vivan y se salven quienes no la merezcan, si bien es cierto que, en un alarde de humanidad, en el pasado ya le perdonaste la vida a alguno de los primeros[2]. Pero mantengan su vigencia las normas que emanan de las leyes antiguas. Éstas se refieren a que perezca quien 2

[1] *Vid. supra,* n. 7 al *Disc.* II y n. 2 al *Disc.* XXX.

[2] Cf. *supra,* n. 17 al *Disc.* XIX.

se haya atrevido a cometer actos de esa naturaleza y que, en cambio, viva quien no haya cometido un delito tal. ¿Y qué significa eso de «haberse atrevido» y «haber delinquido»? Pues que haya sido probado el delito[3]. Porque, de lo que no cabe duda es de que ejecutar a una persona antes de probar su culpabilidad no es sino un acto delictivo. Incluso si alguien ha llevado a cabo una fechoría castigada con la muerte y ésta queda oculta, el que lo mata quebranta la ley por haberle impuesto la pena antes de que se demuestre na-
3 da. Por tanto, entérate de que los gobernadores que son enviados a las provincias son asesinos en tu nombre, Señor[4]. ¿De qué manera? Con frecuencia los arrebatos de ira generan múltiples quejas y, cada vez que uno se encoleriza, al momento corre al lado del gobernador y le cuenta que ha sufrido una afrenta y que ha recibido un trato injusto. El que no dice que ha sido en su persona afirma que en su mujer, y, el que en ninguno de estos dos, que lo han sufrido sus hijos. Fingen insultos, palizas e incluso, desgarrándose parte de la ropa, le echan la culpa al otro. Y el denunciado, por más que lo niegue, sosteniendo que ha sido víctima de una calumnia, y haga alusión a pleitos y leyes, es enviado para ser encarcelado por más personas que den fe de su inocencia.

4 Éste es el trato que suelen recibir los más débiles de los más poderosos, los que carecen de bienes de los que los tienen en abundancia, y los más de los menos, que se creen

[3] El orador reclama el cumplimiento del principio básico de la presunción de inocencia.

[4] La expresión utilizada es fuerte, aunque no es la única vez que la emplea (cf. *Disc.* XXXIII 41 y XLVI 9). El encarcelamiento prolongado antes de un juicio no estaba contemplado en la legislación romana, por lo que, con su actuación, el gobernador se estaba colocando fuera de la ley. Cf. P. Brown, *Power and Persuasion in Late Antiquity. Towards a Christian Empire*, Madison, University of Wisconsin, 1988, pág. 152, y P. Petit, *Libanius et la vie...*, pág. 260.

que sus acusaciones tienen más valor que las pruebas. Eso es lo que hacen contra los artesanos los miembros del Senado y los demás curiales, así como esos que se toman la tarea de dirigirte palabras de encomio[5]. Lo hacen hasta los subordinados de los gobernadores en perjuicio de quienes no los complacen en todo[6]. Cada día la crueldad de los señores ex- 5
plota intensamente este sistema, porque es fácil encarcelar a quien se ve obligado por la ley a callar aunque sea víctima de un agravio. En este grupo hay que incluir también a los que trabajan en el campo para los propietarios de tierras, dado que algunos de ellos los tratan como esclavos. Y, como no aplaudan las ganancias que aquéllos consiguen a su costa, basta un par de palabras y un soldado acude con cadenas a la finca y encadenados los recibe la cárcel. ¿Quieres 6
que mencione a los que son acusados de asesinar a los viajeros? Ciertamente, éstos son sólo dos o tres, o concedamos que sean tres veces este número, diez e incluso más. Sin embargo, la gente en cuyas casas bebieron, comieron o durmieron es arrestada muchas veces en un número tres veces mayor que los que están acusados, sin saber nada de los cargos que se les imputan, salvo que no han hecho nada malo o que no han tomado parte en lo ocurrido.

Todas estas personas que he mencionado, Emperador, y, 7
además de éstos, algunos que por diferentes procedimientos van a parar a la cárcel, pasan su vida entre cadenas. En

[5] Se trata de la claque de los teatros, cuyos elogios eran apreciados por los gobernadores.

[6] Los gobernadores provinciales eran asistidos por fuerzas locales como los *phýlakes tês chôras*, encargados de la vigilancia de la zona rural, guardias urbanos como los *korynēphóroi* o los *eirēnophýlakes*, y otros funcionarios como los *epimelētaí tôn phylôn*, una de cuyas misiones consistía en suministrar información al gobernador de cuanto ocurría en la ciudad. Consúltese W. Liebeschuetz, *Antioch...*, págs. 122-124.

cambio, quienes los han entregado injustamente viven en la abundancia, o mejor aún, entre toda clase de placeres: suben a Dafne[7], van a cabalgar a sus fincas, acuden a otras ciudades invitados por novios con la idea de adquirir tierras y contemplar el mar. Por el contrario, de los que están encarcelados por su culpa no se acuerdan o no les importan. En cuanto a los ilustres jueces que les han concedido el encarcelamiento que pedían y le dieron más importancia a hacerles un favor a aquéllos que a lo que le correspondía a la justicia, no se encolerizan, ni los llaman a su presencia, ni les exigen una explicación, ni les preguntan qué significa esto, ni dialogan acerca de este asunto como de una impiedad, ni dan a entender en su conversación que no estarían dispuestos a soportar ya tales infamias.

8 Como consecuencia, la prisión está llena de personas porque nadie sale, o muy pocos, pero, en cambio, son muchos los que entran. Resulta que su desgracia es doble: por el mismo hecho de estar encarcelados y porque sea en estas condiciones. Pues ni siquiera pueden conciliar el sueño adecuadamente, ya que ni pueden tumbarse en el suelo para descansar, sino que sólo disponen del espacio que tienen
9 asignado para estar de pie. Así es que, ¿de dónde sale el alimento para a esta gente? Pues dicen que las sopas de los calderos, las escasas legumbres y poco más son mucho menos de lo que es necesario. De manera que, por fuerza, sus mujeres, hermanas e hijas, cuyo sustento les procuraban ellos cuando aún no habían sido encerrados, ahora son ellas quienes tienen que mantenerlos[8]. ¿Y de dónde, Emperador? Porque no es posible que con el encarcelamiento de los

[7] *Vid. supra* la descripción de esta villa en *Disc.* XI 234-243.

[8] La manutención de los presos debía ser completada por los familiares, y algunos se veían por ello empujados a la mendicidad (cf. *Disc.* XX 7; XXVI 32; XXVIII 15 y XXXIII 30).

hombres ellas hayan mejorado sus recursos. Así es que la única solución que les queda a las que son feas y a las que están vencidas por la vejez es mendigar, pero las que tienen algo de belleza deben soportar cualquier cosa. Esto es más amargo para los presos que sus cadenas, pues, sin duda, también ellos han de preguntarse y enterarse de dónde les vienen esos alimentos. Y no basta con eso, sino que también está el dinero que debe salir de cada uno para el guardián, que se encarga de suministrarles a todos una lucerna y que, por tan exigua cantidad de aceite, exige un enorme tributo[9]. Quien, por su pobreza, no lo paga, al momento recibe una paliza, por más que exclame entre golpes: «¡Oh jefe de esta prisión y de cuantos en ella estamos!, salvo este cuerpo que ves, nada tengo, ni padres, ni hijos, ni amigos. Así es que, ¿de dónde voy a sacar dinero para pagar la lucerna si no puedo extraerlo de la tierra, ni tengo quien me lo vaya a traer?». A estas razones, escucha como respuesta: «¿Por qué no haces venir aquí, por medio de los que salen, a una mujer de ésas que se dedican con empeño a obras de caridad y, a continuación, cayendo ante sus rodillas no la convences para que mendigue y reúna algún dinero para ti[10]?». Algunos son capaces de conseguirlo, otros no. Y al que no pueden cogerle nada, les basta con hacerle probar el látigo.

[9] Los abusos y las extorsiones de los carceleros *(phýlakes)* eran moneda corriente en el Imperio Romano. También la mártir cristiana Vibia Perpetua tuvo que sufrir en su prisión de Cartago el hacinamiento y las extorsiones de los soldados que la vigilaban (cf. P. Brown, *El cuerpo...*, págs. 112-113). La administración romana intentó erradicar estas prácticas, como evidencia la ley del 25 de enero del 409 *(Cod. Theod.*, IX 3, 7).

[10] Dentro de la Iglesia, las viudas jugaban un importantísimo papel organizando y financiando obras de caridad. El orador recurre al *páthos* para excitar al piadoso Emperador contra los carceleros, que tanto desprecio muestran hacia las respetables matronas cristianas.

11 Estás llorando, Majestad. Bendito seas por tu extraordinaria bondad. Suponía, por Zeus y todos los dioses, que contemplaría esa reacción. Pero, aunque son espantosas las cosas que he narrado, todavía hay algo peor, si es que la muerte es peor que las miserias a las que me he referido. Porque lo cierto es que perecen, Señor, perecen a millares, entre otras calamidades, por la más terrible: la falta de espacio. De modo que el guardián notifica el hecho, y el gobernador, sin conmoverse lo más mínimo en su alma, ordena el sepelio. Así es que el que formuló la acusación al principio no tiene ningún cuidado, sino que ni siquiera se entera de si ha muerto o no su demandado. Entre éstos perecen lo mismo esclavos que libres, unos sin haber delinquido y otros sin haber hecho nada que merezca la pena de muerte. Pero de todo ello están enterados los dioses todos y especialmente Helios[11], que todo lo divisa, a los cuales no se podría decir que les agraden semejantes abusos. Sin embargo, en comparación con los que salen, los que entran en la cárcel
12 son no menos o incluso más numerosos. ¿Acaso no es espantoso que, si alguien mata a otro peleando en el ágora, ya sea el que empezó la agresión ya la víctima, todos se indignen, griten y se comporten como si fueran parientes del fallecido, aunque no tengan nada que ver con él, y que, en cambio, dé la impresión de que tú te quedas impasible ante la muerte de tantas personas en las prisiones a manos de los gobernadores? Porque, si se dijera que nada de esto sabías, no nos parecería que se hablase con buen sentido. Pues tu

[11] La alusión a Helios como vigiliante de la providencia divina es un motivo recurrente en toda la obra del Antioqueno (cf. *Disc.* XIII 35 y XLII 41). La idea del Sol omnisciente parte del propio Homero (*Il.* III 277 y *Od.* XI 109; XII 323).

Realeza, Emperador, te exige estar al corriente de todo[12]. Hace tiempo que estos asesinos tenían que haber rendido cuentas por estas muertes, pero, si antes no lo han hecho, que por lo menos ahora se produzca una reacción de tu parte.

«¿Qué hay de terrible» —diría alguien— «en que uno 13
que es asesino y que, por esta acusación, ha ido a parar a la cárcel perezca luego de esta forma?». Yo preguntaría con placer a quien tal afirmación hiciese si todos los que perecen de esta guisa han asesinado a otros. Porque si falsas acusaciones, una simple palabra y una pequeña suma de dinero han conseguido encarcelar a personas, y su confinamiento se ha alargado hasta su muerte, ¿para qué vamos a establecer diferencias entre quienes han cometido los mayores crímenes y los que nada o muy poco han hecho? Porque, si bien es cierto que para los que han cometido delitos de envergadura lo adecuado es la muerte, a éstos, en cambio, no debería hacérseles tan larga su cautividad como para que su desdicha culminara con la muerte. Incluso se podría ale- 14
gar en defensa de aquellos mismos criminales un, a mi parecer, justo argumento. Que, en el supuesto de que perezcan sin que se investigue su caso, son objeto de injusticia por no haber disfrutado de un juicio y que, en el caso de que se pruebe su culpabilidad, de nuevo se les ofende por privarles de una muerte rápida. «¿Por qué me haces languidecer»

[12] Libanio propugna la indivisibilidad del poder imperial. La existencia de funcionarios se debe a que el emperador no puede estar en todas partes al mismo tiempo (cf. *Disc.* LI 3). Por tanto, el monarca debe velar por que quienes representan su poder en las provincias no cometan actos de injusticia, pues esto sería como si él mismo fuese el autor material. Así, la desidia *(rhathymía)* de un emperador como Constancio hace que la corrupción se generalice a todos los niveles de la administración (cf. *Disc.* XVI 37 y XVII 8). Por el contrario, la virtud de Juliano le hace invulnerable a la injusticia y al engaño (cf. *Disc.* XVI 27).

—diría alguno de ellos— «si no lo estipula la ley? ¿Por qué
haces que me consuma poco a poco hasta que mi alma aban-
done sólo huesos y piel, si tal pena no se contempla en la
15 legislación?[13]». ¿Qué respuesta podríamos darle a las mu-
jeres de quienes fueron detenidos para prestar declaración y
cuyos esposos dejaron la vida antes del juicio, a pesar de
que en pocos días tenían que haber estado de vuelta a casa
después de haber dicho lo que sabían[14]? Y he aquí lo más
curioso: cuando se produce este tipo de muertes, a los pri-
sioneros que todavía están vivos les sucede que, al mismo
tiempo, se apenan y se alegran. Se apenan por el amigo fa-
llecido y se alegran porque reciben en herencia su sitio. Pero
no mucho tiempo después llega otro para ocupar su lugar.

16 «¿Cómo es que has tolerado esto» —me dirás— «cuando tu deber era reprender a los gobernadores y decirles lo que estás diciendo ahora, e incluso no consentirles que se inhibieran por más que lo deseasen?[15]». ¿Quién ignora cuántas veces los he amonestado y en cuántas ocasiones les he hablado de los que mueren en la cárcel, de cómo cometían una impiedad y no se mantenían en los límites que establece el Estado, y de cómo ellos, en justicia, no tenían más razón para castigar a otros, que ellos para recibir una pena por los

[13] La ley del 30 de diciembre del 380 *(Cod. Theod.*, IX 3, 6) ordenaba el rápido juicio de los reos: «Sobre aquellos a los que la cárcel retiene, ratificamos lo que sigue con abierta determinación: que el castigo llegue veloz al culpable o que la prisión prolongada no atormente al que va a quedar libre». Dicha ley contemplaba el pago de indemnizaciones a los perjudicados y la imposición de multas a los jueces negligentes.

[14] Como tiempo después estipulará la ley *Cod. Theod.*, IX 37, 4, del año 409.

[15] Libanio, en virtud de su cargo *(vid. supra,* n. 7 al *Disc.* II y n. 2 al *Disc.* XXX) tenía facultad para amonestar a los gobernadores. Además, por su rango de *honoratus*, podía asistir a las sesiones de los juicios que éstos presidían.

cadáveres que eran extraídos de las prisiones[16]? Ellos me respondían que se enmendarían, pero lo cierto es que seguían comportándose igual, sin concederles a los presos más respiro que el que duraba su traslado a los umbrales del tribunal. Y éstos eran conducidos de vuelta por el mismo camino con la esperanza de ver mejorada su situación, pero sin haber conseguido nada en realidad. «Porque ¡por Zeus! 17
la enorme cantidad de asuntos sobrepasaba la voluntad de abordarlos, y ellos con gusto se habrían ocupado personalmente de este problema, pero los obstáculos eran más fuertes». ¿Qué significa esto? Que lo expliquen. Sin duda, se refieren a los impuestos y al hecho de que mucha gente deba grandes sumas de dinero y que estos asuntos sean más urgentes que aquéllos, ya que la situación actual requiere dinero[17]. Si yo viera que se consumiese todo el tiempo en este problema, tal vez ni siquiera entonces me faltarían palabras adecuadas a tu dignidad real, por más que ellos hubiesen podido alegar una excusa, aunque no demasiado buena. Pero en verdad, ¿quién desconoce hasta tal punto la actividad de los gobernadores, como para no saber cuánto tiempo dedican a las exacciones y cuánto a los juicios? Hay juicios en 18
abundancia para cuestiones triviales, pero pocos para las importantes. Por ejemplo, en numerosas ocasiones en las que asistí, oí hablar de treinta estateras, o incluso veinte, una fanega de tierra, unos árboles, un esclavo, un camello, un asno, una clámide, una simple túnica y cosas aun más insignificantes que éstas. Se podía oír a gran cantidad de oradores

[16] Los gobernadores estaban infringiendo la ley del 30 de diciembre del 380 (cf. *supra*, n. 13).

[17] Es de suponer que Tisámeno se encontró con serios problemas para hacerse pagar las grandes cantidades que exigía Teodosio para sufragar los gastos de los preparativos de su inminente guerra contra Máximo (cf. *supra*, n. 10 al *Disc*. XIX).

que acompañaban a ambas partes y los largos discursos que cada uno pronunciaba. En no pocas ocasiones, la noche sorprende a los mismos jueces en el tribunal, pero, aunque el proceso les prive de la cena, no por ello ponen fin al pleito[18]. Luego, ¿cómo es posible, excelentes señores, que haya tiempo para compaginar la actividad judicial con las exacciones y que, al mismo tiempo, se diga que las cárceles mantienen encerrados a los prisioneros por causa de éstas? ¿O es que también la atención al problema de los presos, como ocurre con los tributos, es lo último, es decir, las vidas humanas valen menos que el dinero?

19 «Es indiscutible que quienes sufren estos aplazamientos nunca verán desaparecer la razón que les asista en su caso. Porque lo que pueden decir hoy, lo mismo podrían decirlo dos meses o más después». Sin embargo, eso no pasa con los muertos, ni es posible que una persona detenga su alma diciéndole: «¡espera!», sino que, cuando el cuerpo desfallece, es forzoso que ésta se le escape. Pero los gobernadores, que, entretanto, llevan adelante sus procesos por asuntos pecuniarios o se enteran de tales muertes durante la propia instrucción del caso, se creen que ello no causa menoscabo alguno a su dignidad, pues, según creo, menosprecian a los muertos porque ya no existen y a sus parientes porque son
20 débiles. Aun en el caso de que hubiera que conceder que los

[18] Estas quejas, repetidas en *Disc.* XXXIII 10-11, contrastan con un pasaje *(Disc.* LXII 43) en el que nuestro orador protesta por la prisa que se dan los gobernadores en terminar los juicios, lo que no da lugar a que los abogados desplieguen sus recursos oratorios. Lo que está criticando aquí Libanio es el exceso de celo de un gobernador inexperto. La legislación posterior *(Cod. Theod.*, II 1, 8, del 395) descargó a los gobernadores de la tarea de juzgar asuntos menores, para que pudieran concentrarse en los delitos de sangre. Cf. A. F. Norman, «Libanius: the Teacher in an Age of Violence», en el volumen colectivo G. Fatouros, T. Krischer, *Libanios,* Darmstadt, 1983, pág. 157.

bienes materiales son más preciosos que las vidas, está fuera
de toda duda que los bailarines, actores, caballos y conduc-
tores no lo son[19]. Luego, ¿qué hacen ellos para que preten-
dan merecer el sobrenombre de «los salvadores»? Acuden a
la carrera para asistir a este espectáculo, para asistir a aquel
otro, unas veces invitados y otras sin serlo. Incluso, en al-
gunas ocasiones son ellos mismos los que se invitan. Pues,
¿cómo no va a ser así cuando ellos mismos se ocupan de
que sus invitadores acudan regularmente a sus puertas[20]?
Y, si alegan que era una obligación y temían el perjuicio 21
que su ausencia causaría, están mintiendo. Porque la tarde
está exenta de este temor y la obligación de asistir es cosa
de unos pocos días, no de todos[21]. Mas ellos acuden diaria-
mente a todas horas y no por ello descuidan la recaudación
de los impuestos. Sin embargo, cuánto mejor y más humano
es ayudar a las personas que están sumidas en la desgracia,
en la medida en que es posible, que esperar a que anochezca en
vanos espectáculos y comentar durante la cena lo bien que

---

[19] Libanio rechazaba los actos multitudinarios. En su *Autobiografía* (*Disc.* I 5) explica cómo su primer gesto tras su conversión a la retórica fue rechazar una invitación de su tío Panolbio a asistir a los Juegos Olímpicos de Antioquía del año 328, de los cuales era organizador. JULIANO también adopta esta actitud y censura en su *Misopogon* la excesiva afición de los antioquenos a los juegos y espectáculos.

[20] Alusión a las *salutationes* o visitas a los gobernadores por parte de los ciudadanos importantes (*vid. supra,* n. 97 al *Disc.* XI). Pese a sus críticas, Libanio no desaprovechó la ocasión de hacer lo mismo, como en la época en que el prefecto Estrategio Musoniano estuvo en Antioquía. En aquella ocasión utilizó su amistad con el prefecto para socorrer a gente humilde que sufría los abusos de los más poderosos, pues «el poder tiene la facultad de conceder otros muchos favores sin necesidad de violar la ley» (*Disc.* I 107).

[21] Según la ley *Cod. Theod.* XV 5, 2 del 386, los gobernadores no podían asistir a las celebraciones públicas excepto en los aniversarios imperiales, y en estos casos sólo por la mañana (*ante meridiem*).

salieron los aurigas y las tretas que cada uno ingenió contra sus oponentes.

22 ¿Cuál es, por tanto, la explicación de que unas obligaciones las descuiden y en otras, en cambio, tengan tanto empeño? Entre los gobernadores se ha extendido una funesta creencia: que todos los demás asuntos son insignificantes y carecen de importancia, y que lo único bueno para ellos son los gritos de elogio[22] que les dispensa la multitud y que les estén agradecidos por los placeres que suministran a la chusma. Así es que, renunciando a obtener con su comportamiento intachable una buena fama entre quienes tienen sentido común, se muestran condescendientes en todo lo que creen que les sirve para arrastrar a su favor a esos holgazanes y zánganos, unos aceptando las costumbres de sus

---

[22] Se trata de las famosas aclamaciones populares *(euphēmíai)*, que, desde Constantino *(Cod. Theod.* I 16, 6, del 331), eran contempladas por el poder imperial como un indicador de la popularidad del gobernador. Este hecho benefició a la claque del teatro, un grupo de no más de cuatrocientos animadores profesionales, en su mayoría extranjeros, cuya profesión consistía en aplaudir por un sueldo a los actores en el teatro. Empezaron a cobrar una importancia inusitada a partir del 380 aproximadamente y, al parecer, controlaban a las masas populares mediante sus hábiles técnicas para provocar lo mismo aplausos que gritos de desaprobación. Los teatros empezaron a convertirse en el canal habitual para que el pueblo hiciera llegar al gobernador sus quejas y su opinión política. Algunos gobernadores, con el objeto de ganarse las aclamaciones del populacho, dirigido por estos profesionales del aplauso, comenzaron a prestar demasiada atención a las reclamaciones orquestadas por la claque. Hasta tal extremo llegó el problema, que algunos personajes importantes de la ciudad llegaron a contratar sus servicios para lograr sus objetivos ante el gobernador. Libanio escribió un discurso, el XLI, destinado a prevenir al gobernador Timócrates para que desoyera las propuestas de la claque en el teatro, y en el *Disc.* XXXIII censura al *consularis* Tisámeno precisamente por su buena disposición a obedecer en todo a la turba. Sobre la claque, consúltense W. Liebeschuetz, *Antioch...*, págs. 208-219 y 278-280, y R. Browning, «The Riot...», págs. 16-19.

predecesores y otros añadiendo otras nuevas a las anteriores. Y si logran escuchar el graznido de las grullas, entonces se sienten dichosos. En consecuencia, esa gente es importante, mientras que los decuriones son humildes y con frecuencia tienen que recurrir a la ayuda de aquéllos para escapar a la cólera de los gobernadores. Esto y otros muchos factores son los que destruyen a los prisioneros. Pero los gobernado- 23
res alegan que se ven envueltos en un mar de asuntos. Sí, pero los que os permiten gastar en vano tantos días de cada mes, los que os dejan tiempo para estableceros en Dafne y recibir y procurar allí vergonzosos deleites. ¿O acaso diréis que también entonces cobráis el tributo a quienes lo deben? Pero si éste es precisamente el primer motivo por el que adoráis aquella total licencia que reina en Dafne, ya que en eso consiste la fiesta, en no abstenerse de nada indigno[23]. Justamente, Soberano, por esta razón se entregan a ella con alegría, porque en ese momento no se acuerdan en absoluto del dinero que se le debe a tu tesoro. Y lo más ilógico de to- 24
do es que el gobernador, que no tiene que ir de un lado para otro en persona ni se encarga de arrestar a los que deben dinero, mencione el cobro del tributo para excusarse. Porque sabemos quiénes se encargan de hacerte tales servicios, mien-

[23] Alusión a la fiesta orgiástica de Maiuma, que con desprecio menciona Juliano *(Misopogon* 362d). Libanio habla de esta fiesta en otros pasajes *(Disc.* X 14; L 11 y XLI 16) y nos informa de que un «moderado y prudente emperador» puso fin a esta celebración, posiblemente Juliano. Nuestra mejor fuente sobre el festival es MALALAS *(Chron.* 284-285). La fiesta, de origen sirio, tenía lugar en Dafne cada tres años en honor de Dioniso y Afrodita y se celebraba durante treinta días en mayo. El principal atractivo de la fiesta para los antioquenos, el desenfreno y la pérdida de vigor de las normas habituales de convivencia, era precisamente lo que provocaba el rechazo de nuestro autor. Cf. W. LIEBESCHUETZ, *Antioch...*, págs. 230-231; G. DOWNEY, *A History...*, págs. 234, 444 y 456 y J. MARTIN, *Libanios...*, pág. 320.

tras que la tarea del gobernador se limita a decir lo que hay que hacer y dar su aprobación al que lo cumple, y al que no, azotarlo[24]. Sin embargo tú[25] les ocultas a tus ilustres anfitriones esta ocupación y no les dices que no puedes reclinarte y beber durante una parte tan amplia del día, y tal vez no estés cometiendo ninguna falta por ceder a estas invitaciones de tus amigos. Pero cuando un asunto de la mayor importancia requiere tu sentencia, no haces un hueco, sino que te ves abrumado y la enorme multitud de las demás ocupaciones te tiene aplastado bajo su peso, como si aquellos asuntos a los que te refieres dejaran tiempo para las copas, pero les negasen la salvación a unas personas.

25 Quiero hacerte un relato de la indolencia de estas personas con respecto a estas cuestiones. Perece apuñalado de noche un hombre en el campo, y sus asesinos sólo tuvieron que darse a la fuga, mientras que los esclavos reaccionaron ante este ataque deslizándose bajo su lecho y considerando que bastante tendrían si conseguían salvarse. Este señor había muerto sin descendencia y aquellos a quienes había hecho dueños de sus bienes por testamento no debían, según la ley, omitir ningún medio que ofreciera la esperanza de que los asesinos fueran castigados de algún modo[26]. En efecto, unas personas son arrestadas porque la aldea comentaba que no había nada claro, pero se sospechaba que ellos eran los
26 autores del asesinato. Por tanto, los herederos, que se presentaban una y otra vez ante el magistrado de turno, le pedían que iniciase una investigación sobre el crimen. Pero les

[24] En caso del impago del impuesto, el gobernador podía mandar azotar al curial encargado de su recaudación. Véanse W. Liebeschuetz, *Antioch...*, pág. 165, y A. F. Norman, «Libanius. The Teacher...», pág. 159.

[25] *Sc.*, el gobernador.

[26] Cf. *supra, Disc.* XXX 25.

respondían que desvariaban por no dejar libre el tribunal para los que pleiteaban por cuestiones económicas[27]. Transcurridos siete meses, en los que era forzoso ocuparse del fenecido, después de que presionaron al que ostentaba el título de gobernador, este señor convierte en tribunal el pórtico que hay delante del Dioniseo[28]. Y, cuando iba a comenzar el juicio, escucha a los que habitan en cuevas entonando sus cánticos particulares y que se dirigían hacia aquí, lo cual suelen hacer por el verano[29]. De modo que, dando un salto de su sillón, se alejó lo más rápido que pudo, porque, al parecer, no era justo hacer algo justo en presencia de aquéllos[30]. Después de haberse marchado, ya no prestó atención a los demandantes, y fue responsable de que ellos se quedaran privados de su hacienda, ya que fueron forzados, por la duración del tiempo transcurrido, a tomar sólo una pequeña parte del producto de la tierra, además de que cinco reos perecieran, porque estaban bajo sospecha, sin que se hubiese probado su culpabilidad. De éstos, uno podría haberse salvado por habérsele considerado culpable sin motivo, e in-

[27] *I.e.*, las relacionadas con el impuesto.

[28] El templo de Dioniso en Antioquía, construido en tiempos de Augusto, se encontraba cerca del monte Silpio, en el barrio de Epifanía (MALALAS, *Chron.* 234). *Vid.* G. DOWNEY, *A History...*, págs. 179-180, y R. A. PACK, *Studies in Libanius...*, pág. 117.

[29] Los monjes, que solían hacer su vida en las zonas rurales.

[30] La reacción de Tisámeno no deja de ser sorprendente, tratándose de un cristiano. ¿Acaso no deseaba ser visto cumpliendo sus obligaciones judiciales ante un templo pagano? Es posible que los herederos abordasen al gobernador en plena calle y que, merced a la urgencia del asunto, éste accediese a improvisar una vista en el pórtico que había delante del Dioniseo, dado que el palacio imperial quedaba muy lejos y el sitio era idóneo para protegerse de la canícula. Pero la mala suerte hizo que apareciesen los monjes en procesión, por lo que el gobernador se vio obligado a suspender al instante el juicio.

cluso tal vez hasta todos ellos. Créeme que tales negligencias se cometen cada año, Majestad.

27 Hay algunos que se valen de cualquier medio para poder acceder a una magistratura y, una vez que han accedido, afirman que no es su temperamento someter a tormento a un hombre golpeándole los costados ni entregarlo al verdugo para que le aplique la espada[31]. A éstos les diría yo que, si fueran conscientes de su propia naturaleza, tendrían que dedicarse a la vida privada y no desear un mando, si es que son incapaces de gobernar. Porque también es tarea de un gobernador ser capaz de cumplir con esas obligaciones. Mas ellos han reconocido su incapacidad para ejercer el mando. Porque si, en efecto, los asuntos de Estado requieren ambos procedimientos, las torturas y las ejecuciones, y el gobernador va a rehuir lo uno y lo otro, ¿cómo podría serlo, si no es capaz de cumplir con todas las responsabilidades del puesto? Porque sólo gracias al suplicio es posible hallar la verdad en numerosas ocasiones y, con la ejecución de quienes han sido culpables, tal vez pueda hacerse más comedido al-
28 gún delincuente. Ésa es precisamente la función del gobernador: enviar a morir a quien no merece la vida y contener a los demás con el temor a similar castigo. Compete al gobernador, que está encargado de defender las leyes, hacerle la guerra a todo aquel que las contravenga. Si tuvieras torpes los pies, no te pondrías a competir en carreras de velocidad, sabiendo que no es labor adecuada para tus pies. ¿Por qué, entonces, te dedicas a gobernar sin ser capaz de sacar a la

---

[31] Acerca de la doble moral de los gobernadores cristianos, *vid. supra,* n. 24 al *Disc.* XXX. Libanio no se opone ni a la pena de muerte ni a la tortura de los testigos, pues ambos expedientes estaban contemplados por la ley, sino a la violencia ilegal y gratuita, así como a la aplicación de la pena de muerte indirecta a personas que no habían sido condenadas por un tribunal.

luz los delitos, ni de pronunciar la palabra que preste un servicio a lo que ordena la ley? ¿Es que consideras espantoso que, si emites tu veredicto, muera alguien con justicia y no te parece horrible que, si guardas silencio, perezcan muchos otros de manera injusta?

Pese a todo, Majestad, concedamos a estas personas no 29
aptas para el mando y tan escrupulosas que su sentimiento sea comprensible. Pero cuando unos hombres provocan con sus latigazos ríos de sangre en los tribunales y siguen dando golpes una vez que las víctimas han exhalado el alma, aunque no ultrajan sino vana arcilla[32], y, a causa del pánico, inducen a arrojarse a los ríos a unos y a otros a ahorcarse; cuando, en efecto, estos señores envían ejércitos enteros a la cárcel y, pretextando que pretenden dar vigor a las leyes, pierden el tiempo en otros asuntos, como para dar la impresión de que son muy humanitarios, ¿cómo es posible que no se sofoque uno de cólera? Me parecería interesante que és- 30
tos conocieran el método de aquel fenicio[33] y lo imitasen, pero me da la impresión de que están enterados y no desean imitarlo. ¿Cuál era el método de ese hombre? De los prisioneros que había en Palestina, a unos los castigó y a otros los liberó, acomodándose en ambos casos a lo que era justo. A continuación, permitió que hubiera en cada prisión comerciantes, toneles, copas y bebida acompañada de cantos. Tal fue la rapidez con que encontraba la solución para cada uno

[32] Paráfrasis de HOMERO (*Il.* XXIV 54).

[33] PACK (*Studies...*, pág. 119) identifica a este fenicio con Andrónico 3, antiguo alumno de Libanio y gobernador de Fenicia en 360-61. Para ello se apoya en un pasaje (*Disc.* LXII 56-57) donde el sofista elogia la gestión de su antiguo alumno y su lucha contra los abusos inherentes a los procesos judiciales y a las cárceles. Sin embargo, Andrónico no era de Fenicia, sino de Constantinopla (cf. *Ep.* 150). Cf. O. SEECK, *Die Briefe...*, págs. 71-75.

de los casos que se le iban presentando, que ya no tenía necesidad de cárceles.

31 Ciertamente, uno de los actuales gobernantes[34], adelantándose, dirá que él ha llevado a cabo la misma política y que también hizo que las flautas entraran en la prisión. Es cierto que entraron flautas, pero hicieron que la representación fuera tan ridícula, que los prisioneros terminaron por quedar en una situación aún peor. Porque no les estaba ofreciendo un receso de su tormento, sino que simplemente los cambió de lugar, porque se les seguía manteniendo encerrados. Efectivamente, los envió a la prisión del segundo magistrado[35] haciendo que las personas se apiñasen unas con otras, con el resultado de que hasta perecían por aplastamiento. Ése fue el deleite que los desgraciados extrajeron de aquellas deliciosas flautas. Luego, no muchos días después, su prisión contenía más gente que antes. Y eso no le pasaba desapercibido al gobernador, sino que era decisión suya.

32 Muéstrese también en este problema el brillo de tu humanidad, Alteza. Que has establecido una ley sobre la duración del arresto[36], que viene a socorrer a quienes sufren encarcelamiento y cuyo objetivo sé bien que es su seguridad. No obstante, también sé lo siguiente: que, a pesar de que ha quedado escrita la ley, se dan las mismas circunstancias que hubiesen tenido lugar en caso de que ésta no existiese. Porque, como no hay jueces que tengan la voluntad de consolidarla, es solamente vana palabrería[37] y no socorre a los que sufren injusticia haciendo que, en virtud de sus efectos, se

---

[34] Dinias, *comes Orientis* del año 386 (cf. *Disc.* I 251 y XXXIII 6-7).

[35] El gobernador, designado como «segundo magistrado» *(deútera arché)* por ser el subordinado inmediato del *comes Orientis*, máxima autoridad que se encontraba en ese momento en la ciudad.

[36] La ley *Cod. Theod.* IX 3, 6. Cf. *supra*, n. 13.

[37] Mismo argumento *infra*, *Disc.* XLVII 37-38.

imponga a los que han delinquido. Cuando tú, noble Señor, 33
dictas las leyes que son adecuadas, pero los encargados del poder judicial apenas si las tienen en cuenta y hacen que prevalezca su propio designio por encima de tus decretos, no es conveniente que lo ignores ni que, aun sabiéndolo, muestres fácilmente indulgencia, sino que a esta gente hay que situarla en la categoría de los que se sublevan y, como tales, hay que aborrecerlos. Porque estos señores te privan, en la medida de sus posibilidades, de la gloria que te corresponde, dado que arrojan la infamia sobre las obras de quienes se esfuerzan y viven por el bienestar de las provincias y las dejan sin efecto con sus actos. Si el primero que se atrevió a actuar de esta manera hubiese recibido un castigo del legislador, las leyes hubiesen mantenido su vigor. Y, en ver- 34
dad, me parecería importante también lo siguiente: que, cuando se vanaglorian de embellecer las ciudades, sean también capaces de mostrar algo de previsión con las prisiones, pues con ello se podría obtener un gran beneficio con poco dinero. Porque, si es su deseo encarcelar a cuantos más hombres mejor, es evidente que no tendrían que despreocuparse del espacio físico que haya de acogerlos. Pues los hombres libres no necesitan tanto la alegría de los muros como los prisioneros poder soportar sus males en un espacio desahogado.

XLVII

SOBRE LOS PATRONAZGOS

INTRODUCCIÓN

El *Disc.* XLVII es, sin lugar a dudas, uno de los discursos políticos del orador antioqueno con mayores problemas de interpretación. La primera dificultad la encontramos en la datación, que ha resistido todos los intentos llevados a cabo para asignarle una fecha exacta[1]. Tampoco resulta fácil valorar en su justa medida los datos que nos ofrece nuestro orador. Basta una lectura superficial para percibir la postura interesada del sofista en la exposición del problema que motiva sus quejas.

Libanio denuncia la progresiva expansión de un fenómeno que amenaza con arruinar el orden político y social, no sólo de la ciudad, sino también del propio Imperio: el patronazgo militar. Los pequeños propietarios de las tierras de la campiña siria recurren a los militares acantonados en

---

[1] Parece seguro que, al menos, la fecha de redacción debe ser situada entre los años 386 y 392. Cf. L. Harmand, *Discours sur les Patronages*, París, 1955, pág. 73, y P. Petit, «Recherches...», pág. 507. Las referencias al problema gótico y a la usurpación de Máximo (§ 35) hacen pensar en una fecha posterior al 388. Cf. A. F. Norman, *Selected...*, vol. II, pág. 498. Sobre la difusión del *Disc.* XLVII cabe decir lo mismo que con respecto al *Disc* XXX. *Vid. supra*, la introducción a ese discurso.

las aldeas de cierta importancia para que éstos les den su protección a cambio de compensaciones en especie o en metálico. Una vez firmado el pacto, el campesino recupera lo invertido realizando actos de pillaje que quedan impunes gracias al protector. Pero el problema se agrava aún más cuando los curiales encargados de percibir el impuesto imperial se ven incapacitados para exigir lo adeudado a los confiados campesinos. Como consecuencia, el decurión no tiene más remedio que vender sus tierras y abandonar forzosamente la curia. Sin embargo, continúa el sofista, no sólo han recurrido a este procedimiento ilegítimo los pequeños propietarios, sino que hasta se han atrevido a ello los jornaleros de los grandes terratenientes, como le ocurrió a él mismo con unos arrendatarios judíos. Éstos trabajaban desde cuatro generaciones atrás sus tierras familiares sin que, hasta la fecha, hubieran existido problemas. A la vista de que no se avenían a razones, el orador optó por denunciarlos ante el gobernador, quien, para su sorpresa, cedió ante la presión del nuevo patrón militar de los judíos. Él, un *honoratus,* un afamado sofista, era motivo de risa para unos simples agricultores. Para Libanio es indiscutible que esta nueva forma de patronazgo constituye una seria amenaza para el orden social y político, pues es causa directa del debilitamiento de la curia, órgano vital para el funcionamiento de la vida municipal, y reduce los ingresos del tesoro público, lo cual disminuye peligrosamente la capacidad militar de un ejército plagado de oficiales corruptos, más interesados en aumentar su patrimonio que en defender al Estado.

El problema fundamental que plantea este discurso es determinar si nuestro autor nos está hablando de un problema nuevo con el alcance que éste le asigna, o si exagera de forma consciente las consecuencias del patronazgo militar a causa de su problema personal con los colonos judíos.

En primer lugar, hay que dejar claro que Libanio no arremete contra la institución del patronazgo como tal. Muy al contrario, lo consideraba un medio eficaz para remediar situaciones injustas que no podrían ser evitadas de otro modo. Si echamos una ojeada a su abundante producción epistolar y a algunos de sus discursos, comprobamos que el rétor dedicó buena parte de su tiempo a utilizar su influencia para socorrer a amigos en apuros o para conseguir tratos de favor a antiguos alumnos con vistas a procurarles un puesto en la administración imperial. Sus iras van dirigidas al uso indebido del patronazgo y al intrusismo de la institución militar en una actividad hasta entonces reservada a los miembros más poderosos de la sociedad civil. En el discurso queda bien patente la diferencia entre el patronazgo moralmente aceptable, tendente a la protección frente a la injusticia, y el que supuestamente practican los militares, que se orienta precisamente a dejar impunes los delitos de sus protegidos. Además, los favores que él dispensa no tienen ánimo de lucro, lo que no podía decirse del patronazgo militar[2].

La cuestión más importante es si el patronazgo militar constituyó, como afirma Libanio, un problema nuevo con repercusiones graves en la vida municipal y en la recaudación del impuesto. Esta cuestión ha dividido a los eruditos y ha creado vivas polémicas[3]. L. Harmand defiende la tesis de que nuestro autor está refiriéndose a un fenómeno completamente nuevo en aquella época: el patronazgo de los milita-

[2] En el *Disc.* XXXIX arremete Libanio contra Mixidemo, un curioso personaje de baja extracción que aprovechó sus buenas relaciones con los gobernadores para enriquecerse vendiendo favores.

[3] L. Harmand, «Une étude de la vie municipale d'Antioche sous le Bas-Empire», *Rev. des Étud. Grec.* (1960), 460-463, lanza un duro ataque contra la excelente monografía de Petit por haberse opuesto a su punto de vista en esta cuestión.

res en la zona rural, de perniciosas consecuencias para la vida sociopolítica. P. Petit, por el contrario, se inclina a pensar que el orador se está refiriendo a dos fenómenos completamente distintos: el patronazgo militar sobre el campesinado sirio, con escasas consecuencias en la vida municipal, y su problema personal con los colonos judíos, que se habrían buscado el apoyo de un *stratēgós*, tal vez el *magister militum per Orientem*, para protegerse en su juicio contra Libanio. Por tanto, el sofista habría exagerado la magnitud del problema del patronazgo militar para situar su problema personal en el contexto deseado[4].

De la obra de Libanio no se desprende que exista un conflicto importante entre la ciudad y el ejército que refleje la existencia de un problema tan grave como el que se denuncia en este discurso. Pese a la dramática escena del curial abandonando las tierras de su familia entre lágrimas, no conocemos muchos casos en que un decurión se haya visto en la ruina como consecuencia de la *decaprotia*[5]. Tampoco alude el autor a este patronazgo militar en el resto de su obra, aunque sí nos da a conocer otras prácticas abusivas que interesadamente omite en este discurso: la opresión que ejercían los poderosos de la ciudad sobre los más débiles, de lo que queda clara constancia en el *Disc.* XLV, y la impotencia de éstos ante los patrones tradicionales, que tenían acceso directo a las autoridades municipales. También resulta sospechosa su hostilidad hacia los militares y la molestia que se toma en detallar los medios de que éstos se valen para enriquecerse. Da la impresión de que sus palabras le vienen dictadas por el rencor.

---

[4] Cf. P. Petit, *Libanius et la vie...*, págs. 188-189.

[5] *Ibidem*, pág. 157.

El patronazgo militar debió de ser el recurso desesperado de unos campesinos que debían de sufrir una presión tal por parte del fisco y de los más poderosos que no vieron otro escape que buscar la protección de quienes tenían más cerca: los militares. La dependencia de patrones ambiciosos y poderosos llevaba al campesino a una dependencia que, en muchos casos, apenas sí se diferenciaba de la esclavitud[6]. Precisamente, el rétor compara de modo inconsciente a sus arrendatarios judíos con esclavos (§ 21). En este discurso, Libanio abandona la defensa de los menesterosos para alinearse con los de su misma clase: los curiales empobrecidos. Pero pasa por alto un aspecto importante del problema: el beneficio que los *principales* y los *honorati* sacaban de esta situación al poder comprar a bajo precio las tierras de sus compañeros arruinados[7]. Sin duda, el orador no miente cuando alude a la existencia de un patronazgo militar, que se extendía más cuanto mayor era la presión fiscal. Sin embargo, no hay pruebas de que el problema supusiera en vida de Libanio una amenaza seria para la estabilidad de la vida municipal y del Imperio.

El *Disc.* XLVII ha llegado hasta nuestros días en tan sólo siete manuscritos de los ss. XIV y XV, excepto el *Augustanus* (s. X). La *editio princeps* vio la luz en Ginebra el año 1631, a cargo de Jacobo Gothofredus. También son escasas las traducciones a lenguas modernas, pues sólo contamos con la versión francesa de L. Harmand y la inglesa de Norman.

---

[6] Cf. W. LIEBESCHUETZ, *Antioch...*, pág. 198.

[7] Cf. P. PETIT, *Libanius et la vie...*, pág. 152.

XLVII. SOBRE LOS PATRONAZGOS

Si no hubiera visto durante mucho tiempo y en numerosos asuntos que tú, Emperador, te alegras de la buena fortuna de tus súbditos y que no deseas que nadie sea ultrajado por nadie, yo hubiera sido el primero en exhortarme a mí mismo a permanecer inactivo y no hubiese molestado ni incomodado a quien no me iba a escuchar gustosamente. Pero como tu carácter[1] me daba esperanzas de que te causaría agrado con mis palabras y no sólo de que te persuadiría, sino de que incluso ganaría buena fama por mi buena disposición hacia ti, por eso vengo aquí alegre y con buen ánimo a darte un consejo, que será considerado más tuyo que mío, ya que tú eres el que puede dar valor a lo que te deje dicho haciendo que, además, se lleve a la práctica, sin lo cual mis recomendaciones no serían sino vana palabrería. Yo sé, Señor, que los que se van a sentir ofendidos —se trata de los que hacen medrar su hacienda a costa de las desgracias ajenas— son numerosos y tienen poder[2]; creo que se van a en-

1 (at "numerosos"), 2 (at "Señor")

[1] Sobre el manido tema de la *philanthrōpía* de Teodosio, *vid. supra*, n. 17 al *Disc.* XIX.

[2] Los militares, culpables del patronazgo denunciado en el discurso. Sin embargo, es posible que el sofista esté pensando también en los miembros más poderosos de la curia, los *prôtoi* o *principales*, así como en los

colerizar y que buscarán castigarme, pero que jamás lo conseguirán, ya que tu cabeza está protegida por los dioses[3], que sienten veneración por tu vida. Porque tú no vas a desear traicionar a tu consejero ni, en caso de que trates de auxiliarme, te van a faltar los medios. Por consiguiente, ¿por qué hay que callarse por sentir un vano miedo, si gozo de tan grande seguridad?

3 En efecto, yo desearía que les fuera bien a los que están al frente de todo el ejército[4] y a quienes, bajo sus órdenes, están al mando de las secciones[5], y que vivan felices tanto los unos como los otros. Pero, por cierto, que ni tengan ga-

---

honorati, que aprovechaban la desgracia de sus colegas de menor rango para adquirir sus tierras a buen precio (cf. *Disc.* XLVIII 37 y la introducción). Para la división de la curia, *vid. supra,* n. 98 al *Disc.* XI.

[3] Es sorprendente el empleo de una invocación puramente pagana para dirigirse a un celoso cristiano como Teodosio, lo que refuerza la teoría de que el discurso no fue en realidad enviado al Emperador.

[4] Desde la reforma de Constantino, el mando supremo del ejército, al que Libanio alude aquí con la vaga expresión *toùs tôn hólōn árchontas,* dejó de corresponder a los prefectos, que perdieron su carácter militar, y pasó a manos de un nuevo cuerpo especializado, los *magistri militum,* a los que nuestro autor prefiere referirse con el término más clásico de *stratēgoí.* Cf. A. Chastagnol, *L'évolution politique, sociale et économique du monde romain de Dioclétien à Julien. La mise en place du régime du Bas-Empire (284-363),* París, 1982, págs. 260-262, y A. H. M. Jones, *The Later...,* págs. 607-608. El *magister militum per Orientem* tenía una residencia estable *(katagōgḗ)* en Antioquía, según se desprende de lo que nos dice el sofista en *Disc.* XXII 17. Sin embargo, Libanio no habla con frecuencia de este poderoso funcionario, tal vez por las distantes y a veces tensas relaciones entre el estamento militar y la ciudadanía. Cf. W. Liebeschuetz, *Antioch...,* págs. 114-118.

[5] Los ejércitos acantonados en las grandes aldeas *(kômai megálai)* de Antioquía (cf. *infra,* § 4) debían de ser de *comitatenses,* cuerpo móvil creado por Diocleciano para asistir, en caso de urgencia, a los ejércitos fronterizos *(limitanei).* Los jefes de sección a los que alude Libanio son tal vez los *tribuni* o *praepositi.* Cf. A. H. M. Jones, *The Later...,* págs. 640-646.

nancias vergonzosas ni sean autores de todo tipo de fechorías, las cuales se llevan a cabo hoy en día muy frecuentemente. Así es que escucha, Majestad, y entérate.

Hay grandes aldeas que pertenecen a muchos propieta- 4
riòs[6]. Éstas acuden a los soldados acantonados[7] en busca de ayuda, no para evitar sufrir daños, sino para tener ocasión de causarlos. Y el salario que les dan son los productos de la tierra, trigo, cebada y frutos de los árboles, o bien objetos o monedas de oro[8]. De manera que, escudándose en la fuerza de los soldados, los donadores tienen comprado el permiso para hacer todo lo que deseen. Y ahora se dedican a causar estragos a los vecinos, ya sea saqueando sus tierras, cortando sus árboles, ya robándoles su ganado, sacrificándolo, troceándolo y, finalmente, dándose un festín con él. A su vez, cuando, al contemplar el espectáculo, los dueños de todo esto rompen a llorar, ellos ríen llenos de gozo y tan lejos están de sentir temor, no sea que alguien se entere de ello, que incluso se añaden a sus actos las amenazas y el no abs-
tenerse de cometer otras fechorías. Todo esto, Señor, segu- 5

---

[6] Los pequeños propietarios libres o *convicani.*

[7] En este patronazgo rural no intervienen los oficiales del ejército. Se trataría más bien de un tácito acuerdo entre los campesinos y los soldados *comitatenses,* a los que se suele aludir con el término genérico de *stratiôtai.* Los soldados recibirían las atenciones de los campesinos a cambio de su ayuda en caso de conflicto en una zona donde las autoridades eran ineficaces. Este tipo de patronazgo tendría escasas repercusiones en la vida municipal, dada la poca influencia que un soldado podía tener en la ciudad.

[8] En el original se lee *ê chrysòs ê chrysíou timê.* Libanio emplea cuatro términos para el sistema de cambio monetario: *khrysós, khrysíon, árgyros* y *argyríon.* El sufijo *-ion* alude a la moneda acuñada, pero los términos *khrysós* y *árgyros* no están claramente definidos. Es posible que, en este contexto, el vocablo *khrysós* se refiera a objetos de oro. Un estudio de la cuestión se encuentra en W. LIEBESCHUETZ, *Antioch...,* págs. 84-86.

ramente te parecerá espantoso, pero todavía no has escuchado lo más importante, si es que, en realidad, las hijas tienen más importancia que las cabras y las ovejas: ni siquiera a ellas las respetan. Así es que, ¿para qué voy a referirme a golpes y humillaciones, o a cómo mujeres arrastran a mujeres agarrándolas por los pelos, a cómo inutilizan los pozos para sus dueños con las sustancias que en ellos arrojan, a cómo los privan de sus ríos y, al quedarse sin éstos, se quedan también sin sus jardines? Entretanto, mantienen a los soldados, unos a más y otros a menos[9], los cuales, la mayoría de las veces, se encuentran sentados en medio de las aldeas, adormecidos por el exceso de vino y de viandas. De manera que, si alguno de los que han sido ofendidos, ciego de dolor, decidiera vengarse, y algún golpe alcanzara también a un soldado, a continuación este hecho constituiría la perdición para el causante de la herida, al no tener excusa alguna por ningún medio. Pues su obligación era reprimirse y soportarle al soldado cualquier afrenta, por muy borracho que estuviese; en ese caso de nada sirven las leyes.

6 Esto es lo que ha convertido en bandidos a los agricultores. Esto es lo que ha puesto en sus manos el hierro, no el que es amigo de la tierra, sino el que mata. Pues, a medida que crece su poder gracias a los soldados estacionados en la región, su audacia va en aumento. Mientras tanto, los guardias de la provincia[10], como el proverbio, los ven y no los ven, pues saben que a un alto precio pagarían su ayuda a los que yacen pisoteados por culpa del patrón. Porque, efec-

[9] Como revela este pasaje, los favores otorgados a los soldados no podían ser de gran cuantía, pues, de otro modo, difícilmente podrían satisfacer los campesinos a varios patrones.

[10] Sobre estos *árchontes* o *phýlakes tês chṓras*, *vid. supra*, n. 6 al *Disc.* XLV.

tivamente, ése es el nombre[11] que han dado a tantos desalmados, nombre que, a mi entender, les cuadra mejor a quienes, con su justo auxilio, han evitado que los débiles sufran injusticias y les han devuelto la confianza.

Esta clase de patronazgo surte el efecto contrario. Da 7
fuerzas para maltratar a los demás, entre los que se encuentran también los que recaudan el impuesto[12]. Desearía que éstos se encontraran aquí presentes a mi lado y que proclamaran cuánto han padecido. Sin duda lo harían entre lágrimas, porque, prósperos que eran antes, ahora son pobres[13]. ¿Deseas enterarte de cómo han llegado a este estado, Emperador? Acuden a esas aldeas que se encuentran fortificadas por los generales con la intención de recaudar el impuesto, porque tienen encomendada esta tarea y prestación. A continuación, reclaman el dinero, al principio con suavidad y con las mejores palabras, pero, cuando son despreciados y objeto de burlas, ya lo piden irritados, levantando la voz y como es natural que hagan quienes no han obtenido una justa respuesta. Acto seguido, amenazan a los cabecillas, pero en vano, porque son menos numerosos que los que se ganan la vida en las aldeas. Luego los capturan e intentan llevárselos consigo. Entonces ellos demuestran que tienen piedras en su

[11] *Prostátēs*. Libanio se asombra de que el *patrocinium* ejercido por los soldados reciba de los campesinos el rango de *prostasía*, nombre que habitualmente estaba reservado a los miembros poderosos de la sociedad urbana y a los funcionarios imperiales.

[12] Los curiales. *Vid. supra*, n. 93 al *Disc.* XI.

[13] Pese a la insistencia de Libanio, debieron de ser muy excepcionales los casos en que el ejercicio de las liturgias, incluida la percepción del *phóros*, acarrease la ruina al curial. Sólo conocemos el nombre de Acontio por la *Ep.* 1495. Véase la introducción y P. Petit, *Libanius et la vie...*, págs. 157 y 333.

8 poder. Por tanto, como los recaudadores[14] reciben heridas en lugar de frutos, se vuelven a la ciudad mostrando por la sangre de sus mantos lo que les ha pasado. Y no tienen a quien se indigne por ello, ya que lo impide el poder de quien ha recibido la paga. Por añadidura, los desgraciados tienen que oír que ellos deben poner de su bolsillo el dinero o recibir latigazos hasta desfallecer[15]. Y ellos, al verse en la obligación de hacerlo, como no tienen esperanza de que esta suma pueda salir de sus tierras y temen recibir nuevas heridas, ya que no poseen oro ni plata, venden a sus criadas entre gemidos de dolor; venden a sus asistentes, hijos de sus
9 nodrizas, que se cogen de las rodillas de su vendedor. Y se dirigen hacia sus campos, pero no junto a sus hijos, como antes, sino en compañía de posibles compradores con la idea de venderlos. Se sirve una mesa común para ellos y el curial, tras haber concertado la venta, contempla cómo el precio de sus tierras se torna impuesto. Cuando sale de las posesiones paternas y, en algunas ocasiones, hasta de las de sus abuelos, se aleja contemplando las sepulturas de aquéllos; les expresa su respeto arrojándoles besos con sus manos y pidiéndoles perdón. Acto seguido su preocupación es obtener el sustento propio, el de su mujer y el de sus hijos. Pero, como éste no le viene de ninguna parte, le llega la ne-
10 cesidad de mendigar[16]. Así es como un decurión causa baja en la curia, no porque una esponja borre su nombre de la

[14] Libanio se refiere a los perceptores del impuesto con el término *práktores*, tal vez los *susceptores* de la legislación. Cf. P. Petit, *Libanius et la vie...*, págs. 150-152.

[15] Los gobernadores tenían la facultad de azotar públicamente a los curiales, vejación de la que los *honorati* estaban exentos, en virtud de su rango.

[16] La pobreza de los curiales y la ruina de la curia son tópicos constantes en la obra del Antioqueno. Cf. *supra, Disc.* II 33-36 y 54.

lista, sino porque ya no posee hacienda. Esta clase de sucesos empequeñece las curias en lugar de acrecentarlas, y esto es lo hace que sus miembros sean menos en vez de más. Pero es que, además, constituye un flagelo para la ciudad entera. Porque, aunque en las demás cuestiones le fuera bien y sólo estuviera coja en este aspecto, aun así este solo hecho le causaría un menoscabo considerable al conjunto de la sociedad, especialmente a la monarquía, ya que sólo por mediación de sus súbditos ésta será próspera y al contrario. Queda claro, pues, que las curias se ven perjudicadas por estos «honestos» patronazgos y, con el daño causado a éstas, también son vulneradas las ciudades; además, con ellas se corrompen los combatientes. Y de éstos no te puedes descuidar, Señor, ya que depende de ellos el que puedas dominar y no ser dominado, así como inspirar temor y no sentirlo[17]. Por tanto, erradica esta clase de patronazgos que nuestros enemigos desearían que estuvieran extendidos entre nosotros.

Pero eso de buscar patrón no sólo se da en aquellas tie- 11
rras que pertenecen a un gran número de colonos y donde cada uno es dueño de una porción de terreno no muy grande, sino que también sucede en aquellas en las que hay un solo dueño[18]. Estos individuos, para desgracia de su señor, se asocian a un mercenario, al cual proporcionan y dan su paga con lo que le roban a aquél. Y, en verdad, estas aldeas

---

[17] Con habilidad, Libanio eleva mediante una amplificación un problema particular a la categoría de universal. Un recurso semejante encontramos *supra, Disc.* XXX 10.

[18] El propio Libanio, como se dirá más adelante. Comienza la exposición de su problema personal con los arrendatarios judíos (vid. la introducción). Estos colonos tenían la categoría de *tributarii,* por lo que gozaban de libertad y pagaban sus propios impuestos. Cf. P. Petit, *Libanius et la vie...*, pág. 374.

pertenecen a personas distinguidas y cualificadas para tender una mano a los que sufren injusticia[19]. Sin embargo, como lo que persiguen, creo yo, es causar daño y no huyen de sufrirlo, compran el poder militar de algunas personas y lo utilizan durante un largo período de tiempo contra sus propios señores, que les urgen porque la tierra está demandando su trabajo. Ellos miran de forma salvaje, como si no tuvieran obligaciones o si dependiera de su voluntad trabajar, y sin intención de aplicarse a la tierra como no se con-
12 venzan por sí mismos[20]. Así es que los primeros que han tenido la audacia de comportarse de este modo, al punto tienen a muchos otros dispuestos a seguirles imitando este mal ejemplo[21]. Después, los señores los denuncian y acusan, pero ellos tienen a quienes les socorran de palabra y de hecho. Y el que los ampara logra imponerse a las leyes, de manera que el espectáculo que se contempla es lamentable. ¿A qué me refiero? Gritos de los jornaleros del campo, lenguas afiladas, un ejército de abogados, pleitos, sentencias y, en fin, triunfos. El demandante se marcha entonces mirando al suelo mientras ellos lo siguen burlándose de él. Como, en efec-
13 to, también me ha llegado a suceder a mí, Señor. Unos ju-

[19] Muy al contrario, los propietarios estaban más dispuestos a abusar de sus colonos que a ayudarlos, como el propio Libanio reconoce en *Disc.* XLV 5. Estas aldeas, en las que tenían sus dominios los miembros de la aristocracia urbana, estaban con toda probabilidad cerca de la ciudad.

[20] Adopto la lectura *ei mē peíthoien hautoùs* de los manuscritos *Augustanus* y *Palatinus gr. 282* y que siguen Gothofredus, Harmand y Norman, frente a la lectura *autoùs* que ofrecen los restantes manuscritos y aceptan Foerster y Reiske.

[21] Harmand, en contra de la opinión de Petit, da crédito a esta afirmación de Libanio, en el sentido de que este tipo de patronazgo era frecuente y no un caso excepcional. Cf. L. Harmand, «Une étude...», 462 y la introducción.

díos bien conocidos que trabajaban nuestra tierra desde hacía mucho tiempo, cuatro generaciones concretamente, sintieron el deseo de no ser lo que eran, de modo que, sacudiéndose el viejo yugo, se creyeron en el derecho de decidir cómo tenía que tratar yo con ellos[22]. Como no estaba dispuesto a tolerar esta situación, recurrí a la justicia[23]. Cuando el presidente del tribunal se enteró de a quién estaban ultrajando siendo quienes eran y en qué cifraban sus esperanzas, los ató con doble llave, en prisión y con cadenas, y ordenó que se citasen testigos para que contaran lo sucedido[24]. Así es que, después de dar estas órdenes y de mostrarse duro conmigo cuando le mencioné la liberación de los reos, partió para irse a otro sitio. Pero esta gente recurrió a la estratagema de la chusma: la casa del general[25] y su escudo enemigo de la justicia. Y, ya se sabe: cebada, trigo, patos y forraje para los caballos. Éste ordenó al juez que dejara libre 14
a los que habían abandonado su puesto; él obedeció y prometió hacerlo. Así, el que instruía el juicio no era ya lo que debía ser, sino que se había transformado en lo que no era, es decir, abogado en lugar de juez. Por tanto, todos los días

[22] Ignoramos cuáles fueron concretamente las pretensiones de ambas partes. Es posible que el orador se negara a aceptar nuevas condiciones invocando para ello la *consuetudo*, definida aquí como «viejo yugo» *(palaión zygón)*, o que, como piensan Petit y Harmand, los colonos se resistieran a un agravamiento de las condiciones de explotación.

[23] El juicio fue celebrado en la ciudad ante el gobernador, como defienden Norman y Petit, y no en un tribunal local, como propone Harmand. Norman recuerda en su nota a este pasaje que, según nos dice el autor en *Disc.* XLV 3 ss., los juicios entre colonos y propietarios tenían lugar ante el gobernador, lo cual es confirmado por la referencia aquí *(infra,* § 15) a las visitas *(eísodoi)* que solían recibir por la mañana los gobernadores antes de las sesiones.

[24] Libanio estaba llevando a la práctica los abusos que él mismo denuncia en *Disc.* XLV 3-5.

[25] El *magister militum per Orientem*. Cf. *supra*, n. 4.

me obligaba a prestar declaración por fuerza y me enviaba un alguacil tras otro, queriendo que me presentara al instante y censurándome cuando me retrasaba, porque se estaba esforzando por conceder un favor odioso a los dioses. Tan claro era que, para hacer este favor, iba a descuidar la justicia, que hasta los que de noche salían de estar a su lado decían a cuantos amigos míos se encontraban en el camino que mi juicio estaba ya sentenciado y que se impondrían
15 mis adversarios. Que esto era así se demostró al día siguiente. Los rétores que defendían mi causa escucharon cómo les mandaron callar a pesar del buen número de argumentos que tenían, mientras que ninguno de los que defendían a la parte contraria tenía puntos flacos, a pesar de que todos sus argumentos eran oscuros. Tras dictar la sentencia que deseaban el casco y la coraza, el autor del veredicto se acusó a sí mismo, pues, como la conciencia no le permitía estar tranquilo, a los que iban a visitarlo[26], aunque no lo acusaban de nada, les aseguraba firmemente con toda clase de juramentos que su dictamen había sido honesto. Parece ser que consideraba un mal menor la impiedad[27] hacia los dioses en comparación con el hecho de que se divulgara algo de lo
16 que el general desearía que se silenciara. Creo que este individuo debería sentir más temor por ofender la justicia que por el hecho de que algunos se enteren de que él es precisamente quien dio esas órdenes. Si éstas son justas, ¿por qué habría de sentir vergüenza? Pero, si son injustas, ¿por qué razón desea que ocurran semejantes cosas? Si ni siquiera yo he logrado en mi caso se respete la justicia pese a las enormes fatigas que he dedicado a la retórica, a pesar de que con

[26] *Toùs eisióntas*. Libanio denuncia en varias ocasiones estas visitas a los gobernadores *(eísodoi)* por atentar contra la imparcialidad de éstos. Cf. *supra*, n. 97 al *Disc.* XI y n. 20 al *Disc.* XLV.

[27] A causa del perjurio.

tus decretos me has conferido honores[28] y de que voy a contar con la indignación de mis antiguos alumnos[29], ¿qué tenemos que suponer que les sucederá a otros que no tienen ninguno de estos avales?

Así pues, esto queda dicho para demostrar cómo con 17
estos refugios que buscan los agricultores se arruinan muchas casas. Porque, en efecto, en cada ciudad existen este tipo de labradores, las mismas puertas[30], idénticas pagas, pactos similares, ganancias de esta clase, ruinas como éstas, las mismas expresiones de gozo e idénticos motivos de desánimo. Para colmo, en las campiñas restantes, donde aún no hay ocasión de que se cometan tales excesos, no pocos abandonan a sus mujeres e hijos y se desplazan para visitar a aquellos «influyentes» señores, a esta especie de baluartes, con la intención de aprovecharse de su poder ilegal. Y aun cuando el acusador resulte ser uno de los hombres del general, el acusado, con sólo decir que aquél tiene interés por su causa, se marcha tranquilamente después de haber derrotado
al demandante. Así pues, ¿a quién corresponde poner fin a 18
estos subterfugios? ¿a quién le toca velar por los herederos legítimos de las tierras? Tuya es la tarea, Señor. De ti nos tiene que venir este regalo. A ti te corresponde dolerte por ello, ponerle remedio y no permitir que el rencor se extienda. Mejor dicho, ya hace mucho tiempo que esto se consiente, pero es preciso que alguna vez se detenga.

Seguramente, alguien me preguntará en descargo de los 19
labradores si no les va a estar permitido obtener ayuda en su favor. Yo le respondería que las que no son injustas sí, pero las que son nocivas, jamás. El primer auxilio es el que pro-

---

[28] La prefectura honorífica o la cuestura. *Vid. supra*, n. 7 al *Disc.* II.

[29] Algunos de los cuales ostentaban importantes cargos en la administración. Cf. P. Petit, *Les étudiants...*, págs. 186-187.

[30] Que se abren para recibir a los militares.

cede de los dioses, el cual podrían ganárselo por medio de oraciones y servicios. A continuación está el que se obtiene por medio del agua[31], que se rechaza cuando nos resulta perjudicial, pero que se recurre a él si nos va a servir de ayuda. También pueden tratar de conseguir que los dueños de las haciendas se vuelvan más humanos con ellos[32], de manera que lo que deben se lo perdonen y que, por añadidura, les den más dinero[33]. Por otro lado, en el caso de que necesiten un arbitraje para resolver sus conflictos internos, que también comparezcan ante el dueño, excepto si alguna cuestión requiere la presencia de alguien más importante[34]. No hay que valerse de cualquier tipo de auxilio, tanto si es contrario a la ley, como si hacen que me vea privado de mis bienes legítimos. Tenemos, Majestad, ciudades en los límites del territorio de los bárbaros. En consecuencia, si por rivalidad o por envidia una ciudad que es postergada a otra llama a los vecinos bárbaros como aliados suyos[35], ¿estará

---

[31] Alusión a la clepsidra, reloj de agua que se utilizaba en los juicios para medir el tiempo en las intervenciones de las partes. Por tanto, el segundo recurso de los débiles sería acudir a los tribunales, pero sin el apoyo de los patrones militares. Como se deduce de lo dicho (cf. *supra,* § 13), los campesinos no podían esperar un trato imparcial del juez frente a un hombre influyente como Libanio.

[32] Reconocimiento implícito de los abusos a que los propietarios sometían a los colonos.

[33] Según se desprende de este pasaje, es muy probable que el conflicto entre Libanio y sus colonos fuera motivado por el porcentaje de la cosecha que cada parte se creía con derecho a percibir.

[34] Como el gobernador.

[35] Temistio sugiere esta posibilidad en *Disc.* VIII 115c, del año 368. La inclusión de los godos en calidad de *foederati* dentro de las fronteras del Imperio por Teodosio y los daños causados a las ciudades al sur del Danubio pudieron haber debilitado la lealtad al imperio romano. Cf. *supra,* n. 12 al *Disc.* XIX y S. Williams, G. Friell, *Theodosius...*, págs. 91-102.

haciendo algo intolerable o algo correcto y que merece alabanzas en vez de un castigo? A mí me parece que sería preferible que quedara destruida hasta sus cimientos y que sirviera de sepultura para sus ciudadanos con tal de que no obtuviera una victoria de tal naturaleza. Porque, si tuviera que imponerse a la ciudad rival con la asistencia de alguien, la ayuda debería proceder del interior del Imperio y de los
propios amigos. Pues no es digno que un sirviente que desea 21
que se haga justicia por los daños sufridos mire a fulano y mengano, y que acuda a su lado para suplicar a quien no es su dueño, dejando de lado a su señor. Pues entonces ya no sería completamente suyo, sino que, al dividir en dos su fidelidad y sus servicios, cedería a quien le haya prestado su socorro de una porción no insignificante de su persona. Y, aun en el caso de que fuera necesario que este hombre sea quien defienda su causa, tendría que ser por mediación de su amo. En efecto, la intervención de otro es, en muchos casos, la razón de que el señor se vea despojado de su esclavo, pues ha sido menospreciado al buscar aquél ayuda ajena.

«Sin embargo —dirán— ¿qué sucede si el dueño del te- 22
rreno fuera menos importante de lo necesario y el siervo necesitase a alguien más poderoso?». Entonces que se lo diga al señor y que éste se lo diga al otro; es decir, pídele el favor y que éste se lo pida a aquél. De esta manera tú podrías sacar partido y él no saldría perjudicado, al permanecer inmutables las normas que rigen estas cuestiones. No se crea que harían caso a estos obreros del campo, que están apartados de las ciudades y conviven con sus propias vacas, y que colaborarían con ellos, mientras que a sus señores no les prestarían atención; ni tampoco que considerarían apropiado tomar su dinero, pero inadecuado tomarlo de sus señores, pues lo mismo vale el de uno que el del otro. No es comparable que los señores den dinero a los poderosos para que

protejan a sus trabajadores, a que éstos se lo den para perjudicar a sus amos. Pues lo primero garantiza la seguridad de la hacienda a sus dueños, pero lo segundo no permite que tengan buenas perspectivas, como si todo estuviera putre-
23 facto. Pero es que, además, no pocos de estos señores todavía tienen poder suficiente como para prestar auxilio a los demás[36]. ¿Cómo no les va a bastar su ayuda? Mejor dicho, ¿cómo no va a serlo si en beneficio de los labradores y sus asuntos, los generales han conseguido sus ganancias a su costa? Pero lo cierto es que sabían que, si utilizaban la mediación de sus amos, no iban a poder emplear los recursos de ellos en su contra. Sin duda, lo que deseaban los labradores era lanzarse primero contra sus señores y, a continuación, contra otras incontables víctimas, para poder hacer lo que describí antes[37]. Por eso piensan que ni siquiera existe aquel que posee un poder decoroso pero sin armas.

24 «No hay nada malo» —se dirá— «en adquirir además otros protectores». Sin embargo, no es eso lo que se desprende de lo que he dicho respecto de los servidores[38], y lo mismo debo decir acerca de los trabajadores del campo. Pues aun en el extremo de que aquellos de quienes dependen sean desprovistos de su poder por la divinidad, mejor es que continúen conviviendo con la debilidad de aquéllos y contentarse con su suerte, que comprar una influencia se-

---

[36] Por su condición de *honoratus*, Libanio no era un patrón desdeñable, pues tenía acceso directo al gobernador (cf. *supra*, § 13). Sin embargo, no hubiera sido lógico que los arrendatarios judíos hubiesen recurrido a él, ya que era parte interesada en el conflicto. Por ese mismo motivo, precisamente, debieron buscarse un protector más poderoso que el sofista.

[37] Los atropellos narrados *supra*, en los §§ 4-5. Posiblemente este pasaje esté corrupto. Aunque su interpretación es muy difícil, hemos tratado de reproducir lo mejor posible el sentido.

[38] Cf. *supra*, § 21.

mejante e injuriar a los dueños de las tierras. Porque una mujer que pertenece a dos hombres tal vez sea más pudiente, pero seguro que no la felicitarías por tener un esposo legítimo y otro en adulterio. Es posible también que, por muchas razones, el amante sea más rico y pueda sacar de él mucho más provecho que del hombre que la tomó legalmente por esposa. En ese caso, ¿consentiremos que alegue que no es lo mismo uno que dos, uno alto que uno corto de estatura, ni uno hermoso que uno deforme? De esta manera quedará sin vigor la ley que mejor salvaguarda la vida humana: la que regula los matrimonios.

Sin duda, uno de ésos que disfruta adulando a los man- 25
dos esgrimirá aquel argumento de que los generales verán reducidos sus ingresos si se le detiene ese flujo de dinero. ¿Y qué tiene de malo que se suspendan las ganancias que actualmente perciben de modo vergonzoso[39]? Porque no es eso lo que hay que tener en cuenta, si van a ganar menos, sino si aquella medida es más justa que la situación actual y si va a poner fin a la mala fama que tienen los estrategos. Pues la misma ventaja van a obtener quienes faltan a la ley y sus víctimas, a éstos por no verse ya perjudicados y a los otros porque ya no van a delinquir.

«Pero es que si se les impide a los generales recoger esta 26
cosecha se van a desanimar». Naturalmente: también los ladrones, los butroneros, los cortabolsas, los profanadores de tumbas y de bienes sagrados; todos ellos se quedan apesadumbrados cuando se les castiga por cada delito cometido. Claro que se afligen, pero no por ello las leyes dejan de proclamar lo que les pasará si son capturados. Evidentemente, no erradican por completo la delincuencia, pero sí una por-

[39] Comienza en este punto su diatriba de los mandos militares, que coincide en buena parte con las acusaciones de *Disc.* II 37-40.

ción no pequeña de delitos. Y no hay nadie tan fuera de su juicio que se atreva a decir: «Señor, deroguemos las leyes que se oponen a estas fechorías para que no causemos tristeza a quienes por su culpa no tienen permitido enriquecerse, ni demos la impresión de sentir envidia por su prosperidad».
27 Por consiguiente, no se les abra a los generales ninguna vía para obtener ganancias ilícitas y no se preste excesiva atención a sus intereses, ni sea desatendida tampoco la clase de los pequeños propietarios. Porque lo que va a conservar el poder de los romanos y el temor de los enemigos no es el hecho de que día y noche los generales necesiten nuevos cofres a causa de la riqueza que fluye a ellos sin parar, pues por medio de la riqueza no se hace uno más diestro en estrategia militar, sino por medio del valor, la técnica, el afán de gloria y el hecho de temer más la censura que la muerte.
28 Es más, lo verosímil es que no sea adecuado para ejercer el mando aquel que puede contar infinidad de talentos, sino el que puede enumerar botines, cautivos y trofeos como los que nuestros padres tuvieron la oportunidad de contemplar. De estos generales de antaño, uno que tuvo bajo su mando durante un largo período de tiempo a un sinnúmero de soldados, con dificultad consiguió adquirir un único terrenito, que, por lo demás, no despertaba admiración. Tenía once criados, doce mulos, tres caballos y cuatro perras laconias, pero, a pesar de eso, infundía terror en las almas de los bárbaros. Se casó con una tía mía que aportó una magnífica dote[40], y su regalo de boda fue tan sólo su buen nombre. Después de casado no se solía emborrachar, ni siquiera cuando cenaba, y tampoco cuando estaba en campaña, ya sea porque él invitara o lo invitase otro, sino que imponía a

[40] Tal vez se trata de la tía que murió a edad avanzada en el 364, según se nos dice en la *Ep.* 1326.

su estómago un dominio no menos severo que a sus solda-
dos. A los de hoy en día precisamente es eso lo que los co-
rrompe: el vivir rodeados de tantos lujos, lo que hace que
sientan más apego a la vida que a la gloria y los incita a
rehuir los gloriosos peligros en su afán de perseguir todos
los medios que les faciliten una vida regalada. Por esa ra- 29
zón, no conviene que todos los emperadores facilitéis a los
generales la oportunidad de ganar riqueza, sino de mostrarse
ansiosos de llevar a cabo grandes hazañas. Hoy sólo tienen
ojos para una sola cosa: el dinero. Cualquier excusa para
ganarlo es aprovechada al instante; tan enormes son dentro
de sus casas las montañas de oro y plata que se han formado
con las sucesivas aportaciones de unos y otros, que si escu-
chamos a los que están encargados de su control no nos
creeríamos que tienen tanto. En cambio, en vuestros tesoros,
que, al ser del Estado, tendrían que estar más llenos que los
de sus administradores, se puede contemplar casi todo el
fondo, por el poco dinero que lo cubre. Y vosotros, que sa-
béis lo uno y lo otro, no les sacáis nada para vuestras gue-
rras, sino que os abstenéis de tocar lo que guardan, a pesar
de que la razón os exhorta a apoderaros de ello. Con gusto 30
les preguntaría delante de este trono qué quiere decir todo
este montón de dinero que poseen y qué sentido tiene que lo
acumulen. Pues no darían un argumento sólido si se refirie-
ran a sus hijas, a sus hijos, ni a sus respectivas bodas; tam-
poco si alegasen su aspiración a alcanzar el consulado ni
otro dispendio, sea el que sea, que esté libre de reproche.
Por tanto, obligadlos, aunque se resistan a ello, a correr con
un gasto que ni en sueños se pudiera considerar factible. Si
por esta vía alguien pudiera reducir vuestro poder[41], nos ha-
ría un beneficio mayor que si nos diera todo su dinero.

[41] *Sc.*, los generales.

31 Pero si es imposible que dejen de recibir dinero, sino que es forzoso que persistan en su enfermedad, hay muchos chorros de dinero que van a parar a sus bolsillos desde infinitas fuentes y que muchas veces convierten a cada general en un Midas y un Ciniras[42] y hacen que posean sus riquezas: lo que reciben de su clientela para que éstos, a su vez, tengan licencia para robar, y lo que sacan del avituallamiento de las compañías de soldados[43]. Tienen poder para hacer que el soldado que ha muerto vuelva a la vida y engullir la
32 ración en su nombre. Aunque estas son importantes fuentes de ingresos, hay Pactolos[44] aún más grandes: el oro que reposa legítimamente en las manos de los soldados pasa a las de los generales. Por ello el combatiente se queda en la miseria y termina por perder el ánimo, pues está calzado insuficientemente y lleva sólo un simulacro de clámide. Muchas veces también se saca el tributo de su estómago, de manera
33 que lo que llevan al combate es un cuerpo famélico. También se han inventado argucias que no tienen que envidiar a una mina de oro: la lentitud de la curia por efectuar un pago de no antigua implantación pero que, con todo, ya había entrado en vigor. A continuación, esta circunstancia provocó su cólera y he aquí la subsiguiente reconciliación: dinero[45]. Dinero también les viene de lo siguiente: un soldado provoca a un comerciante mofándose de él, molestándolo con insultos, agarrándolo, zarandeándolo y tirándolo al suelo. Acto

[42] Reyes legendarios de Frigia y de Chipre respectivamente, célebres por su riqueza.

[43] Cf. *supra, Disc.* II 37. Sobre la apropiación de suministros por parte de los mandos militares, consúltese S. Williams, G. Friell, *Theodosius...*, pág. 88.

[44] Nos hemos referido al Pactolo *supra,* n. 190 al *Disc.* XI.

[45] El *stratēgós* aprovecha el retraso de la curia en el pago de una contribución especial para chantajearla. Sólo una compensación económica frena la cólera del alto funcionario.

seguido, el propio soldado recibe lo suyo, pero, como determinan que lo ocurrido no es lo mismo, porque esa clase de personas no tiene derecho a contestar al soldado ni ponerle la mano encima, es detenido el que se ha visto forzado a padecer un daño; al punto se encuentra entre los pabellones y compra con dinero el derecho a que no lo maten a golpes[46]. Numerosas triquiñuelas como éstas se siembran cada día y se recoge su cosecha, pero son poca cosa en comparación con lo que se dirá ahora. Me refiero al precio de los cargos militares: plata y lo que cargan los camellos[47]. Y paso por alto lo que cada año se desvía de vuestra casa a
las suyas[48]. Así es que, ¿por qué, después de este torrente de 34
ganancias, queréis hacer desgraciadas a personas que nada tienen a excepción de sus parcelas? ¿Por qué colaboráis con quienes aumentan su hacienda con procedimientos impíos? Mejor dicho, los injustos son legión, pues ni siquiera son justos los que ostentan cargos militares, pero ése[49] es con diferencia más culpable. Mi padre o mi madre o los padres de éstos me legaron unas tierras, o bien las compré yo mismo, y en éstas tenía labradores prudentes que se resignaban a su fortuna y recibían de mi parte muestras de generosidad. Luego tú los sacas de sus casillas y promueves polémicas inesperadas y empobreces a personas de buena familia.

---

[46] Queda claro que el ejército, lejos de constituir un auxilio para la población, supone más bien una fuente de problemas. Cf. P. Petit, *Libanius et la vie*.., pág. 189.

[47] En ausencia de un sistema objetivo para controlar el ingreso en los puestos de la administración, el tráfico de influencias era el sistema usual de acceso. Véanse W. Liebeschuetz, *Antioch*..., pág. 194, y P. Petit, *Libanius et la vie*..., pág. 190.

[48] Además de las corruptelas mencionadas, se llegaba a la malversación de fondos públicos.

[49] *Sc.*, el general que protegió a sus arrendatarios judíos.

35 Sin embargo, estas personas jamás pondrían freno voluntariamente a su apetito insaciable, sino que la cuestión, Majestad, requiere tu sabiduría y tu buena fortuna. Porque sólo tú podrías llegar a ser médico de esta herida insufrible. Y no pienses que vas a oír de mí la propuesta de imponer una ley que persiga a unos y socorra a otros. Porque la ley está ya escrita y está vigente[50], pues tiene como legislador al monarca que extinguió la tiranía y sofocó la llama escita[51]. El argumento más importante que tengo en mi lucha contra estas prácticas es que, como demuestra su ley, está de acuerdo con mi discurso un soberano «semejante a los dioses», como diría Homero[52], más por su alma que por su cuerpo.

36 Entonces, ¿por qué he puesto tanto celo, si hace tiempo existe un decreto que regula todas estas actividades? No mi deseo de que se dicte una ley, lo que sería ridículo, sino que no haya sido redactada en vano. Porque no hay duda de que se ha escrito en vano, Señor, en vano. Pues siguen habiendo quienes hagan visitas a los gobernadores y quienes los reciban; aunque algunos no buscan a quienes defiendan su cau-

---

[50] No está claro a qué ley se refiriere Libanio. Norman, en su introducción a este discurso, acepta la propuesta de Tillemont, seguida por Petit. Según estos autores, la ley aquí aludida sería la de *Cod. Theod.* I 29, 8, del 392: «[...] Sean prohibidos los patronazgos, que han favorecido a los culpables y han ayudado a los criminales, al permitirles que los crímenes sean cometidos con rapidez». Sin embargo, como señala Norman, de tratarse de esta ley no tendría sentido que más abajo (par. 36) se nos diga que fue dictada mucho tiempo atrás *(pálai)*, ya que el discurso, como ya se dijo en la introducción, debe datarse entre los años 386 y 392.

[51] El propio Teodosio, que derrotó al usurpador Máximo *(vid. supra,* n. 10 al *Disc.* XIX) y venció en la guerra contra los godos *(vid. supra,* n. 12 al *Disc.* XIX). Ambos hechos son considerados los grandes éxitos militares del monarca.

[52] *Od.* VIII, 256. *Vid. supra,* n. 5 al *Disc.* XIX.

sa, también están los que lo hacen; las prácticas que hubiesen tenido lugar si no las hubiese impedido ninguna ley, suceden a pesar de que están prohibidas; además, esta actividad es corriente y su nombre[53] está por todas partes. Por 37
tanto, solicito que ratifiques esta ley castigando a quienes no la obedezcan. En caso contrario, ¿de qué sirven los decretos cuando no se diferencian en nada de los retratos, de los cuales no se puede esperar reacción alguna? Esto es perjudicial para los súbditos y no es decoroso para el autor de la ley el que sus decisiones no tengan valor. ¿Pero es que va a ser castigado el que transgreda la ley de cualquier otro, pero el que haga los mismo con la tuya se va a marchar impune[54]? ¿Acaso tendrá que permanecer fiel al resto de tus leyes, pero va a pasar por encima de ésta, a pesar de que procede de la misma voluntad y de la misma púrpura? Dale 38
vigor a esta ley y conviértela en una ley de verdad en lugar de un nombre inútil. Pero si éste no fuera tu deseo, entonces derógala. Porque es preferible que no exista a que se haga caso omiso de ella. Mas nunca vea yo que suceda eso, sino que ojalá permanezca inmortal como tu estirpe y que, con el castigo de los que han delinquido, el futuro sea mejor.

---

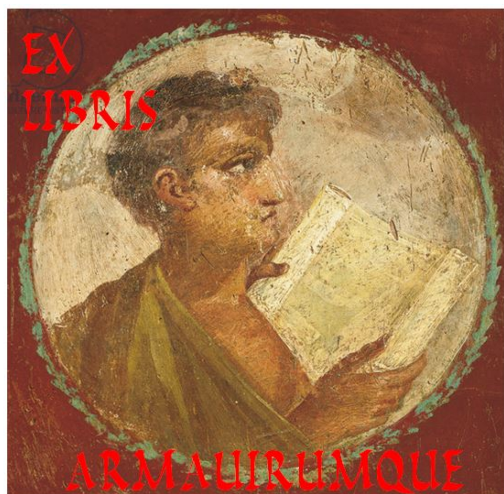
[53] *Prostasía*. Cf. *supra*, n. 11.

[54] Hasta la redacción del *Codex Theodosianus* a partir del 429 por orden de Teodosio II, los hombres de leyes carecían de un corpus legal establecido, salvo viejas compilaciones, como el *Codex Gregorianus*, del 291, o el *Codex Hermogenianus*, del 295. La confusión era tal que los *scrinia* imperiales ni siquiera registraban las leyes que promulgaban. De este modo, los abogados podían acogerse a leyes de otros emperadores, algunas ciertamente obsoletas, amparándose además en la escasa preparación jurídica que solían tener los gobernadores provinciales. Así se explica que alguien pudiera ser castigado en virtud de una ley emitida por un emperador anterior y no serlo a pesar de haber violado una ley del emperador reinante. Cf. A. H. M. Jones, *The Later...*, págs. 470-479.

ÍNDICES

ÍNDICE DE NOMBRES*

* Cuando un nombre no se menciona de forma expresa en el texto, el número del parágrafo correspondiente aparece entre paréntesis.


EX
LIBRIS
ARMAUIRUMQUE

ÍNDICE GENERAL